

NANDO LÓPEZ

Se

LA LEYENDA DEL
KÍLOXE

EL ENIGMA DE TIRESIAS

Lectulandia

El miedo y la violencia se precipitan en Ypsilon, y la aparición de los Polimorfos es un duro revés que allana el triunfo de Némesis. La esperanza Rebelde se centra en localizar a Tiresias, aunque ello suponga forjar alianzas inesperadas y desafiar a la Esfinge. Némesis confía en las criaturas de Moira, cada vez más atroces e inteligentes, para ganarle la batalla al destino. Pero Dite impone sus propias reglas y la partida no ha hecho más que empezar.

Descubre el vertiginoso desenlace de *La Leyenda del Cíclope*.

Nando López

El enigma de Tiresias

La leyenda del cíclope - 3

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2022

Título original: *El enigma de Tiresias*

Nando López, 2021

Ilustraciones: David Benzal

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa

«Somos tanto los caminos que elegimos recorrer como los que
decidimos evitar».
Tiresias





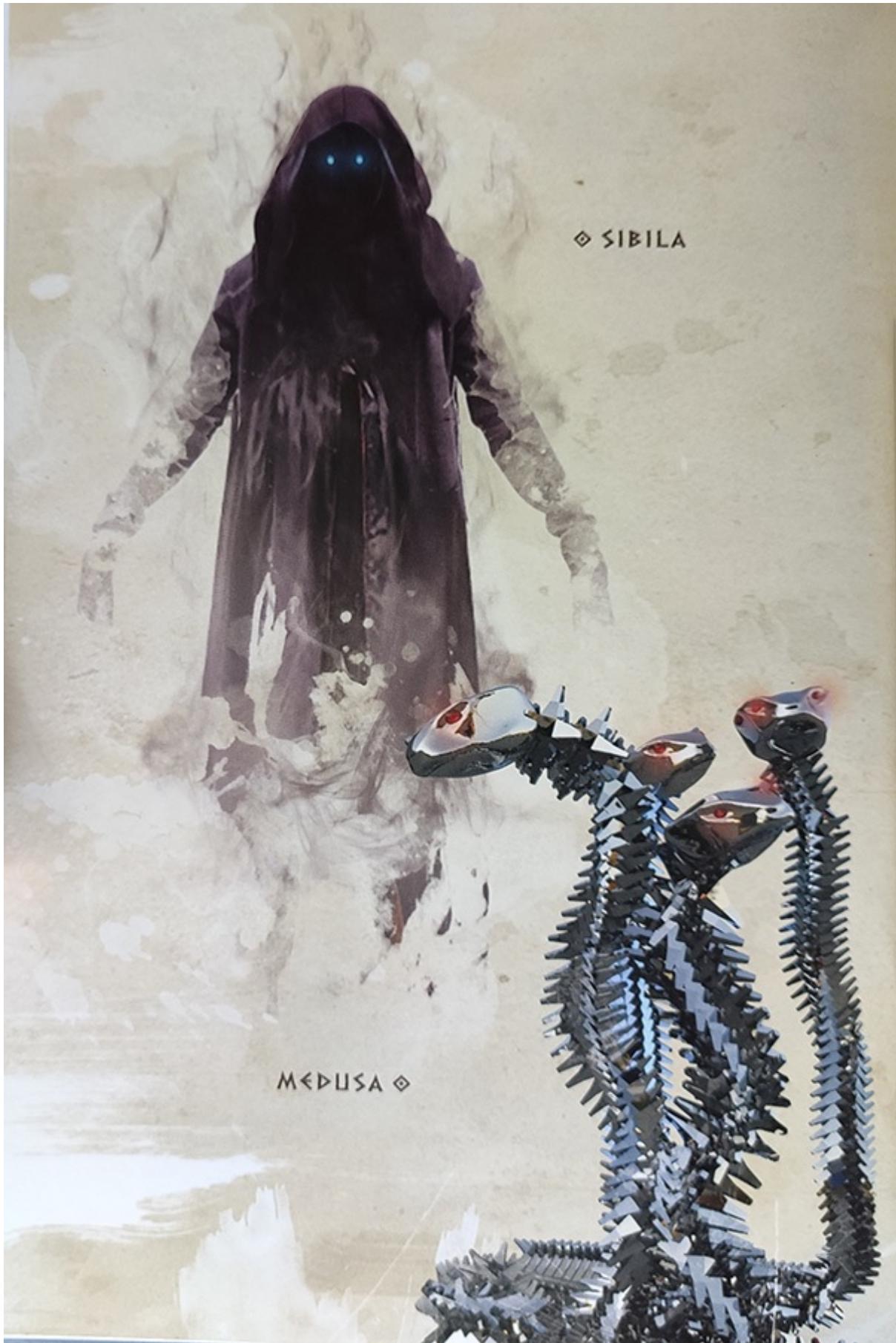




◊ CENTAUROS

BRAZALETE ◊
DE MOIRA











NÉMESIS
Presidenta



ARGOS
General



EGISTO
Candidato
a la Presidencia



MOIRA
Ministra de
Tecnociencia



HERMES
Ministro de
Información



GEA
Arquitecta



APOLO
Senador



JACINTO
Funcionario



CAZADORES



ALCÍNOO

Cazador



HIPÓMENES



ATALANTA



NAUSÍCAA

Cazadora



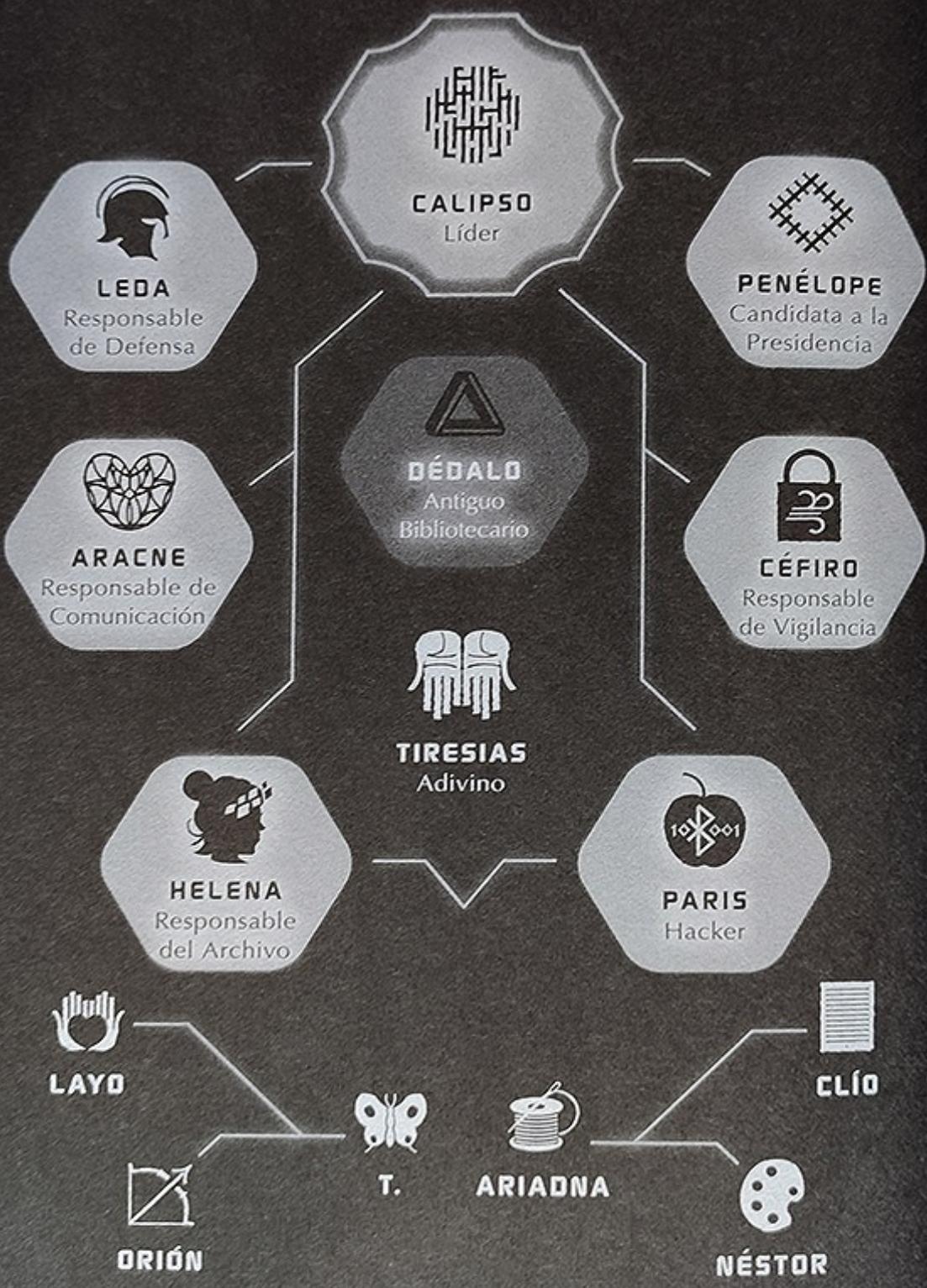
MENELAO

Cazador



ÁYAX

Centinela





AMAZONAS

HIPÓLITA
Reina de las
Amazonas

DEYANIRA
Amazona



1

DENUNCIAR, VIRALIZAR, HUIR

El miedo y la represión se habían adueñado de Ypsilon.

Tras la Revuelta de los Espejos, Némesis había endurecido aún más las represalias contra cualquiera que se atreviera a desafiar su poder, lo que obligó a los Rebeldes a extremar las precauciones. Ser prudentes era el único modo de llegar con vida hasta el final de la campaña electoral más sangrienta que se recordaba en el país.

—Estamos demasiado lejos de Geonia... —se quejó Penélope cuando llegaron a la Anticiudad donde se iba a celebrar su mitin—. Y no nos conviene dar la impresión de que tememos al Senado.

—No se trata de dar ninguna impresión —repuso Leda, que no soportaba las quejas de la candidata—, sino de sobrevivir. Lo sabes tan bien como yo.

Bajo las órdenes de Aracne, el equipo que las acompañaba comenzó a desplegar los Espejos que emplearían en aquella ocasión. A pesar de que su potencia era inferior a la de los que habían usado en el Taigeto, Calipso y Aracne habían conseguido desarrollar unos dispositivos lo bastante sofisticados como para servir de altavoz de sus palabras en cada uno de los mítines de Penélope. Además, gracias a los vídeos ilegales que circulaban sobre lo ocurrido en la Revuelta, se podía palpar gran expectación en los diferentes sitios de Ypsilon que visitaban.

Sin embargo, el acecho constante de los Cíclopes, que habían sido movilizados por todas las calles de Geonia, motivó pronto que los Rebeldes comenzaran a convocar a sus simpatizantes en las Anticiudades o, si había suerte, en alguno de los distritos más periféricos de la capital. Era Paris quien

se encargaba de encriptar las coordenadas de cada convocatoria y de difundirlas a través de una red social de acceso restringido que no dejaba de crecer.

—Cada vez somos más —se alegró Penélope al comprobar las cifras de ypsilianos suscritos antes de salir a pronunciar su discurso—, nuestro mensaje sigue calando.

—También es peligroso. —Calipso odiaba ser una aguafiestas, pero sentía la responsabilidad de enfriar los ánimos para que nadie olvidase la precariedad de su situación—. Cuanta más gente asiste, más visibles somos. Y ni siquiera estamos seguras de que no haya algún infiltrado del Senado entre ellos...

—Por eso redujimos la duración de los mítinges. —Se defendió la candidata Rebelde—. En los quince minutos que dura uno de nuestros actos, es difícil que los Cíclopes puedan atacarnos.

—Sigue siendo un riesgo...

—¿Quieres que lo dejemos? —preguntó Penélope, desconcertada.

—No. —Calipso deseaba zanjar de una vez aquella discusión—. Lo que quiero es que no perdamos la perspectiva. Si nos confiamos, acabaremos siendo vulnerables.

—O algo peor —sentenció Leda.

Aracne estuvo a punto de intervenir, pero prefirió no hacerlo. Desde que Calipso había asumido el poder, se había establecido entre ellas una dinámica en la que no acababa de encontrar su lugar. Ya no sabía si era su compañera o su subordinada, ni tampoco estaba segura de que la intimidad entre ellas dos no se hubiese visto dañada por ese cambio de papeles.

De cualquier modo, el ritmo frenético en el que los había sumido la persecución del Senado no dejaba tiempo para las pausas reflexivas, sino que las empujaba a una acción constante que siempre seguía el mismo patrón: denunciar, viralizar, huir. Tres pasos que debían repetir durante los días que aún faltaban hasta las elecciones: denunciar la censura y el despotismo de Némesis, viralizar los crímenes de su Ciclo del Terror y huir antes de que los Cíclopes pudiesen arrastrarlos hasta el Hades. El bucle se repetía de tal modo que habían llegado a tener la sensación de que cada día debían rehacer lo que, por culpa de la propaganda y las medidas represivas de Ypsilon, se deshacía por la noche.

—Hace días que propuse que las acciones fueran solo virtuales —apostilló Leda, a la que preocupaba que sus fuerzas se agotasen antes de tiempo—. Sabemos que es imposible ganar esas elecciones, así que

deberíamos evitar exponernos tanto. Los Espejos cumplieron su objetivo, ¿no? Pues basta con seguir alimentando desde las redes esa llama que ya hemos prendido en todo el país.

—No es suficiente —la corrigió Penélope—. Las revoluciones en pantalla son muy cómodas, pero no cambian nada. Basta con unos cuantos clics para que la gente piense que ha cumplido, pero lo que necesitamos es que llenen las calles y que se sumen a nosotras. Si no, ¿cómo vamos a plantarle cara al Senado?

Si Leda no respondió no fue porque no supiese cómo, sino porque no quería decir lo que estaba pensando.

Aquello era algo que ya había discutido con Calipso. Incluso con el propio Dédalo, antes de su muerte. Pero ellos siempre apelaban a una situación utópica en la que lograrían que todo Ypsilon viera con claridad los engaños de Némesis y se alinease a favor de Ítaca. Eso, sin embargo, requería hechos y certezas mucho más contundentes que lo que habían logrado recopilar hasta ahora.

Los Espejos habían despertado recuerdos y memorias enterradas, sí, y hasta un aliento inconformista que provocaba que algunos ypsilianos reclamasen algo más que Pisos Blancos y vacaciones en los Retroespacios. Pero eso no bastaba: si no lograban dar con el modo de unir al país en torno a su causa, acabarían abocados a una guerra civil. Y, según hacían temer las detenciones en masa y las torturas del Ciclo del Terror, sería una batalla tan larga y dolorosa como cruel.

—¿Siempre viene tanta gente? —preguntó Ariadna, que había pedido permiso a Helena, con quien ya había empezado a organizar el Olimpo de la nueva Ítaca, para acudir junto con T. al acto de Penélope.

—Casi siempre. —Le respondió él con parquedad.

Desde su regreso del Taigeto, Ariadna lo había notado más taciturno y sombrío, lejos de ese otro T. arrogante y burlón que lograba hacerla sonreír hasta en los momentos más complejos. A ratos, parecía que llevase a cuestas una sombra que ella no conseguía descifrar.

Él prefería no explicárselo: no quería contagiarla con sus propios demonios. Los dos eran conscientes de que estaban a punto de vivir la que iba a ser la batalla de su vida, y eso les exigía implicarse al máximo. Así que T. optó por callarse las dudas sobre su papel en la Operación Velo y hasta sus recelos por haber sido un mero instrumento en las manos de los Rebeldes. Ariadna parecía haberlos perdonado ya por haberle desvelado de manera tan

brusca la verdad sobre su familia, pero el verdadero conflicto de T. no consistía en disculparlos a ellos, sino a sí mismo.

Se preguntaba si había hecho bien guardando sus secretos ante Nausícaa por el bien de la Operación. Si ese era el tipo de persona que quería ser. O incluso un «héroe», como lo habían llamado sus padres con el único afán de animarlo. No tenía respuestas, solo la impresión de haberle fallado a una joven que no se merecía sus mentiras y el interrogante de si no podría haber actuado de otro modo. Por si acaso, seguía negándose a que lo llamaran Telémaco, pues sentía que ese nombre, cuya auténtica raíz ignoraba, lo ataba a esas mentiras y le impedía descubrir el hombre que, en adelante, quería ser.

—Deberíamos empezar ya, Penélope —la avisó Céfiro tras comprobar que habían llegado a la plaza central de la Anticiudad el noventa por ciento de los inscritos.

—De acuerdo. Vamos allá... Conecta los Espejos y los biblio hologramas —le pidió.

En ese mismo momento, su imagen se reprodujo en todos los rincones de la Anticiudad y la candidata de los Rebeldes, escoltada por Leda, Calipso y Aracne, comenzó su discurso.

—Sabéis que nos jugamos mucho, por eso estáis aquí: porque queréis recuperar la historia que nos han robado y que han conseguido que olvidemos. Porque nos han querido convencer de que la esclavitud es una forma de felicidad y el silencio, un modo de vida. Pero ahora hemos despertado. Ahora hemos recordado que antes tuvimos voz. Ahora sabemos que...

De repente, los biblio hologramas se desvanecieron y el cielo se oscureció, lo que provocó la alarma inmediata entre los Rebeldes.

Al elevar la mirada, descubrieron un ejército de Pegasos sobre sus cabezas. Pilotados por Rastreadores y Ejecutores, descendían a toda velocidad descargando sus proyectiles y obligando a los asistentes al mitin a buscar refugio. Leda procedió inmediatamente a distribuir las órdenes necesarias entre los Rebeldes para contener su ataque.

—¡Proteged a los civiles! —gritaba Calipso, preocupada por quienes habían acudido al evento. La líder de Ítaca no soportaba la idea de seguir sumando muertes como consecuencia de sus decisiones, si es que el plan que ahora ejecutaban, y que respondía a los pasos diseñados previamente por Dédalo, podía llamarse suyo.

—¡Vienen también por tierra! —los avisó Céfiro, que advirtió la llegada de una tropa de Cíclopes que su sistema informático era incapaz de identificar con mayor precisión.

—¿Más Ejecutores? —se alarmó Leda.

—No lo sé... No sé lo que son.

El doble ataque, aéreo y terrestre, era una pésima noticia. Pero que el enemigo fuese desconocido resultaba aún mucho peor.

—¡Hay que poner a todo el mundo a salvo! —insistía Calipso mientras las tropas Rebeldes, con Orión y Layo a la cabeza, trataban de derribar el mayor número de Pegasos.

—¡Son demasiados! —gritó Aracne, aterrorizada al comprobar que, en solo unos segundos, aquel sitio que habían elegido como un emplazamiento seguro se había convertido en una trampa mortal.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —Ariadna buscó en la mirada de T. al chico valiente e impulsivo de siempre. Y, esta vez, sí lo encontró.

—¿A ti qué te parece?

No supo interpretar si esa sonrisa se debía a su confianza en que saldrían de allí victoriosos o a sus ganas de contraatacar. Tampoco importaba. Lo único que sabía era que tenían que salir de la Anticiudad con vida. Y, mientras decidían cómo hacerlo, ella se alegró de haber despertado al verdadero T. Al compañero que ahora la observaba decidido y cuyos ojos gritaban sus ganas de entrar de nuevo en acción.



2

LICAÓN

—Argonautas, ¡atacad!

Leda identificó la voz de Argos y, sin tiempo para trazar una estrategia más eficaz, se lanzó junto con Orión, Layo y cuantos quisieron seguirla contra aquellos cíborgs que, por su armamento y la rapidez con la que se movían, debían de pertenecer a una especie de última generación. En sus uniformes lucían un doble emblema, compuesto por el ojo de la bandera de Ypsilon y la silueta de la nave Argos, y estaban provistos de un sistema de energía hidráulica que les permitía desplazarse a gran velocidad.

—¡Hay que salir de aquí! —gritaba Calipso, tratando de que todo el mundo abandonase el lugar cuanto antes.

—¡Ven conmigo! —T. tomó a Ariadna de la mano, sacó toda su rabia y se abrió camino a golpes, arrastrándola en busca de un lugar desde el que pudieran resguardarse para emplear sus dones.

—¡Seguidme! —ordenó Leda a quienes formaban parte de su equipo—. Necesitamos huir de aquí lo antes posible.

Corrieron sorteando la amenaza de los Cíclopes en dirección al hangar donde habían ocultado los vehículos. Clío y Néstor encabezaron espontáneamente los dos grupos en los que se dividieron y se dispersaron a través de la Anticiudad para despistar a sus adversarios. Justo cuando creían que habían superado lo peor y estaban a punto de alcanzar el hangar, una mujer a la que no esperaban encontrarse los detuvo.

—Cuántas ganas tenía de veros —los saludó con sorna.

—¿Tan importantes somos que viene a visitarnos la mismísima Arquitecta? —repuso Penélope con idéntico sarcasmo, tratando de disimular el pavor que acababa de desatar en ella la presencia de Moira.

—No... —se burló ella—. No habéis logrado tanto.

—Yo diría que sí —dijo la candidata Rebelde a la vez que abría los brazos—: ¿o no te has fijado en la cantidad de gente que había aquí hace un instante?

—Ya tendré tiempo de contarlos: en cuanto el General y sus Argonautas llenen con ellos las celdas del Tártaro que aún nos queden libres.

—¿Vais a castigarlos por escuchar? —intervino Calipso, que no soportaba permanecer callada ni un segundo más—. ¿Esa es la felicidad de la que tanto presume el Nuevo Orden?

—Al revés. Vamos a castigarlos por no permitir que los demás nos escuchen: hacéis demasiado ruido en Ítaca. —Moira, que estaba disfrutando de la superioridad táctica y militar de los suyos en aquel momento, se permitió el lujo de burlarse de sus oponentes—. Aunque es normal que vuestros fans estén algo perdidos si ni siquiera vosotras dos sabéis quién lleva la voz cantante, ¿no os parece?

A Aracne le dio rabia pensar que Moira, a pesar de todo, tenía razón. La bicefalía en que había derivado el liderazgo de Calipso y la candidatura de Penélope se había convertido en un problema interno que generaba continuos roces y sobre el que nadie quería hablar. Ni Penélope se conformaba con ser una marioneta bajo las instrucciones de la líder Rebelde, ni Calipso estaba dispuesta a relegar su papel de Cerebro ante las exigencias de la candidata. Y a esa dificultad se sumaba el nuevo lugar que ocupaban Leda y ella misma, quienes seguían siendo los Músculos y el Corazón de Ítaca, pero que no siempre estaban de acuerdo en sus planteamientos.

—¿Y la niña y el adolescente ese que la acompaña? —preguntó la Arquitecta mientras buscaba a su alrededor con la mirada—. ¿Están con vosotras?

—¿De verdad piensas convertir esto en un baño de sangre? —la desafió Leda.

—¿Ni siquiera me vais a responder? —insistió la Arquitecta—. ¿Están o no están con vosotras?

—No sé dónde están —negó Penélope.

—Tranquila, seguro que mis pequeños os refrescan las ideas...

Moira extendió su brazo izquierdo y activó un dispositivo en el brazalete plateado y con forma de «M» que lo cubría hasta el codo.

Los Rebeldes vieron cómo, de entre las calles que los rodeaban, surgía un ejército de sombras que, en solo unos segundos, adoptaron la forma de una manada de lobos cibernéticos cuyas fauces estaban más que dispuestas a devorarlos.

—Hoy mis Polimorfos están hambrientos... —se jactó Moira antes de darles una nueva orden desde el brazalete con el que controlaba sus movimientos—. Licaón, actúa.

Ni Ariadna ni T., que lo observaban todo a una cierta distancia, entendían qué estaba sucediendo ni qué o quién era ese Licaón al que acababa de aludir la Arquitecta.

—Ha sido una trampa... —se lamentó Aracne—. ¿No veis que todo ha sido una maldita trampa?

Mientras luchaban por sobrevivir al ataque de los Argonautas y a la manada de lobos polimódicos, sus compañeros se dieron cuenta de que tenía razón.

Claro que era una trampa: si habían podido celebrar los mítimes anteriores, no se debía a que hubiesen logrado despistar los protocolos de vigilancia del Senado, sino a que Némesis había esperado a desarrollar las armas necesarias para aplastarlos en el momento idóneo. Tal y como estaba a punto de hacer ahora.

—¿Alguna idea para aplacar a esos monos de feria? —le preguntó T. a Ariadna, disimulando el miedo que aquellos seres le provocaban.

—Alguna... Pero vamos a tener que hacerlo juntos. —Ariadna intuía que sus oponentes eran demasiado fuertes como para hacerles frente por separado.

—¡Pues a por ello, Ari!

Y, tal y como ya habían hecho tantas veces antes, se dieron la mano y trataron de compartir un mismo sueño. Un espacio en el que ella era la guía consciente y él, su acompañante inconsciente. Ella decidía el nombre y él lo encarnaba. Ella usaba su don para elegir el prodigo y él empleaba el suyo para transformarse en lo que la magia quisiera convertirlo. En eso consistía todo. Y eso era lo único que ahora podían hacer.

Ariadna buscó en su cabeza el héroe más poderoso posible. Necesitaba encontrar un nombre lo suficientemente fiero como para contrarrestar el poder de las criaturas con las que Moira había logrado acorralarlos. Quizá otros de sus prodigios habrían bastado para someter a los Argonautas del General, pero esos Polimorfos parecían tener un origen tan fantástico como su don, y eso la preocupaba. ¿Y si el Senado hubiese dado con las raíces de la magia? ¿Era posible que T. y ella ya no fuesen los únicos dotados con ese poder?

Mientras Leda coordinaba los esfuerzos para resistir los embates, cada vez más violentos, de los cíborgs, Moira había aprovechado para alejarse y ponerse a salvo de lo que pudiera suceder. Argos le dedicó una mirada de desprecio antes de recrudecer el ataque de sus Cíclopes, ansioso por sellar lo que parecía una victoria segura.

Entonces fue cuando Ariadna lo vio claro.

Tenía que recurrir al que, se decía, era el más fuerte de los semidioses.

H-E-R-A-C-L-E-S

Un gigantesco cíborg, idéntico en aspecto y dimensiones al héroe invocado por Ariadna, surgió ante ellos al mismo tiempo que T., transformado en huracán, rodeaba a los Rebeldes y los arrastraba, junto consigo mismo y Ariadna, hasta el lugar donde tenían aparcados sus vehículos.

Sin embargo, cuando se disponían a huir, comprobaron que los Polimorfos, lejos de ser vencidos por Heracles, cambiaban su forma de lobos para convertirse en dragones capaces de reducir al héroe en cuestión de minutos.

—¡Ahora! —gritó Leda, pidiendo a los suyos que se distribuyeran en los vehículos con los que habían llegado hasta allí.

Orión y Layo se encargaron de asegurarse que nadie quedaba atrás y T. se ocupó de ayudar a Ariadna, que se encontraba agotada tras el esfuerzo del último prodigo.

—Desplegad velas! —ordenó la lugarteniente de los Rebeldes cuando estuvo segura de que no faltaba ninguno de los suyos.

La obedecieron y salieron de allí a toda velocidad, tratando de aprovechar la ventaja que les había proporcionado la aparición de Heracles.

Mientras la batalla entre el semidiós y los Cíclopes continuaba a sus espaldas, los Rebeldes lograron, por fin, escapar de la Anticiudad. Una hazaña que T. y Ariadna habrían celebrado si no fuera porque ahora los acompañaban dos ásperas certezas.

Habían estado a punto de ser derrotados.

Y su magia, por primera vez, había sido insuficiente.



3

DIONISOS

Moira estaba pletórica.

Por primera vez en mucho tiempo, ni siquiera le preocupaban las insinuaciones que Argos vertía en el Congreso sobre los puntos débiles de la Inteligencia Y.

Daba igual cuánto se esforzase el General en desprestigiar su trabajo: los hechos le daban la razón. Los Polimorfos habían demostrado ser capaces de hacer frente a la magia de sus enemigos. Tal vez no hubieran obtenido una victoria completa en la Anticiudad, pero habían estado muy cerca de lograrlo.

—La investigación sobre el Segundo Eje ha dado buenos resultados. —Se congratuló Apolo, que felicitó con efusión a la Arquitecta.

—Nunca pensé que lo diría. —Se sinceró ella—, pero lo cierto es que sí. Aunque he tenido que programar, una por una, todas las metamorfosis que describe ese loco de Ovidio para que ninguna de las reacciones de los Rebeldes pueda tomarnos por sorpresa. No es posible descifrar el origen de su magia; pero gracias a los libros en que se inspira, sí que podemos imitar y prever su funcionamiento. Y, si mis investigaciones siguen avanzando, en breve también lograremos inhibirla.

Dominada por la euforia y deseosa de subrayar su triunfo, Moira activó su brazalete e hizo surgir en el centro de la sala una sombra que adoptó el cuerpo de una mujer para, en apenas unos segundos, dibujar la silueta de un árbol.

Un árbol con forma de laurel.

—Quita eso de mi vista —le ordenó Némesis—. Necesito que aplastéis a esa chusma Rebelde. Dejaos de trucos baratos.

Hermes abrió los ojos, perplejo, al descubrir que aquel árbol era idéntico al que había visto en la Estigia.

No había dejado de investigarlo desde entonces, pero su significado era un interrogante imposible de esquivar. Y por mucho que se esforzaba en restarle importancia, ese enigma le hacía dudar de gran parte de las supuestas verdades en las que había basado su carrera.

Había intentado alejar aquellos fantasmas de su mente, convencerse de que se hallaba en el lado correcto de la historia, pero descubrimientos como el árbol o la fotografía de la infancia de Némesis lo inquietaban. ¿Era posible que el lunar a la altura del cuello no fuera más que un efecto gráfico? ¿Tal vez un defecto de imagen? Esa parecía la explicación más lógica, pero había algo en la mirada de esa cría que, cuanto más lo pensaba, más diferente le resultaba de la expresión de su Presidenta.

«Todos crecemos», se decía.

«Todos cambiamos», se repetía.

Desde su visita al Taigeto, sus certidumbres habían desaparecido.

Sin embargo, conservar su puesto y —más aún— su vida exigía que mantuviese sus dudas en secreto.

—Fascinante. —Argos aplaudió con desgana la exhibición de Moira—. ¿Y cuánto dinero ha costado este espectáculo circense?

—Este «espectáculo circense» fue la clave en nuestro enfrentamiento con los Rebeldes en la Anticiudad.

—Mis Argonautas los habrían aplastado si tus bufones no se hubiesen entrometido —respondió él señalando a los Cíclopes que lo acompañaban.

La Arquitecta consideró intolerable que el General comparase aquellos ciborgs, creados a partir de un viejo diseño de Gea, con el arma defensiva que constituía la cima de su Inteligencia Y. Así que, en vez de responder a su provocación, optó por volver a pulsar su brazalete.

—Mirra —susurró.

En cuanto lo hizo, apareció un nuevo árbol, esta vez el de la mirra, en el centro de la sala. Sus ramas se extendieron y agarraron a uno de los Argonautas. El Cíclope intentó defenderse, pero le resultó imposible moverse mientras aquella criatura lo asfixiaba y lo reducía a cenizas, lo que desató la ira de Argos.

—¡Pero se puede saber qué demonios...!

—¿Le han hecho pupa mis bufones a tus juguetes, General?

Némesis no permitió que continuasen. Se interpuso entre ambos y, sin titubear, posó su mano sobre el hombro de Moira en señal de respeto.

—Has llegado aún más lejos de lo que esperábamos.

—Por primera vez hemos vencido los límites que nos imponían las leyes físicas —explicó la Arquitecta—. Los Polimorfos son capaces de adoptar múltiples formas y tamaños. Pueden transformarse tantas veces como sea necesario: de mujeres y hombres a plantas, de plantas a animales, de animales a rocas, de rocas a estrellas. Todo es posible con tal de desarmar al enemigo. O de aplastarlo cuando es preciso. Si las Náyades leían las emociones y las Águilas los recuerdos, los Polimorfos adivinan las debilidades. Averiguan qué nos vuelve vulnerables y lo emplean para destruir a su rival.

—No será magia —respondió Némesis—, pero se le parece. Solo tengo una duda: ¿necesitamos el Eje para que actúen?

La Presidenta señaló con su índice el libro de Ovidio que Apolo sostenía entre sus manos.

—En realidad —contestó el Senador—, me parece que ya no. ¿No es así, Moira?

—Cierto: el contenido del libro ha sido previamente codificado y memorizado por estos dispositivos —explicó Moira mostrando su brazalete en «M»—, con los que se controla a los Polimorfos.

—En ese caso, Apolo, destrúyelo. Es la última copia impresa y no podemos permitirnos que caiga en las manos equivocadas justo ahora.

El Senador asintió y Hermes se preguntó si habría alguna copia digital. Y, en ese caso, ¿dónde?

—Imagino que todos sabéis para qué os he convocado —continuó la Presidenta—. En este contexto, la candidatura de Egisto es irrelevante. ¿Para qué alimentar la ficción democrática con un oponente ficticio cuando ha surgido una rival auténtica? Debemos centrarnos en acabar con Penélope antes de las elecciones, pero de manera que parezca que respetamos su candidatura.

—¿Y las detenciones? —Hermes no entendía cómo iban a justificar la opresión sobre los insumisos, que se había recrudecido por todo Ypsilon.

—Las detenciones no tienen nada que ver con que no respetemos la libertad de expresión: encerramos a la gente que supone un peligro para la seguridad de Ypsilon, no a la que disiente. Son dos cosas distintas.

—Pero ¿cómo explicamos ataques como el de la Anticiudad? Los ypsilianos pensarán que...

—Los ypsilianos pensarán lo que les digamos que tienen que pensar —lo interrumpió Némesis—. ¿O tengo que decirte ahora cómo debes hacer tu trabajo?

El Ministro negó con la cabeza, confundido y abochornado. Quizá fuera por sus descubrimientos más recientes o por la extrema crueldad con la que se castigaban las protestas posteriores a la Revuelta de los Espejos, pero cada vez le costaba más asumir el liderazgo de Némesis sin verbalizar las dudas que lo atormentaban.

—Ya no necesitamos a Egisto para teatralizar las elecciones: bastará con que parezca que aprobamos la presencia de Penélope mientras que hacemos todo lo posible por quitárnosla de en medio antes de que termine la campaña. Vosotros ocupaos de que desaparezcan ella y todos sus acompañantes, que ya inventaremos cómo dar la noticia de ese trágico accidente cuando eso ocurra. Y en cuanto a Egisto...

Apolo sintió que la mirada de la Presidenta recaía sobre él, exigiendo una respuesta.

—Puedo informarle yo.

—Algo más que eso... —prosiguió Némesis—: no nos conviene arriesgarnos a que reaccione con despecho.

—Entiendo.

—Gracias, Senador. Cuenta con Hermes y Moira para asegurar que sea condenado a pena capital en un Juicio Ciudadano.

—¿Es necesario? —El Ministro de Información no daba crédito. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar la Presidenta en esa espiral de violencia que se había convertido el Ciclo del Terror?—. Estoy seguro de que podemos convencerlo para llegar a un acuerdo...

—Y ese acuerdo es su muerte. Bastante peligroso es que esos dos niñatos sigan sueltos como para permitir que Egisto pueda sumarse a ellos cuando lo destituymos de sus funciones. Y en cuanto a las fronteras —la Presidenta se dirigía ahora a Dionisos, el Ministro de Asuntos Exteriores— quiero que nuestras tropas estén desplegadas por todo el país. El movimiento Rebelde no debe contactar con ningún país extranjero hasta que pasen las elecciones y dé comienzo la siguiente etapa del Nuevo Orden.

—Mis hombres están preparados. Y deseando actuar.

Hermes miró con suspicacia a aquel tipo que siempre le había caído especialmente mal. Bajo un rostro que parecía de plástico por culpa de más operaciones quirúrgicas de las que Dionisos admitiría jamás, una espesa melena rizada y un cuerpo orondo y de escasa estatura, se ocultaba uno de los hombres más ególatras de todo Ypsilon.

A su mando se hallaban los Sátiro, Cíclopes a los que correspondían dos únicas tareas: negociar con los países vecinos cuando había que acallar

cualquier rumor sobre Ypsilon y vigilar las fronteras para evitar que ningún ciudadano pudiese traspasarlas.

Creados en tiempos de Pigmalión y mejorados por Moira durante el desarrollo de la Inteligencia Y, los Sátiros eran capaces de cumplir ambas labores gracias a los gases y vapores que expelían y con los que lograban intoxicar a sus oponentes, ya fuera para convencerlos o para envenenarlos. En cualquiera de los casos, la ebriedad que provocaban en sus víctimas las conducía, primero, a su derrota y, por último, a su locura.

—Quedan solo dos semanas hasta el día de las elecciones, así que espero que estéis todos a la altura. De lo contrario, no habrá espacio para vosotros en mi nuevo Gobierno.

Hermes salió del Consejo realmente confundido. Siempre había sido uno de los impulsores más entusiastas de las reformas del Nuevo Orden, pero su confianza se tambaleaba cuanto más sabía de los encarcelamientos, las ejecuciones y las condenas a muerte del Ciclo de Terror instaurado por Némesis. Aquella oleada de violencia se sumaba a los interrogantes que no había conseguido resolver en el Taigeto y le impedía concentrarse en sus funciones: ¿cómo seguir ejerciendo su papel de Ministro de Información en un Gobierno en el que no estaba seguro de creer?

Necesitaba el libro, pensó mientras recorría los pasillos de Naxos en busca de Apolo. Tenía que inventar algún modo de hacerse con el Segundo Eje antes de que el Senador lo destruyese. Si Moira había logrado extraer de sus páginas el laurel que había reconstruido ante sus ojos, quizás también él pudiera obtener las respuestas que, desde su visita al Taigeto, lo obsesionaban.

No sabía si eso lo ayudaría a devolver a Némesis a la sensatez de la que Moira la alejaba, pero no podía cruzarse de brazos mientras esperaba la llegada de unas elecciones que, si nadie lo impedía, acabarían teñidas de demasiada sangre.



4

LA CICATRIZ

—¿Qué diablos era eso?

Orión estaba furioso.

Nada más llegar al Refugio que habían convertido en la nueva Ítaca, exigió una reunión de urgencia y Calipso, consciente de que era necesario serenar los ánimos de su gente, accedió.

—No podemos seguir adelante sin saber a lo que nos enfrentamos.

Layo le dio la razón. A los dos les preocupaba la sobreexposición a la que los Rebeldes sometían a Ariadna y a su hijo desde que los habían convertido en una pieza esencial de su Operación Velo:

—Hasta ahora hemos contado siempre con sus dones, pero esta vez casi no salimos de allí con vida.

—Los Polimorfos eran tan poderosos como nosotros... —Añadió Ariadna, aún commocionada.

—¿Estáis bien? —Se preocupó Helena, que no acababa de entender la gravedad de lo que había sucedido en la Anticiudad. Su papel de cuidadora del Olimpo la había mantenido lejos de la trinchera que sentía que debía haber ocupado, sobre todo cuando el vínculo que la unía a Ariadna cada día era más especial. Casi sin darse cuenta, la había convertido en un miembro más de su familia, como una sobrina inesperada o una hermana pequeña con la que disfrutaba organizando aquellos libros sobre los que se empeñaba en enseñarle—. Ariadna, ¿ha pasado algo más que debamos saber?

Ella extendió ambos brazos y mostró la cicatriz que recorría la palma de su mano izquierda.

—¡Ari...! —Sus padres corrieron a su lado, pero ella no se movió. Seguía quieta, con la mirada perdida, como si aún estuviera paralizada por lo que habían vivido.

—¿Cómo no nos has dicho nada? —le preguntó Clío, mientras vendaban aquella herida que se extendía dibujando un haz de raíces en su piel.

—No lo sé. —Ariadna no mentía.

Si no había hablado hasta ahora, era porque no había sido consciente de que su enfrentamiento con los Polimorfos había dejado esa marca en ella. Una cicatriz mucho más profunda que la «H» de Heracles que, como era habitual, se había grabado en un recodo de su espalda. No podía asegurarlo, pero sospechaba que la nueva señal no era solo una prueba de su don, sino también el resultado de la dureza del obstáculo al que había tenido que enfrentarse.

—No podemos retrasarlo ni un día más. —T., que había encontrado en la acción una buena terapia para sus dilemas personales, estaba deseando dar el siguiente paso—. O hacemos caso a Dédalo y encontramos a Tiresias, o estamos perdidos.

—No hemos dejado de buscarlo. —Se defendió Calipso, que había dado orden a Paris y a Aracne de que acelerasen la investigación sobre el lugar donde se escondía el adivino. Por desgracia, su rastro eludía cualquier pista que pudiesen localizar en la red, ya fuera en la oficial o en los sistemas piratas y alternativos que los Rebeldes utilizaban para transmitir sus mensajes.

—Lo sé. —T. no quería sonar demasiado brusco, pero necesitaba que lo escuchasen. Por una vez, no quería limitarse a ser una pieza en sus planes, sino contribuir a diseñarlos. ¿Por qué no podían hacerle caso y seguir su instinto?—. Pero cruzándonos de brazos y encerrándonos aquí no vamos a encontrarlo.

—Por no hablar del *aquí* —añadió Penélope—. ¿O soy la única que piensa que Ítaca debería ser algo mejor que esta pocilga?

La candidata extendió los brazos señalando a su alrededor y Aracne, a pesar de que habría preferido contradecirlos, pensó que los dos llevaban razón.

T. estaba en lo cierto cuando se quejaba de que sus pesquisas informáticas aún no habían arrojado un solo dato útil sobre el escondite de Tiresias. Y también acertaba Penélope en que aquel lugar que habían llamado su nueva Ítaca era, siendo sinceros, un asco. Tanto que difícilmente se merecía ese nombre.

Situada en el noroeste de Ypsilon, habían elegido los túneles suburbanos de aquella Anticiudad porque se hallaba a una distancia intermedia de Geonia:

lo bastante lejos como para estar a salvo de los Cíclopes y, al mismo tiempo, lo bastante cerca como para acceder a la capital cuando llegase el momento.

—¿Dédalo no os dijo nada más? —Céfiro, que había formulado su pregunta sin malicia, se dio cuenta enseguida de que había despertado la suspicacia de sus compañeros.

—Eso mismo me gustaría saber a mí —lo apoyó Layo—, porque aquí se nos da muy bien callarnos las cosas.

—Hemos callado solo lo que había que callar. —Se defendió Calipso.

Quizá demasiado, pensó Aracne, pero optó por tragarse sus palabras con tal de no estropear la relación que, lentamente, empezaban a reconstruir. Le seguía doliendo que la hubieran mantenido al margen durante el inicio de la Operación Velo, pero creía que ese silencio no era por voluntad de Calipso ni por culpa de la ambición que algunos empezaban a vislumbrar en Penélope, sino por la fidelidad con la que respetaban las directrices y designios del Bibliotecario. Ahora que él no estaba allí, ya no tenía sentido seguir mintiendo. Era urgente que sacaran a la luz todos los secretos que pudieran ayudar a Ítaca. Cuanto antes.

—¿Y entre sus documentos? —preguntó Paris—. ¿Has encontrado algo que nos sirva, Helena?

—Solo algunos Esenciales que podrían ayudarnos. —La responsable del Olimpo miró directamente a T. y a Ariadna—. Sobre todo, a vosotros dos.

—¿A nosotros? —T. estaba muy intrigado—. ¿Por qué?

—Porque tienen que ver con lo que os ha pasado hoy. —Helena les mostró en su móvil algunas capturas de los libros a los que se refería—. Son textos muy posteriores a los Dos Ejes, pero en los que se recrean algunas de las transformaciones que cuenta Ovidio en sus *Metamorfosis*. Mirad este poema de Garcilaso, por ejemplo.

—¿Este poema de quién?

—Garcilaso.

—Maravilloso. Como no teníamos ya bastante gente rara... —comentó T. con socarronería—. ¿El Garci este también era colega de Ovidio?

—Mucho, sí —se rio Helena—. Si no fuera porque les separaban unos cuantos siglos, seguro que se habrían ido de fiesta juntos.

—Entonces, ¿qué tiene que ver el tal Garciloquesea con el Segundo Eje?

—Es una de las pistas que nos permiten conocer su contenido. De momento, no contamos con ningún ejemplar íntegro de la obra de Ovidio, pero sí podemos conocer sus relatos a partir de versiones posteriores como las

de Garcilaso. Así que puedo prepararos una selección para que los memoricéis y contéis con más alternativas entre vuestro repertorio.

—¿Memorizar? —T. tragó saliva: nunca había imaginado que su papel de héroe iba a requerirle tantas horas de estudio—. ¿Más?

—No me lo puedo creer. —Saltó de nuevo Orión—. ¿Estamos en medio de una guerra y lo único que se os ocurre es que nuestro hijo lea poesía?

—Deja que nos lo explique. —Lo apaciguó Layo, que empezaba a sentirse incómodo ante los arrebatos de su marido—. Seguro que hay una buena razón.

—Lo siento —se disculpó Orión, consciente de que su actitud no estaba ayudando en nada a los Rebeldes—. Esta situación es difícil para todos.

—Tranquilo. —Lo serenó Helena antes de girarse hacia T. y Ariadna—. Vuestro don se nutre de esas historias. No sabemos aún cómo, pero está relacionado con los Dos Ejes y, ya que conocéis tan bien el Primero, es buena idea que os familiaricéis cuanto antes con el contenido del Segundo.

—¿Y no sabéis dónde puede estar el libro original? —preguntó Ariadna, que, después de haber recibido la cura de sus padres, parecía más recuperada.

—Solo que Némesis se hizo con un ejemplar, pero ignoramos si queda alguna otra copia —les explicó Helena.

—Ella misma se encargó de recogerlo en el Taigeto —añadió T., recordando la historia que le habían contado los Cazadores.

—Nuestra única esperanza es dar con Tiresias —sentenció Calipso—. Ni siquiera es seguro que organicemos más mítines ni asambleas públicas hasta que contemos con la garantía de que no habrá víctimas. De momento, tendremos que conformarnos con los encuentros virtuales.

—Pero eso seguirá exigiendo que la gente se suscriba a nuestras redes —reflexionó Céfiro—. Y si lo hacen y los descubren, tendrá consecuencias...

—No se puede hacer una revolución sin víctimas —respondió Penélope, y la mayoría de los Rebeldes, por un segundo, contuvo la respiración.

Aunque eran conscientes de que su movimiento había sido el detonante del Ciclo del Terror, en realidad había una única causa: la violencia que, desde hacía años, ejercía el propio Senado. Ahora, sin embargo, los atormentaba la idea de servir de cebo para que los ypsilianos elevasen su voz y pagasen las consecuencias por ello.

—No podemos detenernos —argumentó la candidata, convencida de que no cabía la opción de retroceder—. Hemos conseguido que por fin haya gente que nos apoye y, si desaparecemos, el poder propagandístico del Senado se impondrá hasta que nos olviden. Esa es la única muerte que debería

preocuparnos: en cuanto los convenzan de que no existimos gracias a sus hologramas y sus bots, nos habremos convertido en cadáveres, aunque sigamos respirando.

A pesar de que su mano seguía ardiendo, como si la herida no se hubiera cerrado aún, Ariadna empezaba a encontrarse algo mejor. T. se acercó a ella y, sin decir nada, acarició su cicatriz. Y ella, que había aprendido a leer sus gestos, entendió su respaldo y se lo agradeció.

—A lo mejor hay alguien ahí fuera que pueda ayudarnos —sugirió T.—. ¿Nadie tiene el número de Tiresias para hacerle una perdida o algo?

—Ojalá fuera tan fácil. —Helena negó con la cabeza.

—Una perdida, no sé —intervino Leda, que se granjeó inmediatamente la atención de todos—. Pero quizás sí haya alguien que pueda darnos una pista.

—¿Y de quién se trata? —Calipso se mostró esperanzada ante aquella noticia.

La líder de las tropas rebeldes tragó saliva.

Era difícil justificar que hubiesen perdido tantos días desde la Revuelta de los Espejos por culpa de su orgullo. La soberbia le había impedido proponer la solución que ahora, por mucho que intentase negarlo, se veía abocada a admitir. Y le resultaba aún más complicado asumir que debería acudir en busca de aquella mujer si querían dar con el paradero de Tiresias.

—Leda, por favor... —Le rogó Calipso.

—¿Nos lo vas a decir o no? —La apremió Penélope.

Harta de los malos modos de la candidata, Leda la fulminó con la mirada antes de responder:

—La única persona que puede ayudarnos es, por desgracia, también la única de todos los Rebeldes que podría negarse a hacerlo.

—Pero ¿de quién se trata? —Se impacientó Aracne.

—De Hipólita.



5

LAS AMAZONAS

Después de una acalorada discusión, decidieron que fuese Leda quien dirigiese la expedición en busca del adivino, a pesar de que Penélope consideraba que era preferible que siguiese a cargo de la defensa de la nueva Ítaca y que enviasen a cualquier otro en su lugar.

—Solo yo puedo convencer a Hipólita. Además, ahora que sabemos hasta dónde llegan las fuerzas de nuestros enemigos, no podemos permitir que T. y Ariadna se enfrenten a los Polimorfos sin ayuda.

Los padres de ambos le dieron la razón y estuvieron de acuerdo en que, junto con ellos tres, también partiesen Helena y Paris. Ella, porque creía que sus conocimientos sobre el Segundo Eje, aunque fueran parciales, podían ayudar a los más jóvenes, a quienes ilustraría con sus personajes e historias mientras iban de camino. Y él, porque, además de sumar sus cualidades informáticas al equipo, también necesitaba pasar algo más de tiempo junto a la mujer a la que amaba y con la que mantenía una relación por la que ambos habían tenido que luchar mucho.

—¿Y nosotros cuatro? —A Clío le costaba ver marchar a su hija sin unirse a aquella comitiva que, siendo objetiva, le resultaba demasiado escasa.

—Vosotros es mejor que os quedéis aquí. Cuantos más seamos, más fácil es que nos localicen los equipos de vigilancia de los Cíclopes. Y, además, vuestras emociones son lo último que necesitamos... —les explicó Leda—. Nosotras nos encargaremos de protegerlos.

Esperaron al anochecer, se distribuyeron en dos vehículos y siguieron la ruta que la lugarteniente había introducido en sus sistemas de navegación. El

itinerario los llevó muy cerca de la frontera norte de Ypsilon, tanto que casi podían adivinar las siluetas de los Sátiros que la custodiaban. Leda les advirtió que no se aproximaran a ellos.

—¿Estás segura de que es aquí? —T. no dejaba de mirar a su alrededor en busca de una señal de vida humana o androide que, de momento, no encontraba.

—Estoy segura —asintió ella, convencida de que Hipólita no tardaría en aparecer.

—Pero si no hay nadie —apuntó Paris, que coincidía con T. en su perplejidad.

—Sí que lo hay —aseguró Ariadna, dejándose llevar por una intuición que se había desatado en ella con la misma intensidad con que le había empezado a arder de nuevo la herida de su mano izquierda—, y están muy cerca.

—¿Están? ¿Pero se puede saber qué haces, Ari?

T. no entendía por qué se había puesto de rodillas, por qué había agarrado una de las piedras que llenaban aquel suelo desértico, ni qué pretendía restregándola contra el pavimento.

Todos se acercaron a contemplar lo que había dibujado Ariadna: se trataba del Equus, el símbolo con el que los Rebeldes se alertaban de los lugares seguros en que podían cobijarse o intercambiar información.

—Ahora ya saben que estamos aquí.

—Eso parece —respondió T. apuntando a la polvareda que, a unos metros de ellos, levantaba lo que parecía ser un ejército de Cíclopes—. Y no estoy seguro de que sea una gran noticia.

—¡Desplegad velas!

En cuanto Leda dio el grito de guerra de los Rebeldes, corrieron a situarse en posición de ataque, dispuestos a hacer frente a los ciborgs enviados por el Senado. Solo cuando los tuvieron más cerca se dieron cuenta de que aquel grupo estaba formado por un conjunto de criaturas y mujeres a las que no habían visto jamás.

Ante ellos había una decena de mujeres de edades, físicos y etnias muy diversos que cabalgaban a lomos de androides con forma equina y torso y rostro humanos. Además de los Centauros que les servían de montura, todas ellas presentaban tres rasgos comunes: su mirada desafiante, el arco y la aljaba dorada que llevaban a su espalda, y el brazo mecánico con el que ahora mismo los apuntaban.

—¿Quiénes sois? —los interrogó la que debía de ser la líder del grupo. Su larga cabellera verde y sus ojos claros y rasgados llamaban tanto la atención como la rotundidad de su físico, que doblaba en corpulencia y musculatura tanto a sus compañeras como a cualquiera de los Rebeldes allí presentes. Ni siquiera Leda, a pesar de su extraordinario aspecto, podía compararse con ella.

—¿Tanto he cambiado? —le respondió la lugarteniente itacense.

—¿Leda? ¿Eres tú?

—Pues claro que soy yo, Hipólita.

A su señal, todas sus compañeras bajaron sus arcos, aunque permanecieron en guardia, prevenidas en caso de que aquel encuentro fuese una emboscada y tuviesen que entrar en acción.

—Vengo en son de paz, te lo aseguro.

—No son buenos tiempos para eso —dijo Hipólita con sarcasmo.

—Lo sé. Por eso mismo necesitamos tu ayuda.

—¿Ahora sí la quieres? —Ni Ariadna ni T. sabían de qué estaban hablando, pero resultaba evidente que había algo pendiente entre ellas—. Porque creo recordar que han pasado más de diez años desde que nos pedisteis a mis Amazonas y a mí que os dejásemos en paz.

—Fue decisión de Dédalo. Si tú no lo hubieras desafiado, Hipólita...

—Solo quería hacer las cosas de otra manera.

—De la tuya, para ser más precisas.

—Sí, ¿y qué? ¿Por qué tenía que ser mejor su estrategia que la que yo planteaba?

—Porque con la tuya solo les habríamos dado la razón. Provocar más atentados no habría acabado con Ypsilon; solo había ayudado a perpetuar el Nuevo Orden.

—¿Más aún? Porque yo diría que les ha salido un Gobierno bastante perpetuo.

—No quiero discutir esto ahora... No tenemos tiempo. Necesitamos que nos ayudéis si no queréis que el Senado acabe con nuestra única opción de deshacernos de su yugo de una maldita vez.

—¿Y por qué no ha venido él a pedírmelo? ¿Su orgullo no se lo ha permitido? ¿O es que Dédalo está demasiado ocupado como para visitar a una de las personas que le fueron más fieles cuando Ítaca ni siquiera era un sueño?

—Está muerto, Hipólita.

—¿Cómo? —La expresión de perplejidad en el rostro de la jefa de las Amazonas era sincera. Y, si Ariadna no se engañaba, la tristeza que asomó en su mirada, también.

—Dédalo, ¿no lo sabías?, murió en el Taigeto. Fue su última hazaña.

—¡Maldito seas, viejo testarudo! —gritó Hipólita mientras luchaba por tragarse las lágrimas.

No estaba dispuesta a permitir que nadie la viese llorar por aquel hombre que la había desterrado por desobedecer sus directrices y al que, a pesar de todo, seguía respetando. El mismo que había visto en ella a la guerrera que hoy era y que podría haberla aupado a uno de los puestos que ahora ocupaban Leda, Penélope o cualquiera de las demás líderes Rebeldes.

«Eres mi Instinto», le había dicho en una ocasión.

La llamó así poco antes de que la reprendiese por eso mismo: por ser la rabia que se desbocaba, la pasión que no sabía contenerse, la furia que reclamaba la acción inmediata frente a los planes sosegados y siempre a largo plazo que trazaba el anciano Bibliotecario y cuya inspiración, según decía, sacaba de los augurios de Tiresias. Esa había sido la última de sus misiones: ayudar a ocultar al adivino y escoltarlo junto a sus Amazonas hasta el lugar en el que permanecía escondido desde entonces.

—Necesitamos que nos lleves hasta él. —Leda estaba convencida de que no tenía sentido perder tiempo enredándose en una diplomacia que no las conduciría a ninguna parte, así que prefirió ser directa.

—¿Hasta Tiresias? —Hipólita no lo dudó ni por un segundo: sabía que si habían ido hasta ella era porque buscaban al augur—. ¿Pero has perdido el juicio?

—Si Dédalo hubiese acudido a ti para pedírtelo...

—Pero no lo ha hecho, ¿verdad? Y fue él quien me ordenó que no desvelase su paradero. ¡Nunca!

—Sabes que eso no es cierto...

Las dos prefirieron morderse la lengua y no decir nada más de lo que pudieran arrepentirse. De repente, podían verse a sí mismas diez años atrás, más jóvenes y, sin duda, más ingenuas. Convencidas de que la batalla contra el Senado sería mucho más fácil de vencer de lo que Dédalo les contaba y dispuestas a demostrarle que disponía de un ejército de mujeres tan poderosas como leales: ellas serían quienes derribasen el Nuevo Orden y establecerían los cimientos del sistema que lo sustituiría.

«Somos tanto los caminos que elegimos recorrer como los que decidimos evitar», les había advertido el Bibliotecario citando de memoria, como de

costumbre, una de las profecías de Tiresias. «Y cuando esos caminos os lleven hasta la encrucijada que más teméis, elegid el destino común: solo así lograréis salvaros».

Entonces no habían comprendido a qué se referían aquellas palabras que Dédalo recitaba como si fueran suyas, pero ahora, diez años después, cobraban sentido. Esa era su encrucijada y ese, también, el momento que más temían. El instante en el que Hipólita debía decidir si podía confiar en Leda y Leda tenía que renunciar a su orgullo para solicitar la ayuda de Hipólita. Ambas se enfrentaban a una situación incómoda y contraria a su naturaleza, así que parecía que esos caminos de los que hablaba Tiresias acababan de encontrarse.

—Estoy segura de que él querría que nos ayudases —se atrevió a intervenir Ariadna, dispuesta a demostrarlo con su don.

—¿Y a ti quién te ha preguntado nada, niña? —la calló Hipólita, que enseguida la identificó como la chica de la que, desde el Décimo Aniversario, habían empezado a correr rumores y leyendas por todo Ypsilon.

Ariadna no estaba dispuesta a perder ni un solo segundo más: cerró los ojos y visualizó el único nombre que necesitaba que la acompañase en aquel momento.

D-É-D-A-L-O

Era la primera vez que invocaba a un muerto, así que no podía prever cuál sería la consecuencia de su intento, pero estaba segura de que cualquier cosa sería mejor que seguir suplicando el auxilio de aquella mujer que parecía inmune a sus palabras.

—Pues creo que *la niña* lleva razón —T. subrayó aquella palabra con sarcasmo a la vez que elevaba uno de sus brazos hacia el cielo—, ¿no os parece?

Las Amazonas dirigieron su mirada hacia el firmamento, justo en la misma dirección a la que apuntaba el joven, y descubrieron cómo un grupo de estrellas se había alineado formando una constelación nueva; una constelación que simulaba, con precisión geométrica, la silueta del triángulo con la que representaban al Bibliotecario en los organigramas secretos de Ítaca.

—¿Ahora me crees?

—Espero no arrepentirme de esto. —Fue todo lo que respondió Hipólita, que no se mostró excesivamente sorprendida por aquel prodigo, antes de ordenar que las siguieran.

—Tranquila —le aseguró Leda—, no lo harás.



6

TEMPUS FUGIT

—¿De verdad no hay otra opción?

Hermes aguardaba a que Apolo le entregase los documentos que autorizaban la puesta en marcha del Juicio Ciudadano contra Egisto. Su rúbrica, que debía figurar junto a la de Némesis, garantizaba que esas decisiones no respondiesen a los caprichos de una dictadura personalista, sino que eran respaldadas de manera unánime por el Senado.

—Ya has escuchado la opinión de nuestra Presidenta.

Aunque no podía ser demasiado explícito, el Ministro tampoco estaba dispuesto a seguir guardando silencio mientras se cometían atrocidades con las que no estaba de acuerdo. Siempre había defendido los métodos de Némesis porque creía que era el único modo de proteger el Nuevo Orden y frenar los ataques de los terroristas que le habían quitado la vida a Jacinto. Sin embargo, ahora le costaba encontrar justificación para el baño de sangre con que pretendía callar a sus adversarios y castigar delitos que, en el caso de Egisto, ni siquiera se habían producido.

—¿Y tú estás de acuerdo? ¿Crees que esta justicia preventiva es la solución a nuestros problemas? —Hermes observó con atención el gesto del Senador. Buscaba en él alguna reacción, por minúscula que fuera, que le permitiese interpretar sus verdaderas intenciones, pero Apolo lo escuchaba imperturbable—. No podemos condenar a muerte a Egisto por algo que no ha hecho.

—Eso deberías haberlo expuesto en el Consejo...

—¡Y lo he intentado! Pero nadie ha querido hacerme caso. ¿No te das cuenta de que cualquier día podría sucedernos lo mismo? ¿Quién nos asegura que no acabaremos siendo un estorbo igual que ahora lo es Egisto?

—¿Eso es lo que te preocupa?

—Ya veo que no vas a ayudarme...

—Voy a ayudarte guardando silencio. —La voz del Senador pasó de sonar amigable a resultar hostil—. ¿O quieres que te explique las consecuencias que podría tener que se hiciera pública esta conversación?

—Entiendo. —Hermes se arrepintió de haber buscado ayuda en la persona equivocada. Estaba claro que aquel hombre llevaba demasiado tiempo al lado de la Presidenta como para no haber perdido por completo la perspectiva.

—Deberías tener cuidado —le advirtió—. Eres uno de nuestros activos más valiosos, y por eso mismo voy a fingir que no he oído nada, pero confío en que aprendas a cerrar la boca cuando corresponda. ¿O eso no forma parte de lo que os enseñan en el Ponto?

A Hermes lo descolocó aquella alusión a su pasado.

¿Por qué había tenido que mencionarlo? ¿Para hacerlo sentir inferior?

Todos en el Senado sabían que el Ministro era, junto con Moira, uno de los dos Niños Perdidos que habían logrado escalar desde el Ponto hasta el Gobierno. Dos casos que se habían presentado ante la opinión pública como la prueba irrefutable del éxito educativo del Orfanato Estatal de Ypsilon, a pesar de que ninguno de los reportajes con los que se celebró la llegada a sus respectivos ministerios mencionase la primera y más valiosa lección que se aprendía en el Ponto: la supervivencia.

—¿Esperas que me avergüenze por haber llegado hasta aquí? —Hermes no iba a tolerar que lo humillasen por ser quien era—. A lo mejor quienes deberíais avergonzaros sois los que no habéis hecho otra cosa que heredar méritos que ni siquiera son vuestros.

—No hace falta que te alteres; solo era un comentario. Además, si tan orgulloso estás de tus orígenes, deberías tomártelo como un elogio. —El Senador se puso en pie y le devolvió los documentos—. Ahora, si me disculpas, me espera nuestra Presidenta. Y no te preocupes: cuando esté en su presencia, no recordaré nada de lo que acabamos de hablar tú y yo... De momento.

El Ministro apretó los puños y esperó a que Apolo abandonara la sala para dar un puñetazo sobre la mesa. ¡Cómo había podido ser tan idiota! ¿En qué momento había creído que sería capaz de despertar en aquel hombre las mismas dudas que lo atormentaban a él? Estaba furioso consigo mismo e

inquieto por lo que pudiera suceder en el futuro. Se sentía aislado en medio de un Gobierno en el que a nadie le importaba nada que no fuera su propia permanencia: Némesis había dejado claro que estaba dispuesta a todo con tal de perpetuarse en el poder, y él, maldita sea, no podía hacer nada para evitarlo.

Se disponía a salir de allí rumbo a su despacho cuando se dio cuenta de que, en la mesa de trabajo de Apolo, estaba el ejemplar del Segundo Eje que la Presidenta le había confiado para su destrucción. Lo más seguro era que, tan pronto como se diese cuenta, el Senador volviera para ponerlo a buen recaudo, pero no podía dejar de aprovechar la oportunidad que tenía por delante. Los últimos sucesos habían logrado alterarlo tanto como para que cometiese esa imprudencia, así que corrió hasta el libro y, con su móvil, fotografió el índice, las cubiertas, el impreso en el que se confirmaba su destrucción —«junto con la copia digital que se custodia en el Ponto», había añadido a mano el Senador— y tantas páginas como fue capaz antes de escuchar los pasos de Apolo y tener que alejarse de allí rápidamente.

Refugiado en una de las salas al otro lado del pasillo, esperó a que el Senador saliese con el Segundo Eje entre sus manos antes de encerrarse en su despacho para buscar alguna pista que le indicase dónde y cómo debía seguir investigando. La clave, pensaba, debía de estar en ese árbol que había visto ya en dos ocasiones. El laurel que se escondía en la Estigia y que Moira había hecho nacer dentro del propio Naxos. Que el secreto mejor guardado de Ypsilon compartiese forma con el arma letal que acababa de mostrarles la Arquitecta no podía ser algo casual. Pero ¿de qué modo se relacionaba con aquel ejemplar?

Revisó con atención el índice y se fijó en que Ovidio había dividido el contenido de *Las metamorfosis* en otros quince libros. Cada uno de ellos, según lo que se sugería en esas primeras páginas, se componía de múltiples relatos que compartían una misma característica: en todos ellos se contaba la transformación mágica de un personaje que, por deseo de los dioses, acababa convirtiéndose en un animal, en una planta o incluso en una constelación.

Tras la exhibición de Moira, dedujo que los Polimorfos eran una réplica tecnológica de aquellas historias. Convencido de que en alguno de esos pasajes debía encontrarse la alusión al laurel que había descubierto en el Taigeto, no cejó hasta que dio con él. Exacto: ahí estaba, en el primero de los quince libros. Por desgracia, aquel relato no formaba parte de las páginas que había logrado fotografiar, pero sí contaba con la escueta descripción que

figuraba en el índice: «De cómo Dafne, perseguida por Apolo, se convirtió en laurel».

Le resultó curiosa la coincidencia entre el nombre del Dios y del Senador, aunque estaba acostumbrado a que todo cuanto existía en Ypsilon hundiese sus raíces en los referentes antiguos que Orfeo había escogido con el objetivo de engrandecer su poder, y que Némesis, después del Triple Atentado, había mantenido con el único afán de neutralizar sus evocaciones mágicas y poéticas. Pero lo que realmente llamó su atención fueron, sobre todo, dos hallazgos.

El primero, la existencia de aquella mujer, Dafne, de la que no había oído hablar antes y que parecía guardar una relación muy estrecha con el secreto del árbol de la Estigia.

Y el segundo, un hecho que le resultó preocupante. Al revisar una vez más el índice del Segundo Eje, se fijó en que, entre los nombres que se citaban, aparecían todos los que habían perdido la vida en el Triple Atentado: tanto las víctimas más célebres —Orfeo, Pigmalión y Galatea— como las anónimas, entre las que se contaban, además de su querido Jacinto, los tres miembros del servicio palaciego que, en el momento del ataque, se hallaban en Naxos: Níobe, Hipómenes y Atalanta.

Pasó su dedo índice por el nombre de Jacinto como si, rozando sus letras, pudiera volver a acariciar su piel, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

La tristeza por la pérdida que había marcado su juventud se sumaba a la rabia, pues no podía dejar de pensar en lo ingrata que era siempre la historia, que rara vez dedicaba a sus protagonistas las líneas que se merecían. Quizá ni siquiera tuviera sentido que siguiera esforzándose tanto como lo había hecho hasta ahora por dejar su huella, cuando, al fin y al cabo, no sería más que otro borrón entre sus páginas. Le bastaba con acordarse de cualquiera de esos cuatro nombres que habían caído en el olvido para convencerse de ello. ¿Quién los recordaba ahora? ¿Quién sabía, en todo Ypsilon, que Jacinto, Níobe, Hipómenes y Atalanta habían dado su vida la noche en que fue asesinado el Triunvirato? Nadie en absoluto. Todos recordaban a Orfeo, Pigmalión y Galatea, los protagonistas de las arquitecturas efímeras y las esculturas nómadas que llenaban el país para conmemorar a los tres héroes que se sacrificaron para que naciera el Nuevo Orden, pero ignoraban quiénes fueron esos otros hombres y mujeres que murieron tratando de protegerlos.

Según se resumía en aquellas páginas, al igual que Dafne se había transformado en árbol, Jacinto se había convertido en una flor idéntica a la que Hermes llevaba en su solapa, Níobe se había vuelto de piedra de tanto

llorar la muerte de sus hijos, e Hipómenes y Atalanta habían sido convertidos en los leones del carro de Cibeles como castigo a su desacato a los dioses. Pero, más allá de los prodigios que narraba Ovidio sobre esos personajes, no parecía haber otras conexiones ni similitudes entre ellos. Al menos, no las necesarias para contestar a los interrogantes que seguían acuciando al Ministro, que empezaba a pensar que el único modo de dar con las respuestas sería leyendo el resto de ese libro.

No podía contar con el ejemplar de Apolo. No solo porque era demasiado arriesgado acercarse a él después de la conversación que acababan de mantener, sino porque lo más probable era que el Senador lo destruyese ese mismo día. Y resultaba mucho menos sensato aún preguntarle a Moira, así que su única opción consistía en confiar en que esa copia digital, a la que aludía Apolo en su acta de destrucción, siguiese estando disponible en el Ponto. El único lugar al que, desde que había cruzado sus muros, se había prometido no volver.

Odiaba la idea de regresar allí. No quería despertar los recuerdos que se abalanzarían sobre él tan pronto como contemplase, una vez más, el lema de la entrada. Ese *Tempus fugit* grabado en una caligrafía tan picuda y estrecha que casi resultaba terrorífica.

Estaba seguro de que le bastaría con regresar a sus puertas para que toda su infancia y su adolescencia se hiciesen de nuevo presentes, ahogándolo con la soledad y el miedo que llegó a sentir durante aquellos años entre las Gorgonas que custodiaban la entrada y los Lotófagos encargados de las clases y la convivencia. El temor había sido, al mismo tiempo, su mayor estímulo, pues lo había empujado a forjar lazos y alianzas con los demás Niños Perdidos.

Quienes acababan recluidos allí eran poco más que un nombre y un apodo. El nombre se lo imponían los Lotófagos con el fin de anular desde el principio cualquier vestigio que los atase a su vida anterior, y el apodo surgía pronto de los rumores y burlas de sus compañeros.

Según sus estatutos, una de las misiones del Orfanato Público de Ypsilon era garantizar la autonomía emocional de sus internos, de modo que su gabinete directivo había decidido que lo mejor era cortar de raíz cualquier vestigio del pasado que pudiera lastrar su crecimiento y desarrollo personal. Por ese motivo, se les insistía en que su vida comenzaba en un «ahora» y no en la pregunta obsesiva por un «antes». De ahí aquel *Tempus fugit* con el que se les recordaba a diario que el tiempo huye, animándolos a que no perdiessen

ni un momento mirando hacia el ayer y concentrasen toda su energía en preparar el futuro.

Eso, precisamente, era lo que Hermes siempre había hecho.

Mirar hacia el futuro e imaginar maneras de que su presente fuese un poco más habitable.

Poco a poco, comenzó a expresar sus quejas y reivindicaciones sobre cómo se podía mejorar la vida en el Ponto, lo que le hizo ganarse tanto el apodo de *El Presi* como más de una sanción por parte de los Lotófagos. Hasta que su capacidad para el liderazgo resultó tan obvia que los responsables del Ponto decidieron ponerse en contacto con Naxos para hablarles del potencial de un chico que, si lograban controlar, podía ser de gran utilidad para el Nuevo Orden.

«Tiene carisma, pero también ciertos impulsos libertarios que habrá que reprimir», escribieron los Lotófagos en el informe que recibió Apolo y que, tras comprobar su veracidad, entregó a Némesis. Fueron ellos los que exigieron su presencia en el Senado y quienes, después de someterlo a todo tipo de exámenes y pruebas, lo eligieron como uno de los miembros más jóvenes de su equipo, confiando en que el poder y la riqueza que le ofrecían a cambio de su talento bastase para anular la voz contestataria de ese «presi» que había sido en su adolescencia.

La misma voz que ahora, ante la marejada de sangre y violencia que se extendía a su alrededor, había vuelto a despertar.

No podía imaginar por qué se ocultaba justo en el Ponto una copia digital del texto de Ovidio. ¿Qué relación había entre aquel libro y el Orfanato? Tal vez se debiera a que Némesis había considerado que podía ser un lugar doblemente seguro: tanto por la protección que ofrecían los Lotófagos y las Gorgonas como por el hecho de que era difícil concebir un espacio así como el escondite del Segundo Eje. ¿Uno de los dos libros más perseguidos en todo Ypsilon en el mismo lugar en que se hacían los Niños Perdidos? Tal vez sí hubiese una explicación o quizás, en el peor de los casos, no fuese más que una casualidad que lo conduciría a un callejón sin salida.

Una alerta en su móvil interrumpió sus reflexiones.

«Neutralizados por los Sátiro más de un centenar de Rebeldes en las fronteras».

Sabía bien qué significaba ese «neutralizados».

Muchos habrían resultado heridos de gravedad y habrían sucumbido a los delirios que provocaban los centinelas de Dionisos. Otros puede que incluso

hubieran muerto, y el resto irían ahora de camino al Tártaro o, si ya no quedaban celdas disponibles, al Hades.

No quería sentir compasión por esa gente a la que ni siquiera conocía, pero la condena de Egisto le hacía preguntarse cuántos inocentes más estarían siendo víctimas de ese Ciclo del Terror al que alguien debía poner fin.

Y atreverse a regresar al Ponto y encontrar la verdad sobre el árbol que se atravesaba en su vida una y otra vez parecía el único modo de conseguirlo.



7

INSTINTO

—¿Por qué nunca intentaste regresar?

—¿Y por qué tendría que haberlo hecho?

Hipólita no titubeó ante aquella pregunta de Helena, con la que la responsable del Olimpo trataba de entender los motivos que la habían mantenido lejos de Ítaca durante tanto tiempo. Había conocido lo bastante a Dédalo como para intuir que podría haber llegado a perdonarla por lo que fuera que hubiera pasado entre ambas.

—Con vosotras a nuestro lado, seríamos más fuertes. Además, así no habríais estado solas.

—¿Quién os ha dicho que estemos solas? —Las Amazonas sonrieron con complicidad ante la respuesta de su líder—. Sencillamente, no queríamos vivir como pretendían que lo hiciéramos.

—Dédalo solo quería lo mejor para todos. —Lo defendió Leda.

—¿Y por qué teníamos que asumir que se hiciera siempre a su manera? Él valoraba a quienes lo aplaudían. Como vosotras tres. Le gustaba que su Cerebro, su Corazón y sus Músculos le diesen la razón. Pero no soportaba que su Instinto se la quitase.

—A lo mejor tendrías que haber aprendido a escuchar.

—A lo mejor tú no tendrías que ser siempre tan obediente. ¿O no te das cuenta de que habéis vivido sometidas todo este tiempo?

—He vivido tan libre como tú, Hipólita, pero dentro de la familia que no tienes.

—Claro que la tengo. —Abrió sus brazos señalando a sus Amazonas—. ¿Verdad, Deyanira?

La joven a la que había aludido asintió.

—Ellas son mi familia. Y cualquiera de nosotras daría su vida por las demás, te lo aseguro. Por eso tomamos aquella decisión: porque entre la dictadura oficial y la de Ítaca, elegimos quedarnos al margen.

—Ítaca no es una dictadura —repuso Ariadna, ofendida por su comentario.

—Ah, ¿no? —Hipólita no había dejado de observarla desde que se habían unido a su grupo. Su don le despertaba una mezcla de curiosidad y admiración—. Y entonces, ¿cómo explicas que se censurases mis métodos? La única opción que nos dio Dédalo fue hacer las cosas a su modo o largarnos.

—¿Y si lo hizo porque estabais equivocadas? —replicó Leda, que estaba deseando que reanudaran el camino. Aquella pausa táctica, en la que debían decidir cómo acercarse hasta el territorio fronterizo en el que se hallaba refugiado Tiresias, se estaba alargando demasiado.

—Si nos hubiera apoyado, esta guerra habría terminado mucho antes.

—Y con muchos más muertos. —Se opuso la lugarteniente Rebelde.

—¿Los cadáveres de ahora no cuentan? —protestó Deyanira para apoyar a su líder—. ¿La gente que está siendo masacrada por los Cíclopes en Geonia y por los Sátiro en las fronteras no os importa? Quizá podíamos haberlo evitado si hubiésemos seguido los planes de Hipólita.

—No hay forma de saberlo —negó Paris con la cabeza—. Además, tú entonces no debías de ser más que una niña.

—Eso no tiene nada que ver. —La defendió Ariadna—. Los años que tengamos o que dejemos de tener no hacen que nuestras ideas valgan menos.

—Sobre todo —apostilló T— cuando a nuestra generación le va a tocar arreglar todo el caos que ha provocado la vuestra.

—No quería ofender a nadie —trató de disculparse Paris—, pero tampoco tiene mucho sentido preguntarnos cómo habría sido algo que ni siquiera sucedió.

—Podríamos preguntarle a tu gente —sugirió Leda con aire enigmático.

—Hazlo —la retó Hipólita.

—¿Estás segura de que ninguna habría preferido hacerlo de otro modo? ¿Todas repetirían las decisiones que tú has tomado? ¿Una por una?

La líder de las Amazonas volvió la cabeza hacia sus compañeras, invitándolas a que se atreviese a interrogar a cualquiera de ellas.

—Me van a decir lo que saben que quieres escuchar, pero si no pudieras oírlas, quizá sería diferente. ¿O ninguna se ha arrepentido nunca de vuestro ritual? —preguntó a la vez que señalaba su brazo metálico.

—Somos leales a una causa más grande que nosotras mismas. Así que no: nadie se arrepiente de nada. Por eso hemos resistido solas hasta ahora. Y si queréis nuestra ayuda, más os vale respetarlo. Sobre todo cuando te aseguro que no tenéis ni idea de lo que realmente pasó entre Dédalo y yo.

—Pues cuéntanoslo —la desafió Leda.

—No... Eso tendría que haberlo hecho él. A mí no me corresponde confesar los delitos de otro.

—¿Pero se puede saber qué estás diciendo?

Leda estaba a punto de lanzarse contra la Amazona, pero Helena logró aplacarla con la mirada. No les convenía ganarse la animadversión de la única persona que podía guiarlas hasta Tiresias. La lugarteniente de los Rebeldes se mordió la lengua, tragó saliva y evitóadir una sola palabra. Ni sobre el modo en que acababa de difamar a Dédalo, ni tampoco sobre la amputación ritual que Hipólita imponía a sus Amazonas.

Entendía que deseasen convertir sus cuerpos en armas letales, pero eso podía lograrse, tal y como había hecho ella misma, a través del entrenamiento y la disciplina. Leda se consideraba tan peligrosa como cualquiera de aquellas mujeres, y no había tenido que prescindir de uno de sus brazos para conseguirlo. Ellas, sin embargo, solo podían pertenecer a las Amazonas si llevaban uno de aquellos implantes que había diseñado la propia Hipólita y que compartían la misma tecnología y materiales que había empleado en la creación de los Centauros.

—Deberíamos pensar en cómo esquivar a los Sátiro —apuntó Helena, convencida de que su supervivencia dependía de la capacidad de mantener unido a aquel grupo tan dispar—. Si Tiresias se encuentra, como nos habéis dicho, tan cerca de la frontera norte, es muy posible que nos topemos con ellos.

Hipólita extendió ante ellas un mapa holográfico de Ypsilon y señaló el lugar exacto al que debían dirigirse.

—Lo importante es llegar hasta la Esfinge —les indicó.

—No sé por qué —comentó T.—, pero me da que no es un lugar al que nos vayan a invitar a entrar...

—Y no te equivocas. —Le dio la razón Hipólita—. Lo excepcional será que nos dejen hacerlo.

—¿Pero en qué consiste exactamente la Esfinge? —Ariadna deseaba contar con una descripción lo más precisa posible. Tal vez así pudiesen anticiparse a los nuevos retos.

—Se trata de un complejo virtual compuesto de diferentes plataformas, cada una de ellas capaz de conectar con un espacio y con un tiempo diferentes. Fue lo último que diseñé con Dédalo antes de que nuestros caminos se separasen... Yo puse la arquitectura y él, con la ayuda de Tiresias, dotó aquel espacio de la inteligencia artificial que lo protege.

—¿Un complejo virtual? —T. no acababa de comprender qué significaba aquello.

—Digamos que es un espacio real que finge no serlo. —Trató de describirlo Hipólita—. Sus dimensiones pueden reducirse o ampliarse de acuerdo con la voluntad de la persona que lo habita y domina, pues está conectado con la mente del propio Tiresias. Él decide abrir sus puertas y cerrarlas. Y hasta hacerlo visible o invisible.

—Más nos vale que quiera que lo veamos... —comentó T.

El adivino le provocaba un enorme recelo. Había algo en aquel personaje que le hacía sospechar de sus motivos y hasta de sus intenciones, tal vez porque lo culpaba de los enigmas que rodeaban su pasado. Si Dédalo no los había engañado, su vida y la de Ariadna estaban marcadas por los designios del augur, así que T. no podía evitar pensar en él como en una persona cruel, capaz de sacrificarlos con tal de conseguir sus objetivos.

—Me temo que ya nos han visto... —las alertó Paris—, pero justo quienes no debían.

De acuerdo con las señales que llegaban a su pantalla, los Cíclopes se hallaban a menos de cinco kilómetros de allí y avanzaban con rapidez.

—¡Desplegad velas! —gritó Leda mientras animaba a su gente a correr hacia los vehículos para proseguir su viaje.

—No. —Se plantó Hipólita, que detuvo a sus Amazonas antes de que montaran sobre los Centauros.

—¿Te has vuelto loca? —La lugarteniente Rebelde no estaba dispuesta a tolerar ni una sola excentricidad más por parte de aquella mujer, que se empeñaba siempre en llevar la contraria.

—Huyendo los estaríamos guiando hasta la Esfinge. Y si Tiresias cae en manos del Senado, habremos perdido nuestra oportunidad de acabar con el Nuevo Orden.

—¿Prefieres que esperemos a que nos maten? —Helena no acababa de entender cuál era la propuesta de Hipólita.

—Prefiero que seamos nosotras las que los sorprendamos a ellos.

—Nosotras... —masculló Paris.

—¿Ha herido tu masculinidad? —se rio Deyanira.

—Tranquila —bromeó Helena, que conocía bien las susceptibilidades de su pareja—, ya se le pasará. Tiene alguna que otra cosa que trabajarse...

—¿Nos centramos en salvar el pellejo, o vais a seguir discutiendo tonterías? —se quejó T., temiendo que los Cíclopes llegasen en cualquier momento.

—Teniendo en cuenta nuestra posición actual y la velocidad a la que se desplazan —analizó Paris—, lo más probable es que no se trate solo de Rastreadores, sino de Argonautas acompañados de Sátiro.

Ariadna y T. habían oído hablar de los cíborgs que se encargaban del control de las fronteras, pero nunca habían tenido que enfrentarse a ellos. Sabían que estaban dotados de un sofisticado armamento químico, un gas que provocaba la locura y con consecuencias tan letales que la mayoría de sus víctimas acababan perdiendo para siempre la noción de su propia identidad. Tras su desafortunado encuentro con los Polimorfos, ambos temían que su don tampoco fuera efectivo contra los Sátiro.

—Nuestra única opción es transformar la huida en una emboscada.

—¿Esperar a que vengan? —Helena no creía que aquella fuera la alternativa más razonable.

—La rapidez con que se mueven es muy superior a la nuestra —razonó Hipólita—. Si huimos, solo estaríamos retrasando el enfrentamiento.

—Y cuando nos diesen caza, nos encontraríamos en medio de la nada —la secundó Deyanira—, aún más desprotegidas.

—O peor aún —insistió la líder de las Amazonas—: tan cerca de Tiresias como para que localicen su refugio.

Le habría encantado oponerse, pero Leda se dio cuenta de que tenían razón. Resultaba ridículo seguir pretendiendo que bastaba con adelantarse a esas tropas que no tardarían en darles caza. Era mucho más sensato trazar un plan de urgencia para vencerlos en cuanto llegasen.

—Eso es lo que Dédalo jamás quiso entender. —La voz de Hipólita estaba teñida de una amargura en la que Ariadna creyó adivinar una relación compleja entre ambos, como si el afecto que los había unido en algún momento del pasado jamás los hubiese abandonado del todo—: que a veces es mejor plantarle cara al peligro antes que seguir huyendo.

—Y entonces, ¿qué? —T. estaba ansioso porque alguien le diera instrucciones—. ¿Cómo vamos a acabar con ellos?

—Esperando a que lleguen aquí —le respondió Hipólita, a la vez que lanzaba una mirada a Ariadna— para demostrarles que se han equivocado subestimándonos.

—Suena bien —sonrió T., al que cada vez le gustaba más aquella mujer tan decidida.

Se pusieron en corro para trazar una estrategia que les ayudase a salir indemnes de la batalla, y tanto T. como Ariadna sabían que ellos iban a ser el corazón de ese plan.

Solo esperaban que Dédalo hubiese acertado cuando llamó a Hipólita su Instinto, porque si aquella mujer estaba equivocada, podían verse envueltos en una situación muy peligrosa. Y, quizá irreversible.



8

LOS SÁTIROS

Acompañados de al menos una veintena de Argonautas, las tropas de Dionisos se sorprendieron de no encontrar a nadie en el destino hasta el que los habían guiado sus sensores de búsqueda.

—Tened cuidado —les advirtió el Sátiro al mando de la expedición—: podría ser una trampa.

Los Rebeldes aguardaban ocultos entre los restos de un antiguo taller mientras los Cíclopes peinaban el terreno. Paris había conseguido crear un muro inhibidor con el que su rastro seguiría siendo indetectable durante al menos unos minutos más, pero después no habría modo de esconderse de aquellos seres, de los que se decía que eran los más sanguinarios de todos los esbirros del Senado.

De altura semejante a la de los Rastreadores, aunque con un físico mucho menos atlético, los Sátiro casi parecían apacibles. Orondos, de complexión robusta y con una tupida barba que cubría su boca casi por completo, lucían dos diminutos cuernos desde los que expulsaban una sustancia tóxica con la que lograban enajenar a sus oponentes.

—Deberían estar aquí...

El comandante de los Argonautas no tuvo tiempo de decir una sola palabra más.

Una lluvia de flechas disparadas por Hipólita y sus Amazonas con tanta rabia como puntería acabó con su vida y derribó a parte de los cíborgs que lo acompañaban.

—¡Ahora! —gritó Leda, y los Rebeldes abandonaron el lugar en que se habían escondido para poner en marcha su plan.

Si todo salía según lo previsto, la emboscada cogería por sorpresa a los Sátiro y les daría una ventaja frente a ellos. Sin embargo, tan pronto como salieron al campo de batalla, se dieron cuenta de algo con lo que no contaban: los guardias de las fronteras no se hallaban solo enfrente... sino también sobre ellos.

—¡Mirad! —T. apuntó hacia el cielo, desde donde los cíborgs los amenazaban montados en sus Pegasos.

—¡Poneos a cubierto! —gritó Helena: tan pronto como los Sátiro disparasen sus armas químicas, el gas se expandiría con facilidad y no tardaría en hacerles efecto.

Hipólita estaba demasiado ocupada conteniendo a los Argonautas, y Leda solo podía guiar a los Rebeldes de regreso al taller donde se habían mantenido escondidos. A pesar de que corrieron a ocultarse, el virus de la locura ya había empezado a expandirse.

Deyanira fue la primera en caer. En cuanto el gas la alcanzó, comenzó a arrastrarse por el suelo como si fuera una serpiente, enroscándose sobre sí misma ante la mirada alarmada de sus compañeras.

—¡Sacadla de aquí! —ordenó Hipólita a dos de ellas mientras seguía combatiendo con los Argonautas, exponiéndose a respirar aquel veneno letal.

Paris se infectó justo después. Se arrodilló y se puso a aullar mientras vagaba sin rumbo por el campo de batalla.

—Ven conmigo, T.

—¿Crees que podemos hacer algo, Ari?

—No lo sé... Pero espero que sí.

Los dos notaban los primeros síntomas de aquel gas que, de momento, no había logrado cambiar su conducta. La rapidez de su efecto variaba en cada persona, de modo que había quienes, como Ariadna y T., resistían inmunes durante un periodo mayor de tiempo que otros, como Paris y Deyanira.

—Me cuesta... —le confesó T. Si bien el virus aún no se había adueñado de su conciencia, lo cierto es que sí empezaba a alterarla. Le resultaba difícil recordar las imágenes y personajes que hasta ahora habían sido su salvación, y ni siquiera estaba convencido de que de Ariadna pudiera ayudarlo en esta ocasión.

—A mí también —admitió ella—, pero tenemos que intentarlo.

Esta vez no bastaba con cerrar los ojos y confiar en su intuición. Su capacidad de concentración se debilitaba por segundos, así que debían darse

prisa y tomar una decisión. Tendrían que escoger el prodigo ellos mismos y asegurarse de que, pasara lo pasara, no perdían el control sobre sus poderes.

—Hazlo tú. —Ariadna puso en las manos de T. una minúscula navaja—. Tienes que dibujarme una «A».

Se subió la manga y cerró los ojos esperando a que él tatuara aquella letra en el antebrazo.

—No puedo... —T. se sentía incapaz de hacerle daño.

—Piensa que es como un pacto de sangre, nada más. Pero debes hacerlo tú. Es el único modo de que la magia funcione.

A tan solo unos metros de ellos, Helena se puso en cuclillas y empezó a agitar los brazos como si fuera un pájaro. Aquel espectáculo entre trágico y grotesco despejó las dudas que le quedaban: debían actuar de inmediato. Así que T., con el máximo cuidado posible, grabó esa «A» en la piel de Ariadna mientras ella buscaba, una a una, las letras del nombre que había elegido.

A-N-D-R-Ó-M-E-D-A

El suelo se abrió a sus pies y de él surgió una gigantesca roca a la que parecía que hubiera una mujer encadenada. Su larga cabellera negra ocultaba el rostro de un cíborg que tenía cuatro gigantescos látigos metálicos en cada una de sus cuatro extremidades.

Andrómeda sacudía los látigos con violencia, haciéndolos restallar contra los Sátiro. Entretanto, la sombra de un hombre con aspecto de militar comenzó a deslizarse a toda velocidad entre los Argonautas, ayudando a las Amazonas a derribarlos.

«Bien hecho, Perseo», pensó Ariadna mientras recorría con su dedo índice la cicatriz que la «A» había dejado en su piel. Necesitaba aferrarse a ese dolor para que Andromeda continuara haciendo su trabajo. En cuestión de segundos había conseguido derribar a los Sátiro de sus Pegasos y los mantenía inmovilizados contra el suelo, a la espera de que alguien le ordenase qué hacer con ellos.

—Mátalos —le pidió Hipólita, que intentaba, sin éxito, que Deyanira volviese en sí—. ¡Mátalos a todos!

Solo tenía que imaginarlo para que ocurriese, pero Ariadna se sintió incapaz de provocar aquella ejecución múltiple. ¿No habría otro modo de deshacerse de ellos?

—No hay antídoto. —Leda, que imaginaba las dudas de la joven, le dio el único argumento que sabía que la convencería—: Cuando un Sátiro se apropiá de tu identidad, el único modo de recuperarla es acabar con la suya.

Ariadna, sin dejar de acariciar su nueva cicatriz, abrió los ojos y vio a Helena adoptando posturas imposibles y tratando de emular los movimientos y hasta el graznido de un ave. El dolor de contemplar así a su compañera le hizo ordenar a Andrómeda que apretase sus cinchas hasta ahogar a todos los Sátiro, a la vez que T., transformado en Perseo, aniquilaba a los pocos Argonautas que las Amazonas habían dejado escapar con vida.

Solo cuando los Sátiro dejaron de respirar, Deyanira, Paris y Helena recuperaron la cordura. Durante los primeros segundos fueron incapaces de reaccionar, y su desconcierto hizo temer al resto que el ataque que habían sufrido les hubiera dejado graves secuelas.

—¿Estáis bien? —Leda corrió a socorrerlos mientras Hipólita daba órdenes a sus Amazonas para que la ayudasen a *hackear* y desviar el curso de los Pegasos. De ese modo conseguirían engañar al Senado y evitar que tuviese noticia de lo que acababa de suceder, mientras ellas continuaban su camino hasta la Esfinge.

—No lo sé... —Helena sentía que su cabeza estaba a punto de estallar, y Paris y Deyanira experimentaban un dolor idéntico.

Los tres se encontraban demasiado débiles para continuar la expedición, pero no podían perder tiempo. La disyuntiva era evidente: o continuaban sin ellos, o se arriesgaban a permanecer allí hasta que se encontrasen mejor. Sin embargo, desconocían cuánto podrían tardar en recuperarse, de modo que la segunda alternativa podía comprometer la seguridad de todo el grupo.

—Debemos separarnos. —Leda sabía que aquella era la única decisión sensata y, aunque temía las consecuencias de dividirse justo ahora que se encontraban tan cerca de Tiresias, su prioridad era proteger las vidas de quienes lo habían dado todo en la batalla.

—Estoy de acuerdo.

Le sorprendió que, por primera vez desde que se habían reencontrado, Hipólita le diese la razón. La lugarteniente Rebelde agradeció su gesto con un ligero movimiento de cabeza y se preguntó si el desencuentro con Dédalo en el pasado, del que siempre había culpado a la Amazona, no se debería también a la testarudez del primero y a su dificultad para asumir que sus pupilas llegasen a alcanzar una autonomía que las alejase de su poder. O que incluso les permitiera eclipsarlo. Quizá las cosas no fueran tan simples como había creído hasta entonces. En cualquier caso, más allá de lo que hubiera pasado años atrás, ahora tenían que apoyarse la una en la otra si querían sobrevivir.

—Lo más lógico es que yo acompañe a T. y a Ariadna mientras tú te quedas a cargo del campamento con los heridos.

Llamar campamento a aquel taller semiderruido y destalado era una metáfora demasiado optimista, pero Leda estaba de acuerdo en que el único modo de cumplir con éxito su misión era delegar la búsqueda de Tiresias en Hipólita. Ella era la única persona que podía encontrarlo.

—Mis hermanas se quedarán contigo —le ofreció—. Y nosotras tres nos ocuparemos de llegar hasta la Esfinge. A ver si logramos que Tiresias nos cuente toda la verdad...

—¿Dudas que lo haga? —A T., que había recuperado su forma hacía unos instantes, le preocupaban las misteriosas alusiones con las que se referían al adivino.

—No creo que sea mal tipo —respondió Hipólita—. Pero se podría decir que su don va por libre...

—¿Su don? —Ariadna reaccionó extrañada ante aquella palabra. ¿Era una elección casual, o la había empleado intencionadamente?

—O su capacidad para ver el futuro. Llámalo como quieras...

Pero Hipólita había dicho «don». Y esa palabra se repetía como un eco dentro de Ariadna. ¿Y si Tiresias fuera, como había discutido con T., igual que ellos? ¿Y si no eran los únicos con un don como el que les había salvado la vida hacía tan solo un momento?

Llegar hasta la Esfinge no solo les serviría para interrogar al augur sobre lo que Dédalo pretendía que les confesara, sino que también los acercaría a las zonas más oscuras y secretas de su pasado. Esas que, después de haberse visto obligada a matar a los Sátiro, Ariadna no estaba tan segura de querer atravesar. Solo eran cíborgs, pero ¿y si hubieran sido personas? ¿Habría actuado del mismo modo? ¿Leda la habría convencido con la misma facilidad? Pensar que pudiese hallar aún más tinieblas en esas respuestas la aterraba. ¿Y si acercarse a la verdad sobre su don suponía asumir una oscuridad para la que no estaba preparada?

—¿Cuánto calculas que tardaréis, Hipólita? —Leda necesitaba saber cuándo debería intervenir en caso de que surgiese algún imprevisto.

—En solo un par de horas deberíamos estar a las puertas de la Esfinge. Y luego... —la Amazona vaciló—, lo que pase luego es cosa de Tiresias. Y de ellos dos.

—Tenéis cuarenta y ocho horas. Si en ese tiempo no habéis regresado, saldremos en vuestra busca. ¿De acuerdo?

—Puedes estar tranquila, Leda. No será necesario. Estaremos de vuelta antes.

T. y Ariadna querían confiar en Hipólita, pero lo que a ellos les inquietaba no era volver a tiempo, sino la incertidumbre de si serían los mismos cuando lo hicieran.



9

HELIO

El aumento de la tensión en Ypsilon se podía palpar tanto entre los Rebeldes de la Nueva Ítaca como entre los miembros más distinguidos del Senado.

Ni Calipso y Aracne eran capaces de encontrar el camino de regreso a una relación que habían deteriorado los secretos del pasado, ni Némesis se creía a salvo del creciente individualismo con el que actuaban sus mandos de confianza.

El Cerebro y el Corazón de Dédalo seguían luchando por perdonarse los secretos que las habían distanciado, tratando de disculpar los silencios que las habían desterrado del territorio que habían construido juntas a un espacio donde debían aprender nuevas normas de convivencia y que, además, se veía alterado por el liderazgo de Penélope, que había tenido que sustituir sus mítinges callejeros por foros virtuales ante la crudeza de los últimos ataques de los Cíclopes.

La cancelación de los actos multitudinarios de los Rebeldes era una de las pocas noticias que serenaban a Némesis. Frente a la exhibición de fuerza que suponían las concentraciones físicas, ahora Ítaca solo contaba con una candidata recluida en un lugar indefinido y unos encuentros digitales que apenas duraban unos minutos, pues enseguida eran interrumpidos por los mecanismos de censura de Ypsilon. A pesar de lo que hubiera podido calar su mensaje gracias a la Revuelta de los Espejos, su escasa visibilidad actual, sumada a la propaganda del Senado y a la rápida capacidad de olvido de los ypsilianos, favorecía la reelección de la Presidenta por una mayoría abrumadora.

Penélope era tan consciente de ese peligro como la propia Némesis, y lo que para la segunda era una garantía de su éxito, para la primera significaba la confirmación de un fracaso que debían evitar a toda costa. No podían dejar que la revolución se desinflase por culpa del miedo.

—¿Me estás diciendo que quieres volver a salir ahí fuera? —Calipso no estaba dispuesta a asumir las consecuencias que aquella decisión podría acarrear—. Porque el problema no es solo que tú te juegues la vida, sino que pongas en peligro la de toda la gente que asista. ¿O tengo que recordarte lo que pasó en el Mitin de los Polimorfos?

—El Mitin de los Polimorfos... —resopló Aracne, que, a pesar de estar de acuerdo con Calipso, también entendía los argumentos de Penélope para querer retomar la acción—. Nos han robado hasta los nombres.

—Por eso no podemos quedarnos de brazos cruzados —insistía la candidata—. No tenemos ninguna posibilidad de ganar si no convencemos a Ypsilon de que nos dé su apoyo.

—Tampoco vamos a conseguirlo si te asesinan antes, Penélope... O si matan a quienes estén en nuestro bando.

—¿Y entonces?

Calipso le pidió que la acompañara para mostrarle los planos de la nueva arma en la que ella y Aracne llevaban semanas trabajando.

—Habrá que dejar que Helio haga su trabajo.

Las dos desplegaron el holograma tridimensional que mostraba el dispositivo que habían diseñado: un sistema de drones y pantallas móviles de gran tamaño que podían multiplicarse con la misma rapidez con la que cambiaban de forma los Polimorfos y que eran capaces de retransmitir cualquier mensaje.

—El día de las elecciones, lanzaremos nuestro Helio al aire para difundir por todo Ypsilon la información de la que dispongamos. Y lo mejor es que, por primera vez, lograremos atravesar nuestras fronteras y llamar la atención de la opinión internacional. Hasta ahora, el resto de países han ignorado lo que sucede aquí porque el único relato oficial es el del Nuevo Orden, pero cuando Helio surque los cielos, eso cambiará para siempre.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo?

Aracne activó lo que ella y Calipso habían bautizado como el código de transparencia y Helio se hizo invisible a sus ojos, sin que pudieran ver adonde se dirigían aquellas pantallas que acababan de desaparecer en tan solo décimas de segundo.

—Hemos logrado una velocidad de desplazamiento que hace que el sistema sea prácticamente indetectable, lo que nos permitiría propagar las revelaciones de Tiresias tanto dentro como fuera de Ypsilon.

—Sí Ariadna y T. consiguen que les diga algo.

—Lo lograrán.

—Estáis muy seguras de que Tiresias oculta algo importante...

—De lo contrario, ¿por qué nos habría pedido Dédalo que fuésemos en su busca?

—Quién sabe —suspiró Penélope—. Ese anciano estaba tan lleno de secretos que a veces dudo hasta de lo que viví a su lado.

—Solo intentaba protegernos. —Lo defendió Calipso—. Por eso nunca nos contaba todo lo que sabía.

—Ya —replicó Aracne—. Y quizá protegiéndonos haya logrado salvarnos la vida, pero también nos ha robado la confianza.

—¡Tenéis que ver esto! —Las voces de Layo y Orión las interrumpieron y las obligaron a salir al encuentro de los demás—. ¡Es Egisto!

—¿Egisto?

—Mirad —Orión puso ante sus ojos el reporte que el Senado acababa de hacer público—: lo han ejecutado.

La muerte de Egisto no había logrado quitarle el sueño.

Era cierto que le preocupaba la reacción que había percibido en parte de su entorno más cercano, pero ya se encargaría ella de premiarlos por su lealtad y de que olvidasen aquella ejecución.

Némesis no podía permitirse dejar cabos sueltos y, aunque agradecía la fidelidad de aquel titere durante los diez años en los que le había sido útil, ahora había tenido que elegir entre el peligro que suponía su vida o el silencio que le garantizaba su muerte. Un dilema que no admitía más que una sola respuesta: la de su propia supervivencia.

Como su veredicto había despertado las suspicacias entre algunos de los miembros del Senado, extremó las precauciones con el fin de evitar conflictos con sus Ministros y Consejeros, de modo que ninguno de ellos albergase dudas sobre su futuro. Si todos sentían que la Presidenta contaba con ellos como piezas clave del que sería su nuevo Gobierno, seguirían trabajando al mismo nivel, a pesar de que ella tuviera planeados algunos cambios que no comunicaría hasta que pasaran las elecciones.

Hermes, que era consciente de esa pequeña brecha que la ejecución de Egisto había abierto en el poder de Némesis, se decidió a aprovecharla para solicitarle que autorizase su visita al Ponto. Necesitaba contar con una licencia oficial, y enseguida encontró la excusa perfecta para justificarlo.

—Necesitamos promocionar tus logros sociales —argumentó ante Némesis, que trataba de disimular el desasosiego que le provocaba aquella propuesta—. La represión contra los Rebeldes está robando el protagonismo a nuestras dos máximas: la utilidad y la felicidad. Y si queremos que el futuro del país se asiente sobre una base sólida, es urgente que recuperemos esos principios y los expongamos con ejemplos concretos.

—¿Y por qué el Ponto? Podríamos hablar de otras medidas, como los Retroespacios o los Pisos Blancos. Después de la Crisis Global, la mayoría de la gente no tenía ni siquiera un sitio digno donde cobijarse. El Nuevo Orden solucionó esos problemas.

—Pero el problema de la vivienda pertenece al pasado. Y la gente no se emociona con algo que da por sentado. Necesitamos apelar a una realidad cotidiana: cómo esas niñas y esos niños sin familia reciben una educación que les permite aspirar a un futuro tan brillante como el de Moira o el mío.

—Sabes que a la Arquitecta no le gusta que le mencionen aquellos años...

—Pues no lo haré. Me limitaré a hablar de quienes están hoy allí. Lo que necesitamos es mostrar el lado más humano del Nuevo Orden. Contrastar la empatía y la solidaridad de la Presidenta con la crueldad de los Rebeldes. Especialmente ahora que hemos difundido el rumor de que Egisto era uno más de ellos...

Seguía creyendo que aquella maniobra había sido precipitada, pero la apabullante unanimidad en el veredicto del Juicio Ciudadano le había demostrado que cada vez necesitaba esforzarse menos para manipular el criterio de Ypsilon. Eso constituía una ventaja a la vez que un singular inconveniente: la ciudadanía se había vuelto tan permeable a la rumorología y los bulos informativos que, tras la Revuelta de los Espejos, podía oscilar con demasiada rapidez entre una opinión y la contraria.

—Si queremos que los ypsilianos sigan apoyándonos y acabar de una vez con los desórdenes que han desatado los Rebeldes, debemos recordarles que la felicidad, su felicidad —subrayó con intención aquel sustantivo que constituía el pilar del Nuevo Orden—, está en nuestras manos.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Tres días, tal vez cuatro. Lo justo para llegar hasta allí, elaborar un buen reporte y comenzar a difundirlo cuanto antes.

—Que sean tres. Y si puedes reducirlo a dos, mejor aún. Os necesito disponibles para cualquier emergencia que se pueda presentar. Mientras esos dos adolescentes sigan ahí fuera, no podemos bajar la guardia.

El Ministro se despidió de ella, satisfecho de su gestión, y la Presidenta permaneció unos instantes en silencio, temiendo que todo lo que escapaba a su control acabara desbordándola.

La existencia de T. y de Ariadna constituía un riesgo lo bastante grave como para añadir nuevos conflictos. Y la petición de Hermes, que se disponía a acudir a uno de los escenarios con los que Némesis había evitado que la relacionaran, era un foco de peligros. Algo que debía disimular si no quería desvelar su secreto y dar pistas sobre el único dato de su pasado que nadie, jamás, debía conocer.

Pero prohibirle ir hasta allí en medio de un contexto tan delicado solo habría avivado su curiosidad, así que decidió mantener la calma y confiar en que nadie lograría reconstruir las huellas que tanto se había esmerado en borrar.

Su supervivencia personal y política dependía de que no se descubriese que hubo una época, mucho tiempo atrás, en la que fue una más de esos Niños Perdidos. Escondida entre los muros como uno de los Casos Únicos, aislada para que nadie supiera jamás de su existencia. Esa niña que ahora, años después, había logrado vengarse de todos los que le habían hecho daño en el pasado.

Respiró hondo y decidió que era un buen momento para sugerirle a Moira que trabajase en una nueva criatura. Quizá nunca necesitaría recurrir a aquella medida extrema, pero los hechos no le daban tregua y prefería estar prevenida.

Por si acaso.



10

LA ESFINGE

—Debería estar aquí.

Hipólita revisaba una y otra vez las coordenadas en su pantalla, comparándolas con el punto exacto en el que se hallaban, pero existía un inexplicable desacuerdo entre sus datos y lo que veía a su alrededor.

Según la geolocalización de sus dispositivos, habían llegado hasta las inmediaciones del refugio del adivino. Sin embargo, ninguno de los tres era capaz de descubrir indicios de su presencia en medio de aquel páramo desierto.

—¿No puede ser que haya algún error en tus cálculos? —T. no quería desconfiar de ella, pero, después de una década, le parecía lógico que hubiera algún desajuste entre lo que la Amazona creía recordar y lo que hubiera hecho en realidad—. Ha pasado mucho tiempo...

—Estoy segura de que es aquí... El día que instalamos la Esfinge no es de los que se olvidan fácilmente.

Por un segundo, Hipólita se vio a sí misma diez años más joven, poniendo en marcha aquel complejo sistema de plataformas que había diseñado junto a Dédalo y con el que nunca llegó a estar del todo de acuerdo. Aquella había sido la primera discusión importante que tuvo con el Bibliotecario y, sin duda, el momento que quebró la confianza entre ambos.

—¿Y no sería mejor obligarlo a que se quede a nuestro lado? —había preguntado Hipólita—. Si Tiresias es tan poderoso como dices, lo lógico es que participe en la lucha. No que se esconda como si fuera una rata.

—No se esconde —le había respondido Dédalo, a quien le faltaba muy poco para perder la paciencia ante sus constantes cuestionamientos—: lo protegemos. Es muy diferente. Sus facultades podrían convertirlo en un arma muy poderosa si cayese en las manos equivocadas, así que debemos asegurarnos de que nadie lo encuentra. Solo así podrá indicarnos los pasos adecuados para conseguir nuestros objetivos.

—¿Y cuáles son esos pasos? ¿Esperar a que Némesis lo destruya todo?

—¿Pretendes saber más que Tiresias? —El Bibliotecario explotó—. ¿Se supone que tú sabes más que alguien que puede alertarnos de lo que va a suceder en el futuro y de cómo evitarlo?

—¿Pero no ves que ni siquiera tiene sentido? —Hipólita no estaba dispuesta a darle la razón—. Si el futuro ya está escrito, ¿cómo lo vamos a evitar?

—No están escritos los hechos, sino los pasos que conducen a ellos. —Y citó de memoria una de las profecías del augur a la que recurría más a menudo—: «Somos tanto los caminos que elegimos recorrer como los que decidimos evitar».

—Pues a lo mejor este camino es el peor de todos —insistió ella—. A lo mejor estamos creando una jaula de oro para alguien que debería estar en primera línea de batalla y no aquí encerrado.

—Lo ha pedido él. Necesita estar a salvo hasta que Dite quiera abrir sus puertas a las únicas dos personas que pueden entrar en ella.

—¿Y sabes quiénes son? ¿O es otro acertijo más de ese adivino loco?

—No lo sé —admitió el Bibliotecario—, pero lo intuyo.

La relación entre Dédalo e Hipólita nunca volvió a ser igual después de aquella discusión.

Ella cumplió con sus obligaciones y terminó con la parte que le correspondía en la creación e instalación de la Esfinge, pero poco después de que Tiresias entrara en ella y se cerraran sus puertas, estalló la gran discusión entre ambos. Una pelea de la que la Amazona nunca había hablado con nadie y que la llevó a alejarse de un grupo con el que cada vez tenía menos en común. No sabía si el camino que escogía —en soledad— era mejor que el camino que evitaba, pero sí que era la única opción sincera, a pesar de que la herida de esa amistad rota siempre permanecería en ella. Y ahora, en medio de aquel paisaje vacío, volvía a abrirse.

—Si estás segura de que es aquí... —dijo Ariadna.

—¿No he dicho ya que lo estoy? —La interrumpió la Amazona.

La joven, que no pretendía dudar de ella, corrió a disculparse.

—Por eso mismo. Lo que quería decir es que tal vez hayamos llegado a la Esfinge, aunque no podamos verla.

—Ari, eso sí que no —bromeó él—. Trabalenguas y acertijos, no, A ver si ahora tú también te me vas a poner mística. Que con un adivino ya tenemos bastante.

—Tiene que haber algún modo... —insistía Ariadna.

Los tres se giraron y miraron atentamente a su alrededor. La búsqueda de la Esfinge los había guiado hasta el noreste de Ypsilon, casi en el límite con Beta, uno de los países con los que las relaciones se habían enfriado después de la instauración del Nuevo Orden pero que, como el resto de la comunidad internacional, jamás se había atrevido a oponerse abiertamente a Némesis.

A su alrededor se extendía un terreno escarpado, apenas poblado por diminutos matorrales y árboles esqueléticos, en el que se adivinaba a lo lejos un río medio seco. Todo parecía un recuerdo hostil de tiempos mejores, mucho antes de que la Crisis Global hubiese devorado los recursos naturales hasta convertir Ypsilon y los estados colindantes en una tierra yerma, donde la tecnología se afanaba por cubrir los huecos que iba dejando tras de sí la naturaleza.

La catástrofe ecológica se convirtió enseguida en el preludio de la crisis humanitaria, no solo por el hambre y la pobreza, sino porque debilitó las relaciones entre los diferentes países, alentando la construcción de muros entre algunos de ellos. Que nadie interviniese en Ypsilon a pesar de las sospechas de los crímenes del Nuevo Orden contra los derechos humanos no era solo consecuencia de la censura del Senado, sino también de la indolencia internacional.

—Según tus planos —Ariadna señalaba la pantalla de Hipólita—, eso debería ser la Esfinge.

—Pues ahí solo hay un árbol, Ari, y medio muerto —contestó T., tan perplejo como ella—. Así que o han cerrado la Esfinge por falta de público o nos hemos equivocado de sitio.

—A lo mejor no lo estamos mirando bien.

—¿A qué te refieres? —Hipólita sentía una fascinación cada vez mayor por aquella niña que desdecía con sus acciones los supuestos límites de su edad. Quizá, se dijo, la culpa fuera suya por subestimarla. Quizá se había olvidado de cómo era ella cuando tenía doce años y por eso ahora le sorprendía que Ariadna asumiese el liderazgo con tanta naturalidad.

—Este lugar es tan secreto porque hay más gente buscando a Tiresias, ¿verdad?

—Némesis no ha dejado de hacerlo...

—¿Y no hay nada que lo proteja? ¿Algo que impida que cualquiera pueda acceder a él?

Hipólita recordó la frase de Dédalo.

—«Necesita estar a salvo hasta que Dite quiera abrir sus puertas a las únicas dos personas que pueden entrar en ella».

—¿Dite? —preguntó T., desconcertado—. ¿Qué es eso?

—La Ciudad de los Muertos.

—Ah, qué bien. Qué lugar más alegre... Este viajecito cada vez pinta mejor.

—¿Dos únicas personas? —repitió Ariadna.

—Eso me explicó Dédalo cuando terminábamos de instalar la Esfinge... Entonces no sabía a quién se refería, pero creo que ahora tenemos claro de quién se trataba.

—«Buscad a Tiresias» —intervino T.—. Esas fueron sus últimas palabras. Ariadna asintió.

—Y, aunque no nos lo pudiera decir —prosiguió él—, nos lo estaba pidiendo a nosotros.

—Muy bien —dijo Hipólita—, pero eso sigue sin explicar por qué la Esfinge no está donde debería.

—Lo está —sonrió Ariadna, satisfecha de comprobar que al fin habían encontrado la respuesta—, pero si nadie ha podido encontrar a Tiresias, es porque para hacerlo se necesita...

—El don —afirmó T.

Por un segundo, sintió caer sobre sí mismo el peso de aquel sustantivo, ese don que, desde el regreso de las Islas, se repetía en su vida una y otra vez.

El don que tienes.

El don que te caracteriza.

El don que te distingue.

Se prefería antes, cuando su mayor arma era el cuerpo. Cuando su superpoder residía en su capacidad para dominar todas y cada una de las técnicas del *jiu-jitsu*. Cuando podía reducir a su enemigo solo con la fuerza de sus manos.

Ese don sí era manejable. Y, sobre todo, no lo convertía en nada que se pareciera a un elegido. O a lo que fuera que Dédalo, incluso después de muerto, pretendía hacer de él.

Odiaba volverse sombra.

Odiaba esas metamorfosis en las que, en vez de creerse poderoso, sentía que le robaban su identidad. Seres que no podía controlar porque su imaginación se dejaba llevar por los mitos que había leído junto a Ariadna. Los mitos que se narraban en los Dos Ejes y que, desde la Revuelta de los Espejos, se había ocupado de memorizar ante la insistencia de sus padres.

«Es necesario que hagas ese esfuerzo», le pedía Layo.

«Tienes que intentarlo», le daba la razón Orión.

Y T. llegó a aprenderse cada página de la *Odisea* con la misma precisión con que Ariadna había llegado a sabérsela tiempo antes. Porque los dos compartían el don, ese maldito don, y un viejo loco al que todos los Rebeldes veneraban había asegurado que el futuro de Ypsilon estaba en sus manos.

Prefería ser un proscrito a un héroe.

Un forajido a un ciudadano ejemplar.

Y, sobre todo, prefería ser libre a sentirse esclavo.

Porque si fuera libre, si no cargara ese maldito don sobre sus espaldas, no habría tenido que alejarse así de Nausícaa. Sin ni siquiera despedirse. Sin tener tiempo de decirle que ella era lo mejor que le había pasado en sus dieciséis años de vida...

Pero de eso no había hablado aún con nadie. Y, mucho menos, con Ariadna.

No quería convertirse en un obstáculo en el camino de una lucha por algo mucho mayor que ellos mismos. Ni que Ari pensara que el recuerdo de una chica a la que apenas había conocido durante unos días le nublaba el juicio, aunque él supiera que, por mucho que intentara mentirse, sí le nublaba el corazón.

—Si somos nosotros quienes debemos abrir esa puerta, imagino que vamos a tener que usar nuestro don a la vez —propuso T., dispuesto a alejar las sombras que lo acechaban—. ¿A ti se te ocurre alguna manera?

Ariadna no respondió enseguida. Estaba convencida de que la respuesta tenía que guardar algún tipo de relación con ellos dos. En ese vínculo que no conseguía discernir se ocultaba la llave necesaria para llegar hasta Tiresias.

—Me gustaría ayudarlos —se ofreció Hipólita—, pero no sé bien cómo.

—Lo peor es que ni siquiera lo sabemos nosotros —contestó T., agradeciendo su gesto y tratando de explicarle cómo funcionaban sus facultades—. Es como si te hubieran regalado un arma que sabes que es letal pero que no tienes ni idea de cómo se activa...

—Y, cuando lo hace —Ariadna, que parecía haber dado con la respuesta que buscaba, completó su frase—, tampoco sabes qué puede pasar.

—Eso quiere decir que ya has decidido algo, ¿a que sí?

T. había reconocido el brillo que se encendía en su mirada cada vez que creía dar con una solución.

—Puede —contestó con aire misterioso.

—¿Ahora te vas a hacer la interesante?

Ella se rio antes de explicarles a T. y a Hipólita las conclusiones a las que había llegado.

—Lo que tenemos que hacer es buscar la puerta en nuestro libro —sugirió sacando su desgastado ejemplar de la *Odisea*—. Y creo que sé cuál es...

Ariadna colocó su ejemplar entre ambos y, con un gesto, le pidió a T. que lo sujetara junto a ella. Hipólita se mantuvo en silencio, viendo cómo los dos sostenían el ejemplar de Homero y, con sus manos entrelazadas, cerraban los ojos.

—¿Estás listo?

T. creyó escuchar, a través de sus sueños, la voz de ella mientras los dos comenzaban el viaje hasta el episodio en que Odiseo regresa a su hogar. Al momento en que, tras cruzar las puertas de su casa en Ítaca, encuentra a Penélope asediada de pretendientes que quieren obligarla a casarse con uno de ellos. Y, unas líneas después, a la escena en la que el héroe coge su arco y acaba, flecha tras flecha, con la vida de aquellos hombres. Esta vez era su nombre, el del protagonista de aquella historia. El único que podía guiarlos.

O-D-I-S-E-O

Aquellas seis letras se convirtieron pronto en decenas de flechas que cobraban vida y llenaban el espacio circundante, aturdiéndolos con el agudo silbido que emitían al rasgar el aire.

Envuelto por la magia que había desplegado Ariadna, T. sintió cómo se transformaba en la sombra del mismísimo Odiseo. Rodeó a su compañera y la condujo a través de la lluvia de flechas, guiándola hasta el punto en el que caía la mayoría y donde se había comenzado a abrir una hendidura. Cuando el hueco fue lo suficientemente grande, descubrieron el acceso a una escalera horadada en su interior y que se prolongaba hasta algún lugar excavado en el subsuelo.

Hipólita se apresuró a alcanzarlos, pero la grieta se cerró tan pronto como T. y Ariadna penetraron en ella. En ese mismo instante, cesaron las flechas y T. recuperó su forma humana.

Los dos descendían con cuidado, escalón a escalón, sin saber qué podrían encontrar al final de aquella interminable hilera de peldaños metálicos.

—¿Crees que estará esperándonos? —La voz de Ariadna sonaba inquieta. Como ella misma le había explicado a Hipólita, nunca sabía cuáles eran las consecuencias de recurrir a su don, y temía que la puerta que hubiese abierto no fuese la correcta.

—Si no, ya lo buscaremos nosotros. —La animó él mientras descubrían que la escalera terminaba en una angosta galería—. ¿Vamos?

—Vamos.

Recorrieron el estrecho pasillo y empujaron la única puerta que encontraron, sin saber qué se escondería detrás.

—Pues parece que hemos llegado antes que el señor de los horóscopos —se burló T. mientras los dos observaban el lugar en el que se hallaban: una sala romboidal de paredes blancas, completamente vacía y en la que solo llamaba la atención una sucesión de puertas metálicas carentes de pomos e idénticas entre sí.

—Pero nos ha preparado un buen recibimiento...

Ariadna apuntó hacia las imágenes que se proyectaban en el techo. Ni ella ni T. daban crédito. Podían ver, como si fuera una película, las escenas de algunas de sus vivencias más recientes: el asalto al Taigeto, la Revuelta de los Espejos, la llegada a la Nueva Ítaca, la lucha contra los Polimorfos, la partida junto a Hipólita...

—Creo que lo hemos conseguido —sonrió Ariadna.

—¿Entonces tú crees que esto es...?

De repente, las imágenes quedaron congeladas y fueron rápidamente sustituidas por la silueta de un signo de interrogación.

—Lo es. —Les respondió una voz metálica e impersonal.

T. y Ariadna intentaron localizar su origen, pero no sabían dónde se encontraba su posible interlocutor.

—¿Eres Tiresias? —preguntó el joven, confiando en que aquél fuera el último truco que les reservaba el adivino.

Pero la voz, que parecía ocultarse tras una de las puertas metálicas, ignoró su pregunta y se limitó a confirmarles lo que Ariadna ya sabía.

—Al fin estáis los dos donde se os esperaba.

—Genial —musitó T.—. Otro más que habla raro...

—Bienvenidos a la Esfinge.



11

LAS TRES PUERTAS

T. y Ariadna observaban el interior de la Esfinge con incredulidad, como si se encontraran en medio de un sueño ajeno del que, en algún momento, alguien los haría despertar.

Nadie se había presentado ante ellos. Solo los acompañaba la voz que los había recibido a su llegada. La voz de la misma persona que, sin darles ninguna clase de explicación, proyectó ante ellos tres enigmas en tres puertas diferentes.

—Habéis llegado muy lejos, extranjeros, pero todavía tenéis que resolver un interrogante más antes de conocer al habitante de esta morada.

—¿Y esta cosa por qué habla así? —se rio T.— Suena como si fuera un libro viejo...

—Si elegís la puerta correcta, podréis conocer a Tiresias —les informó aquella voz metálica en la que era imposible identificar un solo atisbo de emoción—. Solo una de las tres conduce hasta él. Cuando hayáis elegido la que deseáis abrir, pulsad en el icono de la esquina superior. Contáis con quince minutos para decidir cuál es la entrada que lleva hasta la palabra con la que comienza vuestra historia.

Ariadna trató de preguntar algo, pero o bien la voz ya no los escuchaba o, como llegaron a sospechar, se trataba de una simple grabación preparada para dar la bienvenida a quienes llegaran a descubrir la plataforma.

—Pensaba que con entrar aquí ya habríamos superado lo más difícil —confesó T., que miraba con desconfianza las imágenes de las tres puertas virtuales—. Además, esto no nos lo había advertido Hipólita.

—Porque seguro que no lo sabía —la disculpó Ariadna.

—¿No se supone que ella fue la que lo construyó?

—Con Dédalo, no lo olvides... Y con Tiresias. Estoy convencida de que a ella le encargaron una parte del trabajo y ellos dos se ocuparon del resto. Igual que con todo lo demás. Es como si Dédalo hubiera ido dejando pistas por todas partes, pero sin querer que nadie supiese tanto como él.

—Eso tendría sentido... —admitió él.

—Además, si Tiresias es tan poderoso como se dice, lo lógico es que haya aprovechado estos años para protegerse. Así que esto —Ariadna señaló los tres interrogantes que los rodeaban— probablemente sea cosa suya.

El tiempo, tal y como les había anunciado la aséptica voz, corría en su contra.

Los dos observaron con atención los nombres que se leían, en forma de holograma tridimensional, sobre cada puerta.

En la que ocupaba el ángulo derecho de la sala, Hefesto.

En la situada en el ángulo izquierdo, Narciso.

Y en la que se hallaba justo en el centro de la sala, Faetón.

Los tres formaban parte de los relatos que Clío le pedía dibujar a su hija y que, según habían aprendido gracias a Helena y a las capturas de sus Esenciales, nacían de las historias del Segundo Eje que habían inspirado a tantos artistas posteriores.

Hefesto, Narciso y Faetón pertenecían a los cuentos con los que Clío había educado a Ariadna en el uso de lo que, entonces, ni siquiera podía imaginar que fuera un arma. Y ahora, mientras consumían los minutos que necesitaban para elegir la puerta adecuada, trataba de acordarse de los detalles de esos relatos llenos de héroes y dioses.

—¿Tú sabes quiénes son? Porque salvo este —T. señaló el nombre de Hefesto, al que sí recordaba haber visto mencionado en la *Odisea*—, el resto no los he oído en mi vida.

—Ese es el dios de la fragua, algo así como el herrero del Olimpo.

—Hacía armas para otros, ¿no?

—Más o menos...

—¿Y estos dos?

Ariadna se mordió el labio inferior con rabia. Estaba segura de que su madre también le había hablado de ellos, pero era incapaz de recordar sus historias. Y no formaban parte del repertorio de personajes que habían empezado a estudiar con Helena.

—¿Ni idea?

—No sé... Si tuviéramos algo más de tiempo...

—En los poemas del Garcí no salían —afirmó convencido T.—, que me los he leído. Y ahí estos tíos no aparecen.

Sin embargo, T. no se resignaba. Era cierto que, a pesar de todo lo que se había esforzado por ponerse al día, aún le quedaba mucho por aprender, pero quizás pudiese emplear su don de algún modo para desentrañar el significado de aquellos nombres.

—Se supone que mi poder funciona cuando me dejo llevar, ¿no?

—¿Y...?

—Hasta ahora, cuando lo hago, me transformo en otros personajes, incluso cuando no los conozco, ¿verdad?

—¿Crees que aquí podría funcionar?

—No tenemos nada que perder, Ari. Podemos malgastar el tiempo que nos queda esperando y abrir una puerta al azar, o intentar emplear esos minutos para averiguar algo.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Ni idea. Pero sin tus conocimientos no tenemos ninguna posibilidad.

—Recuerdo que mi madre me habló de ellos, sí, pero no qué me decía... Son tantos nombres, tantas palabras...

—¡Exacto! —T. acababa de tener una idea—. Tantas palabras... ¿Qué es lo que nos han dicho al entrar?

—Que tenemos que elegir...

—Sí, sí —se impacientó—, después de eso.

—No sé a qué te refieres. —Ariadna se sentía bloqueada. Se les acababa el tiempo y la presión le impedía pensar con claridad.

—La voz ha dicho algo de «la puerta que lleva hasta la palabra con la que comienza vuestra historia». ¿Me sigues?

—No estoy segura, la verdad.

—Ari, por favor, ¡si está clarísimo! Necesitamos volver a esa palabra. La primera de todas... «La palabra con la que comienza nuestra historia». ¿No lo entiendes? La que permitió que nos encontrásemos.

—¿En el cobertizo?

T. negó con la cabeza.

—Piensa en cómo llegaste allí.

—Huyendo.

—Exacto. Pero nunca me has contado cómo te escapaste...

Ariadna, por fin, lo vio claro.

—Con nuestro don.

—Pues esa tiene que ser la palabra. Porque nuestra historia no existiría si tú no te hubieses fugado, ¿no crees?

T. tenía razón. Tiresias había planteado la única pregunta que solo ellos podían responder, de modo que nadie que llegase hasta la Esfinge pudiese suplantar su personalidad. Solo ella conocía la palabra que la había sacado de la celda en la que la habían encerrado los Cíclopes y con la que comenzó su huida. La fuga que la llevaría hasta el lugar en el que conoció a T.

Z-E-U-S

T. se dejó llevar por las letras que visualizaba Ariadna.

Mientras ella convocaba al rayo que la había liberado meses atrás, del cuerpo de él se desprendió una niebla oscura. En esta ocasión, sin embargo, T. no llegó a sufrir ninguna transformación, de modo que pudo ver cómo la sombra, al ser atravesada por el rayo de Zeus, adoptaba la forma de dos figuras diferentes. Dos hombres que se situaron cada uno delante de una de las dos puertas, mientras repetían en bucle una misma acción.

Frente a la puerta de Faetón, un joven caía en medio del océano desde un carro con el que parecía surcar el cielo. Ante la puerta de Narciso, otro hombre se inclinaba para contemplar su reflejo en un lago hasta que era arrastrado al fondo de sus aguas.

Cuando la niebla se deshizo, los dos se quedaron unos segundos en silencio, todavía absortos por esas ensueños que los habían arrancado de la realidad.

—No parece que ninguno de los dos acabara muy bien... —dijo T., tratando de aliviar la tensión que percibía en Ariadna.

Ella, que por fin había conseguido recordar ambas historias, se las resumió brevemente: el tiempo seguía corriendo y era urgente que decidiesen cuál sería su respuesta al enigma que les había propuesto la Esfinge.

—Narciso murió porque se había enamorado de sí mismo. Quiso besar su reflejo en un lago, pero el agua se lo llevó para siempre.

—¿Y el otro tipo?

—Creo que es Faetón, el hijo del Sol. —Se esforzó por interpretar la escena que acababan de presenciar—. ¡Ya me acuerdo! Le pidió a su padre que le dejara llevar su carro, pero los caballos se desbocaron y él cayó al mar.

—Así que los dos tienen algo en común: murieron ahogados.

—¿Y eso qué puede querer decir?

—Ni idea, pero pinta fatal... Lo único que sabemos es que tenemos un dios herrero, un tío que se enamoró de sí mismo y otro que le plantó cara al

sol. Pues no sé, Ari, pero la verdad es que no apetece mucho elegir ninguna de las tres puertas...

—Salvo que detrás de una de ellas está Tiresias.

—¿Y en las otras? —T. no se fiaba de la Esfinge: ¿y si la respuesta incorrecta los empujaba a una muerte tan cruel como las de Narciso y Faetón?

—Tiene que haber una respuesta lógica.

—¿Estás segura? —Le hacía gracia aludir a lo racional cuando lo único que parecía sacarlos de sus apuros era la magia.

—Piensa a qué hemos venido.

—Ya lo sabes, Ari.

—Venga, T., ayúdame...

—Si te estoy ayudando, pero es que nada de esto tiene sentido.

—Por eso hemos venido, ¿no? Porque, como no tiene sentido, necesitamos encontrar respuestas.

—Sí —se sumó a sus conjeturas—, porque se supone que Dédalo quería que hablásemos con Tiresias.

—¿Para provocar una guerra? —Ariadna apuntó a la puerta de Hefesto con su dedo índice.

—Para defendernos. Y para que encontrásemos el Segundo Eje, ¿no?

—Yo tampoco creo que Dédalo pensara que las armas eran el camino para devolver la libertad a Ypsilon...

Tan pronto como Ariadna acabó de hablar, la pantalla con el nombre de Hefesto se oscureció.

Acababa de cerrar, sin pretenderlo, la primera de las tres puertas.

—Pues nada. —T. trataba de mantener la calma, pero cada vez estaba más asustado—. Solo nos quedan dos.

—¿Y si la que hemos rechazado es la correcta? —se lamentó Ariadna, que ahora se arrepentía de haber pensado en voz alta.

—Eso ya no importa, Ari. Tenemos que seguir.

Ella, que no dejaba de moverse de un lado a otro de la sala, se detuvo en seco y lo miró fijamente.

—Elige tú.

—¿Yo?

—Sí, T. Yo he cerrado la primera puerta, ¿no? Pues ahora te toca a ti cerrar la segunda.

Él las observaba sin acabar de decidirse.

—Nos quedan un tipo que voló demasiado alto y otro que se acercó demasiado a sí mismo.

—Algo así...

—Entonces, la puerta puede que sea... —Ya había tomado una decisión, pero le costaba llevarla a cabo: una vez que lo hiciera, no habría vuelta atrás —. Puede que...

—¡T.! —Lo espoleó Ariadna al ver que apenas les quedaba un minuto—. ¡Decídete!

—Pues elijo la puerta de Narciso.

—¿Por qué?

—Porque no nos ha traído hasta aquí la ambición, como al tío ese que quería volar más alto que el mismísimo Sol —T. sustituyó su habitual sonrisa burlona por una expresión casi solemne—, sino la obligación de mirarnos tan de cerca como para lograr entender quiénes somos.

—A veces hasta sabes pensar —bromeó Ariadna.

—Pero no te acostumbres, que cansa mucho —se rio él.

En ese mismo instante se apagó la pantalla de Faetón y se abrió la puerta de Narciso. La voz, tan aséptica como al principio, los invitó a avanzar:

—Pasad.



12

LOS LOTÓFAGOS

El Ponto seguía tal y como lo recordaba.

Hermes tuvo la impresión de haber retrocedido en el tiempo, hasta esos años de su adolescencia en que fue *El Presi*. Aquel había sido, sin que fuera consciente de ello, el primer paso de su carrera política o, por lo menos, el primer momento en que había llamado la atención de los cazatalentos que Némesis tenía dispersos por todo Ypsilon para rodearse del mejor equipo posible.

En la fachada del Ponto aún se podía leer el cartel con el *Tempus fugit*, y sus entradas seguían custodiadas por las Gorgonas. Estas criaturas formaban parte de la primera remesa de Cíclopes ideada por Pigmalión y se caracterizaban por la falta de emoción y de pensamiento propio; dos rasgos que, gracias a los planes de Inteligencia X e Y de Moira, habían evolucionado notablemente en las generaciones posteriores.

Con cuerpo de mujer y rostro de animal, cada una de las Gorgonas estaba dotada de las cualidades propias de la especie que recreaban sus rasgos, de modo que podían reaccionar con idénticas fuerza, velocidad o incluso ferocidad que los animales a los que encarnaban.

Aquel diseño, en el que también había participado Gea, estaba destinado a fines más ambiciosos, como servir de guardia oficial a la Presidenta, pero la eficacia de los, por aquel entonces, nuevos Cíclopes Rastreadores pronto acabó relegándolas a un papel secundario, hasta quedar reducidas al cuerpo de seguridad del Ponto, un lugar que no exigía demasiados esfuerzos defensivos. A fin de cuentas, ¿quién iba a tener interés en atravesar sus muros? ¿Y con

qué intención? ¿Conocer a los Niños Perdidos que allí se hallaban recluidos? ¿A los Lotófagos que los cuidaban?

Hermes nunca llegó a conocer los nombres propios de sus particulares tutores, ni tampoco había modo alguno de distinguirlos entre sí. Todos ellos habían sido creados a partir de uno de los experimentos genéticos impulsados por Orfeo en sus últimos años de mandato, y la noticia de su existencia se convirtió pronto en el origen de la oposición de los primeros Rebeldes.

Hacía tiempo que la desconfianza hacia los Cíclopes avivaba el inconformismo de algunos grupos que, pese a su dispersión y escaso número, hacían mucho más ruido del que convenía —opinaba Orfeo— al bienestar nacional. Sin embargo, el uso de la ingeniería genética fue la gota que colmó la paciencia de los Rebeldes, que comenzaron a organizar protestas cada vez más violentas hasta desembocar, finalmente, en el Triple Atentado.

Esa, al menos, era la historia tal y como la conocía Hermes. Y tal y como la habían aprendido los ciudadanos de Ypsilon, que, desde la Revuelta de los Espejos, dudaban entre escuchar el discurso incendiario de Penélope o acatar las órdenes de Némesis. Pero el Ciclo del Terror iniciado por la Presidenta no favorecía la sumisión y la lealtad al Senado; al contrario, despertaba recelos como los que habían llevado al Ministro de regreso hasta el Ponto.

En su infancia, durante sus primeros días en el Orfanato, había experimentado auténtico pánico ante la proximidad de los Lotófagos. Nada escapaba de la vigilancia de aquellos seres bicéfalos con la capacidad de clonarse tantas veces como lo necesitaran.

Sus dos cabezas eran la pesadilla de cualquier estudiante. No necesitaban girarse cuando apuntaban algo en la pizarra, sino que podían escribir en ella y observar atentamente a sus alumnos al mismo tiempo. Enfundados en sus uniformes amarillos, donde sobresalía el símbolo del ojo del Cíclope de la bandera de Ypsilon, resultaban imponentes tanto por su gesto amenazante como por su altura, que superaba con amplitud el metro noventa.

Alguna vez, ya como miembro del Gobierno, había preguntado por su función. Le resultaba extraño que unos seres tan cualificados estuviesen relegados al cuidado de los huérfanos de Ypsilon. No porque considerase que aquella era una labor insignificante, al revés, sino porque estaba convencido de que habría personas mucho más cualificadas que ellos, que parecían más preparados para ser soldados al servicio de Argos que maestros de niños, a los que trataban con absoluto desprecio.

Ahora, sin embargo, tanto la presencia de los Lotófagos como la de las Gorgonas cobraba un nuevo sentido. Desde que sabía que en el Ponto se

hallaba la copia digital del Segundo Eje, le parecía menos disparatado que ambas criaturas hubieran sido elegidas para custodiar el Orfanato. Fuese cual fuese la razón de su nombramiento, lo cierto es que los Lotófagos cumplían escrupulosamente con las tres obligaciones que se les encomendaban:

1. Asegurarse de que los internos olvidaban su pasado, algo que conseguían mediante estrategias psicológicas y una medicación que, disuelta en sus comidas, lograba difuminar todo rastro del pasado.
2. Evitar las relaciones no autorizadas: ningún Niño Perdido podía entablar amistad con otro interno sin la autorización previa de la dirección del Orfanato. Los internos se dividían en cuatro grandes grupos que ocupaban, a su vez, las diferentes Olas del edificio: salas que se distribuían en distintos pisos e incomunicadas entre sí. Además, existían celdas individuales con las que se aislaban a los *casos únicos*.
3. Convertir a los internos que destacasen por sus destrezas en piezas útiles para el Nuevo Orden. Así era como Hermes o Moira, que jamás habían tenido ocasión de coincidir en el Ponto debido a la férrea jerarquía de clases, habían llegado a formar parte del Gobierno de Ypsilon.

Hermes pulsó el timbre de entrada y mostró la autorización firmada por Némesis mientras esperaba a que las cámaras lo dejaran pasar.

Después de cruzar el patio, se dirigió hacia la Primera Ola. Se sintió de nuevo como cuando era *El Presi* de los Niños Perdidos, un crío asustado que aprendió a fingir valor del mismo modo que a olvidar cualquier imagen de su pasado.

No recuerdes nada.

No extrañes nada.

No sientas nada.

Esas eran las tres reglas de convivencia básica que recibían nada más entrar en el Ponto, y que se les obligaba a repetir cada mañana en las desangeladas Olas —de aspecto frío y militar— donde desayunaba cada grupo. Allí, entre paredes grises, grandes mesas corridas y sillas metálicas que parecían robadas de una prisión, comenzaban cada día un intenso programa de estudios.

La misión del Ponto no era encontrarles una nueva familia; al revés, quienes se aventuraban a probar suerte en la adopción debían atravesar un

proceso burocrático tan infernal que, en su mayoría, acababan desertando. El Orfanato Estatal no había sido diseñado para procurarles un nuevo hogar, sino para hacer de ellos ciudadanos útiles para el Nuevo Orden.

Identificar sus cualidades —o, como se llamaban en el reglamento del Ponto, sus *rasgos diferenciales*— era una de las tareas esenciales de los Lotófagos, que a una edad muy temprana decidían cuál sería el camino intelectual y profesional de cada uno de aquellos niños.

Así fue como, en el caso de Hermes, decidieron aprovechar su capacidad para animar a sus compañeros a protestar por cuestiones como el acceso a los dispositivos digitales o el menú del comedor para convertirlo en un político al servicio de las necesidades del Senado. Y él, que creyó que aquél era el mayor honor que podían ofrecerle, recibió aquella noticia con alegría. Feliz y hasta orgulloso de pensar que alguien con un origen como el suyo pudiera llegar tan lejos.

Siempre había considerado su destino como una suerte.

Hasta ahora.

No solo por el descubrimiento que había hecho en el Taigeto, ese árbol cuyo significado seguía sin explicarse. Ni por las preguntas que seguía haciendo sobre el libro que lo había guiado hasta el Ponto. Lo que de verdad le había hecho replanteárselo todo era el dolor. La muerte. La sangre que, desde la Revuelta de los Espejos, había manchado de nuevo las calles de Ypsilon y, en particular, todos y cada uno de los Distritos de Geonia.

Esperaba que aquella vorágine de represalias cesara, pero, lejos de ello, la furia de Némesis parecía cada día más descontrolada. Cuanto mayor era la popularidad de Penélope, esa rival a la que no podía manipular como sí había hecho con el difunto Egisto, mayor era también su rabia. Y más crueles sus decisiones. En los últimos días había llegado a saturar las celdas del Tártaro y hasta parecía disfrutar con su Ciclo del Terror. La Presidenta no mostraba la angustia que sí sentía Hermes, que creía estar traicionando los valores que hasta ese momento había tratado de defender, sino una arrogancia que a él le resultaba preocupante.

No habría acudido hasta el Ponto si ese malestar no hubiera llegado a desbordarlo. Porque sabía que aquel paso, por inocente que pareciera, podría tener consecuencias. Si los Lotófagos llegaban a sospechar de sus motivos, informarían a Némesis, que lo interrogaría sobre el verdadero objetivo de su viaje. Y él tendría que mentir. No podría hablar del Segundo Eje. No podría contarle que confiaba en encontrar entre los muros del Ponto alguna explicación para el árbol oculto en la Estigia. Ni tampoco que tenía indicios, y

eso era lo que más lo torturaba, de que la verdadera historia del Triple Atentado difería de la versión oficial.

—Qué sorpresa tenerte de nuevo por aquí —lo saludó el Lotófago que le dio la bienvenida.

«Lotófago 1», lo nombró mentalmente Hermes.

Desde niño se había acostumbrado a numerarlos para no perder el sentido de la realidad cuando empezaban a multiplicarse ante sus ojos. No era más que un truco de supervivencia, pero le ayudaba diferenciarlos a través de aquellas cifras que él mismo les otorgaba según su orden de aparición, como si fueran parte del reparto de una obra teatral.

—Necesito vuestra ayuda.

—Por supuesto. —Le respondió Lotófago 1, a la vez que surgían a su alrededor Lotófago 2, Lotófago 3 y Lotófago 4.

—Sabes que estaremos encantados de contribuir a la campaña de la Presidenta —añadió Lotófago 2 mientras los demás asentían y se clonaban en Lotófago 5 y Lotófago 6— Solo tienes que decirnos qué podemos hacer.

Se pellizcó su mano derecha para recordarse que debía extremar sus sentidos. El Ponto había sido creado para equivocar las percepciones de sus habitantes, y la aparición de aquellos seis hombres era una prueba de ello. Allí dentro resultaba muy fácil confundir lo real con lo imaginario, así que su relación con los Lotófagos debía ceñirse a lo profesional. Cuanto más se relacionase con ellos, más probabilidades había de que acabara olvidando su objetivo. O, mucho peor, incriminándose.

—Necesitaría ver vuestros archivos.

—¿Qué archivos? —preguntó Lotófago 7 mientras Lotófago 8 y Lotófago 9 se ponían en guardia, dispuestos a impedir que continuase su camino hasta la siguiente Ola.

—Los de los Niños Perdidos que han pasado por aquí durante estos diez años. Si la información que tengo es correcta, se ubican en el Oráculo de la Tercera Ola, ¿verdad?

Lotófago 10 asintió mientras Lotófago 11 revisaba la autorización que Némesis había firmado para comprobar que podían dejarle pasar a ese lugar que, durante los años que Hermes estuvo allí internado, todos los Niños Perdidos llamaban «el secreto». Ninguno había logrado entrar jamás en el Oráculo, un despacho aislado al que solo los Lotófagos tenían acceso.

—Está bien —accedió Lotófago 1, que debía de ser el máximo responsable—, pero necesitarás que te acompañe alguno de nosotros.

Lotófago 2 se ofreció voluntario y sus dos cabezas sonrieron a la vez, una con amabilidad impostada y la otra con un gesto malicioso que Hermes prefirió no interpretar.

—Preferiría trabajar solo. —Se atrevió a sugerir—. Además, no quiero robaros tiempo. Buscar entre tantas fichas y tantos datos puede ser una labor muy tediosa.

—No te preocupes por nosotros —le respondió Lotófago 2 sin borrar ninguna de las sonrisas de sus dos caras—: nos encanta sentirnos útiles. Y más aún si es para ayudar a nuestra Presidenta.

Siempre había sospechado que el papel de los Lotófagos iba más allá de enseñar —con desgana y malos modos— Lengua y Matemáticas a los Niños Perdidos, y la suspicacia y los recelos que encontraba ahora en ellos no hacían más que confirmárselo.

Solo tenía que averiguar cuál era su verdadero papel. Siempre, eso sí, que ellos no lo descubriesen antes...

Los Lotófagos lo condujeron hasta la habitación en la que podría instalarse. Y mientras colocaba su exiguo equipaje, tomó conciencia de que su doble juego era cada vez más peligroso.

Pero ahora que ya estaba en el Ponto, no había vuelta atrás.



13

TIRESIAS

El hombre que tenían delante no se parecía en nada a la persona que ambos habían imaginado.

Tanto T. como Ariadna esperaban encontrarse con un anciano enjuto de largas barbas blancas y voz pausada, pero Tiresias resultó ser un hombre corpulento, de aspecto más bien joven y con una voz grave y poderosa.

Ciego desde su adolescencia, aunque circulasen varias versiones al respecto y nadie supiera con exactitud la causa, cubría sus ojos con unas gafas espejadas con montura plateada que hacían aún más difícil calcular su edad exacta. Por su forma de hablar y la robusta complexión que dejaba adivinar la túnica que lo cubría, bien podría andar en sus treinta o cuarenta. Por los datos que tenían de él, sin embargo, era evidente que debía ser mucho mayor que eso. Aunque quizás todo se debiese a que el tiempo, tal y como Penélope les había explicado, no regía para Tiresias como lo hacía para los demás.

El adivino ni siquiera se presentó, y tampoco hizo alusión alguna a la prueba de la Esfinge. En su actitud resultaba evidente que la aparición de T. y Ariadna no lo había sorprendido en absoluto; es más, la esperaba.

—Ahora que habéis llegado, podemos continuar con vuestro viaje.

Y, sin darles tiempo a responder, los invitó a que entraran con él en una de las cápsulas acristaladas que se ubicaban en cuatro de los ángulos de la sala octogonal donde lo habían encontrado.

T. quiso preguntar algo, pero Tiresias se limitó a llevar su dedo índice a los labios para pedirles que guardaran silencio y el joven, a pesar de sus dudas, obedeció.

Una vez dentro de la cápsula, Ariadna y T. sintieron que perdían por completo la noción del tiempo.

Aquel vehículo se desplazaba a tal velocidad que les resultaba imposible saber hacia donde se dirigían o en qué sentido lo estaban haciendo. Pronto notaron cómo sus cuerpos parecían flotar, desprovistos de su gravedad y su peso habituales. Incluso llegaron a experimentar cómo su piel se volvía translúcida en algunos puntos del recorrido.

Ambos intuyeron que estaban cruzando dimensiones desconocidas a través de las distintas secciones temporales que la Esfinge, tal y como les había advertido Penélope, escondía en su interior. Al penetrar en aquel portal, habían renunciado a los límites y las coordenadas convencionales para sumergirse en un viaje del que solo Tiresias conocía el destino.

—Estoy seguro de que tendréis muchas preguntas. —Les dijo Tiresias cuando la cápsula se detuvo.

—No hay que ser adivino para saber eso, ¿eh? —respondió T. con sorna mientras salían adonde fuera que los habían llevado.

—Tranquilo, las respuestas importantes no van a tardar en llegar.

—¿Llegar? ¿Qué pasa? ¿Vienen por mensajero o qué?

Ariadna lo fulminó con la mirada y el augur, sin embargo, esbozó algo que quizá fuera una sonrisa.

—Algo así... Solo que aquí los mensajeros los tendréis que escoger vosotros.

Ella, que se encontraba ligeramente mareada por culpa del viaje, trató de comprobar cuánto tiempo había pasado, pero se dio cuenta de que el reloj de su móvil había dejado de funcionar.

—En Dite no os servirá de mucho eso —les advirtió Tiresias.

—¿Esto es Dite? —preguntó T. mientras estudiaba con desconfianza el lugar al que acababan de llegar.

—La Ciudad de los Muertos —asintió el adivino.

—Me moría por venir...

—T., por favor... Más chistes malos no.

—No era tan malo, Ari.

—¡T.!

Tiresias señaló las plataformas que los rodeaban y que componían la compleja estructura de Dite.

Aquella extensísima ciudad, cuyos límites ni siquiera se vislumbraban, se elevaba en distintos niveles que se conectaban por elevadores acristalados, similares en aspecto y materiales a la cápsula que los había llevado hasta allí.

En cada uno de esos espacios se podían identificar los edificios y lugares más significativos de Ypsilon a lo largo de su historia. El conjunto ofrecía el aspecto de una caprichosa colección de maquetas que, construidas a tamaño natural, permitían conocer el devenir del país a lo largo del tiempo. Lo que más llamó la atención de T. y de Ariadna fue la singular gama cromática que diferenciaba unas plataformas de otras: los colores se tornaban más vivos cuanto más actual era la época que representaban, mientras que adquirían tonalidades más ocres y apagadas cuando se distanciaban en el tiempo.

—Dite es el único lugar donde encontraréis las preguntas que habéis venido a buscar.

—Entonces —intervino Ariadna—, ¿no vas a respondérnoslas tú?

—Yo no tengo solución para vuestros interrogantes; tan solo soy la voz que los guía.

—Pero ¿conoces o no conoces el futuro? —Lo provocó ella.

—Conozco los caminos que se abren en el presente y vaticino adonde conduce cada uno de ellos, pero eso no quiere decir que lo que predigo se cumpla. Solo veo lo que puede suceder y las personas que deben impedirlo o provocarlo.

—No lo entiendo. —T. sacudió la cabeza, desanimado. Confiaba en que, después de todos los esfuerzos que les había costado dar con él, Tiresias pudiera satisfacer sus dudas, pero, de momento, no parecía tener intención de hacerlo.

—Cuando descubráis la verdad de vuestro origen, lo entenderéis mejor. Eso es todo lo que puedo decir.

—¿Eso significa que hay más personas como nosotros?

El augur negó con la cabeza.

—No, solo somos nosotros tres. Aunque mi don naciera de los dioses, y el vuestro, de la voluntad humana.

—¿Cómo? —Ariadna no estaba segura de entender lo que acababa de decir.

—Si elegís bien a los dos mensajeros a los que debéis hacer vuestras preguntas, quizá hoy lo comprendáis.

—¿No puedes ayudarnos? —Ella forzó la voz de niña buena con la que solía conseguirlo todo de sus padres—. ¿Ni siquiera con una pista?

—Conocéis los nombres... El primero de ellos será quien os ayude a emprender el viaje, y el segundo, quien os dé las claves que protegen vuestra fortaleza.

—¿Por qué hablas siempre así? —A T. le empezaba a molestar ese tono tan hermético con el que se expresaba Tiresias—. ¿No puedes ser más claro?

Quizá estuviera equivocada, pero Ariadna juraría que el adivino, divertido por la arrogancia de aquel joven, sonrió de nuevo.

—Hablo del único modo en que puedo hacerlo. Te lo aseguro... Mis palabras son parte de mi don: ni vosotros elegís cómo se manifiesta el vuestro, ni yo puedo elegir cómo se expresa el mío.

—¿Y no sería más fácil decirnos quiénes son esos mensajeros?

—Eso está en vuestras manos. De lo que hagáis aquí dependerá que los mensajeros de Dite os lleven a unas verdades o a otras. Y, antes o después, tendréis que usar esa información junto a un aliado inesperado.

—Vaya, otra sorpresita más... ¿Nos quedan muchas?

—Tal vez. —El adivino respondió a T. con su mismo sarcasmo—. Pero me temo que, como nadie más puede recorrer vuestro camino, las respuestas debéis encontrarlas vosotros mismos.

—Si ni siquiera sabemos qué respuestas se supone que estamos buscando.

—Se lamentó Ariadna—. Lo único que nos han dicho es que necesitamos encontrar el Segundo Eje. Pero de lo demás...

—Lo demás —la intentó calmar Tiresias— lo averiguaréis en el momento oportuno. De momento, escoged dos personajes. Y pensadlo bien, porque cada nombre os conducirá a una plataforma y a un tiempo diferentes.

El adivino los invitó a volver a subir en la cápsula en que habían llegado y los guio hasta una de las plataformas que componían la compleja estructura de Dite.

Una vez allí, dedujeron que debían de haber retrocedido algunos años, ya que los colores del paisaje urbano que los rodeaba eran algo más apagados, como si lo hubieran sacado de un viejo biblioholograma.

—¿Esto no es el Distrito 2? —T. lo reconoció enseguida gracias a la silueta del Estadio Olímpico, uno de los lugares en los que soñaba con que llegaría a triunfar cuando era un crío.

—Yo diría que sí —repuso Ariadna, mientras observaba a la gente que pasaba a su lado: un sinfín de hombres y mujeres de todas las edades y condiciones que no parecían ser conscientes de la presencia de tres extraños.

—Pero si no nos ven, ¿cómo vamos a conseguir la información que necesitamos?

—¿De verdad necesitáis que os responda a eso?

T. no lo dudó.

—Con el don...

—A veces duele. Lo sé. Os aseguro que lo sé... —Los dos creyeron adivinar en Tiresias una súbita melancolía—. Pero no es algo que podamos rechazar sin consecuencias. Si elegís no emplearlo, estaréis condenando a Ypsilon a su destrucción.

—Lo que nos gustaría —opinó Ariadna— es haber elegido si queríamos o no tenerlo.

T. se dio cuenta de que aquel comentario provocó un cambio en el gesto de Tiresias. Tal vez fuera tan solo una impresión suya, pero le pareció ver en su rostro una sombra de culpabilidad.

—Dos nombres. Y tened cuidado, porque Dite elige qué quiere decir y qué quiere callar, así que una mala decisión puede traer consecuencias inesperadas.

—Dinos la verdad. Explícanos cómo es posible que...

—Solo dos. —Tiresias no permitió que T. acabase de hablar—. Aprovechadlos bien.

Les dio la espalda, subió de nuevo a la cápsula y aceleró para adentrarse en aquel laberinto donde el espacio y el tiempo se confundían. Ariadna y T. contemplaron el paisaje imposible de la Ciudad de los Muertos. Ninguno de los dos sabía por dónde empezar.



14

EL PRIMER MENSAJERO

—Esto es de locos —se quejó T. con la mirada perdida en las personas que deambulaban por las distintas plataformas que se alzaban hacia el cielo—. ¿Cómo vamos a averiguar nada si ni siquiera sabemos a quién tenemos que buscar? Además, este lugar es inmenso...

—Tiene que haber un modo... —repuso Ariadna.

—¿Y no podía decírnoslo el gurú de las puertas? A ver si, en vez de un adivino, va a resultar que es un psicópata que disfruta soltando acertijos chungos y obligando a la gente a jugar a este videojuego lleno de muertos.

Ariadna lo miró con curiosidad.

—¿Cómo lo has llamado?

—¿Al gurú?

—No, tonto, a este lugar. ¿Qué has dicho que es Dite?

—Un videojuego.

—Encaja...

—Ari, que solo estaba desvariando.

—Quizá no.

T. la miró sorprendido.

—¿No?

—A lo mejor esa es la clave. Tenemos que averiguar a qué plataforma necesitamos llegar para encontrar lo que buscamos.

—Y seguro que por ahí encontramos un mando, una señal con nuestros nombres y un par de flechitas para que le demos al *play*...

—¡Claro!

—¿Pero qué he dicho ahora? —T. era incapaz de saber en qué estaba pensando Ariadna.

—«Una señal con nuestros nombres», ¿no lo ves?

Ahora sí lo entendió.

—Así que tú crees que invocando los nombres de los mensajeros vamos a pasar de una plataforma a otra.

—Tiene sentido, ¿no? Es estúpido caminar por Dite como si nada. Lo lógico es que los nombres que elijamos nos lleven a la pantalla adecuada. ¿Me sigues, T.?

—El problema es cómo acertar. —Los dos escudriñaron el paisaje que se extendía a su alrededor—. Ahí fuera no hay ninguna señal que nos oriente.

—¿Qué es lo que nos ha dicho Tiresias?

—¿Palabra por palabra? —T. se esmeró en hacer memoria para ser lo más literal posible—. «El primero de ellos será quien os ayude a emprender el viaje».

—La clave tiene que estar ahí.

Puede que fuera la tenacidad de Ariadna, empeñada en no rendirse y dar siempre con la respuesta precisa. O la experiencia que empezaba a adquirir a su lado a la hora de desentrañar acertijos que antes de conocerla le habrían parecido imposibles. Pero T. acababa de tener una intuición que necesitaba compartir con ella.

—A lo mejor lo está.

—¿En qué estás pensando, Ari?

—Ahora lo verás.

Era una decisión arriesgada, pero algo en su interior le decía que correcta. Así que probó suerte con su don y se dejó llevar por las letras que componían su nombre.

T-E-L-É-M-A-C-O

Aunque todavía no se hubiese habituado a él, no creía que fuera casual que compartiese nombre con el mismísimo hijo de Odiseo. Además, si él y Ariadna estaban destinados a llegar a Dite para encontrar la respuesta a sus orígenes, resultaba lógico pensar que los guiaría aquel joven que había salido de su hogar en busca de su padre.

El primer mensajero era, según Tiresias, el que los ayudaría a «emprender el viaje». Justo la que había sido la misión de Telémaco en el Primer Eje y la suya en la expedición al Taigeto. Así que ahora quizás fuera también él quien debía llevarlos hasta el lugar en que se hundían las raíces de su don o, por lo

menos, los acercase lo bastante a su origen como para explicar su procedencia.

Las letras se dibujaron en el aire como nubes de humo y, antes de que pudieran reaccionar, se transformaron en un gigantesco arnés que, rodeando sus cinturas, los elevó por encima de la plataforma en que se hallaban.

—¡Ha funcionado, T.! —gritó Ariadna, presa de la euforia—. ¡Tu idea ha funcionado!

Desde aquella altura, Dite resultaba aún más impresionante. Sus diferentes niveles formaban una espiral, cuyas múltiples circunferencias parecían perseguirse entre sí. Círculos dentro de círculos que, tal y como ambos sospecharon, se inspiraban en otro de los títulos prohibidos del Índice.

—¡Mira! —exclamó T. al reconocer el gigantesco edificio que ocupaba una de las plataformas que estaban a punto de sobrevolar.

Aunque nunca habían estado en él, ambos lo identificaron al instante.

Era tal y como sus familias se lo habían descrito en su infancia.

Tal y como Dédalo les había contado cada vez que lo mencionaba.

Tal y como lo habían imaginado gracias a los relatos de los Rebeldes que habían llegado a conocer aquel lugar y que lamentaban que Némesis hubiera decidido derribarlo.

El edificio estaba compuesto por siete rascacielos conectados entre sí, cada uno de ellos con una planta geométrica diferente. —Desde el diseño circular de la torre de entrada hasta la forma hexagonal y triangular de dos de las impresionantes columnas laterales—. Aquella era la sede de la Biblioteca General de Ypsilon o, como se conocía antes de que el Nuevo Orden acabara con ella, la Biblioteca de los Siete Ríos, en alusión a las majestuosas fuentes que se hallaban frente a cada una de sus torres.

Los arneses que los habían llevado hasta allí los liberaron justo a la entrada del rascacielos de planta triangular, uno de los principales de aquel complejo.

—¡Es increíble! —Ari estaba entusiasmada—. No sabes la de veces que mis padres me han hablado de este sitio, de lo impresionante que era... Ya verás cuando les diga que lo hemos visto.

—Ahora solo necesitamos saber por qué nos ha traído hasta aquí el primer mensajero.

—Telémaco —dijo ella, que estaba empeñada en que T. empezara a asumir su nombre real.

—Sí, ese —repuso él con tono despectivo—. Bueno, ¿qué? ¿Entramos?



15

LA BIBLIOTECA DE LOS SIETE RÍOS

—Ese se supone que eres tú, ¿no? —sonrió Ariadna a la vez que apuntaba hacia una de las siete fuentes que daban nombre a la Biblioteca.

En ella se podía ver la estatua de un joven a punto de embarcar y con una mueca de decisión dibujada en el rostro. En realidad, no habría sido tan sencillo identificarlo como Telémaco de no ser porque, al pie de la escultura, se podía leer la palabra «Ítaca». Ambos sintieron la misma emoción al leerla. Les resultaba extraño pensar que la que hoy era una palabra secreta y perseguida había sido en otra época motivo de orgullo para Ypsilon, hasta el punto de formar parte de sus edificios institucionales.

—No se parece a mí. —Fue todo lo que dijo T., que se negaba a aceptar su nombre hasta que no supiera toda la verdad que aún ignoraba—. Yo estoy mucho más cachas.

Se remangó la camiseta y marcó bíceps para dejar clara la diferencia con ese otro joven del que había heredado un nombre que ni siquiera le gustaba.

—A ti el Taigeto te sentó regular —bromeó ella.

—O no. —La voz de T. sonaba casi nostálgica—. A lo mejor llegar allí y conocer gente me sentó mejor de lo que crees...

—¿Gente en general... o gente en concreto?

—Mira que eres cotilla...

—O sea, que es gente en concreto —concluyó Ariadna—. ¿Y esa persona se llama...?

—Anda, vamos a centrarnos en esto, Ari. Que tenemos que pasarnos la primera pantalla...

Ella no insistió más y los dos se adentraron en la Biblioteca en busca de la primera de las respuestas que les había prometido Tiresias. Enseguida comprobaron que tampoco allí podían verlos ni escucharlos, lo que facilitaba que pudieran deambular con plena libertad.

Lo primero que captó su atención fue la cantidad de personajes pintorescos que recorrían las galerías de aquella institución, ya que muchos de sus visitantes y trabajadores lucían sofisticados *cosplays* que se inspiraban en personajes de la Antigüedad, todos ellos presentes en las obras del índice Prohibido. Entre ellos había muchos que Ariadna, gracias a las sesiones de lectura junto a Clío y a su trabajo con Helena, sí logró reconocer. Teniendo en cuenta que nadie los censuraba por su apariencia, era evidente que habían viajado hasta un tiempo anterior a la existencia del índice.

A los tiempos de Orfeo.

—Menuda convención de pirados —murmuró T. a la vez que pasaba junto a ellos un tipo menudo envuelto en una toga y que cubría sus ojos con una venda ensangrentada—. ¿Y ese disfraz tan gore?

Ariadna lo reconoció de inmediato.

—Edipo. —T. se encogió de hombros, sin entender a quién se refería—. Es el protagonista de una tragedia horrible: el Oráculo anunció que mataría a su padre y se casaría con su madre, así que él trató de evitarlo a toda costa, pero no pudo impedirlo y, cuando supo que se había cumplido la profecía, se arrancó los ojos.

—Precioso... ¿Y a ti esas historias tan alegres te las contaban cuando te ibas a dormir?

—Todas las noches... Y mis padres me han contado que aquí se dedicaban a eso mismo.

—¿A qué te refieres?

Ariadna señaló al Edipo que corría hacia uno de los elevadores del vestíbulo:

—Creo que los contrataban para que la gente pudiera conocer las historias en que se inspiraban los nombres de Ypsilon.

—Entonces, ¿son actores?

—Algo así.

Vieron perderse a Edipo entre la multitud de disfraces que lo rodeaban. En todos ellos resultaba chocante la mezcla entre los imaginativos atributos mitológicos de su vestimenta y su resignada expresión de oficinistas. Tal y como Clío y Néstor le habían explicado a su hija, aquellos hombres y mujeres eran parte de los funcionarios al servicio de Orfeo y su labor consistía en

compaginar el cuidado y la clasificación de los libros que se almacenaban en la Biblioteca de los Siete Ríos con lo que el Presidente llamaba una «difusión sana» de su contenido. Para ello, debían reinterpretarlos y ponerlos al alcance de la población, pero atenuando sus pasajes más terribles y, en caso de que no fuera posible, propiciando una relectura algo más conformista y amable. Aunque todavía estaban lejos de lo que supondría el Índice de Némesis, aquél se convirtió en el primer paso que despejaría el camino hacia la censura del Nuevo Orden.

—Sígueme.

Sin pensárselo dos veces, Ariadna se dirigió hacia la recepción y T. se limitó a seguirla. Allí pudieron ver un gigantesco panel en el que figuraba el nombre de las distintas secciones de la Biblioteca junto con una imagen de la persona responsable de cada una de ellas.

—Tiene que haber algo ahí —insistió ella, convencida de que habían llegado al sitio correcto.

Los dos revisaron tanto el listado de nombres como las fotografías. Había cientos de ellas, pero esperaban reconocer alguna que les permitiese dar el siguiente paso.

—¡Mira!

T. señaló la imagen de un hombre que Ariadna no tardó en identificar.

—¿Ese es...?

—Claro que sí... ¡Es Dédalo!

Cómo no habían caído en ello.

Dédalo les había hecho buscar a Tiresias para que así pudieran llegar de nuevo hasta él. Sabía que, una vez muerto, solo su yo del pasado podría cumplir su misión. Como si su destino fuera otro de esos círculos concéntricos que formaban el mapa de Dite.

—Es cierto —recordó Ariadna—: antes del Triple Atentado era el Bibliotecario Estatal.

—Ahora sí que está claro: hemos viajado al Ypsilon anterior al Nuevo Orden, ¿verdad?

—Eso parece.

—Pues tenemos que encontrarlo.

—Y cuanto antes.

Corrieron a uno de los múltiples elevadores del edificio y subieron hasta la planta 89.^a, donde, según el plano de la entrada, se hallaba el despacho de Dédalo.

Llamaron a la puerta y tardaron un rato en caer en la cuenta de que nadie podía oírlos.

—Acostumbrarse a lo de ser un fantasma se hace raro —bromeó T. mientras cruzaba con Ari el umbral.

El despacho era amplio, con una decoración más bien escueta y un sinfín de libros tirados por el suelo y abiertos en alguna de sus páginas. Un hombre, con un aspecto mucho más joven que el Dédalo que ambos habían conocido, parecía buscar algo entre aquellos ejemplares.

—¡Dédalo! —Ariadna no pudo contener su impulso y corrió a abrazarlo, pero sus brazos atravesaron su cuerpo como si fuera humo.

—Tranquila —la consoló T., pasando su mano derecha por su hombro. Ninguno de los dos estaba preparado para el impacto emocional que suponía contemplar con vida a alguien que, en realidad, estaba muerto. Quizá esas visiones no afectasen el ánimo de Tiresias, pero ellos notaron cómo el dolor que habían intentado encajar en las últimas semanas volvía a golpearlos con dureza.

El Bibliotecario, ajeno a su presencia, hojeaba con impaciencia uno de sus libros cuando la llegada de una mujer lo interrumpió.

—¡Es ella! —La reconoció Ariadna.

T. asintió: se trataba de la misma mujer que habían visto en sueños en más de una ocasión. La misma que, a su regreso del Taigeto, habían creído oír gritar entre decenas de ramas rotas y ensangrentadas. Y la misma que les habían mostrado las Náyades en el Aniversario. Al fin la tenían delante. En carne y hueso.

—Tan ocupado como siempre —lo saludó.

—Vaya. —Dédalo parecía alegrarse con su visita—. No espera verte hoy por aquí, Galatea.

Ambos recordaron su nombre.

Aquella mujer era una de las tres víctimas del atentado.

Galatea.

La Arquitecta y su marido Pigmalión eran los máximos asesores del Gobierno de Orfeo. Y los padres de Némesis, la actual Presidenta, que, como pudieron observar, había heredado de su madre el rostro anguloso y los ojos expresivos y penetrantes.

—Hay algo que necesito hablar contigo —miró a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera escucharlos—, a solas.

Dédalo se irguió y la invitó a que se sentara junto a él en la mesa que utilizaba como escritorio. Atestada de libros y cuadernos, resultaba tan

anacrónica como todo lo que había en aquella habitación, un espacio lleno de objetos analógicos en medio de un edificio erigido gracias a la tecnología más avanzada de Ypsilon. La Biblioteca de los Siete Ríos era una de las instituciones que Orfeo había convertido en uno de sus emblemas personales, y no había escatimado recursos para su construcción ni para su mantenimiento.

—Tú dirás.

—Imagino que te habrás enterado ya de lo que le ha sucedido a Endimión...

—Cómo no. Las redes no han dejado de hablar de ello. ¿Sabéis que hay mucha gente inquieta con este tema? Además, ha reavivado la polémica que ya surgió con la creación de los Lotófagos...

—La investigación científica siempre despierta fantasmas conspiranoicos.

—Es más que eso. Me temo que la opinión pública ha dejado de ver con buenos ojos vuestros experimentos... Y eso que no saben la verdad de su origen. Porque si supieran del adivino loco ese que os inspira, sería mucho peor.

—No te cae bien, ¿verdad?

—Me resulta... —Dédalo buscó el adjetivo más preciso posible: sabía de la buena relación que Galatea y Pigmalión habían llegado a establecer con Tiresias y no quería herir sus sentimientos— inquietante.

—Buen eufemismo —sonrió ella, a la que no le sorprendían en absoluto aquellos recelos. A fin de cuentas, no era sencillo confiar en alguien que aseguraba poder ver el futuro y que había sido impuesto por Orfeo como uno de sus máximos y más privados Consejeros.

«Es por el bien de Ypsilon», fue su única explicación cuando ella y Pigmalión le preguntaron por qué no hacía público su nombramiento sino que, al margen del organigrama oficial, lo mantenía como un miembro del que, sin embargo, dependían muchas de las decisiones más importantes.

A pesar del secretismo que rodeaba su labor, en Naxos comenzó pronto a circular su nombre envuelto en toda clase de leyendas. Los secretos de su biografía eran tan numerosos como los aciertos con sus predicciones: «Siempre ocurre lo que avisa que va a ocurrir», se justificaba Orfeo cada vez que Galatea y su marido protestaban contra alguna de las medidas que decretaba a partir de los consejos de su augur.

—¿Tú no lo encuentras... —Dédalo volvió a tropezar con la necesidad de encontrar otro adjetivo— sospechoso?

—Lo encuentro intrigante. —Al Bibliotecario le divirtió la sutileza de Galatea para cambiar el matiz de la palabra que él había escogido—. Según él, sus raíces están en Dite, un lugar que no existe más que en tus libros —Galatea señaló los ejemplares y manuscritos que yacían desordenados en el suelo—, pero que, por lo poco que hemos conseguido sonsacarle, es la causa de que pueda predecir lo que va a suceder. O, más bien, cómo va a suceder.

—Y vosotros os lo creéis... —Dédalo esbozó una sonrisa irónica—. Que Orfeo haya caído en las garras de un adulador que asegura que puede ver el futuro no me sorprende, pero que Pigmalión y tú, dos Arquitectos y científicos de renombre, os traguéis sus mentiras, sí.

—No sé si son mentiras. —Galatea parecía sincera, sobre todo porque resultaba obvio que no pretendía disimular sus dudas—. Quizá no haya estado en Dite, o esa supuesta ciudad infernal ni siquiera exista, pero todo lo que nos ha dicho, hasta ahora, se ha cumplido. Y —bajó la voz— nos ha abierto un camino que no esperábamos.

Se puso en pie y cerró la puerta del despacho. Después, activó el sistema de bloqueo que había instalado en su móvil para cerciorarse de que nadie pudiese grabar su conversación. A raíz de los desórdenes surgidos con la Crisis Global, se había aprobado la colocación de cámaras y micrófonos en todos los espacios públicos de Ypsilon, así que toda precaución era poca.

—¿Qué está pasando aquí, Galatea? ¿A qué viene tanto secretismo? ¿Tiene que ver con el accidente de Endimión?

—No fue un accidente... Endimión está en coma por culpa de su propia codicia. —El Bibliotecario la miraba sin comprender, aguardando una explicación más extensa—. Formaba parte del equipo con el que Pigmalión y yo, con la ayuda de Tiresias, habíamos empezado a desarrollar nuestro nuevo experimento. Una fórmula que puede suponer toda una revolución genética y que, en los primeros ensayos con animales, ha arrojado muy buenos resultados.

—¿Tan buenos resultados como los Lotófagos? —Era evidente en el tono de Dédalo la repugnancia que le provocaban aquellos monstruos bicéfalos.

—Esta vez es distinto —insistía Galatea—. Esta vez se trata de lograr lo que la humanidad ha perseguido durante milenios: vencer la enfermedad. Y, con ella, el miedo y el dolor.

—¿La inmortalidad? —El Bibliotecario creyó escuchar las grandilocuentes palabras que caracterizaban el discurso de Tiresias en la voz de la Arquitecta—. ¿Estáis jugando a ser dioses?

—Estamos luchando por buscar una salida para lo que nos está matando. La enfermedad, el hambre, la pobreza, la depresión... ¿Y si la clave está en revolucionar la genética? Volvernos más jóvenes, más fuertes, más resistentes... Capaces de adaptarnos a todo. De transformarnos.

A T. le recorrió un escalofrío al escuchar aquel verbo. ¿Era posible que Telémaco los hubiera conducido hasta la primera de las huellas sobre su origen?

—¿Y eso es lo que casi acaba con la vida de Endimión?

—La culpa no fue nuestra. Si él no se hubiera empeñado en inyectarse la dosis antes de tiempo... Pero le pudo la impaciencia. Y la ambición. Quería ser el primero en obtener esos dones.

Esta vez, al oír aquel sustantivo que marcaba su existencia, fue Ariadna la que se estremeció.

—Así que a Endimión lo ha dejado en coma su *hybris*.

—¿Su qué?

—Su soberbia, la misma que llevó a la perdición a Faetón, o a Narciso, o a tantos personajes de los que salen en el libro que llevas en tu bolso.

Galatea se dio cuenta de que se había abierto la cremallera y, desde donde estaba sentado Dédalo, se podía ver parte de su cubierta.

—Solo que este —lo cogió con delicadeza y lo puso encima de la mesa— no es un ejemplar más.

—Ah, ¿no?

—No. —Galatea hizo una pausa solemne, casi teatral, antes de presentárselo—. Es el Segundo Eje.

Nada más oírlo, T. y Ariadna sintieron el impulso de abalanzarse sobre el libro y escapar de Dite con él. Sin embargo, la imposibilidad de tocar nada de lo que los rodeaba les impedía esa opción.

—¿El Segundo Eje? —Era la primera vez que Dédalo escuchaba esas palabras.

—Son dos, Dédalo: esta copia de *Las metamorfosis* y otra de la *Odisea* en la que ahora mismo está trabajando Pigmalión. Dos Ejes en los que pervive la magia de Dite y que Tiresias nos ha traído desde allí. Dos Ejes con los que hemos empezado a lograr cosas que parecían impensables...

Ariadna buscó la mano de T. y la agarró con fuerza. Desde que habían llegado, y a pesar de que no lo hubieran verbalizado, los dos habían sentido una conexión extraña entre sus dones y la Ciudad de los Muertos. Quizá aquella fuera la explicación de ese vínculo que los ataba a Dite.

—¿Estás hablando de ciencia o de magia, Galatea?

—De magia que puede ser controlada por la ciencia.

—Eso no existe...

—¿La magia?

—No —el lector que vivía en Dédalo era capaz de creer en ella o, por lo menos, de desear que fuera posible—: la magia controlable. Ni por la ciencia ni por nada. Si es cierto que Tiresias ha estado en Dite, este libro que me has traído viene de un lugar demasiado oscuro como para que podáis ponerle límites.

—Pero debemos intentarlo. Aunque sea peligroso. ¿No te das cuenta de lo que podría suponer, Dédalo? Sería la solución para muchas de las consecuencias de la Crisis Global. No solo erradicaríamos las enfermedades que nos afectan: también mejoraríamos la calidad de vida de nuestra gente.

—Sigo sin entender por qué me cuentas todo eso... ¿Qué tengo yo que ver con vuestros experimentos?

—Tiresias dice que es imprescindible que estés presente cuando me someta al experimento.

—¿Tú? ¿Te has vuelto loca? ¿Te vas a exponer a algo así?

—Debo hacerlo.

—¿Porque lo dice vuestro adivino?

—Porque es el único modo de que se abra el camino que se tiene que abrir.

—Esa frase ni siquiera es tuya, ¿a que no? —Galatea no respondió—. Ese estafador os ha lavado el cerebro. ¿No lo ves?

—¿Eso crees? Muy bien, pues ven. Así lo podrás ver con tus propios ojos y, si todo es un engaño, nos ayudarás a desenmascararlo. Pero si no lo es, si Tiresias tiene razón y estos Dos Ejes son tan poderosos como él asegura, vamos a necesitarte de nuestro lado.

—Tiene que haber algún motivo más para que me busquéis a mí...

—¿Te parece poco este? —Galatea aproximó el libro al Bibliotecario, invitándole a que ojease sus páginas—. Según Tiresias, controlar los clones que nacen de los Dos Ejes exige conocer a fondo las historias que contienen.

Dédalo acercó sus manos al ejemplar de *Las metamorfosis* y deslizó sus dedos sobre la cubierta. Al pasar su índice por el título, que había sido grabado en relieve con grandes letras góticas, sintió un impacto tan poderoso como el de una corriente eléctrica atravesando su cuerpo.

—¿Dédalo? —se alarmó ella al ver que empezaba a temblar—. ¿Estás bien?

Movió la cabeza para decir que sí mientras intentaba interpretar la imagen que, durante una fracción de segundo, había cruzado su cabeza.

—Un caballo —dijo, aún conmocionado—. Esto es absurdo: me ha parecido ver un caballo en medio de esta habitación...

—Si te consuela, todos los que nos hemos acercado al libro hemos notado algo extraño... —le confesó Galatea.

—¿Tú también viste lo mismo que yo?

Ella negó con la cabeza.

—En mi caso, fue un árbol.

El Equus y el laurel, dedujeron T. y Ariadna.

Dédalo, muy agitado, se levantó bruscamente y comenzó a dar vueltas de un lado a otro de su despacho.

En su interior se debatía entre el temor que le provocaban los experimentos genéticos de los Arquitectos y la convicción de que lo que acababa de suceder no era casual. Hasta aquel momento no había tenido demasiados motivos para creer lo que se decía de Tiresias, pero ahora... Ahora quizás sí fuera posible: ¿de qué otro modo podía explicar aquello? Además, no soportaría los remordimientos si llegaba a ocurrirle algo a Galatea. Tenía tantos motivos para negarse a su invitación como para aceptarla, pero mientras que las razones que lo frenaban nacían del miedo, las segundas respondían a su sentido de la lealtad.

—No sé si Tiresias me convencerá de que es quien dice ser, pero iré para asegurarme de que no te pasa nada. Ni a ti ni a Pigmalión.

—Estaba segura de que podíamos contar contigo. —Galatea cogió de nuevo el libro y lo guardó en su bolso, comprobando que esta vez sí cerraba bien la cremallera—. Tendrás noticias pronto.

Dédalo forzó una sonrisa y permaneció inmóvil, preso de sus dudas, mientras ella abandonaba, decidida, su despacho.

En cuanto Galatea se marchó, T. y Ariadna fueron rodeados por el mismo arnés que los había llevado hasta la Biblioteca. Y mientras trataban de asimilar lo que habían visto allí, Telémaco los sacó de la Biblioteca y los elevó a una nueva plataforma. Su nuevo escenario, de aspecto más actual que el anterior, reproducía los alrededores de Naxos y la Plaza del Fuego.

—¿Estás bien, Ari?

—Eso creo...

Los dos eran conscientes del significado del momento que acababan de presenciar: Dédalo tenía razón cuando les dijo que, si acudían a Tiresias, darían con las respuestas que buscaban. Ahí estaba la prueba: ambos intuían que Galatea, la misma mujer que los perseguía en sus sueños y pesadillas, era la responsable de su don. Ella, junto con Pigmalión y Tiresias, había sido la artífice de ese proyecto genético que, gracias a las propiedades mágicas de los Dos Ejes, alteraba las capacidades humanas y permitía transformaciones como las que T. vivía dentro de su propio cuerpo y que Ariadna experimentaba fuera del suyo. Pero seguía habiendo un interrogante para el que no tenían respuesta: cómo había llegado ese don hasta ellos. Y por qué, precisamente, a ellos dos.

Telémaco, el primer mensajero, solo les había permitido asomarse a una de las piezas del puzzle que componía su pasado, y ahora, en la nueva plataforma, tal vez encontrasen alguna más.

—Así que nuestro don viene... —Ariadna miró con desconfianza el entorno en el que se encontraban— de Dite.

—Pero ¿por qué nosotros? —T. no entendía el criterio para elegirlos—. ¿Por qué malgastar ese don con dos niños que entonces ni siquiera podían ser útiles para ellos?

—A lo mejor necesitaban dos bebés... Y tú fuiste el primero y yo, cuatro años después, la segunda.

—¿Y esa espera? ¿Cuatro años entre las dos fases del experimento? —A T. seguían sin cuadrarle los datos—. Hay algo que falla, Ari. Algo que debería aclarar por qué hemos acabado en el centro de todo esto.

—Pero si tiene que ver con este lugar, a lo mejor no es buena idea saberlo... —Ariadna pensó en sus cicatrices. En cuánto habían dolido las últimas. En la sensación, cada vez más intensa, de que los prodigios que provocaba también le robaban una parte de sí misma. Quizá fuera algo más que una impresión. Quizá era imposible que una magia que procedía de Dite no tuviese también un reverso oscuro.

—Este debe de ser el nivel dos —dijo T., dispuesto a afrontar cuanto antes su siguiente reto—. Se ve que tú tenías razón y ahora hemos pasado a la siguiente fase del videojuego.

—Pues habrá que seguir la partida.

—Esa es la actitud, Ari. —A pesar de que estaba tan impresionado como ella por lo que habían vivido, prefería quitarle hierro. Cada vez tenía más claro que la trascendencia era su peor enemiga, y la ligereza, su mayor aliada—. Hemos venido a jugar, ¿no?

Ariadna asintió decidida.

—Pues juguemos.



16

EL SEGUNDO MENSAJERO

En Dite resultaba imposible mantener una percepción concreta del tiempo: ya no sabían si llevaban allí horas o tan solo minutos. De algún modo, existía un desajuste entre el intervalo que abarcaba su visita a la Ciudad Infernal en el mundo exterior y el espacio temporal de allí dentro. Quizá por eso les costaba tanto recordar los crípticos mensajes con que los había despedido el augur.

—¿Cómo era? —se preguntaba Ariadna—. ¿Te acuerdas de lo que nos dijo Tiresias sobre el segundo mensajero?

T. se esforzaba por hacer memoria.

—Algo así como que en él estaban las claves de nuestra fortaleza.

—Se parecía, pero... —Ariadna negó con la cabeza. Faltaba algo, y estaba convencida de que no podían pasar por alto ni un solo detalle.

—Juraría que era así... Pero tienes razón: esa frase se entiende, y al tipo ese le gustan mucho más las frases enrevesadas.

—Dijo que nos daría las claves que... —Tenía el verbo en la punta de la lengua, pero no acababa de dar con él.

—¡Protegen! —Recordó T.—. ¡Las claves que protegen nuestra fortaleza!

—¡Eso es!

—Muy bien, ¿y qué? —A T. le llamaba la atención que Ariadna pareciese disfrutar con aquellos enigmas que él, sin embargo, detestaba—. ¿Eso nos aclara algo?

—¿De qué se supone que protegemos nuestra fortaleza? —le preguntó ella.

—Ah, no. Eso sí que no... ¿Tú también te me vas a poner ahora en plan maestra zen?

—Piensa un poco...

Si no hubieran estado en la mismísima Ciudad de los Muertos, tal vez T. se hubiera negado a seguirle la corriente. Pero algo le decía que lo mejor era aunar esfuerzos para escapar de allí cuanto antes, pues sospechaba que, como empezaba a ser habitual, Tiresias tampoco se lo había contado todo.

—De los enemigos, supongo.

Ella negó con la cabeza.

—Ah, ¿no?

—Bueno, según lo que tú entiendas por enemigos...

—¿Me lo vas a decir de una vez, o necesitas darle más suspense? —Se impacientó él.

—Si protegemos nuestra fortaleza es para evitar que se vea nuestra debilidad. Ese es nuestro mayor enemigo. Y en tu caso y el mío, me temo que está claro.

Una vez más lo había sorprendido. Lo que más lo admiraba de aquella criá no era su don mágico, sino su talento lógico. Su capacidad para resolver cuestiones que, una vez que ella las empezaba a explicar, a él le resultaban completamente verosímiles.

Claro que tenía razón.

Su peor y más temible antagonista eran ellos mismos.

El miedo a descubrir el origen y los límites de su propio poder. Esa sensación de tener que hacer frente a las expectativas que toda Ítaca había depositado en ellos. Así que ambos pensaron, sin dudarlo, en el mismo nombre. El héroe que conjugaba la fortaleza del mejor de los soldados griegos con la debilidad de cualquier ser humano. El símbolo de la fragilidad que Dite, con sus trampas verbales, también había abierto en ellos.

A-Q-U-I-L-E-S

Las sombras que Telémaco había convertido en arneses se transformaron esta vez en una pasarela con la que Aquiles los invitaba a entrar en Naxos.

En las paredes de los salones y las galerías del palacio presidencial aún se podían ver los retratos de Orfeo. La bandera que presidía los espacios oficiales evidenciaba que aún no se había impuesto el Nuevo Orden, pues en ella no figuraba el ojo del Cíclope que Némesis había añadido para distinguir su Gobierno del que la había precedido. Eso explicaba que los colores, pese a resultar más vivaces que en la plataforma anterior, resultaran un tanto

apagados en comparación con sus ropas: se habían acercado al presente, pero seguían estando en el pasado.

T. y Ariadna recorrieron el camino que, a sus pies, iba trazando Aquiles. Esperaban encontrar, al final de aquel trayecto, la escena de la que el segundo mensajero deseaba que fuesen testigos.

—¡No pienso hacerlo!

Los dos giraron la cabeza ante el grito con el que una mujer embarazada trataba de esquivar a alguien a quien reconocieron tan rápido como a ella.

—Por favor, Némesis.

—¡He dicho que no! Así que no se te ocurra insistir más... No pienso hacerle pasar por eso, Tiresias.

T. se fijó en que había algo en Némesis que le resultaba extraño. Su tono de voz le parecía menos severo que el que recordaba de su encuentro con la Presidenta en la Sala del Intercambio y, además, se dio cuenta de un detalle que llamó su atención: tenía un curioso lunar en forma de estrella a la altura del cuello, una marca que le había pasado desapercibida cuando la conoció en el Taigeto.

—Es el único modo. —Le insistió Tiresias, a la vez que abría ante ella un libro con su propia firma en la cubierta—. Aquí lo pone.

—¿Y qué más da lo que ponga un texto que has escrito tú? Esas páginas solo dicen lo que tú quieras que digan.

—Dicen lo que veo, Némesis. Y lo que veo es que la única esperanza que tenemos para vencer a tu hermana está dentro de ti.

—No... —lo corrigió ella a la vez que acariciaba su vientre—. Lo que intentáis hacerme creer es que está dentro de él. Dédalo me lo ha repetido mil veces. Pero no voy a dejar que os acerquéis. Es mi hijo, ¿no lo entiendes? Y no pienso dejar que se convierta en uno de vuestros experimentos por culpa de lo que sea que hicieron mis padres...

—No podemos cambiar el pasado, pero sí lo que va a venir. Y sabes que si Galatea y yo insistimos es porque lo hemos visto.

—¿Y por eso la habéis encerrado en el Ponto? ¿Nunca has pensado que tal vez la culpa de que mi hermana nos odie no sea suya? A lo mejor es vuestra por hacer más caso a las profecías que a nuestra voluntad.

—Lo intentamos... —Tiresias parecía referirse a un momento muy concreto mientras T. y Ariadna trataban de comprender la escena que observaban, pero todas sus hipótesis los conducían a un lugar en el que preferían no entrar—. Cuando tenías seis años, la hicimos venir desde el Ponto.

—Me lo habéis contado mil veces... Y sé lo que trató de hacer. Sé que Dafne quiso ahogarme mientras dormía. Pero es que hasta eso puedo entenderlo. ¡Era una niña, por favor! Una niña a la que habían encerrado para que no acabase con la paz de Ypsilon. Eso es lo que vio mi madre en sus sueños, ¿verdad? Y lo que viste tú... Pero ¿y si ese intento de asesinato no se debió a su naturaleza, sino a que vosotros la volvisteis así?

—Puedes pensar lo que quieras, Némesis, pero necesitamos actuar. Hace meses que ignoramos su paradero. Desde que Dafne huyó del Ponto no hemos recibido ni una sola noticia de ella, y lo más seguro es que haya puesto en marcha su venganza. Lleva años planeándola, ¿no te das cuenta? Años pensando en cómo hundirnos. Por eso tenemos que hacer algo.

—¿Y por eso le has pedido a Dédalo que te ayude a esconderte?

El adivino reaccionó avergonzado.

—La Esfinge solo es un plan de emergencia... No es la primera vez que vivo una persecución como esta.

—Tú y tu pasado misterioso... ¿Cuántas vidas son las que encierras, Tiresias? ¿Cuánto tiempo se supone que has vivido? ¿O tengo que creerte que tu querida Dite te ha hecho inmortal?

El augur, como de costumbre, eludió todas sus preguntas.

—Desde que Orfeo me trajo a Ypsilon, solo he intentado ayudaros. Y eso es lo que voy a seguir haciendo.

—¿Y por qué te importamos tanto?

—Porque Ypsilon está destinado a ser modelo y principio. Un espejo en el que no tardarán en verse los países que nos rodean, y que puede significar un camino hacia la luz, si vencemos, o hacia la oscuridad, si no lo conseguimos.

—Si tan importante es esa lucha, ¿no deberías quedarte a nuestro lado?

—Permaneciendo aquí, me expongo demasiado. Y dejaría de ser útil.

—Ya. —Ella lo miró con desdén—. Así que es mejor que nos dejes solos. Nos abandonas, Tiresias. Y pretendes que yo sacrifique la salud de mi hijo y lo convierta en un experimento más. Con lo que eso supone... ¿O tengo que contarte los efectos secundarios que todavía sufre mi madre? ¿Cómo se queja cada vez que la atormenta una de esas visiones que más de una noche, sin que entienda por qué, la transforman en sombras? ¿O cómo se quedó tan ciega como tú por culpa de ese maldito proyecto genético?

—La cegó la luz de la claridad, ¿no lo entiendes, Némesis? Galatea perdió algo para ganar un don aún más poderoso. Porque lo que tu madre y yo no vemos en el presente resulta ridículo comparado con todo lo que sí vemos en

el pasado y en el futuro. Y en ese futuro están tus dos hijos luchando por devolver la libertad a Ypsilon.

—¿No he tenido aún el primero y ya me quieres robar también el segundo?

—La segunda —la corrigió él—. Vendrá en cuatro años. Y si quieres que sobrevivan, tendrás que dejar que les inoculemos el don y convencer a todo el país de que ambos han nacido muertos. Solo así podrás evitar que tu gemela dé con ellos.

—Cuando supe lo que hicisteis con mi madre, temí que fuera hereditario... Y me alegró comprobar que no. Estoy limpia, pensé. Mi marido Perseo y yo estamos limpios de esa magia que ha destrozado la vida de mi familia y que a ti, aunque lo niegues, te ha robado la tuya. Y quiero que mi hijo también lo esté, Tiresias. No quiero que sufra lo que yo sé que se sufre por algo que no me ha pedido. Una carga que ella, si es que llevas razón y también tendrá una hija, tampoco debería llevar sobre sus hombros.

—Me temo que no tienes elección...

Ariadna y T., que luchaban por no perder la calma, se giraron al escuchar aquella nueva voz femenina a la que reconocieron enseguida: se trataba de Galatea. Escoltada por Dédalo y Pigmalión, se dirigía hasta Némesis con un maletín medicinal en su mano derecha.

—Necesitamos que te tranquilices, hija.

—No, por favor —protestó ella—. Avisad a Perseo. Decidle a mi marido que venga ahora mismo. Él me dará la razón. Estoy segura de que me apoyará en esto.

Sus protestas no fueron suficientes: mientras su madre la acariciaba fingiendo ceder a sus deseos, Pigmalión y Dédalo prepararon el instrumental y le inyectaron, a traición, la dosis necesaria para que el embrión adquiriese el mismo don que ya habían probado en el cuerpo de Galatea años atrás. No sabían qué poder desarrollaría el pequeño, pues de momento habían obtenido reacciones muy diferentes: Endimión, preso de un sueño perpetuo, y Galatea, víctima de pesadillas premonitorias tan certeras como las del propio Tiresias.

Puede que quienes rodeaban a Némesis ignorasen cómo afectaría aquel don a la vida de su primer hijo, pero T. y Ariadna lo sabían muy bien.

Podrían contarles las consecuencias de lo que estaban haciendo. Los efectos que tendrían esas inyecciones en los dos bebés que, años después, regresarían convertidos en adolescentes al lugar que los había visto nacer. Su don no era una casualidad, sino una decisión consciente y, peor aún, un plan diseñado contra la voluntad de su propia madre.

Némesis.

Pero una Némesis con un lunar con forma de estrella a la altura del cuello.

Una Némesis que no recordaba en sus maneras ni en su habla a la crudeza de la Presidenta.

Una Némesis con una hermana gemela llamada Dafne a la que habían encerrado en el Ponto, escondida de todo y de todos, para que no cumpliese los augurios de Tiresias.

Una Némesis a quien esa hermana, que nadie en Ypsilon conocía, le había robado su identidad.

Cuando el adivino acercó la jeringuilla, Ariadna no pudo contenerse y se salió del camino marcado por Aquiles.

—¡Dejadla en paz! —gritó, sin que ninguno de los que allí estaban pudiera escucharla.

—¡Ari, vuelve! —le pidió T., preocupado al ver que la pasarela comenzaba a deshacerse bajo sus pies—. ¡Regresa, por favor!

Ambos tenían mucho que asimilar, pero no podían permitirse el lujo de perder el control justo ahora. Ariadna habría querido reprimirse, comportarse como la heroína que todo el mundo esperaba de ella, pero no podía permanecer de brazos cruzados ante aquella escena tan violenta. No iba a permitir que pisotearan de ese modo la voluntad de la mujer que había descubierto que era su madre biológica.

La suya... y la de T.

Por fin tenía sentido esa conexión entre ambos, ese vínculo que los unía incluso cuando estaban separados, ese nexo que hacía que se comprendiesen sin palabras.

Los dos eran hijos del mismo dolor, de la misma angustia, de la imposición de aquellas personas entre las que se incluía Dédalo, un hombre al que habían admirado y que, de repente, no era el ídolo que habían creído. ¿Todo estaba justificado? ¿Cualquier medio era válido con tal de lograr sus objetivos? Ariadna entendía que intentaban salvarlos, que tal vez habrían muerto a manos de la Presidenta si los designios de Tiresias eran ciertos. Pero ¿y si eran ellos los que habían manipulado su destino? ¿Y si eran ellos quienes la habían convertido en una asesina con su maldito experimento?

—¡Basta!

T. nunca la había visto así: Ariadna estaba absolutamente descontrolada. Golpeaba a Dédalo y a Tiresias mientras estos le inyectaban a Némesis la dosis que convertiría a su hijo T. en el rey de las metamorfosis. Una dosis

idéntica a la que le suministrarían de nuevo cuatro años después, cuando naciera ella.

—Lo siento. —Un hombre de ojos verdes y largo cabello rizado observaba la escena desde la puerta, sin atreverse siquiera a cruzarla—. Lo siento tanto, querida...

—Perseo... —Némesis solo tuvo tiempo de reconocer a su marido antes de caer en un profundo sueño.

—¡Ariadna! —T. llamó su atención al darse cuenta de que las sombras que antes formaban la pasarela que los había conducido hasta el palacio se habían convertido en una tropa de mujeres de rostro demoniaco y grandes mandíbulas—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Ella se giró tan pronto como oyó la voz de su hermano y reconoció enseguida a aquellos seres de pesadas túnicas de color cobrizo y afiladas garras con las que podrían cortar en dos a una persona sin apenas esfuerzo. Dite los castigaba por su desobediencia con las Erinias.

Las diosas encargadas de vengar los crímenes los habían rodeado y no iban a permitir que escaparan de allí.



17

LAS ERINIAS

Luchaban por zafarse de su acoso, pero las Erinias habían trazado un círculo tan férreo a su alrededor que a Ariadna le era imposible huir.

—¡Ari! —T. se alarmó al verla inmóvil y cada vez más translúcida entre las fauces demoniacas de aquellas mujeres, que parecían estar devorándola—. ¡Ari, recuerda quién eres!

Por mucho que siguiera gritando, Ariadna ya no estaba con él.

Quedaba su cuerpo, sí, pero las Erinias la estaban haciendo enloquecer y T. temía que, en cualquier momento, se convirtiese en una más de ellas. Así que, decidido a impedirlo, se concentró en el libro que ambos conocían y del que habían salido los nombres de sus dos mensajeros. Allí debía estar su salvación. Necesitaba recurrir a un tercer mensajero al que Tiresias no había mencionado y que, sin embargo, resultaba imprescindible para salir con vida de Dite.

Apenas tuvo tiempo de pensar: la situación era demasiado grave y requería una respuesta urgente. Cerró los ojos y se dejó llevar por el primer recuerdo del Primer Eje que quiso invadirlo.

A-T-E-N-E-A

Su cuerpo adquirió las dimensiones y formas propias de la diosa de la sabiduría al mismo tiempo que surgía, a su alrededor, un ejército de ciborgs con aspecto de búhos que se lanzaron con violencia sobre las Erinias. Cuanto más clavaban sus picos de acero en ellas, más se debilitaba su poder y con mayor velocidad volvía a Ariadna la cordura que habían tratado de arrebatarle.

Atenea, encarnada en T., la tomó en sus brazos y echó a correr por los pasillos de Naxos, alejándola del aquelarre en el que había estado a punto de perder la vida.

—Despierta, por favor...

Podía sentir los pasos de las Erinias a sus espaldas. Avanzaba tan rápido como le era posible por los salones y galerías de Naxos, en busca de una salida mientras ellas seguían acosándolos. La contienda, sin embargo, era muy desigual. Los búhos enviados por Atenea habían logrado reducir su número, pero por cada diosa que sucumbía a los picotazos de las aves, surgían dos o tres más. Su número no dejaba de crecer, y el esfuerzo por derrotarlas era tan grande que T. notó cómo le fallaban las energías y su cuerpo recuperaba su forma original. Las Erinias eran tan poderosas que lo único que quedaba de su pródigo eran aquellos pájaros mecánicos que apenas le ofrecían una mínima ventaja para escapar de allí o, al menos, dar con un lugar donde guarecerse.

—Necesito tu ayuda —le suplicó a Ariadna—, por favor...

No tenía sentido seguir huyendo: antes o después los alcanzarían. Era imposible esquivar a las Erinias. Por mucho que acelerasen su marcha, ellas siempre lograban darles alcance. Casi podían sentir cómo los rozaban con sus garras, cómo su razón empezaba a tambalearse por efecto de su magia.

El único modo de salir de allí con vida era plantarles cara, y eso no podía hacerlo sin ella. Así que se detuvo detrás de una de las puertas que jalonaban el ala oeste de Naxos, puso a Ariadna sobre el suelo y, agarrando sus hombros con fuerza, repitió su nombre tratando de que volviese en sí.

—Ariadna, soy yo, T.

Ella abrió muchos los ojos, peleando por escapar del sueño que secuestraba su lucidez.

—Necesitamos atacar, Ari. ¿Lo entiendes?

Era necesario que las despojaran de sus poderes: volverlas inofensivas para que, cuando se abalanzasen sobre ellos, no pudiesen hacerles daño ni robarles la cordura que se había empezado a quebrar.

—Un nombre, Ariadna. —Era todo lo que les hacía falta—. Un nombre para que no nos toquen.

Ella buscó en su interior las fuerzas que aún le quedaban. «Para que no nos toquen...». Sabía qué mito debía invocar, pero no se creía capaz de visualizar las letras que componían su nombre. Dibujaba con dificultad la «M», la «I», la... Ni siquiera estaba segura de poder deletrearla. ¿Qué le estaba pasando?

Dos de las Erinias derribaron la puerta tras la que se ocultaban y rasgaron la ropa de T. El pánico ante lo que estaba a punto de suceder se convirtió en el resorte que por fin impulsó a Ariadna a visualizar el mito que debía protegerlos.

M-I-D-A-S

—¡Cuidado! —T. se interpuso al ver que una de sus perseguidoras estaba a punto de saltar sobre ella. Pero la Erinia no solo no consiguió herirla, sino que, al chocar con el suelo, su cuerpo se transformó en el mármol del que estaban hechas las baldosas del palacio.

Al igual que Midas convertía en oro todo lo que tocaba, las diosas no podían evitar volverse del mismo material que los objetos a los que aproximaban sus brazos. Bastaba con que rozaran una superficie para que automáticamente quedasen inmovilizadas, convertidas en seres inanimados y, por suerte, inofensivos.

T. aprovechó la ventaja que les confería aquel prodigo para sortear con Ariadna aquel repentino bosque de estatuas hasta alcanzar la salida oriental del palacio. En cuanto cruzaron sus puertas, se dejaron de oír los gritos de las últimas diosas que aún no habían caído presas del hechizo. Estaban a salvo.

—¡Lo hemos logrado! —la felicitó mientras buscaba un lugar donde pudieran sentarse un momento y recobrar el aliento.

—Aunque habéis estado a punto de fracasar —les recriminó Tiresias, que apareció en ese momento.

—¡Tú...! —T. levantó su brazo con la intención de descargar un puñetazo sobre el adivino y este, en vez de esquivarlo, se mantuvo impávido ante él.

—Hazlo.

El joven dudó unos segundos, con su puño en alto y debatiéndose entre sus ganas de golpearlo o contener su rabia. Fue Ariadna la que se encargó de decidir por él.

—Déjalo.

—Siento que hayáis tenido que descubrir así quiénes sois... —se disculpó Tiresias mientras les ofrecía un poco de agua—, pero era fundamental que no lo averiguaseis antes. De lo contrario, no habría sucedido nada de lo que debía suceder.

—La obligasteis... —Ariadna estaba furiosa. Cuanto más pensaba en la escena que habían presenciado, mayor era su enfado contra quienes habían participado—. Ella no quería hacerlo, pero no le disteis ninguna posibilidad.

—Para salvar vuestras vidas —se justificó el adivino, ajustándose a un férreo guion.

—¿Y la suya? ¿Su vida no valía nada?

—Nosotros no la pusimos en peligro, si es eso lo que estás pensando. Cuando inyectamos las dosis para protegeros, ya habíamos confirmado la seguridad de nuestra fórmula.

—Vuestra fórmula... —Ariadna se sentía como si la estuvieran cosificando: su don, para el que había imaginado toda suerte de orígenes, ya no le parecía tan excepcional. Era una imposición. Un atributo forzoso con el que los habían marcado para siempre.

—Lo que ocurrió era inevitable. Con la única diferencia de que ahora no contaríaos con vosotros dos para repararlo.

T. se mantenía en silencio mientras Ariadna exigía unas explicaciones que seguían sin resultarle suficientes.

—No se puede reparar algo así —insistió, incapaz de olvidar la expresión de pánico que había leído en el rostro de la verdadera Némesis.

—Se puede, pero para lograrlo es preciso que deshagáis lo que hicimos.

—¿Cambiar el pasado? —T. se preguntó si aquello tendría que ver con alguna de esas películas sobre paradojas temporales que había visto con sus padres cuando era un crío.

—No. El pasado está escrito. Lo que ha sucedido ya no puede cambiarse. Lo que podéis hacer es construir un futuro con otras bases diferentes a las nuestras.

—Eso ni lo dudes —replicó Ariadna llena de ira. Se estremecía al recordar la indefensión de Némesis ante quienes la habían obligado a inocular aquel veneno a sus hijos.

—No podéis cambiar el pasado, pero sí corregirlo. Y para eso tenéis que ir al Ponto, el lugar donde empezó todo. Allí encontraréis la llave que abre el ayer, además de un aliado inesperado que os ayudará a que el presente admita otro futuro.

T. fingió anotar aquellas tareas al borde de lo ininteligible en su móvil.

—Una llave que abra el ayer y un aliado para que el presente sea futuro... ¿Solo eso?

—¿Pero cómo vamos a deshacer lo que hicisteis? —Ariadna no pensaba marcharse de allí sin sonsacarle toda la información posible.

—Debéis hablar con la persona que no soy yo pero se asemeja a quien he sido.

—¿Otro como tú? —se burló T.—. Qué bien, justo lo que nos hacía falta...

—Y una cosa más: la llave que necesitáis no aparecerá si no sois vosotros quienes vais en su busca.

—¿Debemos buscarla solos?

—Puede acompañaros una persona más. Pero solo una persona más. De lo contrario, se rompería el equilibrio y vuestra llave se ocultaría para siempre.

Querían preguntarle muchas más cosas —¿a qué llave se refería?, ¿para qué la necesitaban?—, pero no tuvieron ocasión. Ambos cayeron de golpe en un profundo sueño que les hizo perder de nuevo la noción del tiempo. Era evidente que el augur había vertido algún tipo de droga en el agua que les había ofrecido y fue también él quien, sin que ellos supieran cómo ni en qué momento, los sacó de Dite y de la Esfinge hasta dejarlos de nuevo a sus puertas, en el mismo paraje solitario y desértico al que habían llegado gracias a Hipólita.

Cuando despertaron, ignoraban cuánto tiempo había transcurrido desde que habían ingresado en la Esfinge. Lo que sí sabían era que, antes de reencontrarse con sus compañeras, necesitaban digerir todo lo que habían descubierto y pensar en cómo se lo explicarían.

Tanto T. como Ariadna se dieron cuenta de que no eran las mismas personas que habían entrado en la guarida de Tiresias. Y no sabían cómo sentirse al respecto. Estaban convencidos de que, cuando descubriesen su verdadero origen, comprenderían al fin quiénes eran; sin embargo, lo cierto era que encontrarlas solo había contribuido a que se sintieran más perdidos.

—Y más solos— que nunca.

—Al menos nos tenemos el uno a la otra. —Le dijo T. a Ariadna.

—Eso hace tiempo que lo sé —le sonrió ella.

—Y menos mal, porque me da que por aquí no tenemos a nadie más —añadió su hermano con aire socarrón al darse cuenta de que Hipólita no estaba en el lugar donde se habían separado hacía... un momento. ¿Cuánto tiempo había pasado desde esa despedida? Sacó su móvil y se quedó boquiabierto al comprobarlo—. Ari, mira...

T. le mostró la pantalla de su móvil: habían transcurrido treinta y seis horas desde su ingreso en la Esfinge, a pesar de que su percepción fuera muy inferior. Ella, igual de perpleja, sacó también el suyo para confirmar que no se trataba de un error. Y no lo era: los dos relojes mostraban la misma hora y el mismo día, por mucho que su cabeza estuviese en desacuerdo.

Uno tras otro, los mensajes que no habían recibido durante el tiempo que habían estado en Dite llegaron en tropel a sus pantallas. El último de ellos,

que procedía de un número no identificable, adjuntaba un enlace y la silueta del Equus, así que tenía que ser un aviso de los suyos.

—Es una ubicación. —T. cliqueó en la dirección indicada, que no se hallaba muy lejos de allí—. Si no me equivoco, Hipólita ha vuelto al lugar donde montaron el campamento con los heridos.

—Espero que estén bien —comentó Ariadna, que se dio cuenta de que, durante el tiempo que habían pasado en la Ciudad de los Muertos, había llegado a olvidarse del ataque de los Sátiro y de las bajas que habían causado.

—Seguro que sí. —La animó él, y juntos se encaminaron hacia el refugio en el que confiaban que sus compañeros de viaje estarían esperándolos.



18

VEINTITRÉS

—¡Pero cómo has podido!

Aracne nunca había visto a Calipso tan furiosa. No dejaba de dar vueltas de un lado a otro, dando grandes zancadas con los puños apretados y fulminando con la mirada a Penélope cada vez que se cruzaba con ella.

—Creía que era un lugar seguro.

—¡No hay lugares seguros en Geonia! ¿Cuándo te va a entrar eso en la cabeza?

—Pero el Distrito 19 es al que menos atención prestan. Allí no hay más que Primarios, así que rara vez envían partidas de Cíclopes.

Su idea, pensaba Penélope, era buena. Pretendía ganarse el favor de las clases más desfavorecidas, las mismas que desempeñaban muchos servicios básicos a los que se les negaba cualquier prestigio intelectual. Gracias al sistema educativo del Nuevo Orden, Ypsilon se aseguraba de que cada ciudadano ocupase un puesto en la pirámide social de acuerdo con la formación que previamente se le había autorizado a recibir. De este modo, los Primarios, que se encontraban en la base, eran relegados a las tareas prácticas tan pronto como se les consideraba capacitados para ello.

En los siguientes niveles se hallaban los Secundarios, con formación media; los Prioritarios, con formación superior, y los Excelentes, un grupo al que solo pertenecían quienes estudiaban en las instituciones privadas más selectas de Ypsilon o, de modo excepcional, aquellos internos cuya personalidad llamaba la atención de los guardianes del Ponto. Según el Estado, estos últimos eran la prueba de que el Nuevo Orden no constituía un

sistema rígido de clases, sino que el esfuerzo podía permitir el ascenso a quien se lo mereciera.

—¿Sabes cuánta gente ha muerto por tu culpa? —Calipso estaba indignada. Aunque Aracne intentó impedirlo, encendió las pantallas para que Penélope viese de nuevo las imágenes de lo ocurrido.

—Claro que lo sé. ¿O te crees que eres la única que lamenta lo que ha pasado? Pero estaban allí porque creen en nosotras. —Se defendió la candidata, elevando la voz para que se la pudiese oír a pesar de los gritos que salían de aquella grabación—. Creen en nuestra Ítaca. Han dado su vida por una causa que merece la pena. ¿O pensabais que esta revolución no tendría víctimas?

—No te justifiques... No se te ocurra intentar defender lo que has hecho. ¡Deberías habernos consultado antes!

—¿Para qué? ¿Para que me prohibieseis hacerlo? Así, al menos, ha quedado clara la crueldad del Nuevo Orden. ¿O pensáis que esas imágenes no le van a costar caras a la Presidenta?

—Veintitrés víctimas. —Fue todo lo que dijo Aracne, que intervino para apoyar a Calipso.

Penélope agachó la cabeza.

—Habría querido evitarlo tanto como vosotras.

—Si nos hubieras escuchado, lo habrías hecho.

—Estamos tan cerca... —se defendió—. No podemos desaparecer de las calles justo ahora. La presencia virtual es necesaria, pero no suficiente. Si queremos ganar, necesitamos que nos teman de verdad.

—Y nos temerán cuando estemos preparadas para hacerles frente —sentenció Calipso—, no antes.

La líder de los Rebeldes dio por concluida la reunión, y Penélope se alejó de ella y de Aracne convencida de que las diferencias entre sus métodos hacían cada vez más difícil no solo la convivencia, sino algo que le importaba mucho más: la victoria.

—¿Me quieres explicar cómo ha ocurrido? ¿Cómo es posible que hayamos matado a veintitrés personas?

Némesis estaba tan indignada con Moira como Calipso con Penélope. Las dos se habían sentido desobedecidas y hasta cuestionadas en su liderazgo, pero mucho peor que su orgullo herido eran las consecuencias que podía acarrear aquel ataque masivo contra los Rebeldes en el Distrito 19.

—¿Y qué diferencia hay? —replicó la Arquitecta—. ¿Es mejor encerrarlos por decenas en el Tártaro que asustarlos para disuadirlos y conseguir que dejen de atacar al Senado?

—Disuadir no tiene nada que ver con asesinar... Y mucho menos con armas que ni siquiera habían sido probadas.

—Pero tú misma autorizaste...

—Autoricé que se usaran, sí. ¡Cuando yo lo indicara!

Argos, alertado por las voces, no pudo reprimir la curiosidad y se acercó hasta el lugar donde se producía la discusión, dispuesto a disfrutar de la humillación de su máxima rival.

—Las Harpías han demostrado ser eficaces.

—Contra un enemigo menor —apostilló el General, regodeándose en el fracaso de Moira—. No necesitamos cíborgs de última generación para acribillar a unos cuantos Primarios, ¿no crees? Con una decena de Rastreadores habría sido más que suficiente.

—Pensé que era una buena idea demostrar de lo que somos capaces antes de que los Rebeldes sigan atreviéndose a cuestionarnos. ¿O pensáis que Penélope no supone una amenaza real? Cada vez hay más gente dispuesta a saltarse las normas para escuchar su discurso.

—Aquí la única que ha olvidado su lugar eres tú —contestó tajante la Presidenta—. Me da igual lo que penséis, o lo que creáis, o lo que os parezca que pueda ser o no conveniente: sin mi autorización no se hace nada. ¡Nunca!

La Arquitecta buscó dentro de sí la humildad necesaria para pedir disculpas y, aunque no la encontró, logró mascullar un «lo siento» apenas audible y, en cualquier caso, insuficiente. Por mucho que la Presidenta se empeñase en criticar su acción, ella seguía opinando que lanzar a las Harpías contra los asistentes al mitin de Penélope había sido una buena decisión.

Era el momento perfecto para dar a conocer a sus cíborgs más sofisticados, una versión renovada y amplificada de sus Águilas. Diseñadas como aves con torso y cabeza de mujer, las Harpías resultaban tan imponentes por su físico como atractivas por sus rostros, con los que cautivaban a sus oponentes antes de proceder a descuartizarlos.

—Habrá que avisar a Hermes para que arregle este desastre...

—Sigue en el Ponto —informó Argos.

—Pues decidile que es urgente que regrese. Y que vaya adelantando desde allí algún plan para explicar este horror del modo que mejor nos convenga. —El General se retiró y la Presidenta dirigió una mirada gélida a la Arquitecta—. ¿Sigues adelante con el nuevo proyecto?

Moira asintió.

—Voy algo más retrasada de lo que me gustaría... Pero creo que estará a tiempo. Es la criatura más sofisticada que he tenido que crear hasta ahora.

—Pues tendrás que dedicarle más tiempo. Necesitamos que esté lista antes del día de las elecciones, pero ni se te ocurra experimentar con ella mientras yo no decida que ha llegado el momento.

Moira no sabía si aquel plazo imposible para concluir su obra maestra se debía a una auténtica necesidad o si era su castigo por haber desafiado la autoridad de la Presidenta.

Fuera por lo que fuera, no tenía más opción que obedecer, así que se despidió y salió de allí con un sentimiento de humillación que no recordaba desde sus días en el Ponto. Hacía años que nadie la hacía sentir tan minúscula, y le dolió comprobar que, a pesar de los logros, a pesar del tiempo transcurrido, a pesar de todo lo que había alcanzado gracias a su empeño y a su talento, la Niña Perdida del Ponto siempre la acompañaría. Alimentándose de su inseguridad y recordándole que un solo paso en falso podía ser suficiente para perderlo todo. Algo que ella no estaba dispuesta a permitir que sucediera. Bajo ningún concepto.

Las horas siguientes a la noticia del ataque sembraron la discordia por igual en Naxos y en Ítaca. Ambas sedes se llenaron de rumores, de pensamientos sombríos, de dudas por la ambición desmedida de sus líderes y de lamentos por el terrible destino de las veintitrés víctimas que habían sido descuartizadas por las Harpias.

Aracne, inquieta aún por el estado de Calipso, buscó el modo de convencerla de que no se obsesionara con lo que, sin duda, había sido un error. Un fallo táctico que no se repetiría y del que, estaba convencida, Penélope había aprendido la lección.

—A costa de veintitrés vidas... —se lamentó el Cerebro de Ítaca, tragándose la rabia y las lágrimas—. ¿De verdad era necesario que su aprendizaje nos saliese tan caro?

—Supongo que, cuando empezamos con todo esto, no sabíamos lo duro que iba a ser... No podemos culparnos entre nosotras. Penélope tomó una decisión equivocada, pero no podía prever sus consecuencias. Las asesinas han sido esos monstruos alados que ni siquiera sabemos de dónde han salido.

—Si me hubiera obedecido... O si yo fuera una mejor líder... A lo mejor la culpa es mía, Aracne; a lo mejor soy yo la que tendría que haber impedido

que eso ocurriera.

Al fin entendía la verdadera dimensión de su malestar. No solo le pesaban las muertes y el desafío a su autoridad de Penélope, sino también las dudas sobre su propia labor y la responsabilidad en todo lo sucedido. ¿Y si no estaba a la altura? ¿Y si la herencia que les había dejado Dédalo le quedaba demasiado grande?

—¿Puedo decirte algo, Calipso?

Estuvo a punto de responder que no. Temía enfrentarse a cualquier verdad que Aracne deseara compartir con ella. Sin embargo, al detectar en sus ojos esa ternura que tan bien conocía, esa capacidad que tenía el Corazón de los Rebeldes para arropar a quienes la rodeaban, decidió ser valiente y asentir.

—Quizá no seas la líder que Dédalo habría esperado. Alguien que, como él, lo ate todo de principio a fin, sin permitir que nadie muestre iniciativa propia. Pero tal vez esa sea una buena noticia. Tal vez sea justo eso lo que necesitamos.

—¿Cambiar el orden por el caos?

Aracne negó con la cabeza a la vez que se acercaba un poco más a ella.

—No. —Podía escuchar la respiración de Calipso, su latido casi frenético, la piel que parecía pedir una respuesta diferente a la que estaba a punto de ofrecerle—. Cambiar la tiranía por la libertad. Y la voz de uno por la voz de todas.

No estaba segura de que Aracne tuviese razón, pero necesitaba aferrarse a algo que la alejase de las imágenes de esos veintitrés cadáveres que, durante demasiadas noches, seguirían acosándola en sus pesadillas.

—Ojalá regresen pronto. —Calipso, cada vez más nerviosa ante la proximidad de Aracne, cambió de tema para referirse a la patrulla comandada por Leda y con la que Ariadna y T. habían salido hacía ya varios días.

—Clío y Orión me han pedido permiso para ir en su busca junto con Céfiro. No están tranquilos sabiéndolos lejos...

—¿Y Néstor y Layo?

—Ellos esperarán aquí. Piensan que es mejor que alguien se quede en la retaguardia.

—Está bien. Diles que pueden partir hoy mismo. Y que se lleven tres de los Pegasos que hemos logrado *hackear*. Si eso ayuda a que T., Ariadna y los demás regresen antes, estupendo. Porque vamos a necesitar todas nuestras fuerzas si queremos ganar esta guerra.

—Algo me dice que, cuando regresen, traerán justo lo que necesitamos para esa victoria.

—¿Tú también tienes dotes de adivina? —bromeó Calipso, que había recobrado su humor habitual gracias a las palabras de Aracne.

—No, pero tengo corazonadas... Cosas de ser quien soy —se rio Aracne, aludiendo al apodo que le había impuesto Dédalo.

—Al Cerebro no le llegan esas visiones. Lo mío es el presente.

—Pues hay más cosas que sé —le respondió ella mientras le dedicaba una mirada que contenía muchas más palabras de las que se atrevió a decir—, pero ya las iremos descubriendo.

—Ah, ¿sí? —Calipso, que intuyó que aquella noche habían puesto fin, para siempre, a las suspicacias que los secretos de Dédalo habían despertado entre las dos, puso su mano sobre la de Aracne—. ¿Cuándo?

—Cuando llegue el momento —contestó con actitud enigmática mientras apretaba su mano y sin moverse ni un centímetro de su lado—. Todo va a ir bien.

Nadie, ni siquiera Tiresias, poseía la información necesaria para asegurar algo así, pero era justo lo que Calipso necesitaba escuchar en ese momento. Y sonrió.



19

ATALANTA

Según los localizadores de sus móviles, debían de hallarse ya muy cerca del emplazamiento del campamento Rebelde.

—Tienen que estar en uno de esos locales. —T. apuntó con su índice hacia una agrupación de viejos cobertizos que, por su aspecto, parecían talleres abandonados, muy semejantes al que habían empleado tras el ataque de los Sátiro, solo que en un estado menos deplorable.

Ariadna y él apenas habían conversado durante el trayecto. La urgencia de alcanzar su destino había sido una buena excusa para no tener que abordar verdades que ambos sabían que eran complejas de tratar.

—¿Quieres hablarlo antes de que lleguemos? —le preguntó él, a pesar de que habría dado cualquier cosa porque la respuesta fuera un no.

—¿Y tú? —Le devolvió la pelota Ariadna.

—Podemos seguir fingiendo que no ha pasado nada o empezar a asumirlo, supongo.

—Ya. Pero hay una parte que no sé si quiero aceptar...

—¿La parte en la que nos convierten en sus peones de guerra, o la que apunta a que nuestra madre biológica puede ser una presidenta psicópata?

—No lo es —negó Ariadna, tan cargada de razón como de rabia.

—¿Y eso lo sabes por...?

—Porque no quiero que lo sea.

—Es un buen argumento, pero vamos a necesitar alguno más...

—Y porque ella no era ella.

—¿Cómo que «ella no era ella»?

—¿Tú no has notado nada raro, T.?

—¿Cómo de raro?

—La Némesis que hemos visto hoy se comportaba de forma muy diferente a la que conocemos.

T. no estaba seguro de si lo que acababa de recordar era relevante o un detalle anecdótico, pero cayó en la cuenta de algo:

—Hay una cosa que... —Sacudió la cabeza quitándole importancia—. Déjalo, es una tontería.

—Mejor cuéntamelo y así decidimos juntos si lo es o no.

—Vale, ahí va: esta Némesis tenía un lunar en forma de estrella, ¿verdad? A la altura del cuello.

—No me he fijado. —Ariadna sintió el impulso de enfadarse consigo misma: ¿cómo se había percatado de eso?—. Supongo que tendría que haber prestado más atención...

—Relaja un poco el látigo, anda, que bastante has hecho allí dentro. —Ella le agradeció su comentario—. Cuando estuve con Némesis en el Taigeto, juraría que no tenía ese lunar. Y la vi tan de cerca que creo que lo recordaría.

—¿Estás seguro?

—Sí, pero no sé muy bien adonde nos lleva eso.

—Pues solo nos puede llevar a un lugar... —Su hermana ya había empezado a unir las piezas y, poco a poco, todo iba cobrando un macabro sentido—. La Némesis que gobierna Ypsilon no es la Némesis que hemos visto en Dite.

—¿Es una impostora?

—Exacto.

—A ver. —T. se animó a completar con ella el siniestro rompecabezas que tenían delante—: Dédalo ha mencionado a una hermana gemela, ¿no?

—Dafne. —Ariadna recordaba bien ese nombre. No solo porque le hubiera impresionado lo que habían escuchado, sino porque había visto en él la explicación para una de las incógnitas que la asediaban y aún seguían sin respuesta—. ¿Recuerdas la letra que se grabó en tu tobillo y en mi hombro cuando escapamos del Taigeto?

T. le respondió mostrando su tatuaje:

—Una «D»... ¿De Dafne?

Ninguno de los dos podía afirmarlo con rotundidad, pero todo apuntaba a que sí. Aquel tenía que ser el auténtico nombre de la mujer que ostentaba el poder en Ypsilon. La misma mujer que, según los indicios que habían reunido hasta ahora, había usurpado el nombre y la identidad de su hermana Némesis.

—Pero eso significaría... —A la joven le horrorizó la idea de que un lazo familiar pudiese unirlos a la Presidenta.

—Me temo que sí —asintió T.

Tuvieron que respirar hondo antes de verbalizar lo que estaban pensando. Ambos sentían que, en el mismo momento en que lo dijese, ya no habría vuelta atrás: como si el hecho de pronunciarlo volviese real algo que, mientras siguiese siendo un secreto, no tenía por qué serlo.

—Dafne es el verdadero nombre de la Presidenta. Y está suplantando a la auténtica Némesis —Ariadna se tomó unos segundos antes de terminar la frase—, nuestra madre biológica.

—Genial. Así que ahora resulta que somos sobrinos de la presidenta psicópata...

Ariadna esbozó una sonrisa triste.

—Debe de estar bien, T.

—¿El qué?

—Poder decir las cosas como las dices tú. Como si no importaran nunca...

—Sí que importan —admitió su hermano—, pero reírse de uno mismo ayuda a no tomárselas tan en serio. Si te soy sincero, creo que mi verdadero don es ese. El de la metamorfosis me lo inyectaron esos —pronunció aquel pronombre casi con repugnancia—, pero el del sarcasmo es el mío. Mi don auténtico. El de verdad.

—Lo que menos me gusta —intentó explicar ella— es que de repente ya no lo veo todo tan claro. Sé por qué luchamos, pero tengo dudas de para quién lo hacemos... Y, peor todavía, de si se merecen que lo sigamos haciendo.

—¿Puedo decir algo positivo?

—Claro.

—Hay algo que a mí no me ha molestado. ¿Adivinas el qué?

Ariadna solo tuvo que devolverle la mirada para que ambos supieran a qué se refería. En realidad, no necesitaban ningún otro vínculo ni, mucho menos, un lazo de sangre que justificase la complicidad que los unía, pero les había reconfortado saber que eran hermanos.

Continuaron caminando en silencio hasta que, por fin, dieron con la ubicación que les habían enviado: un edificio en las inmediaciones del cobertizo donde se habían despedido de sus compañeros y que, por su aspecto, parecía tratarse de un viejo taller mecánico. Se asomaron a su interior, un espacio amplio y diáfano flanqueado por diversas salas laterales.

Enseguida reconocieron a sus compañeros. Estaban convencidos de que se alegrarían tanto como ellos, pero ninguno salió a su encuentro, sino que permanecieron en el interior del taller, como si se hallasen resolviendo cuestiones demasiado importantes y que requiriesen toda su atención.

—Bienvenidos de nuevo —los saludó Leda a la vez que les hacía un gesto con los ojos que ni Ariadna ni T. supieron interpretar.

Los dos contaban con un recibimiento mucho más efusivo, y tanto la actitud de Leda como el hecho de que ninguno de quienes estaban allí corriera a abrazarlos o a preguntarles de inmediato por su peripecia solo podía ser el indicio de que algo no iba bien.

—¿Os pasa algo? ¿Por qué estáis todos así de...?

T. no pudo terminar su pregunta. Justo antes de que pudiera hacerlo, de las salas laterales surgió un amplio grupo de Cazadores liderados por alguien a quien T. conocía muy bien.

—¿Nos echabas de menos, chaval?

Menelao no reprimió el placer que le producía dar caza al mentiroso que los había traicionado en el Taigeto. Alcínoo, a su lado, mostraba la misma satisfacción, mientras que el resto de los Cazadores, que habían permanecido ocultos hasta entonces, mostraban las armas con las que habían estado apuntando a los Rebeldes. Los habían tomado como rehenes y ni siquiera los músculos de Leda e Hipólita habían sido capaces de hacer frente a aquella banda, a la que solo movían el rencor y la codicia.

—La verdad es que esperábamos tener que venir a por ti. —Su mirada estaba cargada de ira y de desprecio—. Lo que no sabíamos es que íbamos a cazar dos pájaros de un tiro.

—Puedo explicarlo todo.

—¿Seguro?

T. estaba a punto de responder a la pregunta de Menelao cuando se dio cuenta de que, entre los Cazadores, había alguien más.

Alguien a quien extrañaba desde que habían escapado del Taigeto y que, tal y como estaba a punto de descubrir Ariadna, era la causante de esos silencios que lo embargaban de vez en cuando desde su regreso a Ítaca.

Alguien que, ahora que volvía a tener tan cerca, removía sus emociones y le hacía revivir las contradicciones que había experimentado cuando empezaron a conocerse.

La presencia de Nausícaa lo devolvió al ático, al instante que no había sucedido y a la intuición de haberse reconocido en medio de sus soledades.

—Némesis se alegrará cuando se lo contemos... —En la expresión de Menelao se apreciaba que estaba calculando cuánto podrían valer sus nuevas presas—. El mentiroso y su cómplice. Dos por el precio de uno, nada menos.

—Y con todo un séquito de Rebeldes y de Amazonas. —Se jactó Alcínoo—. ¿Cuánto creéis que nos pagarán por vuestras vidas?

—Tenéis que escucharnos —les pidió Helena, esforzándose por no dejar traslucir el temor que le provocaba la presencia de su ex.

—¿A ti? ¿Quién querría escucharte a ti, traidora? —Menelao la abofeteó delante de todos y ella, a pesar del dolor, se mordió la lengua para no gritar. No estaba dispuesta a darle aquella satisfacción a ese animal. Ya no.

—Dejadnos marchar, por favor —les rogó Ariadna, que no quería verse obligada a usar su don contra aquellos hombres. La habían preparado para defenderse de los Cíclopes, no para atacar a seres humanos, y temía que su poder acarreara consecuencias demasiado violentas. Sobre todo si se dejaba llevar por la ira que le había provocado la agresión contra su querida Helena.

—Ah, ¿sí? —se rio Alcínoo—. ¿Y por qué deberíamos hacerlo?

—Porque el futuro de Ypsilon depende de ellos.

Todos alzaron sus cabezas, sorprendidos por aquella voz que acababa de interrumpirlos.

—No puede ser. —Se lamentó Menelao—. ¡Derribadlos!

Los Cazadores apuntaron con sus pistolas y las descargaron sin éxito contra los tres Pegasos en los que cabalgaban Céfiro, Clío y Orión, que desplegaron sus escudos antibalas tan pronto como fueron conscientes del peligro.

Enseguida, los Rebeldes y las Amazonas corrieron hacia sus armas, dispuestos a acabar con quienes los habían estado reteniendo.

Los dos bandos buscaron los mejores ángulos para poder atacar y defenderse a la vez. Firmes en sus posiciones, aguantaron durante mucho más tiempo del que sus rivales imaginaban: las fuerzas estaban tan igualadas que resultaba imposible predecir quién acabaría venciendo.

Los Cazadores y las Amazonas se acabaron adueñando del protagonismo de la contienda: mientras los primeros mantenían a distancia a las segundas con sus balas, ellas los alejaban a ellos con sus flechas.

—¿Por qué no nos ayudáis? —gritó Hipólita, que no entendía el motivo por el que se había debilitado el fuego Rebelde.

—¡Apenas nos quedan municiones! —respondió Leda, que apuraba sus últimas reservas sin esperanzas de que aquello fuera a terminar pronto.

—¡Los Pegasos! —propuso la Amazona—. ¡Usad los Pegasos!

T. y Ariadna se hallaban atrincherados junto con Paris y Helena detrás de unas motos, y los cuatro escucharon aquella propuesta con horror. Si lanzaban los proyectiles con los que iban armados los Pegasos, provocarían una masacre.

—Tenéis que impedirlo —les pidió Helena.

—Puedo intentar algo...

—Adelante, Ari. —La animó T., que no dejaba de buscar con la mirada a Nausícaa, deseando confirmar que no la había alcanzado aquel fuego cruzado.

Confiando en su propio criterio, Ariadna buscó un nombre que detuviese aquel sinsentido. Necesitaba algo que sirviese para congelar el tiempo y evitar que les diesen alcance las balas de uno y otro bando, de las que tanto ella como T. habían corrido a protegerse.

M-E-D-U-S-A

Tan pronto como notó que empezaba a grabarse la «M» en su espalda, supo que el prodigo obraría su magia.

Las letras de humo se transformaron en serpientes mecánicas y, sin dar ocasión a que ninguno de los dos bandos pudieran reaccionar, se enroscaron alrededor de sus cuerpos y los desarmaron.

Orión, Clío y Céfiro quedaron suspendidos en el aire sobre sus Pegasos, mientras los Cazadores, los Rebeldes y las Amazonas que secundaban a Hipólita fueron inmovilizados contra el suelo. Salvo T. y Ariadna, todos cuantos los rodeaban formaban parte de un gigantesco e inmóvil grupo escultórico, como si la temible Medusa los hubiese convertido en piedra.

—¿Me escucháis? —Ariadna intentaba adivinar su respuesta, pero era evidente que ni siquiera podían mover sus labios—. Parpadead si me estáis escuchando.

Creyó que sí lo hacían, así que decidió probar suerte e improvisar un discurso con el que apaciguar a los Cazadores.

—No pretendemos atacaros ni tampoco poneros en peligro. Solo queremos encontrar la verdad que se nos ha negado durante demasiado tiempo. Una verdad que el Senado oculta y que tanto a vosotros como a nosotros nos ha llevado a creer en sus engaños.

Ariadna se calló un segundo. Temía las consecuencias de usar justo ahora la mejor de sus cartas, pero sospechaba que aquella era la única manera de convencer a los Cazadores. No bastaba con que les hablase de las mentiras de Ypsilon; necesitaba aportar alguna prueba que diera fuerza a sus palabras. Y T., que adivinó las dudas que la acuciaban, la miró a la vez que inclinaba la cabeza en signo de aprobación.

—Todo lo que sostiene el Nuevo Orden es una gran mentira. Nada de lo que nos han contado es cierto. Ni siquiera el nombre de la Presidenta. Némesis nunca se llamó así: su verdadero nombre era Dafne, pero, según lo que hemos creído ver, le robó el suyo a su hermana. Una hermana que estamos dispuestos a encontrar.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —gritó Menelao, que no cejaba en su empeño de desasirse de Medusa.

—Tiene que ver con cualquiera que quiera saber la verdad.

T. fue esta vez quien, consciente de que era preciso intervenir, dejó que su don actuase. Escogió la misma palabra que les había abierto la puerta de la Esfinge y confió en que ese tal Narciso lo ayudase a mostrar un espejo en el que Cazadores, Rebeldes y Amazonas pudiesen contemplar una misma escena.

Su cuerpo, transformado primero en sombra, se agrandó hasta crear una gigantesca bóveda en la que, como si se tratara de una proyección cinematográfica, todos pudieron ver a las dos gemelas y ser testigos del momento en que una de ellas, de apenas cinco o seis años, trataba de asfixiar a la otra. Solo la llegada de Galatea en ese mismo momento había evitado la tragedia.

Aún sin recobrar su forma humana, T. se aprovechó de la información de la que disponía sobre Alcínoo para convencerlo de que depusiera las armas y les diese una oportunidad.

—Nada es real, ¿no lo veis? ¿Y si el Triple Atentado no hubiera sucedido tal y como nos lo contaron?

—¡Cállate! —Alcínoo, que estaba tan sorprendido como sus compañeros por la magia que aquellos dos adolescentes habían provocado, sabía que esa voz provenía de T.—. ¡Cállate de una vez!

—¿Y si te han mentido también en eso? ¿Y si ni siquiera conoces la verdad sobre el asesinato de tu hija?

Era un movimiento arriesgado. Lo sabía. Pero la única posibilidad que tenían de persuadir a los Cazadores era sacudir la conciencia de su jefe. Aludir a su hija Atalanta, de quien conocía la historia gracias a las confesiones de Nausícaa, era su mejor baza.

—¡No vuelvas a nombrarla! ¡No se te ocurra volver a...!

Ariadna sintió que sus fuerzas flaqueaban y, de repente, las serpientes que anudaban los cuerpos de los contendientes en la batalla se fueron deshaciendo hasta desvanecerse sin dejar rastro. No sabía si la escasa duración de su prodigo era una consecuencia de su paso por Dite o si había sido ella misma

quien le había puesto fin al darse cuenta de que, si seguía manteniendo viva a Medusa, acabaría estrangulando a sus prisioneros.

Aunque no se atrevía a verbalizarlo, la atemorizaba la sospecha de que su don pudiese haberse vuelto más oscuro después de su enfrentamiento con las Erinias.

Aún sorprendidos tanto por lo que había sucedido como por lo que acababan de escuchar, los Cazadores se quedaron quietos, en actitud defensiva, al tiempo que Clío y Orión descendían de sus Pegasos y pedían a los Rebeldes que bajaran las armas.

—Tenías que ser tú... —Menelao no era capaz de contener su ira al verse cerca de la que antes había sido su mujer.

—Ni te acerques. —Lo calló Helena—. Ahora no es el momento. Hay cuestiones mucho más urgentes que resolver.

—¿Y cuándo va a serlo? ¿Cuándo voy a ser recompensado por el robo de ese malnacido de Paris?

Él avanzó hacia Menelao dispuesto a golpearlo. Llevaba conteniendo las ganas desde la bofetada que había sufrido Helena y a la que él estaba deseando responder.

—Paris nunca te robó nada, idiota —replicó la mujer, harta de guardar silencio en una historia que otros habían contado por ella—. No te robó nada porque nada era tuyo. Yo, escúchame bien, yo no era tuya. Yo nunca he sido de nadie. Y si me fui con él, no fue porque me raptara, ni porque me secuestrara, ni porque me engañara con esos trucos que algunos creéis que usó. Si me fui con Paris es porque él sí entiende quién soy de verdad. Él no trata de convertirme en alguien a quien ni siquiera me parezco, tal y como, mientras estuvimos juntos, lo intentaste tú. Él no me recrimina que sea como soy, ni me insulta por ser como soy, ni me hace sufrir por como soy. Él no me raptó: me ha dado un lugar donde quedarme cuando yo se lo pedí. Porque no fue un robo: fue una huida. A ver si lo entiendes de una vez.

Helena, sin pensárselo, se acercó hasta Menelao y, presa de toda la indignación acumulada durante tantos años, le dio una patada en el estómago con la que lo derribó.

—¿Queda claro?

—¿A eso has venido? —gimió él, aún dolorido por aquel golpe que no había visto venir—. ¿A humillarme delante de mi gente?

—No: he venido a proteger a las dos únicas personas que pueden salvarnos. A tu gente y a la nuestra. A todos.

Menelao se puso en pie y apretó los puños, dispuesto a responder de nuevo, pero Alcínoo se lo impidió.

—¿Es cierto lo que dice tu amiga, chaval?

T. asintió.

—Lo es. Némesis no se llama Némesis, sino Dafne. No sabemos por qué cambió su nombre, ni qué pasó con su hermana, pero está claro que oculta algo importante. Y nosotros tenemos que averiguarlo.

—Vosotros... —resopló Menelao con aire despectivo—. ¿Y por qué tendría que creerme que dos niñatos como vosotros sois los elegidos para descubrir la verdad?

Ariadna ni siquiera se inmutó.

—Por esto —dijo mientras bajaba la camiseta y dejaba a la vista el hombro en el que se habían grabado las iniciales de los prodigios más recientes.

Quizá intuyó lo que iba a suceder.

Quizá su don empezaba a tomar decisiones por sí mismo.

O quizá solo quería probar suerte y comprobar si esas letras que habían quedado marcadas en su piel podían serle de alguna utilidad.

Y, en efecto, lo fueron.

Nada más mostrar las cicatrices, se dibujaron en el aire las figuras de humo que encarnaban todas aquellas iniciales y, mientras los Cazadores observaban con asombro aquel fenómeno, las letras comenzaron a multiplicarse hasta que esbozaron la silueta del ojo de un Cíclope. Una imagen idéntica a la que aparecía en la bandera de Ypsilon.

—Todo está en las palabras de Tiresias —les explicó al notar cómo fijaban la mirada en aquel ojo que los vigilaba desde el horizonte—. En sus profecías y en una llave que, según nos ha dicho, debemos encontrar para «deshacer lo que hicimos». Aunque —repitió con ironía las palabras de Menelao— no seamos más que *dos niñatos*.

—¿Qué clase de llave?

—Ni idea —respondió T. con franqueza—. Ese adivino tiene muchas cualidades, pero el don de la claridad no es una de ellas...

—Cuando la encontremos lo sabremos —añadió Ariadna—. Estoy segura de ello.

El ojo ciclópeo se deshizo y Alcínoo, intrigado por lo que habían presenciado, tomó una decisión de la que no sabía si llegaría a arrepentirse.

—Me gustaría haceros una propuesta.

T. lo escudriñó con curiosidad. Por un lado, esperaba que su oferta le permitiese acercarse de nuevo hasta Nausícaa, que permanecía en silencio entre el grupo de Cazadores. Por otro, conocía las habilidades negociadoras de aquel hombre y temía que estuviese a punto de proponerles algún tipo de estafa.

—Explicadnos todo esta noche y dejadnos hasta mañana para decidir si queremos o no ayudaros. Si nos convencéis, nos uniremos a vuestra causa. Si no, os daremos un tiempo razonable para que podáis desaparecer de aquí mientras nosotros seguimos nuestro camino.

—Y desaparecer seguro que se os da muy bien —intervino Nausícaa, que era la primera vez que se dignaba a dirigirse a T., aunque fuese de manera indirecta.

—Si lo que decís es verdad, quizá los Cazadores llevemos demasiado tiempo en el bando equivocado —prosiguió su abuelo—. Y es verdad que somos mercenarios; al menos, así es como nos ve todo el mundo. Pero ese no es más que el precio que hemos pagado para poder vivir libres y lejos de un sistema que nos opprime. Así que si ese sistema está podrido, tal vez os ayudemos a derribarlo.

Alcínoo no dio más razones, aunque podría haberlo hecho.

Podría haberles hablado del vacío que la muerte de su hija Atalanta había dejado para siempre en su vida. De cómo, cada vez que miraba a su nieta Nausícaa, veía en ella a su madre. A la mujer que había perdido la vida en el Triple Atentado, aquel suceso trágico que se había convertido en el hito fundacional del Nuevo Orden y que, de repente, quizá fuera tal y como se había contado.

Si era cierto que Némesis no era Némesis, ¿qué le garantizaba que todo lo demás sí fuese verdad? ¿Dónde empezaba la ficción de su mandato y dónde terminaba la realidad? ¿Quién había estado manipulando a quién?

—Dadnos la oportunidad de decidir si queremos enfrentarnos al mismo enemigo —insistió—. Si lo que dice esa profecía resulta ser cierto, contaréis con un buen número de nuevos aliados en vuestras filas.

Los Rebeldes vacilaron solo un segundo: el riesgo era evidente, pero si Alcínoo cumplía su parte del trato, era mucho lo que tenían que ganar. Justo ahora, en la recta final antes de las elecciones, importaba más que nunca aumentar el número de hombres y mujeres leales a su causa. En especial si, como los Cazadores, se trataba de personas adiestradas en el uso de las armas, las estrategias y los recursos tácticos.

—De acuerdo —contestó Leda, sin percibirse de la sonrisa de esperanza que aquella respuesta provocó en T.—. Pero partiremos mañana a primera hora. Tú y los tuyos tenéis hasta entonces para decidiros.

—Siempre que compartáis toda la información de la que dispongáis, me parecerá justo.

Alcínoo y Leda estrecharon sus manos y, a un gesto de ambos, sus respectivos bandos se distribuyeron en las distintas salas del taller y en algunos de los locales aledaños para pasar la noche.

Todos parecían satisfechos con el pacto.

Todos... menos uno.



20

CUESTIÓN DE CONFIANZA

—En cuanto se abrió la Esfinge, el tiempo me devolvió al lugar del que habíamos partido —les explicó Hipólita, intentando justificar ante T. y Ariadna por qué no la habían encontrado a su regreso de Dite—. No puedo resumir bien lo que pasó, porque fue tan extraño como todo lo que rodea a Tiresias, pero en cuestión de segundos me vi de nuevo en el mismo cobertizo donde nos cobijamos después de la embestida de los Sátiros. Y justo cuando iba a salir a buscaros, Alcínoo y su gente nos acorralaron... Por suerte, Leda me había insistido en que os mandásemos nuestra localización por si nos cruzábamos en el camino. De no ser por ella, no sé cómo os habríamos podido avisar...

Ariadna estaba a punto de responder algo cuando Helena los interrumpió para comunicarles que los Rebeldes, las Amazonas y los Cazadores ya estaban listos para escuchar su testimonio.

—¿Te importa contarlo a ti? —le pidió T., que prefería delegar esa tarea en su hermana.

Ella se encargó de resumir, con tanta precisión como pudo, lo que habían descubierto en su incursión a Dite.

Desde el hallazgo de la identidad robada de la Presidenta, que seguía provocando el asombro general, hasta la necesidad de dar con una llave sin la que, según Tiresias, no podrían cumplir con su destino.

Todos la escuchaban en el campamento con atención, incluso los Cazadores, a pesar de su escepticismo. Alcínoo había resuelto que no se sumarían a su causa hasta que no tuvieran pruebas de que todo aquello era

cierto y, de momento, solo contaban con unos prodigios inexplicables y el relato de dos adolescentes que podían estar manipulando la realidad a su conveniencia.

Las reacciones del auditorio abarcaban desde la incredulidad de Menelao, que estaba seguro de que todo aquello no era más que otra treta de los Rebeldes, hasta la pesadumbre que embargó a Clío y a Orión. Ninguno conocía el origen de las cualidades de sus hijos y no podían perdonar a quienes, en el pasado, habían jugado con sus vidas, por mucho que justificaran sus acciones con un bien mayor. De repente, la ambición de Dédalo les parecía tan peligrosa como la del Senado.

—Entonces, ¿siempre supo que la Presidenta, en realidad, ni siquiera se llamaba Némesis? —Clío no sabía si encontraría el modo de perdonarle tantos engaños y silencios al Bibliotecario—. Y en ese caso, ¿por qué no nos lo dijo antes? ¿Cómo pudo embarcarnos en esta guerra sin darnos todas las armas que necesitábamos?

—Porque es mentira —respondió Menelao, que vio en aquella duda la posibilidad de sembrar la desconfianza entre los suyos—. ¿O pretendéis que creamos ahora a quienes ya nos engañaron una vez? Por eso los Rebeldes usan el Equus como símbolo: lo único que saben hacer es levantar un caballo de Troya tras otro hasta que pisotean a cualquiera que se interponga en su camino.

Su mirada se clavó en T., pero este ni siquiera lo notó: estaba abstraído pensando en cómo acercarse a Nausícaa. Y lleno de dudas, por muchas ganas que tuviese de disculparse con ella, sobre si debía hacerlo.

—No podemos negar lo que hemos visto.

—¿Y qué hemos visto, Alcínoo? ¿Dos niñatos haciendo un festival de magia?

—Vuelve a llamar niñatos a nuestros hijos y no podrás pronunciar ni una palabra más —lo amenazó Orión.

—Calmaos, por favor. —Céfiro se interpuso entre ambos—. Es normal que estemos afectados por lo que ha sucedido. Pero se supone que íbamos a buscar un acuerdo, no a pelarnos entre nosotros.

—No tengo nada que acordar con un hatajo de ladrones y mentirosos. —Menelao escupió al suelo, cogió sus cosas y se dispuso a abandonar el campamento.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —le preguntó Alcínoo.

—¿Y qué más da lo que diga? ¿Vas a escucharme?

—Si no es sensato, no.

—¿Y lo de la llave te parece sensato? ¿Las locuras que te acaban de contar estos dos críos son sensatas?

—Sabes tan bien como yo que hemos visto cosas que no podemos explicar. ¿O te recuerdo lo que sucedió en el Taigeto?

—No te confundas, Alcínoo: su tecnología les permite confundirnos. Y luego nos sueltan sus cuentos infantiles para que nos rindamos y dominarnos. Solo buscan hacerse con el poder.

—Hasta que no sepamos qué se oculta en el Ponto, no estaremos seguros de lo que está sucediendo en realidad.

—¿Te vas a vender a esta gentuza por un puñado de leyendas?

—Lo que voy a hacer es llegar hasta el final de un asesinato por el que sus culpables aún no han pagado.

—Ni lo harán... Porque los verdugos de tu hija y de su marido están aquí. ¿No lo ves? Te están engañando. ¡Reacciona de una vez!

—Somos nosotros los que nos hemos engañado durante demasiado tiempo, Menelao. Y no voy a quedarme en el lado equivocado de la historia solo por orgullo.

—¿Orgullo? ¿Quieres que hablemos de orgullo? ¿De la soberbia con la que has manejado nuestras vidas todos estos años?

—Vaya —reaccionó Alcínoo, sorprendido ante el rencor que destilaban sus palabras—, ¿cuánto tiempo llevas pensando así? ¿O solo estabas esperando el momento justo para avasallarme?

—No, eso se lo dejó a otros. —Su mirada, una vez más, recayó sobre T.

—. Pero qué más da... Está claro que tú ya has elegido.

—Hace un momento, aún me quedaba alguna duda, pero ahora tengo claro que estoy haciendo lo correcto.

—Pues que te aproveche tanta corrección, porque yo no pienso inmolarme ni por ti ni por nadie. Y seguro que todavía quedan Islas donde nuestra gente no haya perdido por completo la cabeza.

—Cuando todo esto se sepa, las demás Islas no tardarán en apoyarnos.

—Ya lo veremos, Alcínoo... Ya lo veremos.

Nausícaa, que estaba a su lado, pareció alegrarse de que su abuelo no se humillase ante quien hasta entonces había sido su mano derecha. Después del episodio entre Menelao y Helena, la joven se había sentido tan desubicada entre los Cazadores como T. y Ariadna entre los Rebeldes.

No podía creer que hubiese compartido camino y techo durante tantos años con esa bestia que había golpeado a Helena en su presencia. Ese individuo que, si aquella mujer decía la verdad —y el dolor que latía tras sus

palabras no hacía creer lo contrario—, merecía el peor de los castigos. Solo la reconfortaba comprobar que Alcínoo parecía igual de asqueado que ella. Hasta entonces todos habían dado por cierta la historia del rapto de Paris, pero ahora les resultaba imposible seguir creyendo en un relato que no era coherente con la violencia que habían presenciado.

—Mejor te vas, sí —lo desafió Paris, que solo contenía sus ganas de enfrentarse a Menelao por respeto a Helena: no juzgaba oportuno convertirse en el salvador de quien jamás había necesitado que la rescatasen. Ella era lo bastante fuerte como para lograrlo por sí sola.

—Volveremos a encontrarnos —lo amenazó el Cazador—. Pero tranquilo, porque esa será la última vez. Luego ya no volverás a encontrarte ni conmigo ni con nadie... Nunca más.

Mientras Menelao abandonaba el campamento, Alcínoo reunió a los suyos.

—¿Alguien más quiere acompañarlo? Mi decisión es firme: seguir hasta el final y hacer pagar a todos los que nos han mentido. Sean quienes sean.

—Entonces vamos a fiarnos de ellos? —preguntó Nausícaa.

—Vamos a darles la oportunidad de que nos demuestren que están en lo cierto. —Su abuelo miraba ahora a Ariadna—. Según Tiresias, vuestro siguiente destino es el Ponto.

—«El lugar donde empezó todo» —murmuró ella, repitiendo de memoria las palabras del augur.

—Pues os acompañaremos hasta allí. Si dais con la llave de la que hablaba el adivino, contad con nuestras armas y con nuestra lealtad. De lo contrario, seguiremos nuestro camino.

—O nos atacaréis para vendernos... —masculló T.

—No estáis en posición de negociar. —Lo calló el Cazador—. Además, si nosotros tenemos que confiar en vosotros, ¿por qué no deberíamos exigiros lo mismo?

—De acuerdo, pero en el Ponto, tal y como auguró Tiresias, solo entrarán ellos dos. —Helena señalaba a T. y a Ariadna—. El resto nos ocuparemos de franquearles la entrada y facilitar su huida.

—Junto con alguien más —apostilló Alcínoo—. ¿No dijo eso Tiresias? T. y Ariadna asintieron.

—Pues tendrá que ser uno de los nuestros.

—Pero... —balbuceó Ariadna. Leda, sin embargo, la interrumpió: si querían que la alianza con los Cazadores funcionara, era preciso que ambas partes hiciesen concesiones.

—Está bien —resolvió Leda—. Iremos juntos hasta el Ponto y, una vez allí, podréis elegir el nombre de esa tercera persona.

—Y si alguien rompe el pacto antes de tiempo —amenazó Hipólita—, será castigado con severidad.

—Me parece justo. —Accedió Alcínoo.

—Además, no creo que os convenga transgredir nuestras normas —les advirtió Céfiro, que se había ocupado de enviar un reporte a Calipso—: las noticias ya han llegado a Ítaca y los refuerzos no tardarán en acudir.

—No hará falta. Os doy mi palabra.

En Ítaca también acogieron con agrado la noticia del pacto con los Cazadores.

Calipso consideraba que cada nuevo grupo que se adhería a su causa los hacía más fuertes y, de algún modo, empezaban a convertirse en un colectivo tan diverso como poderoso.

Rebeldes, Amazonas, Cazadores... Todos unidos por una causa común y, ahora, tras la pista de una llave sobre la que Calipso tenía una sospecha que solo le había confesado a Aracne: ¿y si se trataba del ejemplar del Segundo Eje que, según Dédalo, conservaba un Rebelde? El Bibliotecario había muerto convencido de que existían dos copias de la obra de Ovidio: una estaba en manos del Senado, y la otra, en las de la persona a la que él mismo se la había entregado.

Quizá fuera eso, pensaba Calipso, lo que ahora debían localizar en el Ponto. El segundo de los libros que habían determinado su pasado, y del que ahora, si su intuición no la engañaba, dependía su futuro.



21

VÍNCULOS

Estaban a punto de retirarse a dormir cuando los padres de Ariadna y T., preocupados por sus hijos, se acercaron a ellos con la intención de hablar acerca de lo que habían descubierto en Dite.

—Si lo hubiéramos sabido... —Clío ni siquiera fue capaz de terminar la frase. Buscaba un modo de pedirle disculpas a su hija por tantos años de silencio, pero las palabras se le agolpaban en la garganta. Ninguna de ellas parecía suficiente para expresar lo que deseaba decirle.

—Da igual, mamá. —Ariadna le respondió con toda la ternura de la que fue capaz. No creía justo que su madre, que siempre había sido uno de sus mayores apoyos, cargase con responsabilidades ajena, ni tampoco quería darle más vueltas a algo que tampoco se podía solucionar. Para qué obsesionarse con la vida que habría podido ser cuando solo disponían de la vida que sí era. En vez de torturarse con el pasado, optó por ser práctica y buscar el modo de salvar el presente—. Dédalo siempre insistía en que seguía los pasos que le había indicado Tiresias, ¿verdad?

—Esa era su excusa para callarse lo que no nos quería contar —afirmó Néstor.

—Eso parece... Pero ya no sé qué creer, la verdad —repuso Orión, al que le preocupaba sobremanera lo taciturno que estaba T. desde su reencuentro con los Cazadores.

—Tiresias también nos habló de eso... De que él ya había escrito cómo iba a suceder todo. —Ariadna intentó explicarse—. No lo que iba a suceder, sino qué había que hacer para que ocurriese.

—Ese tipo no sabe decir nada que se entienda. —Gruñó T.

—¿Y dónde quieres ir a parar? —se interesó Clío, que creía haber tenido la misma idea que se le acababa de ocurrir a Ariadna.

—Si Tiresias lo escribió y Dédalo pudo leerlo, es porque el adivino le entregó su manuscrito.

—¿Y...? —los interrumpió Layo. Al igual que Leda e Hipólita, él también pensaba que hablar de estrategias ofensivas era mucho más eficaz que hablar de libros.

—Pues que ese manuscrito tiene que estar en Ítaca... En algún sitio.

—¿Se lo has consultado a Helena? —le preguntó Néstor.

La responsable del Archivo, al escuchar su nombre, se desvió del camino hacia su dormitorio para sumarse a la conversación.

—¿Nadie tiene sueño hoy?

—Eso parece...

—Estábamos hablando del manuscrito de Tiresias —le informó Néstor—. ¿Tú tampoco lo has visto?

—Lo hemos mirado un millón de veces. —Helena negó con la cabeza en señal de derrota—. Entre las pertenencias de Dédalo y en los libros que logramos salvar del Olimpo. Pero nada. No está. Quizá fue uno de los que se quemaron cuando nos atacaron...

—Deberíamos centrarnos en el libro que sí existe —sentenció Clío—: el Segundo Eje.

—¿También lo has pensado? —le preguntó su marido.

—Esa tiene que ser la llave de la que os hablaba Tiresias...

—O no —repuso Ariadna—. A lo mejor estamos buscando otra cosa. Como su manuscrito.

—Dédalo se lo sabía de memoria. —Por un segundo, Helena sonrió al recordarlo mientras declamaba pasajes de aquel libro que nadie más que él había llegado a ver—. O eso parecía...

—Existe —insistió obcecada Ariadna—. Y deberíamos buscarlo.

—Cuando hayamos salido del Ponto, veremos si ese manuscrito está en alguna parte —propuso Layo.

—Y si vosotros dos necesitáis hablar de... —sugirió Orión, pero su hijo lo cortó antes de que pudiese terminar su frase.

—Necesitamos dormir, papá. Solo eso.

Debían de ser más de las tres de la madrugada cuando T. decidió aprovechar el silencio y la oscuridad para levantarse, recorrer sigilosamente el campamento y acercarse hasta la única persona con la que todavía no había tenido la ocasión de disculparse.

Los remordimientos lo acompañaban desde que se había alejado de ella. No había un solo día en que no lo atormentase la idea de que, a sus ojos, se hubiera convertido en un traidor que impostaba sus emociones con la misma facilidad que sus palabras. Sin embargo, lo que había nacido entre ellos era real. Y lo que habían sentido en la azotea del Taigeto, también. No aspiraba a recuperarla, pero sí a que, al menos, lo escuchase. Le quemaban dentro todas las palabras que no había dicho y necesitaba un momento a solas con ella para que salieran de una vez.

Se coló en el trastero que la joven había elegido para improvisar su camastro y, a una distancia lo bastante prudente como para que no creyera que la atacaba algún enemigo, la despertó.

—Nausícaa...

Ella se levantó sobresaltada y, fiel a su entrenamiento, adoptó la posición de combate, dispuesta a noquear a cualquiera que se atreviera a molestarla.

—Tranquila. Soy yo, T.

—¿Y eso debería calmarme?

No se lo pensó: usó todas sus fuerzas para dar un doble salto hasta él y, agarrándolo entre sus piernas, lanzarlo sobre el suelo.

—¿Algo más que me quieras decir?

Él, en vez de erguirse, permaneció tumbado, tratando de dejar claro que solo pretendía hablar y que entendía que su reacción no hubiera sido tan amigable como le habría gustado.

—Te he echado de menos. —Le dijo a bocajarro, sin medir la repercusión de sus palabras. Llevaba demasiados días pensando en ella como para controlar sus emociones y fingir que no sentía lo que, en realidad, sí estaba sintiendo.

Nausícaa iba a lanzarse de nuevo contra él, decidida a arrastrarlo en una lucha cuerpo a cuerpo que T. evitaba, cuando aquellas palabras la obligaron a detenerse. No porque las creyera, sino porque ahondaban en ese mismo vacío que ella también había experimentado y que se negaba a reconocer.

—¿Y por qué debería hacerte caso? ¿Cómo sé que esta vez me estás diciendo la verdad?

—Siento no haberlo hecho antes. —T. necesitaba que lo perdonase: se negaba a imaginar un futuro en el que ella continuase odiándolo—. Tenía que

guardar silencio.

—Me utilizaste —replicó Nausícaa. Sus músculos seguían en tensión, preparados para tumbarlo si se atrevía a levantarse del suelo o hacia el más mínimo intento de acercarse a ella. Nada le gustaría tanto como cobrarse ahora todo lo que él le había robado antes—. Te ganaste mi confianza para conseguir tus objetivos. Así de fácil.

—Eso no es cierto. No necesitaba acercarme a ti para seguir dentro del grupo. Si lo hice fue porque lo nuestro era de verdad.

—Como todo lo demás, ¿no?

—Entiendo que es difícil que puedas...

—No —lo interrumpió ella con brusquedad—, no entiendes absolutamente nada. No tienes ni idea de lo que es pasarte toda tu vida sola, sin nadie en quien alcances a ver un reflejo de ti misma, por pequeño que sea, y que cuando ese alguien aparezca, todo sea una mentira.

—Pero no lo era. —Se defendió T.—. Mentí con lo del libro, sí. Pero eso no tiene nada que ver contigo. Ni con nosotros. Lo que ocurrió en esa azotea fue...

—Allí no ocurrió nada. —Nausícaa remarcó cada palabra—. Ni ocurrirá jamás.

Le ordenó que se pusiera en pie con un gesto a la vez que le señalaba la puerta.

—No se te ocurra volver sin avisar.

T. se alejó de ella aún más confundido y triste de lo que estaba antes.

No sabía qué podía hacer o decir.

Ni siquiera estaba seguro de que debiese hacerlo.

No tenía sentido insistir si ella se negaba a escuchar. Y, además, estaba en su derecho.

Por mucho que lo enfureciese, T. comprendía su suspicacia. ¿La creería él si fuese ella quien se hubiese inventado un origen y una misión? ¿Estaría dispuesto a perdonarla tras descubrir que albergaba una doble identidad? Ese era el dilema al que se enfrentaba Nausícaa y, aunque preferiría ayudarla a resolverlo, se dio cuenta de que necesitaba darle el tiempo que fuese preciso y asumir las consecuencias.

Si ella decidía que merecía la pena revivir ese vínculo que ambos habían forjado semanas atrás, él la estaría aguardando. Dispuesto a trabajarlos juntos para que no volviese a romperse.

Pero si optaba por deshacer para siempre aquel nudo, él no tendría más remedio que respetar su deseo y aprender a vivir lejos de alguien con quien,

en otro lugar y en otro tiempo, todo habría resultado muy distinto.

Se fue de allí tan rápido que no se dio cuenta de cómo Nausícaa salía de su cuarto en busca de su abuelo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le preguntó Alcínoo a su nieta mientras se esforzaba por mantener los ojos bien abiertos.

Ella asintió sin vacilar.

—¿Tan importante es para ti?

—Si no lo hago, me quedaré con la sensación de no haber actuado cuando podía haberlo hecho.

—¿Y por qué tendría que ser responsabilidad tuya?

—Porque conozco el Ponto mejor que cualquiera de vosotros, ¿recuerdas?

Nausícaa llevaba razón. Había pasado allí casi tres años, hasta que cumplió los nueve y su abuelo supo de su existencia. Algo que se habría podido evitar si la relación entre él y su hija, Atalanta, no se hubiera enfriado cuando ella decidió casarse con Hipómenes. Pero la elección disgustó tanto a Alcínoo que, tras una discusión en la ambos dijeron cosas de las que se arrepentían, se retiraron la palabra y comenzaron a alejarse sin remedio. Ni Atalanta tuvo más noticias de su padre ni Alcínoo de su hija, así que solo averiguó que tenía una nieta mucho después de que Atalanta perdiese la vida. Algo que hacía imposible que jamás pudiese pedirle perdón, arrepentido de un enfado que le costó su relación y para el que ya no había arreglo posible.

Nausícaa no hablaba en exceso de los años que había pasado en el Orfanato Estatal. Y tampoco preguntó demasiado a Alcínoo sobre su familia cuando este acudió dispuesto a sacarla de allí. Desde la muerte de sus padres, sentía que todo era demasiado azaroso. Frágil. La vida le parecía un camino lleno de trampas que estaba obligada a sortear, y prefería no asomarse a ninguna de ellas. Así que no preguntaba para evitar la llegada de nuevos fantasmas. Y de otras nostalgias.

Su abuelo tampoco forzó jamás ninguna conversación para la que ella no estuviera preparada y, gracias a que ambos aprendieron pronto a respetar sus silencios, crearon una relación en la que existía la intimidad suficiente como para sentirse próximos sin que esa cercanía los abrumase. Siempre guardando la distancia para observarse sin idealizarse. Ni Nausícaa aprobaba los arrebatos violentos o incluso despóticos que alguna vez había visto en Alcínoo, ni a él le gustaba la obstinación que solía guiarla a ella. La misma que ahora la impulsaba a querer formar parte de aquella incursión en el Ponto

y a rebatir los argumentos de Alcínoo, que sabía que nada de cuanto le dijese llegaría a retenerla.

—Si intentan engañarnos, me daré cuenta. Sé bien cómo es ese lugar... Y podré asegurarme de que los Rebeldes juegan limpio.

Quería creer que le estaba diciendo toda la verdad, pero Alcínoo había aprendido a leer en sus omisiones y sospechaba que su interés real abarcaba alguna otra razón de la que no quería hablarle.

—Me preocupa que puedas llegar a involucrarte demasiado...

A Nausícaa la sorprendió el comentario de su abuelo. Estaba convencida de que era imposible que hubiera percibido en ella algo que le hiciera sospechar. Y sin embargo, su advertencia parecía aludir al secreto que más la preocupaba: sus sentimientos hacia T. ¿Debía mantener la distancia con él, o era más justo que conociese al verdadero T. antes de decidir si le concedía o no una nueva oportunidad?

—Sabré mantenerme al margen, te lo aseguro.

—Solo digo que no es fácil regresar a los lugares de los que no guardamos un buen recuerdo.

—No soy la niña asustada que era cuando me sacaste de allí —afirmó, a pesar de que sabía que bajo la joven fuerte y audaz en que se había convertido seguía viviendo la pequeña que se tragaba las lágrimas de soledad y rabia en las frías noches del Ponto—. Deja que vaya con ellos, por favor. Sé que puedo ser de gran ayuda.

Alcínoo sonrió con malicia.

—Y qué más da lo que yo te diga. Vas a ir de todos modos, ¿me equivoco?

Nausícaa le devolvió la sonrisa. A veces la reconfortaba la sensación de que alguien, aunque solo fuera un poco, sí que la conocía.

—Eso me temo.

—De acuerdo. Pero si ocurre cualquier cosa, por pequeña que sea, no dejes de avisarme. No quiero que te pongas en peligro, ¿está claro?

—Por supuesto.

Alcínoo sintió que lo embargaban a la vez la inquietud y la satisfacción. Le resultaba tan inevitable preocuparse por Nausícaa como enorgullecerse de haber educado a una mujer en la que latían con fuerza la valentía y la dignidad de toda su estirpe.

Atalanta habría estado orgullosa de ella, se dijo, y, como hacía siempre que pensaba en su hija, le dirigió unas palabras que no sabía si ella podría escuchar, pero con las que intentaba, desde el día de su muerte, retomar aquel

diálogo que nunca tuvieron. Aquel «perdóname» que Alcínoo nunca llegó a pronunciar y que, por mucho que le siguiera quemando dentro del pecho, ella jamás llegaría a escuchar.



22

EL ORÁCULO

Las continuas tramas de los Lotófagos para permitirle el acceso a los archivos de la Tercera Ola eran la prueba de que en el Oráculo se ocultaba algo más de lo que admitía la versión oficial.

Mientras había vivido recluido en el Ponto, Hermes pensaba que aquel espacio estaba destinado a la documentación personal y académica de los Niños Perdidos. Eso, al menos, era lo que les hacían creer sus guardianes y educadores, que los convencieron de que si lo habían llamado así era porque su futuro dependía de los papeles que allí se reuniesen: cuanto mejores fueran los informes sobre su conducta y aptitudes guardados en el Oráculo, mejores serían también sus perspectivas de lograr un porvenir próspero.

Ahora, con el tiempo, no sabía si aceptaban aquella explicación porque les parecía lógica o porque vivían demasiado asustados. Y, desde luego, lo que jamás había imaginado era que aquel fuese también el emplazamiento escogido para esconder el Segundo Eje.

Nada más llegar, se dio cuenta de que los Lotófagos tenían órdenes de impedir que nadie pudiera consultar el Oráculo sin el permiso expreso de la Presidenta, mientras que él no contaba más que con una autorización genérica para elaborar uno de sus reportes holográficos.

—Solo tienes que decirnos qué documentos necesitas, y nosotros te los haremos llegar —le explicó Lotófago 1 al tiempo que se desdoblaba en Lotófago 2 y 3.

—Me gustaría conocer el sistema que se sigue para clasificar a los nuevos internos —improvisó Hermes—. Cómo se determina quién pertenece a cada

grupo o qué variables se toman en cuenta.

—Podemos facilitarte una copia de esos criterios —se ofreció Lotófago 4—. No hay problema.

Intentaba no perder el hilo de su discurso, pero cada hora que pasaba dentro del Ponto le resultaba más complicado. Sus recuerdos infantiles y adolescentes entorpecían su lucidez tanto como la confusión que le provocaba la multiplicidad de los Lotófagos, de cuya vigilancia le era imposible deshacerse. ¿Cómo acceder al Segundo Eje si no le dejaban ni un momento a solas?

—Me vendría bien algo un poco más visual —argumentó Hermes, buscando algún subterfugio para colarse en el Oráculo—. Necesito imágenes que atestigüen cómo se trabaja allí, no un simple listado de normas.

—No sé si Némesis aprobará...

—Némesis es quien me lo ha encargado. —El Ministro exhibió una vez más la autorización con el sello gubernamental—. ¿Quieres que le diga que me estáis impidiendo hacer mi trabajo? Te advierto que os puede salir muy caro que esta tarea se alargue más de lo necesario.

Y, sin pensárselo, les mostró el último mensaje de la Presidenta, en el que le exigía su retorno urgente a Naxos para resolver el episodio protagonizado por las Harpías, que ya se había convertido en un rumor venenoso por todo Ypsilon. Las veintitrés muertes podían parecer una cifra insignificante comparada con toda la población del país, pero habían propiciado la adhesión de cientos de personas a las filas Rebeldes. A la Presidenta le preocupaba aquel efecto multiplicador, y le daba a Hermes un plazo máximo de veinticuatro horas para terminar su reporte.

—Si quieras —a pesar de que frente a él tenía ya a más de ocho Lotófagos, siguió empleando el singular: aquel pequeño truco aprendido en su infancia lo mantenía a salvo de enloquecer—, le escribo y le digo que eres tú quien me retiene aquí. Porque, en vez de ayudarme, parece que quieres hacerme perder el tiempo con reglamentos inútiles.

Fue Lotófago 9 quien, a pesar de las vacilaciones del resto, se mostró a favor de permitirle la entrada al Oráculo. Eso sí, siempre bajo supervisión y con tiempo limitado.

—Mañana a primera hora. Y solo durante treinta minutos. No creo que necesites más para grabar esos planos.

Lotófago 2, sin embargo, lanzó una pregunta con la que Hermes no contaba:

—Por cierto, ¿una campaña institucional no requiere medios más sofisticados? ¿Desde cuándo los Ministros graban sus propios materiales?

—El Nuevo Orden prima la autenticidad sobre el adorno. —Se sintió extraño repitiendo, una por una, las palabras del manual de protocolo que se entregaba a los miembros del Gobierno cuando se incorporaban al Senado—. Se busca que el símbolo no recaiga sobre la persona, sino sobre el Estado. Así que, al igual que intentamos que admiren la belleza de nuestras arquitecturas efímeras o el despliegue tecnológico de nuestro país, pretendemos que los ypsilianos nos conciban como uno más de ellos. De ahí que la mayoría de los reportes con los que humanizamos la personalidad de nuestros máximos cargos suelan ser en formato casero. Aunque la edición, os lo puedo confesar, no lo sea tanto...

En realidad, no les había mentido. La prueba era que, hasta la fecha, la mayoría de los reportes los había grabado y, a menudo, hasta editado él mismo. Aquello formaba parte de la contradicción constante de Ypsilon: por un lado, se presentaba como un Estado lleno de oportunidades en el que el éxito dependía de los méritos de cada cual, de modo que las diferencias sociales se asumiesen como la consecuencia de los actos individuales; por otro, era un país en el que el poder se había convertido en su propia y anestesiante mitología.

A pesar de que Lotófago 2 no parecía muy convencido con las explicaciones de Hermes, Lotófago 9 —en quien había calado el temor a disgustar a la Presidenta— se impuso al resto, y el Ministro tuvo que hacerse a la idea de que solo dispondría de treinta minutos. Además, que los Lotófagos hubiesen pospuesto su visita hasta el día siguiente confirmaba sus peores sospechas: iban a tratar de encriptar o esconder lo que no querían que viese en el Oráculo.

Un lugar en el que no dejaba de preguntarse si, junto con el Segundo Eje, no se ocultaría una prueba que pudiese poner en peligro la estabilidad del Nuevo Orden. Y, si no se andaba con cuidado, también su propia vida.



23

EL PONTO

Entrar en el Orfanato Estatal exigía extremar las precauciones.

Por eso, Leda había despertado a todo el campamento antes del amanecer: se hallaban lo bastante cerca como para llegar allí poco después del alba, y la oscuridad los beneficiaría durante su viaje.

Su actual número, que casi rozaba el centenar entre Rebeldes, Amazonas y Cazadores, los convertía en un ejército digno de ser temido, pero también los hacía mucho más visibles. Una vez que llegaran al Ponto, su superioridad numérica los ayudaría en la lucha contra las Gorgonas y, al mismo tiempo, alertaría a cualquiera que se cruzase en su camino.

—Nuestra labor allí —les instruyó Leda— será contener a las Gorgonas. No sé si podremos derribarlas, pero al menos debemos retenerlas hasta que Ariadna y T. logren internarse en el Ponto y hacerse con el Segundo Eje.

—¿Ya habéis decidido quién nos acompañará? —T. deseaba y, a la vez, temía la respuesta.

—Mi nieta —les informó Alcínoo—. Conoce el lugar mejor que ninguno de nosotros y puede ser tan útil por su experiencia como por su maestría en la lucha. Si no me equivoco —añadió con sorna mirando a T.—, tú ya has probado su medicina.

—La clave está en llegar a la tercera de las Olas —les explicó Nausícaa, que fingía que aquella misión no provocaba en ella sensaciones tan contradictorias como las que desataba en T.

—Olas? —A Paris le resultó curiosa aquella palabra.

—Es el nombre de las plantas del edificio. Y en la tercera es donde se decía que los Lotófagos guardaban la documentación. Ellos lo llamaban el Oráculo, pero a nosotros nunca nos dejaban entrar. Junto con el grupo al que pertenecías, esa era una de las primeras cosas que te obligaban a aprender.

—¿Os dividían en grupos?

—La idea era mantenernos aislados para evitar alianzas.

—Así, de paso, decidían en qué sector social os iban a incluir más adelante. —Dedujó Orión.

—La mayoría acababan siendo Primarios. Salvo alguna excepción, claro. Como los dos Ministros esos...

—Hermes y Moira. —Hipólita pronunció sus nombres con rabia—. Dos de los principales responsables del Nuevo Orden.

—Aunque los ponen como ejemplo, son una excepción —continuó Nausícaa—. Allí no te daban medios para querer superarte. Al revés: solo te hundían hasta que te sentías tan miserable que creías que no ibas a conseguir nada en toda tu vida. La misión del Ponto no era ayudarnos a crecer, sino destruir nuestra autoestima para que fuésemos útiles y dóciles al sistema.

—Así que tenemos que esquivar primero a las Gorgonas, llegar al Oráculo y sonsacar a los Lotófagos —resumió T.—. No parece que vayamos a tener tiempo de aburrirnos...

—Y debéis cuidar algo esencial. —Helena les mostró el mensaje que acababa de recibir desde Ítaca y que firmaban Calipso y Aracne—: «Ni una sola baja entre los internos del Ponto».

—En ese centro hay cientos de menores —insistió Leda— así que debemos evitar lastimarles. Tanto física como emocionalmente, ¿me habéis entendido?

Eso suponía poner límites a sus dones, pensaron T. y Ariadna. Aunque ambos estaban de acuerdo con esas instrucciones, se preguntaron cómo cumplirlas. La magia que los dominaba era cada vez más poderosa, y les angustiaba que Dite hubiera dejado en ellos una huella más poderosa de lo que les habría gustado admitir.

—No heriremos a nadie —aseguró Nausícaa, decidida a liderar el desembarco en el Ponto y demostrar así su valía. Se había propuesto ser la primera mujer que liderase a los Cazadores, y aquella era la mejor ocasión para probarlo.

—¿Alguna duda?

Los demás negaron con la cabeza.

—En ese caso —ordenó Leda—, ¡en marcha!

Obedecieron a su lugarteniente y enseguida comprobaron que había sido una buena idea acercarse al Ponto en medio de la oscuridad. En su trayecto no encontraron más que un par de patrullas de Cíclopes que les fue sencillo esquivar, ya que la noche les permitía volverse invisibles a los ojos de los Rastreadores.

Una vez en las proximidades del Ponto, su primera preocupación era vencer a las Gorgonas que custodiaban la entrada al Orfanato.

La estructura del edificio hacía honor al origen marítimo de su nombre e imitaba el dibujo del oleaje en medio del océano. Diseñado como un gran espacio acristalado, los muros se ondulaban unos sobre otros, formando una composición dinámica y en aparente movimiento. Sus paredes espejadas impedían adivinar el interior y, a cambio, provocaban el curioso efecto de duplicar la imagen de las Gorgonas, llegando a hacer que resultase complicado distinguir a los cíborgs que vigilaban el Ponto de sus reflejos.

—¡Desplegad velas!

Rebeldes, Cazadores y Amazonas se lanzaron contra aquel ejército con rostros de animal. Las Gorgonas, sorprendidas por su ataque, se vieron sobrepasadas en un primer momento.

Nausícaa y T. disfrutaban liberando su agresividad frente a ellas, demostrando su velocidad y sus reflejos con cada uno de los movimientos. No les costó dejarlas fuera de combate, a pesar de que muchas de ellas los superaban en tamaño y contaban con garras metálicas y fauces que escupían llamas con las que podrían haberlos fulminado.

Sin embargo, lo que prometía ser una lucha rápida y limpia se vio pronto enturbiada por la llegada impredecible de refuerzos. Un ejército de aves con cuerpo de mujer se abalanzó sobre ellos: eran las mismas Harpías que habían ocasionado más de una veintena de muertos en el último mitin de Penélope, y si no se protegían de ellas, podrían sufrir el mismo final.

—¡Corred! —le gritó Clío a su hija: no le importaba entregar su vida con tal de que ella estuviera a salvo.

—¡Entrad los tres y ya nos ocupamos nosotras de esos pajarracos! —La apoyó Hipólita, confiada en el coraje de sus Amazonas.

—¿Pero cómo...? —Leda no lograba explicárselo. ¿Cómo era posible que les hubieran preparado una emboscada así?

—Ese malnacido... —Paris, sin embargo, intuía la respuesta—. Menelao nos ha vendido a todos.

—¡Hacednos caso y entrad de una vez! —insistió Alcínoo, que confiaba en que su hija lograría guiar a T. y a Ariadna a través del Ponto tan deprisa

como para que pudieran escapar de allí con vida—. ¡No os necesitamos aquí!

Pero era mentira.

Las fuerzas habían dejado de estar igualadas, y ahora se hallaban en franca desventaja. Los Rebeldes y sus aliados no solo eran atacados en tierra por las Gorgonas, sino también desde el aire por las Harpías. Los ciborgs iban ganando terreno, obligándolos a replegarse en una operación defensiva y, lo que era peor, desesperada.

Nausícaa se dio cuenta de que T. sí avanzaba a su lado, pero Ariadna había dejado de seguirlos.

—¡Vamos! ¡No podemos detenernos ahora!

—¡Hay que hacer algo! —Ariadna estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de no ser cómplice de aquella carnicería.

—Cuanto antes entremos y salgamos de allí, mejor —razonó Nausícaa mientras esquivaban los golpes de las Gorgonas, sin perder de vista a ninguna de las Harpías que los sobrevolaban—. Esa es nuestra forma de ayudarles.

—¡Amazonas! ¡Ayudadme!

Se giraron ante aquel grito y pudieron ver cómo Deyanira era devorada por dos Harpías, que la desmembraron ante la impotencia de todos.

—¡Noooooooooooooo!

Ciega de ira, Hipólita descargó su furia contra aquellos monstruos. Pero, por más que cargaba toda su fuerza en cada golpe, apenas lograban rozar a esos monstruos, que parecían diseñados para causar el mayor daño posible. Su forma de atacar revelaba que las Harpías habían sido programadas para tomar decisiones grupales, lo que las convertía en armas mucho más peligrosas y autónomas que las anteriores series de ciborgs. Mientras contasen con alguien que las dirigiera, ellas eran capaces de improvisar, reajustar sus planes y organizarse entre sí.

—Si no entramos ya, será demasiado tarde. —Nausícaa no podía explicarse la parálisis en la que había caído Ariadna. Entendía que estuviera aterrada ante lo que acababan de presenciar, pero la necesitaba a su lado. Y cuanto antes.

—Si entramos —fue todo lo que le respondió—, morirán todos.

T. sabía lo que estaba planeando su hermana y, mientras seguía peleando con las Gorgonas al lado de Nausícaa, la animó a que lo hiciera.

—¡Nosotros te cubrimos, Ari!

Ella cerró los ojos y buscó ayuda entre las historias que conocía.

Necesitaba un nombre que uniese cielo y tierra.

Alguien capaz de enfrentarse a las Gorgonas y a las Harpías al mismo tiempo.

G-A-N-I-M-E-D-E-S

Eligió al joven de quien se decía que, debido a su belleza, había sido secuestrado por el mismísimo Zeus.

Enseguida, las letras se dibujaron frente a ella y comenzaron a ascender y multiplicarse en un ejército de hombres alados cuya belleza resultaba tan extraordinaria como su fortaleza. Con facciones perfectas, cabellos dorados y ojos muy claros, se asemejaban a algunas de las pinturas renacentistas que Clío le había mostrado a Ariadna en sus tratados de arte. Sin embargo, su aspecto casi angelical se desvanecía al verlos en acción, luchando contra las Gorgonas y las Harpías con la misma crueldad con la que ellas embestían a sus adversarios.

«Ha funcionado», pensó, aunque no se atrevió a decirlo en voz alta por miedo a que su magia dejase de surtir efecto.

Los Ganimedes lograron acorralar a las Harpías a la vez que los Rebeldes, gracias a la ayuda de los Cazadores y las Amazonas, empezaban a dominar a las Gorgonas.

—¡Tenemos que entrar, Ari! —T. señaló a los efebos voladores—. Mientras esos sigan ahí, contamos con una oportunidad.

T. tenía razón: era imposible calcular cuánto duraban los efectos de su don, así que no podían aprovechar el tiempo. Mientras los Ganimedes mantuviesen a las Gorgonas y a las Harpías a raya, dispondrían de unos minutos para tomar lo que buscaban y salir lo más rápido posible.

—¡Aquantad! —les pidió Nausícaa, preocupada por lo que pudiera suceder mientras ellos estaban en el Ponto.

—¡Traed esa llave! —les ordenó Alcínoo y, sin prestarles más atención, regresó a la batalla con la esperanza de resistir tanto como fuese necesario para que ellos pudieran lograr su objetivo.

—¡Por aquí! —gritó Nausícaa, que estaba segura de recordar el camino más directo hasta la Tercera Ola.

T. y Ari la siguieron sin dudarlo. Treparon por uno de los muros que daban acceso al patio y, ya dentro del perímetro del Orfanato, corrieron bordeando los pabellones que dibujaban sus diferentes Olas.

—¡Es allí! —Nausícaa señaló una nave de forma espiral que se hallaba a tan solo unos metros de ellos.

Los tres corrieron sin apenas mirar a su alrededor, tratando de ignorar la presencia de decenas de Niños Perdidos que los observaban con estupor.

—¿Quiénes eran?

—¿Y qué estaban haciendo allí?

El hecho de que los tres fuesen casi tan jóvenes como muchos de ellos suscitó aún más curiosidad, pero Nausícaa seguía avanzando a través del patio sin permitir que Ariadna o T. se parasen. Temía que, si se entretenían respondiendo las preguntas de cualquiera de los menores, dieran aún más ventaja a los Lotófagos.

Porque los habían visto.

Nausícaa estaba convencida.

Claro que los habían visto.

Si no los habían interceptado todavía era porque preferían esperar a tenerlos dentro del edificio. Ese escenario que tan bien controlaban y donde, siguiendo el plan de Ariadna, tendría que ser T. quien garantizase el éxito de su misión.

—¿Estás preparado? —le preguntó Nausícaa mientras los empujaba a su interior.

—Más me vale estarlo. —Fue todo lo que respondió T., a quien preocupaba no poder controlar su don del mismo modo que lo había hecho Ariadna.

—Recordad —insistió Nausícaa—: no podemos esperar ni un segundo. Debemos actuar en cuanto aparezcan.

—Tranquila —respondió T. fingiendo serenidad—, no fallaremos.

Nada más ingresar en la Tercera Ola, se encontraron frente a las puertas blindadas del Oráculo.

—¿Y ahora qué?

—Apartaos.

Nausícaa no dijo nada más: se limitó a colocar y detonar uno de los explosivos que los Cazadores utilizaban para hacer desaparecer las Islas cuando eran localizadas por cualquier enemigo. Sabía que necesitarían algo potente para acceder a aquella sala.

Segundos después de que la explosión derribara las puertas, un ejército de cientos de hombres idénticos entre sí irrumpió en el pasillo.

—T., Ariadna, aquí los tenéis. —Los ojos de Nausícaa se llenaron de todo el resentimiento de la niña que aún habitaba en ella—. Los Lotófagos.

A su alrededor, ubicadas en cada una de las paredes de aquella sala circular, podían atisbar una sucesión de pantallas conectadas entre sí. En todas ellas se veía la misma silueta en rojo de una mano junto con un mensaje de alerta. Pero tan pronto como Ariadna fijó su mirada en ellas, las pantallas

comenzaron a emitir nuevas imágenes y a girar sobre sí mismas, como si fueran las ruletas de una sala de juegos.

—¿Qué has hecho, Ari? —le preguntó T.

—Nada. —No mentía: no había intentado poner en práctica su don, a pesar de que sintió que una A se grababa en su muñeca izquierda—. Os prometo que yo no he hecho nada.

Apenas tuvieron tiempo de contemplar las pantallas, pero en cada una se proyectaban ahora eventos de diferentes etapas de la historia de Ypsilon. En sus escenas convivían presente, pasado y quién sabía si también futuro, girando en un movimiento incesante que resultaba casi hipnótico. De lo que no había rastro era de la supuesta llave. Ni del Segundo Eje que Ariadna pensaba que iban a encontrar.

—¿Quiénes sois y qué estáis haciendo aquí? —los increparon decenas de Lotófagos.

Sus palabras sonaban como un eco que se amplificaba en cientos, en miles de voces, del mismo modo que aquellos individuos aumentaban su número. Los tres jóvenes llegaron a dudar si había tantos Lotófagos como creían o si, en realidad, no eran más que la proyección tridimensional de uno solo.

Ariadna se fijó en cómo dos de ellos sujetaban, como si fuera un prisionero, a un hombre al que creyó reconocer. ¿No era Hermes, el Ministro de Información?

—¡Responded!

Y, sin darles tiempo a que lo hicieran, los rodearon al mismo tiempo que el sonido de una explosión salía de una de las pantallas de la sala en la que se mostraba la imagen de Naxos.

Ninguno pudo evitar girar la mirada y ver cómo se repetía ante ellos, una y otra vez, el Triple Atentado.

Ariadna y T. reconocieron enseguida aquel estruendo.

Era un estallido de la misma intensidad que el que habían vivido en la visión que habían compartido solo unas semanas atrás, justo antes de que emprendieran el camino hacia la nueva Ítaca. En aquella pesadilla, Galatea los guiaba hasta su propia muerte... Pero esta vez no se trataba de una alucinación, sino de uno de los sucesos más trágicos de la historia de Ypsilon.

—Siento que hayáis cometido el error de visitar el Oráculo —dijo uno de los Lotófagos—. Porque es evidente que, después de esto, no podremos dejar que ninguno de vosotros salga de aquí con vida.



24

¡ES UNA TRAMPA!

Sabía que era una imprudencia, pero Hermes no podía desperdiciar aquella ocasión.

Nada más entrar en el Oráculo, se fijó en las numerosas pantallas que llenaban la sala, donde solo se emitían imágenes sobre las actividades educativas del Ponto. Pero allí tenía que haber algo más. Las puertas blindadas, el código de acceso, la autorización expresa para poder entrar... ¿Por qué tanto secretismo? Era absurdo destinar esas medidas de seguridad para proteger ese documental inocuo, compuesto con escenas de la vida de los Niños Perdidos que el Ministro conocía muy bien.

Los entrenamientos físicos matinales —en los que siempre fue uno de los menos avezados, ganándose las burlas crueles de muchos de sus compañeros—, las clases teóricas —donde se tomaba la revancha dejando en ridículo a quienes presumían de sus dotes deportivas—, los almuerzos en el comedor —que siempre acababan con alguna pelea a la que los Lotófagos solo ponían fin cuando hubiera quedado claro quién era el ganador— o las tardes de estudio —en las que se les entregaban ordenadores, tabletas y móviles llenos de restricciones que solo podían emplear para hacer los deberes.

Nada de todo aquello justificaba el celo con el que se protegía aquel lugar. Y, por la escasa variedad de chicos y chicas que aparecían en las pantallas, Hermes concluyó que aquellas imágenes habían sido rodadas el día anterior; de ahí que los Lotófagos lo hubiesen obligado a esperar hasta el amanecer. Necesitaban tiempo para sustituir el verdadero contenido del Oráculo por el publirreportaje con que aspiraban a entretenarlo.

Lo único que llamó su atención fue un dispositivo electrónico con forma de reloj de arena. Situado a media altura en la pared central, emitía una tenue luz intermitente y parecía conectar las diferentes pantallas entre sí. Hermes se fijó en que en la esquina superior de todas ellas se podía ver, junto a la señal del wifi, otra algo más pequeña que reproducía la silueta de ese mismo reloj.

—Espero que no te lleve demasiado tiempo —le advirtió el Lotófago que lo acompañaba.

—No creo —respondió el Ministro mientras inventaba algún modo de quedarse a solas.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de probar con cualquiera de sus habituales mentiras, un enorme alboroto procedente del exterior del edificio sobresaltó a ambos.

—¿Esas no son nuestras Gorgonas? —Hermes marcó mucho el posesivo para que no quedase duda alguna sobre su lealtad—. Yo diría que las están atacando.

El Lotófago, impelido por la urgencia con la que lo reclamaban las voces, salió corriendo del Oráculo, y el Ministro aprovechó aquella oportunidad para correr hasta el dispositivo con forma de reloj y buscar el modo de accionarlo.

Lo presionó con todas sus fuerzas, pero no logró activarlo. Probó a desplegar algún menú táctil en alguna de las pantallas, pero tampoco aquello surtió efecto. En su lugar saltó la alarma, los monitores se bloquearon y mostraron una única imagen: la silueta en rojo de una mano junto con el mensaje de «huella incorrecta».

—No esperábamos algo así de ti —le recriminó Lotófago 1 mientras se desdoblaba en Lotófago 2—. Con lo útil que era tu ejemplo para presumir de nuestro trabajo...

—Te estás equivocando —se defendió él—: estás perdiendo el tiempo conmigo mientras abajo alguien arremete contra las Gorgonas.

—Tranquilo: Moira nos ha enviado unas buenas amigas para protegerlas.

—Puedo explicarlo. —Lo cierto es que no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo, pero estaba dispuesto a mentir hasta el final—. Te aseguro que...

Hermes no tuvo tiempo de hilvanar una sola mentira más: una súbita explosión derribó las puertas del Oráculo, permitiendo el ingreso de tres adolescentes. Los Lotófagos se volvieron contra ellos mientras Hermes aprovechaba para apartarse y buscar algún modo de salir de allí.

—¿Quiénes sois y qué estáis haciendo aquí? ¡Responded!

El Ministro reconoció enseguida a dos de ellos. Eran los mismos que se habían convertido en un quebradero de cabeza para la Presidenta desde la celebración del Nuevo Aniversario: Ariadna y T., los fugitivos más buscados de todo Ypsilon.

Mientras los Lotófagos rodeaban a los tres intrusos, el Ministro se dio cuenta de que las pantallas se ponían en marcha de nuevo. Pero ahora no emitían imágenes sobre la vida en el Ponto, sino sobre la historia reciente del Ypsilon. Eso era el Oráculo: una gigantesca hemeroteca holográfica que el Senado había decidido mantener en el lugar más secreto y remoto posible. Sin embargo, no parecía que allí hubiera rastro alguna de la supuesta copia digital del Segundo Eje de la que Apolo le había informado. Y eso también lo desconcertó.

El sonido, a su espalda, de una gigantesca explosión lo obligó a girarse y contemplar las imágenes del crimen sobre el que se fundaba el Nuevo Orden: el Triple Atentado en el que Ypsilon había perdido a tres de los nombres más destacados de su Gobierno, y Hermes, a Jacinto.

—Siento que hayáis cometido el error de visitar el Oráculo. —Los Lotófagos seguían multiplicándose—. Porque es evidente que, después de esto, no podremos dejar que salgáis de aquí con vida.

Hermes vio cómo, en ese mismo momento, seis letras de humo cobraban vida en la sala del Oráculo. Parecían surgir de la mente de Ariadna, cuyo gesto de concentración revelaba un nexo evidente entre sus facultades y aquel prodigo, del mismo modo que era probable que hubiera sido ella la causante de la puesta en marcha de los monitores.

Á-R-T-E-M-I-S

Cada letra se sumó hasta dibujar la silueta de la diosa cazadora. Armada con su arco y su aljaba repleta de flechas, comenzó a disparar contra los Lotófagos al tiempo que también se les tendía un arco a Nausícaa y a T., que lo aprovecharon para avanzar y llegar hasta el Ministro.

—¿Dónde está?

—¿El qué? —Hermes no sabía bien a qué se referían.

—La llave —respondió T—. No nos hagas repetírtelo dos veces. Ahí fuera se están jugando la vida por nosotros, y no vamos a perder ni un segundo suplicando lo que nos pertenece.

—¿De qué estás hablando?

—Del Segundo Eje. —Quizá no fuera eso, pero T. dejó libre su intuición. ¿Qué otra llave podían buscar allí?

—¿A vosotros también os han mentido?

—¿Se puede saber de qué vas? —Nausícaa levantó su brazo, dispuesta a sacarle las palabras como fuera a aquel individuo que se atrevía a malgastar su paciencia.

—Más te vale empezar a hablar —insistió T.

—No está. —Hermes intentó que su voz sonara sincera: tenían que creerle porque, por una vez en toda su vida, estaba diciendo la verdad—. ¡Es una trampa! Nos han enviado en busca de algo que ni siquiera existe.

—¡Te voy a...!

—¡Un momento! —T. frenó el puño de Nausícaa antes de que le diera al Ministro y lo dejara inconsciente de un solo golpe—. Creo que sé lo que tengo que hacer yo también.

Si Ariadna había empleado su don para contener a los Lotófagos, a él le correspondía hacerlo para desentrañar el enigma que los había conducido hasta allí. ¿Qué era lo que de verdad escondía el Oráculo?

Buscó la palabra que debía desencadenar su metamorfosis y probó suerte recorriendo, en sentido inverso, los pasos que los habían guiado. Del Ponto a la Esfinge, de la Esfinge a Tiresias, de Tiresias... a Dédalo.

Ariadna y él eran sus elegidos.

Los que había designado el augur en ese manuscrito que, según el viejo Bibliotecario, era el único camino que les permitiría recuperar la libertad.

Él los había escogido.

Él había obligado a su madre a convertirlos en dos experimentos... Creándolos.

Dédalo, el inventor.

Dédalo, el hombre que se atrevió a jugar a ser dios.

Dédalo, el hombre que condenó a su gente con tal de no renunciar a su ambición.

La palabra que debía desatar su don era evidente.

Í-C-A-R-O

En apenas un par de segundos, su cuerpo se transformó en el de un hombre de proporciones gigantescas con dos descomunales alas de acero. Al desplegarlas, hizo estallar parte de las pantallas y provocó un cortocircuito inmediato en el resto. Entre los monitores fundidos a negro, llamaba la atención la luz parpadeante que emitía un dispositivo con la forma de un antiguo reloj de arena.

—Coge eso —le gritó a Ariadna.

—¿El qué? —preguntó ella sin saber a qué se refería.

—¡Eso!

Nausícaa lo arrancó a machetazos y lo guardó en uno de sus bolsillos antes salir de allí.

—¡Subid a mi espalda! —les gritó T.

Ariadna corrió hacia él tratando de no perder la concentración, de modo que su Ártemis continuase reprimiendo el ataque de los Lotófagos, y Nausícaa, sin pensárselo, arrastró a Hermes consigo.

—Tú también te vienes —ordenó a su rehén antes de sujetarse a las plumas de Ícaro.

T. movió sus alas y, rompiendo con ellas las pantallas de la pared más septentrional, los sacó del Ponto tan deprisa como pudo. Una vez fuera, se aseguró de hacer un vuelo rasante entre los Rebeldes que seguían haciendo frente a las Gorgonas y las Harpías para que los viesen y se batiessen con él en retirada.

—¡Lo tenemos! —gritaba T., aún convertido en Ícaro, a pesar de no estar seguro de que fuera cierto. ¿Sería aquel reloj la llave que buscaban?

Leda, Hipólita y Alcínoo, que habían conseguido resistir durante el tiempo que había durado el asalto, ordenaron a los suyos que se replegasen. Sus hombres y mujeres se hallaban al límite de sus fuerzas.

Siguieron el camino marcado por Ícaro y, mientras huían, pudieron oír cómo una lluvia de flechas rasgaba el cielo y provocaba que las Harpías y las Gorgonas cayesen desplomadas sobre el suelo. Sin embargo, no se detuvieron hasta que estuvieron lo bastante lejos del Ponto y encontraron un Retroespacio fuera de servicio en el que pararse a descansar.

Solo entonces, Ariadna se permitió felicitarse por lo que habían logrado y, de paso, darle las gracias a Ártemis por su ayuda. La diosa cazadora había hecho, y muy bien, su trabajo.



25

LA SIBILA

Menelao aguardaba su recompensa en una de las dependencias del palacio presidencial.

Había revelado el paradero de los Rebeldes convencido de que así calmaría el rencor que llevaba años atormentándolo: denunciar a Helena y arrastrar con ella a todos cuantos la rodeaban serviría para aplacar ese odio que lo devoraba desde que Paris se la había llevado de su lado.

Delatarlos era su forma de ajustar cuentas con Helena por su abandono, con Alcínoo por no respetarlo y con T. por haberlo engañado.

Había empezado a regodearse en la satisfacción de recibir su dinero junto con la certeza de que las fuerzas del Senado no habrían dejado un solo Rebelde con vida. Además, ¿por qué iba a arrepentirse de lo que había hecho? Cualquier otro habría actuado del mismo modo en su lugar. Y si había algún traidor entre los Cazadores, ese era Alcínoo. Él era quien los había vendido a cambio de un puñado de mentiras que Menelao no estaba dispuesto a tragarse.

Confiaba en que el ataque de los Cíclopes hubiera sido tan letal como le habían asegurado. Su única posibilidad de no convertirse en un proscrito era que no quedase en pie ninguna de las personas que podrían acusarlo de haberlas traicionado; de lo contrario, su vida en Ypsilon valdría muy poco en adelante...

Por eso anhelaba impaciente recibir el premio prometido. El dinero con que marcharse cuanto antes en busca de una nueva vida lejos de quienes había dejado atrás, presos de una emboscada cuyas consecuencias ignoraba.

Moira y Némesis, sin embargo, sí las conocían.

La Presidenta se arrepentía ahora de no haber contado con Argos, e incluso la Arquitecta, a pesar de su acérrima rivalidad con el General, se había extrañado de su decisión. ¿Por qué no recurrir también a los Argonautas o a los Ejecutores para cazar a los Rebeldes que, según Menelao, se dirigían al Ponto?

Aunque Némesis había zanjado aquella cuestión apelando a su ego —«¿De verdad crees que tus Harpias necesitan ayuda para aplastar a esa chusma?»—, solo le preocupaban los efectos colaterales que podría desencadenar un operativo mucho más amplio. Cualquier acción que involucrase a Argos suponía desplegar un número ingente de Cíclopes y llamar la atención sobre un espacio que debía permanecer lo más olvidado posible. Cuanto menos se hablase del Orfanato y de lo que allí sucedía, mucho mejor.

Nadie, ni siquiera Moira, conocía el verdadero motivo por el que la Presidenta custodiaba con tanto celo aquel lugar. Y así era como debía seguir siendo, a pesar de la injerencia continua de esos dos malditos adolescentes que habían estado a punto de desvelar su mayor secreto.

Las noticias que habían llegado desde el Ponto aún eran confusas: sabían que los Rebeldes habían huido, que se habían aliado con un grupo de Cazadores, y que las bajas entre Lotófagos y Gorgonas eran cuantiosas. Por suerte para Hermes, entre los supervivientes no quedaba ningún testigo de su maniobra, así que Némesis ignoraba si alguien había logrado sacar algún tipo de información del Oráculo. Esa era su máxima inquietud. Una preocupación que no había dejado de atormentarla ni uno solo de los diez años de su Gobierno y que ahora suponía una amenaza aún más real.

Ojalá hubiera sido capaz de destruirlo... Lo había intentado. Había probado a eliminar el Oráculo de todas las maneras posibles, pero ese estúpido dispositivo con forma de reloj formaba parte, junto con el laurel del Taigeto, de los únicos vestigios de su pasado que no podía hacer desaparecer.

Creado por Pigmalión y Galatea, el Oráculo había sido concebido como su arma más poderosa: era materialmente imposible desintegrarlo o inutilizarlo, y tampoco resultaba factible alterar el contenido de su memoria virtual. Los Arquitectos sabían que, pasara lo que pasara en el futuro, aquel sofisticado mecanismo de almacenaje histórico les garantizaría que la verdad estaría siempre de su lado. Así que diseñaron una máquina capaz de encapsular los hechos con objetividad, de tal forma que pudieran ser observados una y otra vez, pero jamás modificados ni edulcorados. Su nombre, además, resultaba engañoso, pues parecía aludir a lo que estaba por

venir cuando, en realidad, el Oráculo solo hablaba de lo que ya había tenido lugar.

La Presidenta llegó a creer que bastaría con derruir el edificio en el que lo habían instalado, la Biblioteca de los Siete Ríos. Pero ni siquiera la explosión logró pulverizar el Oráculo. Y en ese momento se vio obligada a tomar dos decisiones: la primera, inventar una excusa que justificase la demolición de la Biblioteca, y la segunda, decidir un nuevo lugar donde esconder aquel artefacto que estuviera libre de toda sospecha.

Explicar la destrucción de la Biblioteca no fue difícil. Encajaba bien con el plan de control de la ficción que ya había empezado a diseñar junto a Apolo, así que solo tuvieron que apresurar la publicación de los dos principios del Nuevo Orden y la aprobación de las tres leyes creativas que regirían en Ypsilon a partir de ese momento.

Ocultar el Oráculo, sin embargo, fue una tarea mucho más delicada. Necesitaba encontrar un lugar gris y alejado de la política, algún sitio en el que nadie sospechase que se podía localizar, junto con el laurel del Taigeto, la única clave capaz de debilitar su poder. Mucho más peligrosa que la magia de esos dos adolescentes, de la que seguía sin comprender su origen. Sabía, porque así lo había predicho Tiresias, el mismo loco que le había arruinado la vida, que sus dones guardaban relación con los Dos Ejes, pero no entendía por qué esos mismos libros no causaban efectos similares en nadie más. Ni siquiera Moira había logrado captar su magia: sus Polimorfos imitaban las historias del libro de Ovidio, pero respondían a un complejo sistema de programación que no tenía nada que ver con la libertad con la que irrumpían los prodigios que Ariadna y el tal T. provocaban a su paso.

Durante diez años había creído que estaba a tiempo de encontrar el primero de esos Ejes antes de que Ariadna pudiese emplearlo contra ella. Se había convencido de que le bastaría con la superioridad numérica de sus Cíclopes para evitar que las profecías del adivino se cumpliesen. Pero ya era tarde para lamentarse por lo que no había conseguido. Era evidente que la magia había encontrado su camino, y ahora debía centrarse en cómo detenerla. Un propósito que habría resultado mucho más sencillo si su único problema fuese hacer frente a las facultades con las que esos dos jóvenes habían empezado a deslumbrar a muchos ypsilonianos. O someter a los nuevos seguidores de Penélope, que había sabido sacar rédito de las veintitrés muertes y crear un emotivo discurso que logró infiltrar en la red estatal hasta hacerlo viral. Daba igual cuántos cortafuegos empleasen y cuántas veces lo

censuraran: aquella indeseable siempre encontraba el modo de volverlo a lanzar, seguramente gracias a la ayuda de Aracne y de Calipso.

Pero a todas esas complicaciones tenía que sumar las imágenes que contenía el Oráculo. Y la posibilidad de que alguien se hubiese hecho con él la aterraba.

Revisó las grabaciones enviadas desde el Ponto una y otra vez, pero el caos que se había desatado en la pelea hacía difícil distinguir si el Oráculo seguía en la sala a la que daba nombre o si se lo habían llevado. Tuvo que verlas decenas de veces hasta que se dio cuenta de que había desaparecido, aunque resultaba imposible saber si lo habían sustraído o si había acabado entre los escombros a los que había quedado reducida la sala.

—Por primera vez en mucho tiempo, Némesis se sintió tan indefensa como cuando solo era una cría abandonada en el orfanato. El mismo lugar que ahora, paradojas del destino, se convertía de nuevo en su mayor enemigo. El Ponto donde había sido recluida como una criminal durante toda su infancia amenazaba con arrebatarse todo lo que había logrado construir desde entonces. Incluso su identidad.

No estaba dispuesta a renunciar al nombre de Némesis para retomar ese Dafne que ya no le pertenecía, así que decidió centrarse en lo único que podía hacer. Primero, ajustar cuentas con el Cazador; después, confirmar los avances de Moira con la Sibila. Tanto si el Oráculo hablaba como si no lo hacía, iba a necesitar su ayuda.

Salió en busca de la Arquitecta y ordenó que trajeran a Menelao a su presencia. Había llegado el momento de entregarle su recompensa.

—¿Así que fuiste tú? —Moira ni siquiera lo saludó. Se limitó a observarlo con desconfianza.

—Lo soy —respondió él con sequedad—. Vengo a por lo que se me prometió.

—¿A cambio de qué? —preguntó Némesis.

—¿Cómo? —Menelao no entendía aquella pregunta.

—¿A cambio de qué te fue hecha la promesa? —insistió Moira.

—Solo tenía que informar de dónde se encontraba la niña.

—Ya... —Némesis ladeó ligeramente la cabeza en señal de desaprobación—. Pero la niña no está con nosotros, ¿verdad?

—Eso no es de mi incumbencia. —Se defendió él.

—Ah, ¿no? Pues debería —lo corrigió Moira—. De lo contrario, ¿por qué motivo deberíamos premiarte? ¿Por haber conducido a mis criaturas más valiosas hacia una trampa?

—¿Una trampa? —Menelao acababa de confirmar sus peores sospechas: Alcínoo y todos los demás habían sobrevivido al ataque.

—Es curioso, ¿no crees? —prosiguió la Arquitecta, que parecía disfrutar humillándolo, resarciéndose así de su fracaso en la batalla del Ponto—. Alguien descubre la solución al interrogante que más preocupa a todo Ypsilon y, mala suerte, esa información acaba con una derrota para los nuestros...

—Por no mencionar el hecho de que aún no sabemos qué ha sido de uno de nuestros principales ministros —añadió Némesis, a quien preocupaba que Hermes hubiera caído en manos de los Rebeldes.

—Cierto. —En realidad, Moira no compartía la inquietud por Hermes; es más, casi se alegraba de seguir alejando de su camino a quienes podían ensombrecerlo—. Se podría pensar que todo formaba parte de un plan.

—No hay ningún plan —negó Menelao—. Si vuestras tropas no estuvieron a la altura, no es culpa mía. Y si os fiais más de esos malditos ciborgs que de hombres de verdad, tampoco. A lo mejor por eso las cosas no salieron como habrías querido, porque lleváis diez años confiando en seres que ni siquiera saben lo que están haciendo.

—Lo saben. —Los defendió Moira—. Lo saben tan bien que no se atreverían a cometer un desacato como el que tú estás cometiendo justo ahora, necio.

—Yo solo os di la información que buscabais. —Le habría encantado responder con libertad al insulto que acababa de recibir, pero prefería salir de allí con su dinero—. El resto era cosa vuestra.

—Nuestra... —Némesis hizo una significativa pausa—. Supongo que tienes razón... Ven, acompañanos.

Menelao las siguió en silencio a través de las interminables galerías de Naxos, custodiadas por Cíclopes Ejecutores que solo aumentaban sus ganas de salir de allí cuanto antes.

El palacio, que sobresalía por su vasta extensión, era considerablemente bajo en relación con el resto de los edificios de Ypsilon. Tras la destrucción del edificio original en el Triple Atentando, Némesis había dispuesto que el nuevo Naxos recordase al anterior en cuanto a su majestuosidad y su estética, para lo que había insistido en que contase con unos extensos jardines y una amplia explanada. Por contra, había exigido que solo dispusiera de dos

alturas, preocupada por posibles ataques aéreos como los que, en el pasado, habían tenido lugar en otros países.

En cuanto a su distribución interna, mientras que en la primera de sus dos plantas se habían ubicado los espacios destinados a fines públicos, como la celebración de los Consejos del Senado o las audiencias, el segundo piso se había reservado a las necesidades de la Presidenta. En el ala este se situaban sus dependencias privadas, siempre custodiadas por sus Cíclopes, y en el ala oeste había tres salas idénticas que la Presidenta empleaba para aquellas reuniones cuyo contenido no quería compartir con el Consejo. La única diferencia entre esas tres habitaciones radicaba en el símbolo que presidía la pared central y que, a su vez, les daba nombre: la Sala del Cíclope, dominada por el mismo ojo de la bandera estatal; la Sala de la Discordia, en la que se había reproducido la manzana con que la diosa Eris había provocado el desacuerdo entre Hera, Afrodita y Atenea; y la Sala del Minotauro, donde se podía ver la silueta del monstruo al que Ariadna y T. habían derrotado en su incursión en el Hades.

Moira los guio decidida hasta el ala oeste de la planta superior y, una vez, allí, abrió la puerta de la Sala de la Discordia. Los tres entraron en aquella habitación vacía en la que, además de la manzana que adornaba su pared central, llamaban la atención las grandes planchas metálicas con las que había sido revestido aquel espacio. La Arquitecta activó su sistema de domótica y tres de aquellas planchas giraron sobre sí mismas, llenando el espacio con un par de sillas y una larga mesa ovalada.

—Has venido a por tu recompensa —anunció la Presidenta mientras un nutrido batallón de Cíclopes rodeaba la sala y ella se situaba en uno de los extremos de aquella mesa de aire presidencial—, y eso es lo que vas a llevarte.

Menelao apretó los puños y sintió cómo unas diminutas gotas de sudor recorrían su frente. Miró con disimulo en busca de posibles salidas, pero la presencia de los ciborgs hacía imposible cualquier amago de huida.

—El Nuevo Orden siempre corresponde con justicia a sus ciudadanos —añadió la Presidenta sin siquiera mirarlo.

Moira chasqueó sus dedos.

En ese instante, apareció ante ellos una mujer de edad indefinida que los doblaba en altura. Vestida con una túnica púrpura y cubierta por una gran capucha que impedía distinguir su rostro, del que solo se adivinaba el brillo rojizo de sus pupilas, no quedaba en sus movimientos ni uno solo de los

vestigios mecánicos que aún podían apreciarse en algunas series de los antiguos Cíclopes.

No había nada en ella que revelase que se trataba, en realidad, de un cíborg.

—La Sibila te entregará tu merecido premio —anunció Moira, satisfecha. Aquella era la ocasión perfecta para presentar ante Némesis su última y más sofisticada creación.

Menelao ni siquiera se molestó en recordar que solo esperaba su dinero. No tenía sentido seguir negándose a sí mismo que, desde el mismo instante en que había entrado en Naxos, había renunciado al control de su destino.

—Adelante —le ordenó Némesis, y la Sibila fulminó a Menelao con su mirada, dividiéndolo en dos gracias al rayo de láser de sus ojos.

—Y eso no es lo único que puede hacer, ¿verdad?

La Sibila, lejos de mantenerse tan inexpresiva como las criaturas diseñadas por Moira en la Inteligencia X, respondió con una sonrisa irónica. La Presidenta vio cómo cambiaba en cuestión de segundos el rostro de aquella mujer que, para su sorpresa, podía adquirir el aspecto de cualquier otra persona.

—Al igual que los Polimorfos, ella también tiene la capacidad de transformarse —le explicó la Arquitecta—, con la peculiaridad de que puede adoptar con total fidelidad los rasgos de cualquier persona que se le mencione.

—¿Incluso los míos? —se interesó Némesis.

—¿Quieres que...? —Moira no se había atrevido a llegar tan lejos, pero aquel reto le resultaba de lo más excitante.

La Presidenta asintió y la Arquitecta dio la orden pertinente a la Sibila, que la cumplió de inmediato.

El parecido resultaba asombroso, aunque, al observarla de cerca, Némesis descubrió en su réplica una minúscula diferencia que había pasado desapercibida a los ojos de Moira. En el cuello de la Sibila había surgido un diminuto lunar en forma de estrella... Era obvio que aquella criatura había replicado el rostro y el cuerpo de la auténtica Némesis: la hermana que había muerto once años atrás.

Disimuló el estremecimiento que le produjo aquel hallazgo, fruto del nivel de sofisticación al que la Arquitecta había impulsado sus creaciones. Por mucho que le hubiese disgustado enfrentarse a la imagen de su gemela, la Sibila seguía resultando un recurso de utilidad. Es más, podría servirle de gran ayuda en caso de que alguien, a través del Oráculo, pretendiese resucitar

a Dafne. Si esa historia del pasado regresaba a su vida, ya se ocuparía ella de enterrarla de nuevo gracias a la Sibila.

—Es el único cíborg con capacidad de liderazgo. Si se le dan las directrices adecuadas, puede decidir por sí misma durante un tiempo máximo de dos horas.

—Interesante... Haz que retome su forma original.

Moira hizo lo que se le ordenaba y su criatura volvió a ser igual de inexpresiva que al inicio, con la excepción de sus pupilas rojizas.

—La Sibila es la cima de la Inteligencia Y. —Presumió la Arquitecta, orgullosa de su trabajo—. Una creación letal para los Rebeldes gracias a su poder de inhibición.

—¿Inhibición? —Némesis aún no estaba segura de aprobar la creación de un ser capaz de copiar su propio rostro, pero antes quería saber hasta dónde llegaban sus capacidades.

—¿Recuerdas esto? —La Arquitecta puso sobre la mesa el ejemplar de *Las metamorfosis* que la propia Presidenta le había entregado—. Pues, como me pediste, he buscado el modo de contrarrestar la magia de esos mocosos.

—¿Y...?

—Ese modo... es ella.

Moira miró a la Sibila y esta, en tan solo un segundo, extrajo de las páginas de aquel libro las imágenes de algunos de los personajes que lo protagonizaban: hombres y mujeres que se convertían en caballo, en toro, en árbol o en río, y que se sucedían cada vez a mayor velocidad hasta que, una vez que hubieron inundado la habitación, la Sibila los exterminó con el mismo láser con que había partido en dos a Menelao.

—He seguido un sistema similar al de los Polimorfos: mientras que estos recrean el contenido del Segundo Eje, la Sibila está programada para neutralizarlo. Sumando el poder de ambos, no tenemos nada que temer. Ni siquiera creo que merezca la pena destinar más recursos a la busca de Ariadna. Intenten lo que intenten el día de las elecciones, contamos con las herramientas para impedirlo. Y será interesante ver cómo reaccionan cuando conozcan a la Sibila y comprueben que nada, tampoco su don, es ilimitado.

—Has trabajado bien —la felicitó Némesis—. Ahora solo nos queda encontrar a Hermes y sacarlo de dondequiera que esa gentuza lo tenga recluido. Estoy convencida de que se lo han llevado prisionero para torturarlo...

—Argos ya está en ello. Ha enviado patrullas de Ejecutores, Rastreadores y Argonautas por todo Ypsilon.

—Infórmame en cuanto haya novedades.

—Por supuesto.

La Presidenta se retiró con la convicción de que, por poco que le gustase reconocerlo, el ataque al Ponto supondría un punto de inflexión en su Gobierno. Aún no podía calcular su repercusión, pero sí contaba con dos certezas.

La primera era su fe en su capacidad de supervivencia. Y tenía que ver con su pasado, con esa niña asustada que no entendía por qué su vida era tan diferente a la de su hermana y que, harta de obedecer, había huido del Orfanato antes de cumplir los dieciocho y sobrevivido entre las sombras como una ermitaña, hasta que reunió la fuerza suficiente para enfrentarse a su propia familia. La niña se había convertido en una adolescente solitaria y autodidacta que había aprendido a trapichear en el mercado negro, hasta hacerse con el material para llevar a cabo un atentado que cualquier otra persona habría considerado un imposible.

Pero ella no era cualquiera.

Ella era una niña abandonada. Una niña que perdió la oportunidad de serlo el mismo día que sus padres la acusaron de ser una asesina y de odiar a su hermana por desear una vida tan sencilla como la suya. Retenida contra su voluntad en un lugar donde desarrolló la astucia necesaria para sobrevivir dentro y fuera de sus muros. Por eso supo cómo esconderse. Cómo pasar desapercibida. Cómo cambiar esa celda de aislamiento que los Lotófagos destinaban a los casos únicos —con el fin de que su identidad no fuese conocida por el resto de los Niños Perdidos— por el cuartel donde planeó el atentado. Allí elaboró, gracias a las clases de Química con las que la aburrián en el Ponto y a los manuales que logró descargar de internet, sus propios explosivos.

No había sido fácil atravesar cada una de aquellas etapas. Escapar del Orfanato aprovechando los escasos minutos al día que le permitían salir de su celda y caminar por el patio exterior. Destinó años a aprender cada paso, a estudiar todos los itinerarios posibles, entrenando sus piernas y sus brazos en esa celda minúscula para evitar que se debilitasen y asegurarse la fuerza necesaria cuando llegase el momento. Dieciséis años analizando todas las opciones posibles hasta el día en que logró aprovecharse de un descuido de los Lotófagos y se valió de esa ventaja para poner en práctica todo lo que había ensayado en su cabeza desde hacía más de una década.

Tampoco había resultado sencillo sobrevivir después. Ocultándose e inventando una identidad nueva. Asegurándose de no dejar rastros. Ni

imágenes. Ni huella digital alguna. Sabía que sus padres la estarían buscando, así que era esencial que no tuvieran ninguna pista a la que aferrarse. Y, con paciencia, comenzó a dispersar mensajes de odio que fueron congregando a una masa de descontentos que ignoraban la fuente de esas proclamas, pero que las compartían para mostrar su insatisfacción con el Gobierno de Orfeo.

Era ella quien había iniciado aquel clima de crispación. La tensión justa para que fuera posible un atentado para el que ya había decidido los culpables: todos los que hubieran apoyado a Orfeo en sus decisiones. Todos los que, como el viejo Dédalo, hubiesen contribuido a persuadirlo de que hiciera caso a las palabras de Tiresias. Y, especialmente, todos los que habían dado más validez a lo que auguraba un adivino y a sus dos libros que a la vida de esa niña a la que le habían usurpado su felicidad.

Nada de todo aquello había resultado sencillo y, sin embargo, lo había conseguido. Había logrado sumar, en la clandestinidad, los apoyos necesarios. Moira y Argos fueron los primeros en incorporarse a su bando de disconformes, aunque no supieran quién era ella en realidad. Ella se presentaba como una presencia anónima y múltiple, un conjunto de *nicks* sin rostro ni nombre real que insistían en la debilidad de Orfeo y en cómo los enemigos del orden y la paz estaban aprovechándose de eso para organizarse en peligrosas células terroristas. Ypsilon corría peligro porque un grupo de intelectuales y artistas antipatriotas querían imponer su propia dictadura, así que sus mensajes iban destinados a prevenir ese posible atentado que ella misma acabaría cometiendo. Esas muertes no solo serían su venganza de quienes la habían humillado, sino también su excusa para el Nuevo Orden que deseaba implantar.

Pero, por muy orgullosa que estuviera de lo que había conquistado hasta entonces, su segunda certeza era que, hasta que encontrase el Oráculo, no volvería a tener la tranquilidad de haber enterrado su pasado. Ahora estaba ahí fuera. Dentro de ese Oráculo que, en cualquier momento, alguien podría activar para revelar lo que ella tanto se había esforzado en ocultar.

Pero, cuando llegase el momento, ya sabía lo que tenía que hacer. Y a quién debía recurrir.



26

EL REHÉN

—¿Y esto? —preguntó Leda al reconocer a Hermes.

Rebeldes, Amazonas y Cazadores mostraron idéntica perplejidad ante el rehén que los tres jóvenes habían sacado consigo del Ponto.

—Mejor te lo explicamos por el camino... —repuso T. Temía que si se entretenían más de lo necesario, darían tiempo a los Lotófagos para reorganizarse y darles caza.

—No tentéis vuestra suerte. —Se defendió Hermes mientras Nausícaa lo maniataba—. Secuestrar a un Ministro se castiga con la pena capital.

—No sé por qué —respondió Helena—, pero no me sorprende.

Hermes quiso responder, pero Leda lo amordazó. Ni sabía qué iban a hacer con él, ni aquel era el mejor lugar para pensarlo.

—Vámonos ya —insistió Paris—. T. tiene razón: permanecer aquí es demasiado arriesgado. Necesitamos regresar a Ítaca.

Antes de hacerlo, todos sabían que quedaba una cuestión pendiente.

Alcínoo se había comprometido a acompañar a los Rebeldes con sus hombres hasta el Ponto antes de decidir si se unían o no a su causa. El líder de los Cazadores confiaba en que la información que hubiesen obtenido allí fuese lo bastante concreta como para inclinarse por una opción o la contraria, pero todo lo que Ariadna, T. y Nausícaa explicaban sobre su experiencia en el Oráculo resultaban ser poco más que vaguedades.

—No había rastro del libro ese —resumió su nieta, aludiendo al Segundo Eje—, solo pantallas donde se repetía la misma explosión una y otra vez.

—¿El Triple Atentando? —dedujo Leda, que no paraba de mirar inquieta sus dispositivos de rastreo.

—Y justo antes de que Naxos estallase, había dos mujeres dentro —les informó Ariadna—. Idénticas. Una era Némesis y la otra tiene que ser su gemela.

—Dafne —añadió T.

—Eso confirma lo que pensábamos —insistió su hermana—. Esas imágenes prueban...

—No sé si prueban algo. —Alcínoo ladeó la cabeza. Le resultaba frustrante que aquella expedición se hubiese saldado con unos resultados tan pobres.

—¿Y qué vais a hacer? —Aunque iba dirigida a los Cazadores, T. lanzó la pregunta directamente a Nausícaa.

Ella esquivó la respuesta y esperó a que fuera su abuelo quien interviniese. No quería que T. interpretase su voluntad de apoyar a Ítaca como un gesto de acercamiento que aún no se sentía preparada para dar. El rencor al que se había aferrado para distanciarse de él había empezado a desvanecerse, pero aún desconfiaba.

—Venid a Ítaca —propuso Helena—. Tomaos ese tiempo para acabar de decidirlo.

—¿No podéis contarnos nada más? —preguntó Alcínoo, buscando motivos para quedarse. Intuía que eso era lo correcto, pero convencer a sus hombres de algo así requería argumentos más sólidos.

—Solo hemos podido ver las imágenes que ya os hemos descrito —insistió Ariadna—. Pero estoy segura de que son importantes. Hay algo oscuro en el origen del Nuevo Orden... Algo que no puedo explicar, pero que no creo que sea como nos lo han contado.

—Si el Oráculo tiene razón, entonces la muerte de mis padres no habría sido... —A Nausícaa se le quebró la voz. Odiaba sentirse vulnerable, pero Ariadna, que había vivido hacia muy poco esa misma sensación de que el mundo se quebraba a sus pies, se acercó a ella y la rodeó con su brazo. Solo pretendía que supiera que la comprendía, que entendía bien lo que era que te despojaran de lo poco que creías conocer de tu historia y, de paso, que se sintiera libre de expresarlo—. A mis padres no los mataron los Rebeldes, sino el Senado. No sé cómo, abuelo, pero fue cosa suya. Así que deberíamos acompañarlos. Al menos hasta que podamos confirmarlo.

A pesar de lo mucho que Alcínoo hubiera querido satisfacer a su nieta, esta vez no estaba convencido. Nada cuadraba como debiera. O, por lo

menos, no como se supone que lo había vaticinado el adivino.

—¿Y la llave que hemos venido a buscar?

—Ya te hemos dicho que no había ningún libro —repitió Nausícaa, molesta por su terquedad.

—No, no había ningún libro... —repitió T., acordándose del objeto que habían arrancado del Oráculo—, pero sí que había otra cosa.

—Esto. —Nausícaa, que sabía a qué se refería, sacó el dispositivo con forma de reloj que habían encontrado en la Tercera Ola.

—¿Y eso qué se supone que es? —La decepción de Helena era idéntica en todo el grupo. Esperaban que hubieran salido de allí con el Segundo Eje, no con un simple reloj de arena.

—Lo analizaremos cuando lleguemos a Ítaca. —Dispuso Leda y, mirando a Alcínoo, añadió—: Acompañadnos y compartiremos todo lo que descubramos con vosotros.

—No quiero perder más tiempo.

—Solo serán unas horas más. —T. no estaba en posición de prometer algo así, pero se negaba a separarse de nuevo de Nausícaa—. Seguro que Calipso y Aracne saben qué hacer con ello.

Unos sonidos guturales llamaron la atención del grupo: Hermes estaba intentando decirles algo.

—¿Le dejamos que opine? —propuso Helena, con curiosidad por escuchar lo que tuviera que decirles el Ministro.

Leda cortó la mordaza de un solo tajo y él tomó un par de grandes bocanadas de oxígeno para recuperar el aliento antes de empezar a hablar.

—No sé de qué llave estáis hablando, pero si hay algo que se parezca a una llave en el Oráculo, tiene que tratarse de eso. —Maniatado, apuntó con la barbilla hacia el reloj de arena—. En cuanto lo he tocado, se ha disparado la alarma y se han bloqueado las pantallas... Hasta que habéis entrado.

—¿Y a ti por qué deberíamos creerte? —A Orión le resultaba muy difícil confiar en un hombre al que consideraba un esbirro del Senado.

—Porque si ese atentado no ocurrió como nos han dicho, soy el primero que quiere exigir responsabilidades a los culpables —vaciló un segundo, pero intuyó que, si quería salvar su vida, era mejor que fuese completamente sincero—: Ese día yo también perdí a alguien a quien quería mucho.

—Nosotras no causamos esa explosión —sentenció Helena, harta de aquel crimen que seguía pesando sobre sus cabezas.

—Quizá ese reloj lo demuestre. Y si es así, también podréis contar conmigo.

—Suficiente. —Leda lo amordazó de nuevo: no creía sensato darle más voz a Hermes hasta que hubieran desentrañado el funcionamiento de esa supuesta llave.

—Iremos hasta vuestra Ítaca —consintió Alcínoo tras escuchar al Ministro y sopesar todas sus posibilidades—, pero no os daré ni una sola oportunidad más. Si ese reloj es otro laberinto sin salida, os quedaréis solos en él.

—¿Y si ese nos está mintiendo y ese cacharro no sirve para nada? —Hipólita, que no había hablado desde la muerte de Deyanira, no pensaba marcharse sin haber conseguido lo que buscaban. Su compañera no podía haber muerto en vano—. ¿No deberíamos regresar?

—Tiene que servir. —Ariadna volvía a recurrir a su intuición: tenía que haber alguna relación entre aquel dispositivo, las pantallas que se habían puesto en marcha a su llegada y la «A» que aún le escocía en una de sus muñecas.

—En cualquier caso, no podemos volver al Ponto —ordenó Leda—. ¡En marcha!

Las Amazonas montaron en sus Centauros e Hipólita subió el cadáver de Deyanira a lomos del suyo. Por su parte, los Rebeldes y los Cazadores ocuparon sus respectivos vehículos, dispuestos a regresar a Ítaca.

—Tú te vienes con nosotros. —Orión tomó por los hombros a Hermes y lo sentó en su Pegaso—. Ya veremos qué hacemos contigo más adelante.



27

CRONOS

En cuanto llegaron a Ítaca, el hallazgo de la supuesta llave se vio ensombrecido por la duda sobre lo que debían hacer con el prisionero.

Aracne y Calipso se mostraron tan perplejas por el reloj de arena que les habían traído desde el Ponto —¿qué demonios era aquello?— como por la aparición de un rehén que ponía a Ítaca y a todos los Rebeldes en peligro.

—¿Habéis perdido el juicio? —los abroncó Penélope cuando los vio llegar con Hermes atado de pies y manos—. ¿Sabéis lo que podría hacernos el Senado por algo así?

—No hemos tenido elección —se justificó Leda.

—Siempre la hay —protestó la candidata, que vio peligrar su campaña.

—No, Penélope —repuso Hipólita con gravedad—. Si la hubiera habido, Deyanira no habría muerto en las puertas del Ponto. Te lo aseguro.

Tras la intervención de la Amazona, se hizo un denso silencio. Solo Ariadna y T. se atrevieron a interrumpirlo unos minutos después para resumir, con tantos detalles como recordaban, lo que habían descubierto en la Tercera Ola.

—¿Y el Segundo Eje? —Aracne creía firmemente que ese era el motivo por el que Tiresias los había guiado hasta allí y no se resignaba a conformarse con un reloj que ni siquiera sabían cómo usar ni para qué podía servirles.

T. negó con la cabeza:

—Ni idea.

El Corazón de Ítaca tomó el dispositivo que Nausícaa había arrancado del Oráculo y comenzó a analizarlo mientras Calipso afrontaba el dilema de qué

hacer con su prisionero.

—¿Ejecutarlo?

—¿Y si aquella fuera la única opción?

Pero ¿no estarían cometiendo entonces una injusticia idéntica a la de Némesis y su Juicio Ciudadano?

—Merece morir —opinó Hipólita sin un ápice de duda—. Alguien tiene que pagar por el asesinato de Deyanira. Y si nadie está dispuesto a hacerlo, yo no tengo ningún problema en darle su merecido a ese miserable.

—No tiene sentido que pague por algo de lo que no es responsable —intercedió Calipso, que barajaba todas las alternativas a la vez que intentaba encasar las piezas del relato de T. y Ariadna—. Según lo que nos habéis contado, él estaba en el Oráculo cuando llegasteis.

—¡Pero es uno de ellos! —insistió la Amazona.

—O quizás —se atrevió a aventurar Ariadna— lo era.

Hermes parecía asentir a pesar de que la mordaza le impedía pronunciar palabra.

—¿A qué te refieres? —se interesó Calipso.

La líder de los Rebeldes odiaba tener que enfrentarse a una decisión como aquella. Sobre todo ahora que contaban con información tan relevante como la que T. y Ariadna habían obtenido en Dite. Si todo lo que habían visto allí era real, bastaría con una sola prueba para desacreditar para siempre a la Presidenta. Esa, pensaba el Cerebro de Ítaca, debía ser su preocupación, antes que decidir sobre la vida de un hombre al que detestaban por sus actos, pero que merecía la misma justicia que cualquiera.

—Cuando entramos en el Oráculo, me dio la impresión de que los Lotófagos estaban deteniéndolo.

—¿Y vosotros? —Alcínoo dirigió la pregunta a T. y a Nausícaa, aunque no necesitaba más confirmación que la de su nieta—. ¿Opináis igual?

—Sí —afirmó T.

—Supongo. —La respuesta de Nausícaa, sin embargo, no fue tan rotunda—. Ocurrió todo demasiado deprisa. Así que no sé si los dos Lotófagos a los que tumbé lo estaban reteniendo o escoltando. No les di tiempo a explicármelo, la verdad.

T. no disimulaba la admiración con que la escuchaba. Hasta le gustaba la soberbia con la que ella presumía de su destreza en la lucha. Le cansaba la gente que no era sincera sobre sí misma, la que fingía que no se alegraba de sus cualidades o las disminuía para obtener el elogio ajeno. Pero Nausícaa no. Nausícaa no era una hipócrita: ella siempre decía lo que pensaba, sin ninguna

clase de autocensura ni filtros, y eso era algo a lo que T. no estaba acostumbrado. Hacía mucho tiempo que Ypsilon había perdido, entre otras muchas virtudes, la de la verdad.

—Además —la nieta de Alcínoo señaló el reloj que Aracne seguía inspeccionando—, estaba muy ocupada haciéndome con eso.

—Tiene que ser la llave a la que se refería Tiresias. —Ariadna no quería creer que se hubieran jugado tanto yendo hasta el Ponto para nada.

—No consigo entender de qué se trata —admitió Aracne—. Por el material del que está hecho, diría que es un dispositivo táctil, así que habrá que dar con la huella digital que lo ponga en funcionamiento si queremos saber qué es lo que puede hacer.

—Si es que puede hacer algo. —Penélope no ocultó su decepción—. Esperábamos que trajeseis el Segundo Eje, no esta birria...

—¿Qué le pasa a ese ahora? —T. señaló a Hermes, que parecía querer gritar algo y trataba de moverse a pesar de las sogas que lo inmovilizaban.

—Quitadle la mordaza —ordenó Calipso.

—¿Estás segura?

—Por mucho que intente chillar, nadie va a escucharlo, Leda. Y quizá nos diga algo que nos interese.

T. fue hasta él y, tras retirarle el trapo con el que habían estado a punto de asfixiarlo, le susurró al oído:

—Una sola mentira y despídete de tu lengua, ¿entendido?

El Ministro asintió y se dispuso a negociar para salvar la vida:

—Puedo explicaros cómo funciona eso.

—Ah, ¿sí? —Calipso lo escuchaba con escepticismo, convencida de que aquel hombre diría cualquier cosa para esquivar su condena.

—Sí... Bueno, no estoy seguro —se sinceró—, pero tengo una idea.

—¿Lo veis? —Hipólita estaba segura de que intentaba estafarlas—. Solo busca ganar tiempo.

—Podemos intentar negociar. —Helena se negaba a que el asesinato fuera la única posibilidad—. Quizá sea cierto que nos puede entregar algo a cambio de conservar su vida. Es una posesión bastante valiosa, ¿no te parece?

—Suéltalo y, en cuestión de segundos, estaremos rodeadas de Cíclopes. ¿Es eso lo que quieres?

—Lo único que quiero es saber qué contiene eso por lo que nos hemos jugado la vida. —Helena apuntó al dispositivo electrónico que les había entregado Nausícaa—. ¿O no crees que Deyanira habría querido lo mismo?

—No vuelvas a mencionarla. —La Amazona recibió la alusión a su compañera como un golpe bajo—. Ni la conocías ni sabes lo que habría o no querido.

—Lo siento —se disculpó Helena—. Pero deberíamos mantener la cabeza fría. Nos han enviado al Ponto en busca de una llave. Y antes de matar a nadie, sería bueno saber si la tenemos o no.

—¿A vosotras también? —Hermes no pudo callarse al descubrir aquella coincidencia.

—¿También qué? —Paris percibió que la sorpresa del Ministro era sincera.

—Que si también os enviaron allí a buscar algo.

—¿Y qué se supone que era lo que buscabas tú? —le preguntó Néstor.

—El Segundo Eje —confesó—. Me habían asegurado que allí había una copia digital.

—¿Digital? —A Helena le hizo gracia su ingenuidad—. Los Dos Ejes solo existen en papel.

—Además... —Hipólita se calló antes de acabar su frase, pero Calipso se dio cuenta de que la Amazona sabía algo más.

—¿Sí?

Vaciló un segundo antes de responder:

—Si la hubiera, no serviría de nada...

—¿Qué significa eso? —La interrogó Ariadna.

—La importancia de esos libros no es solo por su contenido... No se pueden reproducir. Ni digitalmente ni en papel.

—Sigue —le ordenó la joven a la Amazona: era evidente que sabía algo más de los Dos Ejes.

Hipólita, por un segundo, se vio reflejada en el carácter de esa adolescente. Se reconoció en su imperativo. En su necesidad de saber. Y ahora que ya conocían la verdad sobre el modo en que les habían inoculado su don, también podía confesarle de dónde procedía.

—La dosis que os inyectaron solo podía obtenerse sumando la energía de los dos libros que Tiresias les entregó a Orfeo y a Galatea.

—¿Pero de dónde los trajo? —T. imaginaba la respuesta, pero quería oírselo decir.

—Lo sabes perfectamente —respondió la Amazona.

—De Dite. —Asumió Ariadna. De la mismísima Ciudad de los Muertos. De ahí provenía su don.

—Entonces, Tiresias y tú no os peleasteis solo por la Esfinge. —Dedujó Calipso—. Os peleasteis porque tú sí sabías...

Quizá no fuera el momento, pero la commoción que le había provocado la muerte de Deyanira contribuyó a que Hipólita estallara.

—Soy también científica, ¿recuerdas? —Hipólita elevó el brazo mecánico que caracterizaba a las Amazonas—. Y sí: estaba en el equipo de Pigmalión, Galatea y Tiresias. Y sí: me opuse a que hicieran lo que hicieron. Porque intuía que era peligroso. Cuando el adivino nos hablaba de esos libros y de su poder, yo solo podía pensar en que ese poder surgía de la muerte, de una ciudad infernal de la que nunca había regresado nadie. Salvo Tiresias... Si hubiéramos dispuesto de más tiempo, habríamos buscado el modo de que la dosis fuese suficiente por sí sola, pero no lo había, así que Pigmalión optó por una solución intermedia: una inyección que vinculara para siempre a la persona con uno de los Dos Ejes y cuyos efectos se intensificarían en presencia de ese libro hasta que...

—... ya no lo necesitará —la interrumpió Ariadna, que recordaba bien el primer prodigo que había obrado sin tener el Eje entre sus manos.

—La idea era que la magia creciese en el interior de la persona escogida a la vez que lo hacía su conocimiento de las historias de cada libro. —Le dio la razón la Amazona—. Las dos facetas debían madurar hasta que ese poder actuase con autonomía. Un poder que, cada vez que lo utilizase, dejaría una marca nueva. Un efecto que, no sé por qué, ni Pigmalión ni Galatea se preocuparon nunca por corregir.

Por eso, pensó Ariadna, su don no funcionaba al principio si no tenía el libro delante. Y por eso la magia había crecido con el tiempo, dosis a dosis, hasta completar la pauta y quedar integrada en su cuerpo. Del mismo modo que, dedujó, T. no había experimentado con fuerza su don hasta que la conoció a ella.

La magia de su hermano no se trataba de una casualidad profética, sino de una cuestión científica: en cuanto el libro de Ariadna reavivó la memoria biológica de T., su don también despertó. Y quizás el hecho de que no pudiera controlar sus facultades de manera tan consciente se debía a que él solo había contado con el libro que no le correspondía. Tal vez, si hubieran dispuesto del Segundo Eje, también el don de T. se habría manifestado de modo diferente.

—Colaboré con ellos hasta que tomaron la única decisión que yo no podía consentir —prosiguió Hipólita, harta de mentiras y engaños que ya no tenía sentido continuar escondiendo—. Ni como científica ni como mujer. Y Dédalo me apartó. Peor aún: me abochornó. Me sermoneó por haber sugerido

que no estábamos respetando el derecho de la hija de Galatea a decidir sobre su propia vida. «Que sea la última vez que me cuestionas». «No se puede liberar a Ypsilon de cualquier manera». «Hay que respetar los caminos de Tiresias»... Ese era Dédalo. Ese montón de prohibiciones y de órdenes es el líder al que veneráis. Me aparté de él porque no quería seguir siendo cómplice de todo aquello. Y creé otro bando. El mío. Un grupo que también busca conciliar la naturaleza y la ciencia, pero donde nadie somete su cuerpo si no es por propia voluntad.

Al fin.

Ya lo había dicho.

La confesión no la eximía de su responsabilidad por no haber sabido proteger a la verdadera Némesis, pero sí le quitaba la carga que aún sentía a sus espaldas.

No más secretos. Nunca. Eso era todo lo que le pedía al futuro. No más secretos.

Se hizo un silencio que nadie, y mucho menos Hermes, se atrevía a romper. Tardaron unos instantes en reorganizar sus ideas para tomar una decisión sobre su rehén.

—Deberíamos votar —propuso Calipso.

—¿Votar para permitir que ese escape con vida? —La cuestionó Penélope, partidaria de su ejecución.

—Entiendo que os cueste creerme —el Ministro era consciente que no contaba más que con una oportunidad, así que intentó aprovecharla lo mejor posible—, pero puede que esté en vuestro bando. O que esté a punto de unirme a él. No sois los únicos que buscáis justicia.

—La diferencia es que la buscamos en lugares distintos. —Lo contradijo Leda.

—Porque teníamos los motivos equivocados... No sois los únicos que os habéis sorprendido con lo que ocultaba el Ponto.

—¿Pretendes que creamos que no lo sabías?

—No pretendo nada, porque solo vais a creer lo que decidáis que es cierto... Si el Senado está detrás del Atentado que mató a mi novio, os aseguro que soy el primer interesado en vengarme de ellos.

—¡Pero si tú eres parte del Senado! —Penélope estaba harta de tanto teatro. ¿De verdad esperaba que lo creyesen?

—¿Y qué tipo de pacto nos propones? —Calipso, sin embargo, decidió que era mejor ser prácticas. Si el trato les convenía, quizá fuera razonable aceptarlo.

—Os ayudo a poner en marcha el Oráculo y, si lo que hay dentro confirma nuestras sospechas, me dejáis que regrese al Senado para colaborar con Ítaca desde dentro.

—¿Y si no las confirma?

Apostarlo todo a una sola carta era una locura, pero quizá también su única opción.

—En ese caso, haced conmigo lo que consideréis oportuno.

A su propuesta le siguió un inmediato murmullo. Todos tenían su propia opinión sobre lo que debía hacerse y, a la vez, los había sorprendido la docilidad con la que Hermes les había ofrecido su cabeza. Con aquel pacto les daba vía libre para ejecutarlo en caso de que lo que se descubriese en el Oráculo no corroborase sus sospechas. Eso les otorgaba una clara ventaja y, aunque Calipso confiaba en no tener que recurrir a la pena capital, accedió.

—Está bien.

Céfiro se ocupó de desatar sus manos y el Ministro, siempre con movimientos pausados y muy controlados, para evitar que alguien sospechara de sus intenciones, se aproximó a Aracne.

—¿Puedo? —le preguntó señalando el Oráculo.

—Claro.

Se lo cedió con cierta desconfianza y él lo alzó con la mirada fija en ella:

—Antes decías que intuyes que la apertura del sistema es a través de una huella digital, ¿verdad?

—Eso he dicho, sí.

—Pues te puedo asegurar que estás en lo cierto. En el Ponto, el sistema ha colapsado cuando he puesto mi mano sobre él, sin que tuviera que hacer nada más. Y en todas las pantallas ha aparecido la silueta de una mano en rojo.

—¿Y eso es todo? —Penélope se sentía estafada.

Hermes improvisó la mejor respuesta de la que fue capaz. Solo era una conjeta, pero le parecía suficientemente plausible como para que funcionase:

—Si yo no pude abrir el sistema, debe de ser porque solo se activa cuando la persona adecuada posa su mano sobre el dispositivo. Así que imagino que, si Tiresias os envió a buscarlo, es porque esa persona debe de estar aquí.

Todas las miradas recayeron en T. y Ariadna, que, sin discutirlo, tomaron el Oráculo entre los dos.

Primero Ariadna.

Después T.

Esperaron unos segundos a que sucediera el prodigo. Diez, quince, veinte segundos. Y después de casi un minuto, al final... Nada.

—No puede ser. —Hermes sabía que su vida dependía de que su hipótesis fuera cierta y aquel artefacto funcionase—. ¿No hay otra persona que pueda abrirlo?

Probaron, uno a uno, todos los que habían conocido a Dédalo o tenido algún tipo de relación con él. Pero nadie, ni siquiera Penélope —cuyo ego ansiaba, en el fondo, ser la elegida—, logró que el Oráculo se pusiera en funcionamiento.

—Un momento... —T. tuvo una idea.

—¿Se te ha ocurrido algo?

Le sorprendió que Nausícaa lo tomara en serio por primera vez desde su reencuentro, y decidió aprovechar su momento lo mejor posible:

—No es posible que la huella digital sea la de Ariadna o la mía, porque ni siquiera habíamos nacido cuando se creó el Oráculo.

—¿Y entonces?

—Tiene que ser algo que esté dentro de nosotros y que Dédalo, Pigmalión y Galatea pudieran prever. Algo que sí pudieran controlar... Como unas marcas.

Ariadna lo adivinó enseguida: su hermano tenía razón. Es más, después de haber escuchado a Hipólita, encajaba con el porqué de sus cicatrices.

—Eso has dicho antes, ¿no? —Le recordó T.—. Nos has contado que era uno de los efectos del don que ni Pigmalión ni Galatea quisieron corregir.

—Y ahora está claro por qué —añadió Ariadna. Cada una de sus cicatrices era parte de esa huella, de los efectos secundarios de la sustancia que los había convertido en quienes eran y, en definitiva, constituían el rastro de la identidad. Con ellas, Pigmalión se había asegurado de que ese singular reloj de arena, su arma más valiosa, solo se abriese cuando la magia hubiera empezado a obrar su efecto.

—Déjamelo.

Cogió el dispositivo y lo rozó con la cicatriz en forma de «A» que se le había abierto frente al Oráculo. La que se había dibujado en su piel mientras desbloqueaban las pantallas del Ponto.

—¡Mirad!

Hermes señalaba la nube de humo que empezaba a formarse entre ellos y que dibujaba el nombre del dios en el que Ariadna estaba pensando.

C-R-O-N-O-S

Si el Oráculo era el testimonio del tiempo, Cronos era a quien debían recurrir ahora.

Tan pronto como las letras se agruparon sobre sus cabezas, todos — incluido Hermes— vieron cómo crecían hasta convertirse en un gigantesco remolino que desdibujaba los contornos del espacio que los rodeaba. Las formas y los colores se difuminaban a su alrededor, como si la realidad se estuviese evaporando ante sus ojos mientras ellos luchaban por mantenerse erguidos en el centro del vendaval.

—¿Qué está pasando? —gritó Helena, aterrada ante el estruendoso eco de voces que invadió Ítaca mientras todo se desintegraba a su alrededor.

—¡Ariadna! ¿Qué has hecho? —Nausícaa, incapaz de entender nada, trataba de convencerse de que todo era una alucinación.

—Confiad en ella. —La apoyó T., que se sentía tan débil como el resto de sus compañeros.

Aquellas fueron las últimas palabras que escucharon antes de que todos se sintieran caer en un precipicio infinito, mientras el coro de voces anónimas aullaba cada vez con más fuerza.

Incapaces de oponer resistencia, se dejaron arrastrar hacia el abismo que se dibujaba a sus pies hasta que, exhaustos, se sumieron en un sueño extraño. Un sopor denso y tan oscuro como la magia de la propia Dite.

«Ojalá no estemos regresando allí», fue lo último que pensó Ariadna.

Pero la violencia del prodigo que ella misma había provocado no le permitió decir nada. Lo que estuviese a punto de suceder ya no estaba en sus manos.



28

DAFNE

Cuando por fin recobraron la conciencia, se dieron cuenta de que habían entrado en una dimensión temporal y espacial diferente, en la que se habían transformado en espectros sin voz. Podían verse, sí, pero sus cuerpos eran translúcidos y se deslizaban por el aire como si levitasen.

Hermes notó que las cuerdas que lo ataban habían desaparecido, pero desterró la idea de huir. Era absurdo correr a través de un espacio que ni siquiera parecía real, y menos aún cuando quizás estuvieran a punto de descubrir qué era lo que los Lotófagos custodiaban en el Ponto con tanto celo.

Leda e Hipólita, que nunca relajaban su vena protectora, ordenaron a todos que se replegasen detrás de ellas mientras vigilaban lo que sucedía a su alrededor. Alcínoo pidió también a sus Cazadores que hiciesen lo mismo.

Les llevó unos instantes comprender que se encontraban en el interior del palacio de Naxos, en un salón de decoración barroca y abigarrada que no se parecía en absoluto a los espacios blancos y minimalistas que Hermes conocía bien. Tampoco el personal que, a través de los grandes ventanales, se veía caminar por el patio se parecía en nada a la gente con la que el Ministro estaba habituado a trabajar, y los pocos que pudo reconocer parecían mucho más jóvenes.

El dispositivo de los Lotófagos los había trasladado a Naxos...

Once años atrás.

—¡Solo exijo que se me tenga en cuenta!

No les fue difícil reconocer a la mujer que acababa de irrumpir con gesto airado en la sala en que ellos se encontraban: se trataba de la mismísima Presidenta.

—¿Cómo has entrado aquí?

Tras ella, con aire compungido, iba otra mujer de idéntica edad y complejión.

—Fui capaz de escapar del Ponto, ¿y te extraña que pueda colarme en tu estúpido palacio?

Los atuendos de ambas eran muy diferentes: mientras que la primera vestía prendas deportivas, de corte militar y en tonos ocres, la segunda usaba un vestuario mucho más sofisticado y colorista. Sin embargo, la perfecta semejanza de sus rostros y la gran similitud de timbre de sus voces hacía que fuese muy difícil distinguirlas.

—Por favor, cálmate. Alguien podría oírnos...

—Me da lo mismo. Ya sabes lo que quiero: que me devolváis mi vida. ¿O te parece que pido demasiado?

—Sabes que no es algo que pueda decidir yo...

—No puedes decidirlo porque te conviene no hacerlo. —La Presidenta hablaba dominada por la rabia—. Te has acostumbrado a que yo siga en la sombra con la excusa del manuscrito y de la maldita profecía. Es cómodo, ¿verdad? Es cómodo vivir sin nadie que pueda robarte un protagonismo que ni siquiera te mereces.

—Si no te hubieras fugado, Dafne...

—Si no me hubiera fugado, ¿qué?

—Había convencido a nuestra madre para...

—No la llames así.

—Lo es, aunque a ti no te guste.

—Lo sería si hubiera ejercido como tal. Pero no lo hizo. Así que no digas «nuestra madre» cuando hables de Galatea, porque te aseguro que mía no lo es.

—Ella quería darte otra oportunidad. Confiaba en que cuando cumplieses los dieciocho podría...

—¿Encerrarme en el Tártaro? ¿Condenarme al Hades? ¿O tal vez matarme directamente?

—Darte un puesto en el Consejo. Su idea era prepararte hasta que pudiéramos estar seguras de que no se cumplía lo que Tiresias había vaticinado.

—¿Pretendes que te crea, Némesis? ¿En serio quieres que me trague ese cuento para niños? No iban a darme ninguna oportunidad: si me hubiese quedado en el Ponto, me habrían encarcelado de por vida. O puede que hasta me hubiesen condenado a un Juicio Ciudadano. Por eso me marché. Por eso llevo años preparando mi regreso. Y te aseguro que, si no me escuchas, vas a lamentarlo todavía más.

—¿Más?

—¿Necesitas que te aclare quién se encargó de tu Perseo? ¿No has sido capaz de adivinarlo tú solita?

—Estás mintiendo...

La futura Presidenta se preparó para regodearse en sus explicaciones.

—Eso te calmaría, Preferirías que su muerte hubiese sido obra de esos Rebeldes que cada vez están más enfadados por culpa de vuestros Cíclopes y de vuestros experimentos genéticos. Pero la muerte de tu marido no fue más que el comienzo de un plan que ahora, si quieras, tú puedes detener. Solo tienes que hablarle al Consejo de mí, contarles a todos que existo. Incluso podemos culpar a los Rebeldes de mi desaparición durante todos estos años, decir que llevan mucho tiempo en las sombras, preparando el asalto. Que se han aprovechado de accidentes como el de Endimión para justificarse. Y después, sellamos la paz y nos afianzamos las dos al frente de Ypsilon.

—¿De verdad fuiste tú? —Su hermana seguía intentando asumir lo que acababa de escuchar—. ¿Tú le quitaste la vida a Perseo?

—Me obligó él... Porque no quiso hablar. No quiso confesarme nada sobre esa niña que sé que habéis tenido y que habéis ocultado en algún lugar. Es lo que Tiresias os ha aconsejado que hagáis, ¿verdad? Después de perder al primero, os pidió que escondieseis a la segunda y que dijeseis que había nacido muerta. Pero a tu adivino, para ser tan listo, se le escapan algunas cosas, como que a veces basta con pagar bien a alguien para que te cuente la verdad. Alguien lo bastante cerca del poder como para saber lo que ocurre y lo bastante lejos como para no llevarse más que sus migajas.

—No te acerques a ella —la amenazó. Su voz, por primera vez, sonó tan incisiva como la de su interlocutora—. ¿Me has oído? Ni se te ocurra acercarte a mi hija.

—Tranquila, de momento no he logrado encontrarla. Pero no creo que me lleve mucho tiempo. Lástima que haya tenido que desprenderme de mi fuente para que el secreto no corra peligro... Y Níobe me caía bien. No sé si era una de tus mejores asistentes, pero a mí me dio justo lo que necesitaba.

—¿Quieres que te acepte con todos esos crímenes a tus espaldas? ¿Pretendes que me crea que puedes desdecir a Tiresias cuando todos tus pasos le dan la razón?

—¡Es el único camino que me habéis dejado libre! ¿O crees que me han quedado muchas más opciones? Tú habrías hecho lo mismo que yo si hubieras estado allí. Si, después de sacarte del Ponto con seis años, te hubieran devuelto a tu celda sin más explicaciones. Si te hubieran intentado doblegar con las pastillas que me daban a mí. Las que los Lotófagos usaban para tratar de que olvidase quién era, y que yo fingía tragárselas. Por eso no olvidé. Por eso jamás olvidé el día en que mis propios padres me negaron hacerme una fotografía de familia a vuestro lado. El día en que me acusaron de ser una asesina cuando nadie se había molestado en enseñarme a ser de otra manera. Así que no sé si puedes fiarte de mí, Némesis; solo sé que esta es la última oportunidad que voy a darte. De lo contrario, acabarás haciéndole compañía a tu Perseo mucho más pronto de lo que imaginas.

—No te atrevas a amenazarme, Dafne.

—No te amenazo, me limito a recordarte esa leyenda en la que habéis basado toda mi existencia.

Todos contuvieron la respiración.

El descubrimiento que acababan de hacer confirmaba lo que Ariadna y T. habían averiguado en Dite.

Némesis, según lo que estaban viendo, no se llamaba Némesis, sino Dafne. Y su identidad, la que ostentaba ante todos en el Nuevo Orden, era la consecuencia de una suplantación.

—Solo queríamos lo mejor para ti. Era necesario protegerte.

—¿De quién se supone que me protegíais encerrándome entre Lotófagos, Gorgonas y Niños Perdidos?

Su hermana la miró con severidad.

—De ti misma.

—Pues ahora será mejor que te ocupes de protegerte a ti y a tu hija. Esa niña que, según el manuscrito, lo cambiará todo cuando cumpla doce años. ¿De verdad crees en algo tan ridículo? Me costó no reírme cuando Níobe me lo contaba. Lástima no haber dado con ese legajo de papeles para burlarnos juntas. Lo mismo así nos nacía la vena fraternal que nos falta, ¿no te parece? Pero no te preocupes, que hay tiempo. Aún me quedan unos años para dar con mi sobrina y acabar con ella o con quien sea necesario. A no ser que accedas a lo que te pido.

—Sabes que eso no puedo permitirlo, Dafne. Y si insistes, tendré que recluirte en el Tártaro.

—¿Me vas a encarcelar por el mero hecho de existir, hermana?

—No, te voy a encarcelar por todos tus crímenes. Y para protegerte de lo que sea que intentas hacer.

—Tu manera de proteger es curiosa, porque se parece mucho a lo que yo entiendo por avasallar.

—Tal vez creas que eres más fuerte que tu destino, pero Tiresias afirma que...

—¡Basta! —gritó la futura Presidenta—. Lo quemaré. Le prenderé fuego a él, a su profecía, a su leyenda y a toda la literatura que la inspira. A todos esos libros de padres que sacrifican a sus hijos para asegurarse un futuro mejor. Yo soy una más de ellos. Una más de todos los Edipos, de los Hipólitos y de las Ifigenias que alguna vez han existido. De todas las generaciones maltratadas por sus progenitores.

La verdadera Némesis se acercó a la mesa situada en el centro de la sala, desde la que se podía activar la alarma que avisaba a los Cíclopes.

—Ni se te ocurra. —La detuvo su hermana, a la vez que sacaba un arma con la que la apuntó.

—Dafne, cálmate, por favor. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte...

—Me arrepentiré si no actúo. ¿Y sabes por qué? Porque en la sombra he reunido un ejército convencido de que debemos protegernos de los reaccionarios que detestan a nuestro país. Para ellos solo soy una voz en las redes. Una voz que se multiplica en miles de voces. Que no tiene rostro. Habéis conseguido que nadie me conozca, y eso me beneficia. Solo soy un fantasma. Así que en cuanto mi ejército tome el control, el fantasma cobrará vida y se transformará en quien quiera ser. ¿En ti, por ejemplo? Hoy mismo haré estallar los cimientos de esta gran mentira. Porque no creas que no imaginaba que tu reacción sería esta. Estáis tan habituados a subestimar a quienes no son parte de vuestra élite que ni siquiera os dais cuenta de dónde está el verdadero peligro. Y en este momento —afirmó mientras, con la mano que aún tenía libre, sacaba un minúsculo detonador de uno de sus bolsillos—, el verdadero peligro soy yo.

Hermes y Alcínoo agacharon la cabeza con rabia. Los dos sabían qué era lo que estaba a punto de suceder. Recordaban las alarmas, la explosión, las víctimas... Y a Jacinto y a Atalanta entre ellas.

Ya no quedaba ninguna duda de que gran parte de sus vidas había estado consagrada a un engaño.

Ambos servían a la misma persona que, diez años atrás, había provocado, entre otras, la muerte de aquellos a quienes amaban.

La misma persona que llevaba toda una década acusando a los Rebeldes de un atentado que, tal y como estaban escuchando, ella misma había planeado.

—Dafne...

—No te acerques.

—Suelta eso, por favor.

—¡No des un paso más! —Levantó la mano en la que sostenía el detonador en señal de amenaza, pero su hermana no se detuvo y ella, sin pensárselo, disparó.

La futura Presidenta dio un salto atrás. Némesis se desangraba a sus pies y Dafne, sobrecogida por su propio crimen, se agachó junto a ella sin saber qué decir.

Ariadna cerró los ojos y pensó con rabia en el nombre de su asesina.

Dafne.

Los seis se sorprendieron al ver cómo surgían las letras de humo a su alrededor.

Mientras Némesis agonizaba, la «D» se enredó en su cabello.

La «A» se anudó a sus manos.

La «F» sostuvo su cabeza.

La «N» se deslizó a través de sus pies.

La «E» se enroscó a su cintura.

Y, sujetada por la fuerza de aquellas letras, del mismo modo que la ninfa Dafne se transformó en laurel cuando huía del dios Apolo, también Némesis cambió su apariencia humana hasta que sus brazos fueron ramas; sus piernas, raíces; su cuerpo, un frondoso tronco; y sus manos, hojas verdes y brillantes que oscurecían la luz del sol que entraba por los ventanales.

Pasos, voces, movimiento... El disparo había provocado la alarma entre los que se hallaban más próximos a la estancia de Némesis, así que Dafne no lo dudó. Pulsó el detonador y, mientras comenzaba la cuenta atrás, salió corriendo de aquel lugar en el que acababa de cambiar su destino y su nombre. Ya no tendría que hacer pública su existencia, sino ocultar la de su hermana. En adelante, ella sería Némesis, mientras que aquel árbol, que sobreviviría milagrosamente a la explosión y a cualquier futuro intento de destrucción, sería escondido en el lugar más secreto y recóndito posible.

El brutal estallido provocó un remolino idéntico al que había trasladado a los Rebeldes once años atrás. Todos regresaron al presente con un dolor de cabeza tan intenso como si alguien les estuviese taladrando el cerebro. Ariadna, aún con el reloj de arena en las manos, se sentía incapaz de reaccionar.

—¿Seguimos... aquí? —preguntó Nausícaa, deseando cerciorarse de que se hallaban de nuevo en Ítaca.

—¿Pero vosotros también habéis visto lo que...? —A pesar de que estaba habituada a las noticias holográficas, el nivel de realismo que ofrecía el Oráculo era sorprendente hasta para Helena.

Y todos, también Hermes —que volvía a encontrarse maniatado—, asintieron.

—Lo hemos visto —asintió Leda sin perder de vista al Ministro—, y creo que esto lo cambia todo.

—Después de esto —afirmó Alcínoo mirando a su gente—, estoy seguro de que ninguno de los Cazadores querremos prestar nuestro apoyo al Senado.

—Fui yo... —Ariadna no podía dejar de repetírselo—. Fui yo.

T. corrió a su lado. Sabía que lo necesitaba más que nunca.

—Intentaste salvarla...

—La maté, La transformé en árbol... Quizá si yo no hubiera intervenido...

—A lo mejor ni siquiera lo hiciste. —Calipso, siempre desde la lógica, no creía que esa paradoja temporal fuese algo real.

—¿Vas a negarme lo que he visto? —Se rebeló Ariadna.

—Al revés, voy a fijarme solo en lo que hemos visto: cómo la auténtica Némesis se convertía en laurel. Pero no sabemos por qué. ¿O alguien aquí tiene la seguridad de que los experimentos que hicieron con ella no le dejaran ningún tipo de secuela?

—¿Un posible efecto de la dosis que le inyectaron en sus embarazos? —conjeturó Aracne.

—Quién sabe... O la magia que ya empezaba a actuar por sí sola, cumpliendo los designios de Tiresias.

—Cuando ocurrió el Triple Atentando, él ya contaba con la Esfinge para protegerse —añadió Hipólita—. Dédalo nos obligó a acelerar su construcción porque sabían, de acuerdo con su manuscrito, que iba a suceder algo así.

—Pero ese estúpido manuscrito, ¿dónde está? —Néstor se convirtió en el portavoz de la desazón que compartía con su mujer y con Layo y Orión.

Las dos familias necesitaban comprobar que esas páginas que habían marcado su vida y las de sus hijos existían. Quizá encontrarlo no resolviese nada, pero al menos sería un principio para empezar a perdonarse por no haberse opuesto a ninguna de las directrices recibidas desde Ítaca.

—Nadie lo sabe —respondió Penélope—. Dédalo jamás lo llevaba encima: lo conocía tan bien que podía recitarlo de memoria. Pero, con manuscrito o sin él, ahora lo esencial es difundir lo que hemos descubierto a través de Helio. Está listo, ¿verdad?

Aracne y Calipso asintieron, orgullosas de su trabajo. No solo por el logro técnico que suponía, sino por el modo en que esa tarea las había ayudado a reencontrarse y a olvidar los recelos pasados.

—¿Y tú? —Penélope se dirigía ahora a Hermes—. ¿Podemos contar contigo, o vamos a tener que matarte?

—No va a ser fácil —respondió él mientras trataba de contener el vendaval de emociones contradictorias que se había desatado en su interior—, pero os aseguro que, desde hoy, podéis contar con un aliado más.

«Un aliado inesperado». T. repitió para sí las palabras de Tiresias. Aquel tipo hablaba de un modo muy extraño, pero siempre acertaba.

Calipso lo sometió a votación. Al tratarse de una cuestión delicada y de tanta importancia, Penélope exigió que no se hiciese a mano alzada, sino en secreto, de modo que todo el mundo se expresara con la máxima libertad.

A Nausícaa no la convenció del todo —¿en un lugar tan democrático como Ítaca había miedo a expresar las opiniones disidentes?—, pero lo sumó a la larga lista de incoherencias que había encontrado en aquella gente desde que se había unido a sus filas. Puede que su abuelo estuviese convencido de la necesidad de apoyarlos, pero en su interior algo la aconsejaba no perder por completo su autonomía como Cazadora.

Finalmente, a pesar de la opinión negativa de una minoría, acordaron que lo mejor era ponerlo en libertad y confiar en la labor de espionaje que llevaría a cabo desde dentro del propio Senado.

—No os arrepentiréis —agradeció Hermes.

—Más te vale —lo amenazó Leda, en cuya desconfianza cabía sospechar uno de los votos contrarios a su liberación.

—Un momento. —Los detuvo Hipólita—. Si no queremos que sospechen, habrá que preparar mejor tu marcha.

Y, sin mediar palabra, le dio un fuerte puñetazo en la cara, asegurándose de dejarle una marca bien visible.

—¿Ves? Así ya es más creíble.

Leda y Nausícaa corrieron a separarla antes de que siguiese golpeándolo, aunque ella insistía en que era bueno dejarle unas cuantas señales para demostrar que había logrado huir aprovechando la confusión del ataque al Ponto.

—¡Suéltalo! —le ordenó Calipso, y la Amazona, pese a que consideraba que aquella decisión era un terrible error, obedeció—. Tenemos setenta y dos horas hasta las elecciones. Así que, hagamos lo que hagamos, lo importante es que ese día todo salga a la luz y que contemos con el máximo número de apoyos y armas para que la revolución triunfe.

—Por fin estás hablando de una guerra, Calipso —se alegró Hipólita.

—No: estoy hablando de nuestra victoria.



29

NÍOBE

—Tú lo sabías, ¿verdad?

Apolo estaba seguro de que Hermes lo buscaría en cuanto tuviera ocasión, así que no se sorprendió al verlo irrumpir bruscamente en su despacho.

—Baja la voz y cierra la puerta, por favor.

—¿Lo sabías o no?

Hermes comenzó a dar vueltas de un lado a otro de la habitación.

Llevaba fingiendo veinticuatro horas, desde que había llegado a Naxos, convenciendo a cuantos lo interrogaban sobre su paso por el Ponto de que había estado a punto de perder la vida a manos de los Rebeldes. Según su versión, ratificada por los moratones que le había dejado Hipólita, solo la fortuna le había permitido escapar antes de que lo ejecutases.

A pesar de que su historia presentaba puntos débiles, contaba con muchos instrumentos a su favor para convencer a la Presidenta. Por un lado, la confianza que siempre había tenido en él; por otro, los reportes que improvisó antes de entrar a Naxos y con los que falseó lo sucedido en el Ponto del mismo modo que lo hacía con el resto de las noticias en Ypsilon. Si el pueblo le creía, ¿por qué no deberían hacerlo sus compañeros?

Pero ahora, frente al Senador, no era capaz de apaciguar las ideas que lo habían atormentado desde su hallazgo del Oráculo.

—Antes de nada, me gustaría felicitarte por tu interpretación.

Hermes lo miró desconcertado.

—A nuestra Presidenta —continuó Apolo mientras cerraba la puerta e invitaba a Hermes a que tomara asiento— le ha complacido descubrir que,

además de un hábil Ministro, tiene a todo un pequeño héroe a su lado...

—No te burles de mí.

—No lo hago. Solo te digo lo orgullosa que se siente de que pudieses escapar con vida del Orfanato... Además, está demasiado ofuscada por el extravío de cierto objeto como para detenerse en más detalles.

—¿Eso es lo que querías que encontrara? ¿Para eso me enviaste al Ponto?

—Yo no te envíe a ninguna parte...

Ya no tenía sentido seguir fingiendo. ¿Para qué?

—¡Dejaste los informes adrede encima de tu mesa! Y con una anotación de tu puño y letra sobre una copia digital que ni siquiera existe.

—¿Y? La elección seguía siendo tuya. Podías escoger el camino que te llevaba hasta el Oráculo. O evitarlo. Si te hubiese forzado, no habría servido de nada.

—Así que tú...

El Senador asintió.

—Solo podía indicarte la dirección, pero no podía arriesgarme sin saber si accederías... O si llegarías a delatarme.

—Has jugado conmigo.

—No, te he ayudado a cumplir con tu destino.

—¿Eso significa que tú también lo conoces?

Apolo giró la cabeza. No quería hablar de eso.

—El manuscrito, ¿lo conoces?

—Nunca lo he visto, si es lo que me estás preguntando... Pero sí sé la parte que me afecta. Dédalo se encargó de que la memorizase.

—Así que, durante todo este tiempo, tú...

—Al principio no. —En Apolo se podía leer la tristeza y el arrepentimiento. Se esmeraba por parecer lo más aséptico posible, pero la vergüenza de sus propias acciones se lo impedía—. Cuando tuvo lugar el Triple Atentando, me creí la versión oficial. No tenía ningún motivo para pensar de otra manera. Los Rebeldes ya habían empezado a atacarnos con la muerte de Perseo, así que era fácil culparlos de esa escalada de violencia.

—¿Y no te diste cuenta de que Némesis no era... ella?

—Némesis, mientras vivieron sus padres, apenas tuvo relación con nadie del Senado. La habían preparado para ser la madre de los libertadores, así que la escondieron casi tanto como a su hermana. Pigmalión y Galatea decidieron que una de ellas viviría oculta en el Ponto, y la otra, refugiada en Naxos. Ambas estaban al margen de la vida pública, como si de ese modo pudieran evitar que se cumpliese lo que, según Tiresias, iba a suceder.

«O lo que ellos provocaron», se dijo Hermes, que cada vez veía más difusos los límites entre los verdugos y las víctimas.

—Entonces, ¿en qué momento...?

—Al principio no lo supe, ni siquiera era consciente de que Pigmalión y Galatea habían tenido dos hijas. Hasta que Dédalo me habló de Níobe.

—Una de las otras cuatro víctimas del Triple Atentado...

—Con la diferencia de que los cadáveres de Atalanta, Hipómenes y Jacinto sí se encontraron; el de Níobe, no.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto? —Se impacientó el Ministro.

—Fue la clave para descubrir que Dédalo me decía la verdad. Ni podía ni quería creer en sus teorías. ¿Un manuscrito que predecía las encrucijadas que debíamos afrontar en el futuro? Si ni siquiera pudo enseñármelo... Todo lo que sabía de él eran las citas que obligaba a memorizar a sus ayudantes. Las palabras de Tiresias no eran más que humo. Un libro inexistente que a los Rebeldes les servía para justificarlo todo... Así que, hasta que no me habló de Níobe, no lo creí. «Búscalala», me retó, «encuentra a Níobe». Y como pensé que aquello no era más que otra de sus locuras, lo hice. Hasta que me di cuenta de que no había rastro de ella. Era el único cadáver que no había aparecido en el atentado. Tras la explosión, la falsa Némesis ya había ocupado su nuevo lugar, y fue quien propuso que se abandonara esa búsqueda. Pero la madre de Níobe no opinaba igual. Ella insistía en que su hija no había desaparecido bajo los escombros. Así que, como no tenía donde enterrarla, comenzó a dejar flores sobre una de las piedras de los Jardines Presidenciales. Cada día, sobre la misma piedra, había una flor distinta.

—¿Y llegaste a encontrar a Níobe?

—No exactamente... —Al Senador, reabrir el pasado se le hacía especialmente doloroso—. Encontré un cadáver cuyo rostro y huellas dactilares eran casi irreconocibles. Eso despertó mis sospechas sobre su identidad, así que pedí a Dédalo la ayuda de su equipo para comprobar si se encontraba en nuestras bases de ADN, pero su ficha no apareció.

—O había sido borrada...

—Lo más probable. —Apolo le ofreció otra copa al Ministro, que la rechazó—. Nunca pudimos confirmar que fuera Níobe, pero juraría que sí se trataba de ella. La primera víctima de Némesis.

—La que usó para confirmar la existencia de Ariadna.

—Veo que el Oráculo ha hecho su labor...

—Y después de ella, Perseo.

—Fue entonces cuando la lucha contra los Rebeldes cobró verdadero sentido —continuó Apolo—. Las redes se llenaron de voces exigiendo justicia y afirmando que su asesinato había sido un paso más en la furia terrorista contra Ypsilon... Una furia que, en realidad, formaba parte del plan de nuestra futura Presidenta para conseguir la coartada que necesitaba: el Nuevo Orden debía poner fin a los desórdenes que ella misma estaba provocando.

—Una buena jugada —dedujo Hermes—: por un lado, socavaba el Gobierno que quería derrocar; por otro, creaba el fantasma de un supuesto grupo homicida que, tan pronto como se instaurase el Nuevo Orden, sería convertido en el verdadero enemigo.

—Los Rebeldes —asintió el Senador—. Ni siquiera tuvo que inventar nuevos crímenes para ellos: bastó con que les atribuyese los que ella misma había cometido. Y lo peor es que todos, también yo, la creímos...

—¿Y por qué Perseo?

—Tengo mis dudas sobre eso... A veces pienso que, sencillamente, se le fue de las manos. Quizá el plan fuera secuestrarlo para obtener el paradero de Ariadna. Lo más probable es que lo subestimase y él prefiriese dar su vida antes que entregar a su propia hija...

—¿Cómo es posible que no lo hayamos sabido antes?

—No es tan fácil distinguir lo que vemos de lo que creemos ver. Y nuestra Presidenta es una gran prestidigitadora. Lleva toda su vida inventando la realidad. Incluso a sí misma. También yo estaba convencido de que era necesario acabar con esa ficción que nos había hecho tan infelices y que había provocado un atentado como el que acabó con el Triunvirato, así que ayudé a Némesis a diseñar los principios que regirían Ypsilon. Pero cuando creía que estaba en el camino correcto, apareció Dédalo. Y su historia de Níobe. No imaginas cuánto tuvo que insistirme... Cuántos mensajes secretos. Cuántas veces puso en peligro su vida hasta que logró ganarme para su causa.

—Entonces, el traidor que obsesiona a Némesis desde el Aniversario...

Apolo asintió avergonzado: los nombres de Gea y de Áyax cruzaron su memoria.

—Sí, siempre he sido yo. Aunque haya tenido que acusar a otros en mi lugar.

—¿Áyax lo sabía?

—Fue idea suya —admitió Apolo, cabizbajo—. Prefería sacrificarse a que Dafne pudiera acabar para siempre con nuestro movimiento.

—Dafne... —Hermes seguía ofuscado, esforzándose inútilmente por organizar de nuevo sus ideas.

—Tenemos que acostumbrarnos a llamarla así: las palabras son el único modo de que la realidad exista. Y ahora solo confío en que tú...

—¿Yo?

—Imagino que si has regresado es porque te han permitido que lo hagas. El Ministro asintió.

—¿Y qué te han pedido?

—Cualquier información que les ayude a desenmascarar a Dafne cuando llegue el día de las elecciones.

—Tengo algo mucho mejor —le anunció Apolo con aire misterioso.

Levantó la palma de su mano para pedirle algo de paciencia y buscó en sus archivos privados. Tuvo que vaciar un armario hasta que liberó un doble fondo que solo se abría con su huella ocular.

—Aquí está.

El Senador extrajo el segundo ejemplar de *Las metamorfosis* del que hablaba Dédalo. Uno estaba en manos de la Presidenta desde que lo había adquirido en el Taigeto, pero el otro lo poseía el mismísimo Apolo, a la espera de contar con alguien que pudiera hacerlo llegar a Ítaca en el momento adecuado.

—¿Es lo que creo que es? —Hermes reconoció enseguida el Segundo Eje.

—Nadie debe saber jamás que existe esta copia. —Apolo esbozó una sonrisa de satisfacción—. Dafne siempre ha estado convencida de que había encontrado el libro correcto, pero el que adquirió en el Taigeto no era más que un cebo del que Dédalo se sirvió para alejarla de Naxos y hacerme llegar el verdadero. «A ti no te registrarán», me dijo. Y yo, que era consciente de lo precaria que era entonces su situación en Ítaca, accedí... Pero ahora es necesario que se lo entregues cuanto antes a los Rebeldes. Y diles que quien está atado a este libro lo va a necesitar.

—¿Y eso qué significa?

—Solo díselo. Allí lo entenderán.

El Ministro buscó uno de los dos móviles desecharables que le había entregado Aracne. «No los desperdices», le advirtió.

Aquel era uno de los mecanismos de los que se habían servido en Ítaca para dificultar el rastreo de sus comunicaciones, y Hermes confiaba en que esta vez también cumpliese con su objetivo. Después de su regreso del Ponto, no podía permitirse dar un solo paso en falso.

—Si nos cogen, Senador, no saldremos vivos de esta.

—Si nos cogen, Ministro, la revolución habrá fracasado. Y en ese caso, no sé si tendría mucho sentido seguir viviendo.

Aunque no estaba de acuerdo con aquella afirmación, Hermes eligió no responder. Para él, la vida siempre tendría sentido. Mientras hubiera un resquicio para la lucha. Para la resistencia. Para la rebeldía. Ni siquiera Tiresias, con su capacidad para ver el futuro, le había robado esa libertad. Quizá su manuscrito hablase de caminos que escoger, pero él era quien los recorría. Él era quien decidía qué hacer en cada uno de esos laberintos. Por eso vivir tenía sentido. Porque siempre había un lugar al que aspirar. ¿No era eso Ítaca? ¿No la habían llamado así por esa razón? Pasara lo que pasara el día de las elecciones, él seguiría luchando. Por Jacinto. Por Gea. Por las víctimas de la violencia que llevaba una década asolando Ypsilon.

Y por su dignidad.



30

EL MANUSCRITO

La inquietud y el nerviosismo se adueñaron de los cuarteles generales de Ítaca y Naxos durante la noche previa a las elecciones.

«Si al menos supiese qué ha sido del Oráculo», se repetía la Presidenta, que no había logrado que sus Cíclopes lo localizasen.

«Si pudiésemos prever la reacción de Ypsilon cuando Helio se ponga en marcha», se lamentaban Aracne y Calipso, que confiaban en que la verdad los ayudara a ganarse el favor del pueblo.

«Si hubiese otro modo», se quejaba T., a quien Leda había entregado el ejemplar del Segundo Eje que les había hecho llegar Hermes y que el joven trataba de memorizar sin éxito. Demasiadas páginas, demasiadas historias, demasiados nombres... A cambio, había percibido cómo sus fuerzas parecían redoblarse con el contacto de aquel libro.

«Si tuviésemos el manuscrito», se decía Ariadna, convencida de que debía de estar en algún lugar. No era lógico que Dédalo hubiese marcado el itinerario de Ítaca a partir de un mapa de navegación inexistente. Si no habían dado con él era porque no habían sabido buscarlo bien. Y quizás aún estuvieran a tiempo de hacerlo.

Tanto el Senado como los Rebeldes ignoraban qué sucedería en las próximas horas, y su noche, presa del insomnio, se llenó de conjeturas.

Sobre lo poco que valdría su vida y la de Apolo si alguien descubría lo que estaban haciendo, temía Hermes.

Sobre lo que haría en el futuro si sobrevivían, se preguntaba Nausícaa, que se debatía entre la atracción que sentía por los Rebeldes y su mundo y los

escrúpulos que le suscitaban Ítaca y todo lo que la rodeaba.

Aunque ninguno de los dos bandos se atrevía a proclamarse vencedor antes de tiempo, ambos estaban convencidos de que contaban con los instrumentos necesarios para lograrlo.

En Naxos, Moira insistía en que sus Harpias y Polimorfos doblegarían a quien osara poner en peligro el Nuevo Orden. Argos, por su parte, defendía la eficacia de sus Argonautas que, junto con el resto de los Cíclopes, sofocarían cualquier conato de rebelión que estallase en Ypsilon durante el día de las elecciones. Y la Presidenta, en secreto, confiaba en que la Sibila la salvaría en caso de que el Oráculo hubiese caído en las manos equivocadas.

En Ítaca, las esperanzas estaban puestas en la eficacia de Helio, en los discursos de Penélope —que no habían dejado de viralizarse desde la masacre de la Anticiudad—, en la pericia de las Amazonas y los Cazadores —a pesar de que la cólera de Hipólita podía volverse en su contra— y, por supuesto, en los dones de T. y Ariadna, que ahora el Segundo Eje reforzaba.

Había sido Calipso quien les había informado de que, gracias a su alianza con Hermes, habían recibido la última de las armas que deberían emplear en la batalla final.

—¿Otro? —T. se había quejado nada más recibir el ejemplar. Estaba harto de tener que memorizar nombres e historias cada vez más complicados.

—Este es el que te pertenece —le dijo el Cerebro de Ítaca.

—No te agobies, anda, que yo te ayudo.

—Gracias, Ari, pero esto tengo que hacerlo yo solo.

—Como quieras. Así yo puedo dedicarme a otra tarea —añadió con aire enigmático.

—¿Y no nos vas a decir a qué? —le preguntó Nausícaa, que no había perdido palabra de su conversación.

—Cuando llegue el momento —le respondió con la misma seguridad en sí misma con la que lo habría hecho Tiresias.

Nausícaa, a la que divertía el ánimo intrépido de aquella cría, no pudo evitar reírse. Y T., animado por ella, hizo lo mismo. Desde que se habían reencontrado, era la primera vez que, por fin, se atrevían a mirarse sin desconfianza. Como si los dos extrañasen a las personas que habían sido cuando se conocieron y que, ahora, no sabían cómo volver a ser.

Tal vez Ítaca era también parte de esa búsqueda. Un laberinto donde se perdían, como les había sucedido a Calipso y Aracne, para poder encontrarse de nuevo.

A veces, el proceso era lento. Así, al menos, fue en el caso de las dos líderes, que habían tenido que aprender a combinar los impulsos del Corazón y la cautela del Cerebro hasta dar con el equilibrio en el que eran capaces de amarse sin herirse.

De momento, solo habían hablado de ello con Helena y con Paris. Si había alguien que podía entender su historia, eran ellos. Con los demás preferían esperar.

Calipso, desde la lógica, temía que los demás pudiesen malinterpretar sus decisiones, creyendo que obedecían a sus emociones y no a su razón.

Aracne, desde el corazón, no creía que Calipso estuviera aún preparada para ponerle nombre a lo que estaban viviendo.

Así que ambas se conformaban con quererse despacio, en una relación que se había hecho inevitable mientras parte de su equipo se hallaba rumbo al Ponto. La espera y la angustia las habían unido más que nunca, hasta que Ítaca las condujo de regreso al lugar del que se habían extraviado.

T., que las había sorprendido besándose cuando creían que nadie las miraba, habría dado cualquier cosa por hallar ese mismo camino hacia Nausícaa. Los pasos necesarios para regresar a la azotea donde pudo ocurrir. Donde sus cuerpos estaban a punto de hablar hasta que la realidad lo impidió. El instante en que una parte de su vida se había quedado congelada y que no había logrado recuperar.

No era el único que lidiaba con ese recuerdo.

También Nausícaa lo guardaba sin saber muy bien qué hacer con él. Si debía desterrarlo para siempre o mantenerlo cerca, como uno de esos días en los que puede que la felicidad no sea plena, pero sí posible. Y tenía que admitir que, cada vez que T. se hallaba cerca de su hermana, mostraba un lado mucho más tierno del que había imaginado cuando se conocieron. Algo que, a su manera, la había ayudado a empezar a perdonarlo.

Le resultaba difícil mantener vivo su rencor cuando, cada día que pasaba, era más consciente de la cantidad de circunstancias que determinaban sus vidas.

Él le había mentido, sí, pero no era menos cierto que los Cazadores, con su propio abuelo al frente, intentaron robarle y hasta quitarle la vida. Así que, si los Rebeldes estaban dispuestos a darles una oportunidad a Alcínoo y al resto de los Cazadores, también era razonable que ella se la diese a T.

Aunque con cautela.

—Es imposible... —T. lanzó el libro de Ovidio lejos de sí. Era consciente de que su velocidad lectora era inferior a la de Ariadna, que habría tardado

mucho menos que él en devorar esas mismas páginas, y eso, por una cuestión de simple orgullo, lo frustraba.

—No deberías compararte.

—¿Y con quién se supone que me estoy comparando, Nausícaa?

—Con tu hermana.

—No me comparo. Es solo que... —T. buscaba las palabras exactas, pero todas se mezclaban entre sí; al menos, todas las que parecían tener sentido—. Me gustaría que esto fuese de otra manera. Que dependiese de aquello en lo que sí soy bueno. Y luchando soy bueno. ¿O no?

—Somos —lo corrigió ella.

—Lo somos, sí. Pero con esto... —señaló el libro con desprecio—. No sé, supongo que a veces echo de menos el tiempo en que no me conocía nadie. Cuando mis padres y yo vivíamos en cualquier parte sin que importara nada más que evitar a los Cíclopes. ¿A ti no te pasa?

Nausícaa no respondió.

Lo cierto es que no estaba segura.

—¿No dices nada? —insistió él.

—Creo que prefiero esto...

—¿Esto?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, esto que nos está pasando ahora... Es como si lo de antes no fuera una vida de verdad; pero ahora sí, ahora todo podría ser real, no sé, tener sentido. Y además...

Se mordió la lengua antes de continuar hablando. No podía creer que estuviera a punto de decir algo así.

—¿Además?

—Olvídalo.

—¿Además qué, Nausícaa?

No lo dijo.

No pronunció las palabras que peleaban por salir de ella. Que se agolpaban en su pecho desde que T. había reaparecido en su vida y, con él, los recuerdos de la azotea en el Taigeto, de esa noche en la que, por un segundo, todo llegó a parecer posible.

No respondió lo que de verdad pensaba porque temía que la hiciese vulnerable. Por eso no le dijo que, si las cosas no hubieran sucedido de aquella manera, quizás no habrían llegado a conocerse.

Se negaba a admitir que esa intersección, ese ángulo en el que el azar había cruzado sus caminos, formaba parte de lo bueno que ahora mismo tenía

en su vida.

No estaba preparada para hablarle de cuánto le gustaba ese lado casi infantil que, entre quejas por sus horas de lectura y sueños idealistas, empezaba a descubrir en él. Ni para decirle que le llamaba la atención el respeto con el que escuchaba las opiniones de Ariadna, sin subestimarla por el simple hecho de ser más joven que ellos. Ni, mucho menos, para confesarle que había algo en él que ella reconocía también dentro de sí misma, porque quizás esa intersección con la que Nausícaa intentaba definir lo que les había ocurrido a ambos no había sido tan casual como creía.

Así que, en vez de contestar con las palabras que no se atrevía a decir, prefirió ofrecerle su ayuda.

—Juntos podemos con esto.

T. había imaginado otra respuesta.

Pero no la obtuvo.

Se limitaron a memorizar las historias de aquel libro mientras sus manos se cruzaban accidentalmente al pasar sus páginas.

«Ocurrirá», pensó Nausícaa. Pero si tenía que pasar, sería cuando ella lo decidiese. En el momento exacto. Si es que había un momento exacto para eso...

—¡Lo tengo!

Ariadna irrumpió corriendo e interrumpió su lectura.

—¿Qué tienes?

—¡El manuscrito!

Sus gritos llamaron la atención de toda Ítaca, así que no tardaron en verse rodeados de preguntas ansiosas de explicaciones que Ariadna solo podía ofrecer a medias.

—¿Y dónde está? —La interrogó Helena.

—En el Olimpo.

—Ariadna, por favor... Conozco mejor que nadie los Esenciales que aún conservamos. Y allí no está.

—¡Porque no se deja ver! —Ariadna estaba entusiasmada con su descubrimiento—. Se supone que es el manuscrito de un adivino, ¿verdad? Un adivino que trajo dos libros desde Dite...

—Gracias por el resumen, listilla —se burló T.—. Pero ¿cuál es la novedad?

—Que no fueron solo dos libros. Fueron tres, ¿no os dais cuenta?

—Tres? —Helena seguía sin entenderla del todo.

—Su manuscrito es el tercero, sí. Y siempre ha tenido que estar ahí. Escondido entre esos dos libros... Si Tiresias realmente venía de Dite, y todo apunta a que sí, su manuscrito tiene que ser tan mágico como los Ejes. Por eso no lo podíamos localizar.

—¿Estás diciendo que es algo así como una parte más de ellos? —preguntó Nausícaa, a la vez que señalaba los cientos de páginas que componían el de Ovidio.

—Sí. O no...

—Ari, decídete.

—Lo que está en ellos es la clave para sacarlo del Olimpo. Por eso teníamos que conseguir ambos libros. Si de verdad lo había previsto todo, es imposible que Déðalo pasase por alto algo tan importante: ¿no veis que el manuscrito de Tiresias es la única arma que puede asegurarnos la victoria?

—Debéis hablar con la persona que no soy yo pero se asemeja a quien he sido. —T. repitió, palabra por palabra, la advertencia de Tiresias.

—«La persona que no soy yo pero se asemeja a quien he sido». —Ariadna sonrió satisfecha: sus lecturas habían dado con la solución al último de los enigmas del augur—. ¡Eso es! Su manuscrito está bajo la custodia de otro adivino: alguien que no es él, porque eligió el nombre de Tiresias, pero que se le parece. ¡Otro adivino!

Cerró los ojos y se dejó llevar por las seis letras en que confiaba para que se obrara el prodigo.

C-A-L-C-A-S

El adivino cuyas predicciones habían sido decisivas para la victoria de los griegos sobre los troyanos. Él era quien les mostraría dónde se hallaba el manuscrito.

—¡Tenía razón! —exclamó Alcínoo, que aún no se acababa de acostumbrar a la sencillez con que la magia interfería en su realidad—. ¡La niña cabezota esta tenía razón!

Clío y Néstor sonrieron con orgullo mientras, ante sus ojos, surgían tres atriles blancos sobre los que gravitaban tres libros. El primero y el segundo permanecían cerrados, mientras que las páginas del tercero se seguían escribiendo solas.

Ariadna se acercó hasta los atriles y sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo al ver que, entre las palabras que se dibujaban en aquel volumen, figuraba su nombre. Es más, en él podía leer exactamente lo que estaba haciendo.

«... podía leer exactamente lo que estaba haciendo».

—Venid a ver esto.

T. y Nausícaa fueron los primeros en acercarse, mientras el resto permanecía a una prudente distancia. Aquel momento pertenecía a los más jóvenes: no solo se habían jugado la vida para resolver el enigma, sino que también habían conseguido descifrarlo.

—Somos nosotros.

Ariadna se atrevió a tocar el libro que aún seguía escribiéndose y buscó, entre sus páginas, alguna alusión que los incluyese.

—«Nausícaa se dio cuenta de que T. sí avanzaba a su lado, pero Ariadna había dejado de seguirlos» —leyó.

—Es de cuando entramos en el Ponto... —T. seguía boquiabierto.

Aquellos manuscritos contaban la vida de todas las personas a las que conocían. La memoria de los hechos antiguos y, también, la de los que acababan de realizar. En el lomo de cada uno de ellos se podía leer un único título: *La leyenda del Cíclope*.

—Si solo llega hasta donde estamos ahora, ¿cómo va a ayudarnos? —preguntó Nausícaa, decepcionada por un hallazgo que le parecía más aparatoso que útil.

Ariadna estaba a punto de responder, pero no fue necesario, porque en el mismo momento en que la joven formuló su pregunta, el manuscrito escribió su respuesta:

«El único modo de vencer es que no despertéis del sueño, pero sí en vuestra peor pesadilla».

En ese mismo instante, el libro se cerró y los tres ejemplares se desvanecieron ante el asombro colectivo.

—Lo único que sé —comentó T.— es que estos libros los ha escrito el loco ese de Tiresias. Porque hablan igual de raro que él.

—¿Y esa se supone que es la gran solución que buscábamos? —Hipólita estaba al borde de la indignación. Aquellas excentricidades no le garantizaban lo único que buscaba: vengar la muerte de Deyanira y devolverle al Senado todo el dolor del que había sido víctima en el pasado.

—Es un enigma más —trató de serenarla Penélope, que confiaba más en la fuerza de las palabras que en la de las armas. A fin de cuentas, era ella, con sus discursos, quien había movilizado a los ciudadanos de Ypsilon. Olvidaba a menudo la importancia que había tenido en su éxito la tecnología, a través de mecanismos como los Espejos, pero seguía siendo su inteligencia la que la iba a convertir en la futura Presidenta de Ypsilon.

—Otro enigma... —protestó Alcínoo—. A unas horas de que todo estalle, y ese idiota nos manda otra adivinanza.

—Mañana puede que nos sirva de ayuda —fue todo lo que dijo Ariadna, mientras comprobaba que la «C» de Calcas se había grabado, una vez más, en su piel.

—Pase lo que pase —sentenció Leda—, vamos a necesitar cualquier arma que podamos emplear en nuestro favor. Así que lo mejor será que tratemos de descansar las pocas horas que nos quedan. Nos espera un día largo.

Esa noche, trataron de conciliar un sueño breve que, en la mayoría de los casos, no llegó. Solo hubo una persona que ni siquiera se molestó en intentarlo: Penélope. La ambición había calado tan hondo en ella que prefería disfrutar imaginando lo que sucedería si llegaban a derrocar al Senado. Para qué dormir cuando estaban tan cerca de la victoria. Porque, dijese lo que dijese el excéntrico de Tiresias, los Rebeldes triunfarían.



31

LOS AUSENTES

Todo estaba preparado para que Helio entrase en acción en el mismo momento en el que la Presidenta emitiese su voto. Justo cuando los medios de comunicación estuvieran pendientes de captar el instante que, por decreto del propio Senado, daba comienzo al día electoral.

En ese instante, Calipso y Aracne, que se hallarían en la Plaza del Fuego junto a Paris y Leda, activarían el sistema de información que debía sembrar el caos en todo Ypsilon y traspasar sus fronteras por primera vez.

Para ello, Céfiro y Paris tendrían que encargarse, junto con un grupo de Cazadores y Amazonas, de liberar a quienes habían sido apresados en el Tártaro durante el Ciclo del Terror. Su labor consistía en dotarlos de armas y conducirlos hasta la frontera occidental —la más próxima a Ítaca—, de modo que pudiesen hacer frente a los Sátiro. Solo hombres y mujeres como aquellos, que habían estado ya a las puertas de la mismísima locura por culpa de las torturas que habían recibido en prisión, podían ser inmunes al ataque de los cíborgs que vigilaban los confines de Ypsilon.

El resto de los Rebeldes, con Alcínoo, Leda e Hipólita a la cabeza, esperarían a que ambas acciones comenzasen antes de lanzarse a las calles de Geonia para consolidar la revolución que llevaban años soñando y que, por fin, llegaba a su acto final.

—Hoy no es día de improvisaciones —les advirtió Leda antes de que se dirigieran a sus respectivas posiciones—. Para nadie, ¿me habéis oído?

Aunque no la mencionó, Hipólita supo que se estaba refiriendo a ella. Todos en Ítaca temían que la herida que había dejado en ella la muerte de

Deyanira la empujase a cometer una imprudencia que podía dar al traste con el trabajo de tanto tiempo.

—No os preocupéis —habló la Amazona, harta de tanta desconfianza—. Lo único que quiero es que esos indeseables muerdan el polvo. Y si para eso tengo que aceptar vuestros planes, pienso hacerlo. Pero si alguien se rinde antes de tiempo, que se atenga a las consecuencias. Porque no voy a ser compasiva con quien nos abandone. Ni a nuestra causa ni a quienes dieron la vida por ella.

Los nombres de los ausentes se hicieron más visibles que nunca en ese amanecer que precedía a la última batalla. Los nombres de quienes habían hecho posible el camino hasta allí y que, sin embargo, jamás sabrían cuál había sido su resultado.

—Necesitamos que estéis muy concentrados —les rogó Helena a T. y a Ariadna—. Aún no sabemos a qué se refería el manuscrito, pero me temo que vamos a tener que desentrañar ese enigma antes de que acabe este día.

—Lo haremos lo mejor posible —le respondió Ariadna con la misma seguridad con que lo habría hecho la militar más avezada.

—¿Siempre es así? —le preguntó Nausícaa a T.—. ¿O a veces también se comporta como una persona normal?

—¿Tú crees que hay personas normales? —Fue su respuesta—. Porque a lo mejor eso es también cosa del Nuevo Orden. Que quieren que creamos que sí para que nos sintamos mal quienes sabemos que somos diferentes a ellos.

—O quienes queremos serlo —añadió Nausícaa con una sonrisa.

—Alguna vez conseguiré que me perdes. —T. aprovechó el destello de complicidad entre ambos para pedirle disculpas de nuevo. Estaba resuelto a intentarlo tantas veces como fuera preciso.

—Creo que ya lo he hecho... —confesó ella.

—Deberíamos prepararnos —los interrumpió Ariadna, que no dejaba de darle vueltas a las palabras de Tiresias y a ese sueño del que no debían despertar. ¿De qué demonios estaba hablando ese hombre?

—Menuda cortarrolos estás tú hecha —le susurró T.

—¿A ti te parece que ahora es momento de ponerse sentimental?

—A mí lo que me parece es que tanto don se te está subiendo un poco a la cabeza, hermanita.

Quizá Ariadna tuviera razón y no fuera el momento. O quizás, al contrario de lo que ella creía, sí que fuese la ocasión más adecuada para dedicar un segundo a los sentimientos que, en medio de la revolución, luchaban por

encontrar sus propios espacios. Porque, a pesar de todo, sus emociones seguían ahí, afectando a cada paso y cada decisión que tomaban.

Así que aquella mañana, en la que sabían que estaban a punto de luchar la batalla definitiva, la que marcaría el principio de una nueva era o el fin de su sueño, hubo quienes dedicaron un segundo para decirse palabras que no querían que se les muriesen dentro.

Frases como las que Aracne, abrazada a Calipso, le susurró al oído justo antes de fundirse en un beso con el que querían prometerse que todo saldría bien y agradecerse el apoyo que se habían dado hasta llegar ahí.

O como las que Clío intercambió con Néstor, o Layo con Orión, para tratar de calmar su miedo por lo que pudiera pasarles a Ariadna y a T.

O como las que Paris le dedicó a Helena para darle las gracias por haberlo salvado, porque era ella la que, sin darse cuenta, lo había ayudado a ser el hombre que ahora era, el que le gustaba ser cuando se miraba en sus ojos y veía el mundo que habían creado juntos.

Ariadna observaba aquellas muestras de afecto a su alrededor y se sentía como los dioses olímpicos que contemplaban las despedidas de Héctor y Andrómaca o de Aquiles y Patroclo en los libros de Homero. Le hizo gracia pensar que, tanto tiempo después, nada había cambiado.

Ni siquiera la felicidad impuesta por el Nuevo Orden había logrado borrar el miedo, la incertidumbre o cualquiera de esos sentimientos que ahora afloraban en Ítaca y que, durante unos momentos, hicieron que todos se desprendiesen de sus corazas. Porque el regreso, como era *con* alguien, tenía sentido. Ariadna sonrió al recordar unas palabras que Dédalo le había dedicado al poco de conocerlo: Ítaca no era un lugar, sino las personas que lo componían.

—Es la hora. —Calipso dio la orden y todos corrieron a sus posiciones—. Si el día de hoy logramosizar nuestra bandera en el balcón de Naxos, habremos triunfado. Si no, puede que Ítaca haya desaparecido para siempre.

Asintieron. También Penélope, a pesar de que el diseño que habían escogido para su nueva bandera no la convencía en absoluto. Es más, pensó: sería uno de los primeros cambios que haría en cuanto llegase al poder. La idea de que su emblema fuese el mismo Equus que Dédalo había elegido le parecía demasiado impersonal. Y, sobre todo, equivocada. Ella encarnaba los nuevos tiempos: había peleado demasiado para que llegasen como para permitir que le robasen el protagonismo que se merecía. Pero ya tendría ocasión de solventar ese detalle. De momento, debía concentrarse en la única

misión que debía ocupar todos sus esfuerzos durante las siguientes horas: conquistar Naxos.



32

ME LLAMO NÉMESIS

—¡Detened eso de una vez!

La Presidenta no podía entender que nadie, ni siquiera Moira, fuera capaz de desconectar las imágenes que los drones y las pantallas desplegadas por los Rebeldes habían comenzado a difundir por todo Ypsilon justo cuando ella estaba a punto de depositar su voto. Habían transformado aquel acto simbólico en el inicio del tumulto que, solo un par de horas después, había desencadenado una gigantesca revuelta.

—Es imposible —se justificaba la Arquitecta, que no dejaba de buscar el modo de *hackear* aquel sistema.

—Lo estamos probando todo —le dio la razón Tisbe, una de sus mejores ingenieras, que se hallaba tan desconcertada como su jefa—, pero han creado un dispositivo que, de momento, no permite que interrumpamos la emisión. Y lo peor es que sus biblio hologramas no dejan de multiplicarse por todo Ypsilon.

—¡Eso ya lo sé! No os he llamado para que me contéis lo que va mal, ¡sino para que lo solucionéis!

En cuanto Helio había entrado en acción, la Presidenta había corrido a encerrarse en Naxos. Se instaló allí rodeada de su guardia de Cíclopes y de su círculo de máxima confianza. No solo porque necesitara de su protección y de su silencio, pues contaba con que no creerían lo que se estaba diciendo de ella, sino porque eran los únicos que podían haber filtrado esa información.

Ignoraba cómo lo habían descubierto, pero estaba claro que entre sus Consejeros había un traidor. Alguien que había desviado la atención hacia

Gea y que se había aprovechado de la muerte de la anciana para seguir conspirando contra ella. Alentando desde la sombra el golpe de Estado que los Rebeldes pretendían consumar. Alguien que debía de haber formado parte del Consejo en los tiempos de Orfeo, lo que explicaba que supiera de la existencia del Oráculo y que lo hubiese buscado en secreto hasta extraer las imágenes que albergaba. Alguien que había cometido un error aparentemente minúsculo y que, sin embargo, ahora cobraba una relevancia inesperada.

Sin el informe quincenal de los Bibliófagos, puede que a la Presidenta le hubiese llevado más tiempo identificarlo. Aunque no solía perder su valioso tiempo revisando el listado de títulos eliminados, la mañana de las elecciones pensó que confirmar la destrucción del Segundo Eje sería un buen modo de comenzar el día. Recordar que había privado a sus enemigos de una de sus dos armas primordiales la ayudaría a centrarse en lo que importaba y a mantener la cabeza fría, pasara lo que pasara en adelante. Por eso le extrañó tanto la ausencia de *Las metamorfosis* en ese listado y se anotó como tarea urgente descubrir, en cuanto regresara de depositar su voto, si se trataba de un error burocrático o de algo mucho más grave.

Sus dudas, sin embargo, se disiparon en el mismo momento en que el contenido del Oráculo, el mismo que tanto había peleado por mantener en secreto, había comenzado a difamarla a través del sistema diseñado por la chusma Rebelde. Si eso estaba ocurriendo era porque uno de esos miserables estaba muy cerca de ella. Tan próximo como para disfrutar de una confianza de la que se había valido para traicionarla.

Estaba a punto de pedirle a Moira que trajera a ese gusano a su presencia, cuando el General irrumpió en la Sala del Cíclope en la que se refugiaba.

—Dionisos ha desplegado a todos sus Sátiros en las fronteras —le informó Argos—, pero hay muchas bajas. Los presos del Tártaro han sido liberados por los Rebeldes y, ahora que se han sumado a sus filas, son más numerosos que nuestros propios guardianes.

—¡Envía a tus Cíclopes!

—Apenas queda ninguno libre. La mayoría están tratando de sofocar las rebeliones que han surgido a lo largo de todo Ypsilon. Y necesitamos mantener una retaguardia fuerte para impedir que caiga Naxos.

—¿Nosotros no podemos derribar sus estúpidos drenes y ellos sí pueden abrir nuestras prisiones? ¿Así de incompetentes nos hemos vuelto?

—Ellos llevan años preparando este ataque —se defendió Moira—. Era algo imposible de adivinar.

La Arquitecta estaba en lo cierto: Helio había sido diseñado con tanto esmero que resultaba muy difícil encontrar sus puntos débiles. Aracne y Calipso sabían que los tenía, por supuesto, pero se habían ocupado de esconderlos tan bien como les había sido posible. Mientras que no diesen con ellos, la verdad sería libre y, al fin, llegaría a todas partes. Ahora, los demás países conocerían los crímenes del Nuevo Orden. Y eso los obligaría a posicionarse a favor o en contra de Ypsilon. O eso esperaban.

—No van a intervenir. —Calipso no daba crédito: los Estados vecinos lamentaban «el baño de sangre» en que se habían convertido las elecciones en Ypsilon, pero exigían «tiempo y cautela» antes de emitir un veredicto.

—Eso quiere decir que estamos igual que al principio —se lamentó Aracne—: solas.

—No —la corrigió Hipólita—. Porque ahora somos más. ¿O no estás viendo a la gente en la calle? Ya no aguantan más mentiras. Y da igual que la comunidad internacional mire para otro lado, ¿o es que de verdad confiabais en que correrían a socorrernos? ¿Os enumero una lista de ocasiones en las que han hecho lo mismo? Tendremos que tomar la libertad por nuestra cuenta. Y ya sabéis lo que significa eso...

—Naxos —respondió Penélope, que estaba ansiosa por comenzar su asalto.

—Cuanto antes nos hagamos con el palacio presidencial, antes detendremos la violencia. —Hipólita, que también deseaba entrar en acción, mostró a Calipso las imágenes que enviaban los Cazadores y las Amazonas.

Ejecutores, Rastreadores, Bibliófagos y Argonautas habían sido enviados hasta el último rincón de Ypsilon para reprimir los focos rebeldes. Las elecciones se habían suspendido, y cada ataque de los Cíclopes solo provocaba nuevas adhesiones a Ítaca. La Presidenta había perdido el control de la situación, y resultaba imposible que pudiera utilizar sus técnicas de manipulación para persuadir a la ciudadanía de que aquello no estaba sucediendo.

Los Cíclopes se encontraron con rivales mucho más fuertes de lo que esperaban. Las Amazonas y los Cazadores se habían dispersado por numerosos puntos del territorio, de modo que siempre hubiese al menos un par de luchadores experimentados en cada célula revolucionaria. Aunque eso no garantizaba la victoria, sí lograría contener a los ciborgs y hacerles ganar tiempo.

—La única opción es tomar Naxos —insistió Penélope, que veía en esa conquista el inicio de la era que llevaría su nombre.

—Hagámoslo —la apoyó Alcínoo.

Calipso asumió que era inútil seguir esperando ayuda extranjera y accedió, con la esperanza de salvar las vidas que, según las imágenes que seguían llegándoles, ya estaban perdiendo.

—Vosotras os encargaréis de coordinar el ataque —les ordenó a Leda y a Hipólita—. Necesitamos que extreméis vuestras habilidades tácticas para que el asalto sea un éxito.

—Contad conmigo para secundaros en lo que haga falta —se ofreció Alcínoo.

—No quiero que nadie cuestione ni una sola de sus directrices —Calipso se dirigía, en esta ocasión, a Penélope—, ¿está claro? Si queremos salir de allí con vida, es imprescindible que actuemos como un solo cuerpo.

Aquel símil evocó en Aracne la memoria de Dédalo. Corazón. Cerebro. Músculos. Instinto. Ese único cuerpo del que les hablaba el Bibliotecario y que ahora, confiando en la pericia militar de Leda y de Hipólita y en la magia de T. y Ariadna, salía rumbo al palacio presidencial, dispuesto a librar la batalla más dura de su vida. Y, deseó el Corazón de Ítaca con todas sus fuerzas, ojalá también la última.

La Presidenta sabía que Apolo venía con malas noticias, así que prefirió adelantarse.

—Están ya muy cerca del palacio.

—Pretenden asaltarla, pero dudo que logren entrar. Mis tropas les darán un buen recibimiento.

El Senador fingió satisfacción ante un enfrentamiento que le preocupaba más de lo que se atrevía a reconocer. ¿Y si las armas de los Rebeldes no eran lo suficientemente potentes para vencer las letales creaciones de Moira? ¿Les habría proporcionado Tiresias las respuestas que necesitaban para lograrlo? Por suerte, la Presidenta le hablaba de espaldas, de modo que no podía leer en su rostro su verdadera inquietud. O eso creía.

—Me ha dicho Moira que querías verme.

Ella, sin girarse, se tomó unos segundos para responder.

—¿Por qué, Apolo?

—¿Cómo?

—¿Por qué lo has hecho?

Intuyó a qué se refería y una fría gota de sudor recorrió su espalda. No podía haberlo adivinado. No quería creer que...

—No sé cómo no me he dado cuenta antes —prosiguió hablando Némesis, aún de espaldas, sin dignarse a mirarlo—. Te felicito por tu interpretación. No solo has sido un gran Consejero y un estupendo gestor cultural, sino también un maravilloso actor.

Podía negarlo todo, pero le parecía tan ridículo como indigno. Era obvio que ella había tomado una decisión, así que al menos le quedaba el honor de asumir sus acciones y sus consecuencias.

—Lástima que no haya podido seguir con mi papel hasta el final.

—Porque te confiaste. Si no le hubieras sugerido a Hermes el destino que ha estado a punto de costarle la vida, quizás no lo habría deducido jamás. —El Senador disimuló su alivio: le tranquilizaba saber que el Ministro se hallaba fuera de sospecha—. Pero tenías que llevarlo hasta el Ponto al mismo tiempo que los Rebeldes. No era un mal plan, ¿verdad? Entregarles la información para desacreditarme a la vez que les ponías en bandeja el asesinato del único Ministro que sabría cómo manejar esos datos a favor de Ypsilon.

—Lástima que tu insolente Ministro sobreviviese. —Consciente de que era su última actuación, Apolo interpretó su personaje con toda la veracidad de la que fue capaz. Su destino, fuese cual fuese, había dejado de importarle —. Me habría gustado cerrar mi paso por Ypsilon sabiendo que lo dejaba libre de tus mentiras y de toda esa propaganda.

—¿Y por qué ahora, Senador?

—Llevamos demasiado tiempo mintiendo. Ya es hora de que esta farsa acabe.

—¿Llevamos?

—¿Vas a negar que todo lo que hoy ha salido a la luz es cierto?

—¡Por supuesto que sí! No es más que una versión de la historia. Una versión manipulada e interesada de una realidad imposible de resumir en unos titulares efectistas.

—Sabía que intentarías desmentirlo. Por eso llevo años buscando el Oráculo. Para que nadie, ni siquiera tú, pudiera contradecir lo obvio... Y te aseguro que he sido muy paciente. Desde que Dédalo me habló de él, he revisado, plano a plano, todos los edificios oficiales de Ypsilon. Sobornando a funcionarios para que me hicieran llegar vídeos de las instalaciones con razones ridículas. Tratando de descartar lugares hasta que, cuando le tocó el turno al Ponto, todo cobró sentido. La protección desmedida del edificio. Los sueldos desproporcionados de los Lotófagos. La cámara acorazada de la Tercera Ola... Allí era donde tenías que haberlo ocultado. En el único lugar que conoces mejor que cualquiera de nosotros... Y no me equivoqué.

—Qué pena que hayas aprovechado tus dotes detectivescas para arruinar a tu país, en vez de para socorrerlo. ¿O crees que son mejores las muertes que están sucediendo hoy que la paz que yo había conseguido? ¿De verdad prefieres recordar el pasado antes que ser parte del futuro que hemos construido juntos desde entonces?

—¿Juntos, Dafne?

—No me llames así.

—Es tu nombre.

—No. Pudo serlo, pero me lo robaron. Igual que todo lo demás. Me llamo Némesis. Es el único nombre que tengo. El que yo misma me gané.

—Miéntete siquieres. Qué más da. Eso mismo es lo que hemos estado haciendo con todos los ciudadanos de Ypsilon desde el Gran Incendio. Una década adormeciéndolos. Engañando. Y manipulando... Convenciéndolos de que la felicidad son las migajas que les permitimos tener. Supongo que me he hartado de ser cómplice de eso.

—Esas pueden ser tus razones. Pero no explican por qué has esperado diez años para asestarme una puñalada en la espalda. ¿O te ha llevado una década dar con el Oráculo?

—¿De verdad necesitas que te lo diga?

—Quiero que lo hagas. Quiero que te atrevas a decir en voz alta que eres otro cobarde más. Otro ingenuo que cree los desvaríos de Tiresias, de su manuscrito y de toda su secta.

—Hemos esperado al momento oportuno. Pero no por una cuestión mística ni irracional, como te gustaría creer, sino puramente científica. La magia de los Dos Ejes se manifiesta desde la infancia, pero su control requiere un entrenamiento tan continuado como el que ha tenido que soportar Ariadna. Por eso Tiresias profetizó que debíamos esperar diez años, justo hasta que cumpliese los doce. Una década hasta que la única persona que puede iniciar una nueva época adquiriese la fortaleza y los conocimientos necesarios para hacerlo.

—Una nueva época... Tan viejo y tan ingenuo. ¿De verdad piensas que quien me sustituya no hará lo mismo que yo?

—No sé qué harán quienes lleguen después. Pero sí lo que hicimos tú y yo. Lo que te hemos ayudado a hacer.

—Gracias por todo, Senador. —Némesis se giró por fin y, activando el brazalete que le había entregado Moira, hizo girar una de las planchas metálicas de la Sala del Cíclope. Apolo contempló horrorizado la silueta de

aquella mujer sin rostro y de mirada ígnea que se alzaba frente a él—. Buen viaje al infierno.

El rayo láser fulminó al Senador y la Presidenta esquivó su cadáver mientras llamaba a la Arquitecta. Justo en ese momento, las alarmas de Naxos dieron el aviso de que las tropas Rebeldes habían llegado hasta el palacio presidencial.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Moira. Hay que acabar con esos dos adolescentes. Y no me importa cómo. Ahora mismo, cualquier solución, por drástica que sea, será bien recibida.



33

LA GUERRA HA COMENZADO

Los enfrentamientos entre los Cíclopes y los Rebeldes se habían recrudecido en Ypsilon. Al principio, solo había combates en los distritos periféricos, donde Penélope había ganado más adeptos, pero en cuanto las noticias sobre el pasado de Némesis se fueron difundiendo gracias a Helio, las revueltas se extendieron al resto de distritos.

Calipso pensó que Dédalo, si pudiera verlas, se sentiría orgulloso del trabajo que habían llevado a cabo. A través de la red de comunicación tejida entre ella y Aracne, el país en su conjunto había tenido acceso al mismo tiempo al biblioholograma en que se explicaba la verdad sobre el Triple Atentado y se revelaba tanto la existencia del árbol custodiado en el Taigeto como su identidad primigenia.

Al tiempo que Céfiro y Paris se esforzaban por mantener a raya a los Sátiro en las fronteras junto a su improvisado ejército de Cazadores y expresidiarios, Leda e Hipólita se encargaban de atraer las protestas populares hasta las proximidades de Naxos, donde se hallaba el núcleo esencial de los Rebeldes, con Alcínoo y ellas dos a la cabeza. Ariadna, T. y Nausícaa se encontraban en la Plaza del Fuego, bajo la protección de los padres de los dos hermanos, que se debatían entre la confianza en sus capacidades y el miedo a lo que les pudiese suceder.

Geonia había comenzado a arder en unas llamas que recordaban a las del Gran Incendio, solo que esta vez no eran libros y películas lo que se abrasaba en las hogueras, sino los edificios y monumentos públicos que representaban el Nuevo Orden.

—Es nuestro momento —animó Leda a los suyos.

—Pero no olvidéis que necesitamos evitar que esta revolución desemboque en una guerra —apostilló Penélope.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

—¿Piensas que es culpa mía?

—No pretendía decir eso. Solo que deberíamos centrarnos en lo importante: la guerra ha comenzado, y nuestra obligación es ponerle fin cuanto antes para evitar más muertes.

—Como quieras. —Penélope respondió con displicencia y tomó las armas que Hipólita y Leda distribuían entre las tropas.

Atrincheradas entre algunos de los angostos callejones que desembocaban en la Plaza del Fuego, esperaron a que Leda diera la señal para lanzarse sobre el cerco defensivo que protegía Naxos. Además de los Cíclopes del Senado, los partidarios más acérrimos de Némesis también habían salido a las calles. Ejecutores, Rastreadores y Bibliófagos custodiaban el palacio junto con un nutrido destacamento de Águilas y Harpías. Era obvio que Moira había desplegado a todas sus criaturas con la convicción de que así lograría que Naxos fuera inexpugnable. Pero los Rebeldes estaban dispuestos a demostrarle lo contrario.

—Es imposible que consigamos llegar ilesos al palacio —advirtió Clío, abrumada por el número de combatientes que habían salido a manifestarse a favor de Némesis.

Antes de que pudieran darse cuenta, comenzaron los primeros asaltos en la Plaza del Fuego. Grupos de ypsilianos descontentos lanzaban proyectiles caseros contra los Cíclopes, que se defendían con violencia.

—Hay que hacer algo ya... —advirtió Ariadna. Si permitían que la tensión continuase aumentando, pronto presenciarían una masacre.

—Hacer algo, sí —le dio la razón T.—. Pero ¿qué?

Desoyendo los consejos de Leda, que insistía en la necesidad de una acción coordinada, los ypsilianos que habían llenado las calles aledañas al palacio empezaron a actuar por su cuenta.

La lugarteniente Rebelde trató de impedir aquella locura, pero era imposible contener a la marea humana congregada en la Plaza del Fuego y que, en vez de escuchar sus advertencias, corría furiosa contra las murallas del palacio.

Tal y como Leda imaginaba, los Cíclopes apenas tuvieron que esforzarse para dejar clara su superioridad, y las Águilas y las Harpías provocaron una estampida entre quienes, al ver caer a parte de sus compañeros, trataban ahora

de salvar su vida. Naxos, entretanto, se erguía intacto, retando con soberbia a quienes quisieran invadirlo.

—¿Cuántos civiles más tendrán que caer heridos para que podamos vencer? —Aracne no podía disimular su preocupación: las fuerzas del Senado aventajaban a las Rebeldes. A pesar de la fiereza con que atacaban tanto los Cazadores de Alcínoo como las Amazonas de Hipólita a lomos de sus Centauros, las criaturas de Moira dominaban el espacio aéreo, lo que les dificultaba el avance.

—Necesitamos protegernos de ellas —les gritó Nausícaa a T. y a Ariadna mientras tumbaba, uno tras otro, a los cíborgs que se atrevían a acercarse a ella—. ¿No podéis hacer nada con esa magia vuestra?

T., que andaba algo ocupado deshaciéndose de una cuadrilla de Ejecutores, no llegó a escucharla. Pero Ariadna sí. Y convencida de que su compañera estaba en lo cierto, buscó alguna forma de abrir un camino hasta el edificio presidencial. La clave estaba en aislar a aquellas criaturas voladoras, al menos durante el tiempo justo para poder traspasar los muros de Naxos. Necesitaba un nombre que les permitiese atravesar la Plaza del Fuego y, en un intento desesperado, recurrió al mismo que ya la había salvado en dos ocasiones. ¿Quién mejor que Zeus para controlar el cielo y despejarlo de las Águilas y las Harpías?

Probó suerte. Como lo hacía siempre, letra a letra.

Z-E-U-S

Pero no ocurrió nada.

Sin embargo, notó cómo una de las iniciales marcadas en su piel desaparecía y experimentó un cansancio repentino que le impedía concentrarse. Era como si la magia la castigase por su error, o por haberse conformado con una opción tan obvia. Ahora que ya sabía cuál era el origen de sus facultades, Ariadna se preguntó si Dite no estaría acechando siempre a quienes empleaban su magia para hacerles pagar por ella cada vez que no dieran los pasos adecuados. «Te has esforzado poco, Ari», se regañó a sí misma, y buscó dentro de sí las fuerzas necesarias para dar con una nueva alternativa.

—¡Que no quede ni una! —Hipólita, sin atender a las indicaciones de Leda, se abalanzó sobre las Harpías. Tras ella, además de sus Amazonas, iban Alcínoo, Layo, Orión y, en la retaguardia, Penélope.

—¡Van a acribillaros! —Calipso quería que se detuviesen: enfrentarse a esos seres sin una táctica adecuada equivalía a una derrota segura.

—¡Debemos resistir! —les pidió Aracne, que temía que la vehemencia de Hipólita echara sus planes por tierra.

—¡Debemos vencer! —gritó la Amazona y, convencida de que no había otro camino que pelear de frente contra la adversidad, se irguió sobre su Centauro dispuesta a batirse con las Harpías que se atreviesen a rodearla.

—¡Ari! —La llamó Nausícaa, al comprobar que su abuelo se había sumado a aquella expedición suicida—. ¡Te necesitamos!

Y ella, por fin, logró conjurar el nombre que podría hacerles ganar algo de tiempo.

D-E-U-C-A-L-I-Ó-N

Las letras dibujaron en segundos una gigantesca bóveda de luz que se situó sobre los Rebeldes, ofreciéndoles una cubierta como refugio frente a los ataques de los cíborgs alados de Moira.

Aquel prodigo, semejante en su forma a un arca invertida y cuya extensión ocupaba gran parte del perímetro de la Plaza del Fuego, era capaz de retener los proyectiles y mantener alejadas a las Harpías, al menos durante un tiempo.

Ariadna se alegró de haber elegido el nombre de Deucalión, el hombre que se había salvado del diluvio gracias a una nave muy similar a la que ahora los protegía de la lucha que sucedía sobre sus cabezas.

—¡No es suficiente! —advirtió Nausícaa al darse cuenta de que las Harpías empezaban a perforar el casco de Deucalión.

Esta vez, T. sí la oyó y se lanzó a intervenir. Para su sorpresa, la solución le resultaba tan lógica que apenas tuvo que pensar en el personaje al que quería emular. Si su misión era apuntalar el arca y sostenerla para que las Harpías no pudieran derribarla, estaba claro que solo podía recurrir al nombre del Titán que había cargado el cielo sobre sus hombros.

A-T-L-A-S

Se dejó llevar por aquella imagen y, mientras su cuerpo cobraba las dimensiones de un cíborg que cuadruplicaba su tamaño, corrió a sujetar la estructura creada por Ariadna.

—¡A por ellos! —Los arengó Hipólita: ya no había razón para que no avanzaran mucho más deprisa—. Esos montones de chatarra no van a impedirnos acabar con la impostora que se esconde ahí dentro.

Al descubrir que su ejército aéreo se había vuelto inútil en la batalla, el mismísimo Argos se puso al frente de sus tropas terrestres, dispuesto a convertir la Plaza del Fuego en el cementerio Rebelde que merecía ser.

—Que no quede ni uno —ordenó a sus Cíclopes a la vez que estos aumentaban la intensidad y frecuencia de sus disparos.

A Nausícaa, al igual que al resto de sus compañeros, cada vez le resultaba más difícil esquivar los proyectiles, pero tantos años huyendo de los Cíclopes habían supuesto el mejor entrenamiento posible. Si había algo que unía a Cazadores, Rebeldes y Amazonas era el tiempo vivido al margen de una sociedad que se había acostumbrado a excluirlos y a negar su existencia. Y de ese aprendizaje nacían ahora el orgullo y la soberbia con que les devolvían todos los golpes recibidos durante años, poniendo a los ciborgs de Argos contra las cuerdas y demostrando que no eran un enemigo fácil de derrotar.

Pero había un problema: ni Ariadna ni T. podían intervenir hasta que sus respectivos prodigios cesaran. Mantener activos a Atlas y a Deucalión les exigía toda su energía, así que sus compañeros debían encontrar el modo de librarse sin ellos esa batalla. La última antes de lograr su objetivo: tomar Naxos.

—Tenemos que entrar. —Leda intentaba pensar en cómo reorganizar sus fuerzas para acceder a Argos: si conseguían derribar al General, sería fácil desarticular su ejército. A diferencia de las últimas creaciones de Moira, los Cíclopes no eran autónomos, sino que dependían de sus mandos. Acabar con su líder los dejaría sin estrategia y completamente desubicados. Ese desconcierto bastaría para adentrarse en el palacio y, una vez que tuvieran en su poder a la Presidenta, exigir su rendición.

—Pero ¿cómo? —Aunque Calipso coincidía con su lugarteniente, los ataques de Ejecutores y Bibliófagos eran cada vez más intensos y los obligaban a mantenerse dispersos, casi atrincherados en los escasos refugios que, en forma de bancos, escalones o cualquier otro desnivel, les ofrecía la plaza.

—¡Así!

Al grito de Hipólita le siguió el galope embravecido de su Centauro.

Mientras avanzaba hacia Argos, no oyó las voces de sus compañeros.

Ni las de los Cíclopes que intentaron detenerla y a los que ella misma derribó con sus flechas.

La reina de las Amazonas no escuchaba nada que no fuera el latido de su corazón.

Su respiración desbocada.

Y la voz de Deyanira pidiendo justicia.

La voz de Deyanira agradeciéndole lo que estaba a punto de hacer.

La voz de Deyanira impulsándola hasta aquel hombre al que despojó de su pistola con otra de sus flechas y al que, saltando de su Centauro, obligó a

batirse con ella.

Argos se defendía con habilidad, pero hacía tiempo que había sustituido la lucha cuerpo a cuerpo por la puntería de sus disparos, así que tuvo que concentrarse para esquivar los golpes y puñaladas que aquella mujer, armada con dos dagas que usaba como si fueran sus propias manos, intentaba asestarle.

—¡Protegedla! —ordenó Leda, que logró que formaran un círculo defensivo en torno a Hipólita.

Se esforzaron por contener a los Cíclopes mientras proseguía el duelo entre el General y la Amazona. Sus movimientos se volvían cada vez más agresivos y la lucha amenazaba con alargarse más de lo que los prodigios de T. y Ariadna eran capaces de aguantar.

—¡Se va a caer! —les advirtió Ariadna al descubrir una grieta en la bóveda del Deucalión que el Atlas de T. a duras penas podía mantener unida —. ¡Se va a caer ya!

Aquella era la señal.

Hipólita lo supo.

Y Deyanira, su Deyanira, habría estado de acuerdo.

Así que no se lo pensó y saltó con todas sus fuerzas, aferrando una daga en cada mano, contra el General.

Su acrobacia, que culminó con un tajo en la garganta de Argos, la puso al descubierto. Y, traspasando el círculo defensivo improvisado por los Rebeldes, la alcanzaron los disparos de los Ejecutores.

Al mismo tiempo que ella se desplomaba sobre el suelo, los Cíclopes bajaron las armas, presas de un súbito desconcierto que los Rebeldes aprovecharon para atacarlos.

—¡Hipólita! —Leda corrió hacia ella. No podía creer que fuera a perder a una de sus mejores compañeras por segunda vez.

—Hemos ganado —balbuceó la Amazona con dificultad, satisfecha de lo que había logrado y feliz al ver que su plan había funcionado—. Leda, hemos ganado.

Aunque no fuera cierto, la lugarteniente le dio la razón. No tuvo tiempo de decir nada más. La vida de Hipólita se apagaba a la vez que Deucalión se quebraba por completo y T., abandonando el cuerpo de Atlas, corría hacia ellas.

—¡Tenemos que entrar ya!

Los Rebeldes se apresuraron hacia el interior del palacio. Leda, que fue la primera en cruzar sus puertas, se prometió que, si salían con vida de allí, le

daría a Hipólita un entierro digno. Tanto como lo merecía su coraje. Posiblemente, el mayor que había visto nunca.



34

DESAPARICIONES

Algo no iba bien.

A pesar de las imágenes que le llegaban desde todos los rincones de Ypsilon, en las que se apreciaba el éxito de Helio y de las consignas revolucionarias entre su población, Hermes estaba inquieto por dos desapariciones recientes.

La primera, para la que sí podía aventurar una trágica aunque previsible explicación, era la de Apolo.

No había sabido nada del Senador desde que había regresado del intercambio del Segundo Eje, y tampoco había nadie que supiera darle más detalles sobre ese viaje diplomático por el que, según su única nota de despedida, decía haberse ausentado. El Ministro estaba seguro de que no era el único que sospechaba que Apolo había sido otra de las víctimas del Ciclo del Terror, pero, como nadie quería correr su misma suerte, todos callaban.

¿Y él? ¿Seguía estando a salvo?

No había modo de saber si el Senador lo habría delatado antes de que, si Hermes no se equivocaba, lo hubiesen ejecutado. Otro asesinato en la espiral de violencia en la que se había sumido el país.

Pero la segunda desaparición le resultaba aún más inexplicable.

Porque no entendía cómo era posible que Moira no apareciese por ninguna parte el día de las elecciones.

Desde primera hora, incluso antes de que la Presidenta se viera obligada a resguardarse en Naxos, Tisbe había suplido a la Arquitecta en sus funciones públicas. Del mismo modo que era también ella quien ahora lucía el brazalete

de su supervisora y quien se ocupaba de distribuir a los Polimorfos por los salones del piso inferior de Naxos, con el fin de evitar que nadie accediera hasta la Sala del Cíclope en que se había encerrado la falsa Némesis.

Dafne.

«Se llama Dafne».

Hermes repetía su nombre como si pudiera conjurar sus puntos débiles y entender qué era lo que estaba sucediendo en realidad. Pero él no poseía ningún don capaz de convertir las palabras en seres mágicos, así que tenía que conformarse con hacer lo poco que estaba en su mano... Buscó el segundo de los móviles desechables que le había entregado Aracne. Aunque emplearlo suponía cortar cualquier opción de comunicarse con ellos en adelante, la situación era demasiado grave como para no intervenir. Debía informar cuanto antes a los Rebeldes de la sorpresa que los esperaba tras las puertas de Naxos.

—¡Polimorfos!

No los habría reconocido de no haber sido por el mensaje telegráfico en que el Ministro les revelaba tanto su existencia como el lugar exacto donde se ocultaba Némesis: «Sala del Cíclope. Ala oeste del segundo piso. Cuidado con los Polimorfos. Suerte».

En cuanto Aracne recibió su aviso, dio la voz de alarma y los previno contra las criaturas informes que se agazapaban a su alrededor y que, de repente, cobraron vida en la Sala de Audiencias, la más amplia del primer piso.

Aquellos seres alteraron su fisonomía y, ante la perplejidad de todos, se transformaron en clones perfectos de los Rebeldes.

—¡Somos nosotros! —Alcínoo no daba crédito: ¿cómo iban a luchar contra criaturas que, además de poseer sus mismas aptitudes y cualidades, los confundirían hasta hacerles dudar de si estaban luchando contra sus enemigos o entre ellos?

De repente, era imposible diferenciar entre los Rebeldes auténticos y sus copias, que se comportaban y movían exactamente igual. Salvo que alguien pudiese detener aquella locura, todo el mundo se había convertido en un posible enemigo.

T. y Ariadna buscaban una salida mientras veían cómo los suyos se defendían de los ataques de los Polimorfos en una batalla desigual no solo por el número, sino por el miedo a la posibilidad de equivocarse. Para evitarlo,

Leda les pidió que se desplazaran en parejas, espalda contra espalda, y que solo atacasen cuando fuesen embestidos.

—Tenemos que llegar hasta el piso superior —les recordó Leda—. ¡Como sea!

Entonces, mientras T. ponía su espalda contra la de Nausícaa, recordó la conversación que habían tenido hacía tan solo unas horas y lo vio claro.

El único modo de vencer a aquellos seres capaces de mimetizarse con cualquiera era confundiéndolos sus criterios de programación. Estaba seguro de que Moira los habría construido desde los cánones del Nuevo Orden, basados en rígidos criterios sobre lo que se consideraba socialmente aceptable, y que habría dejado fuera de su esquema todas las identidades disidentes, todos los modos de ser que no cupiesen en su inventario de personalidades.

Solo había un dios que, según lo que había aprendido en el Segundo Eje, podía poner remedio a eso.

Uno que aparecía con más frecuencia que los demás en el libro de Ovidio y al que se atribuía la capacidad de alterar las voluntades más férreas.

E-R-O-S

Tan pronto como T. imaginó al niño alado, que había visto en alguna ilustración del ejemplar que le habían obligado a estudiarse, se metamorfoseó en una lluvia de parejas diversas que, espalda con espalda, plantaron cara a los Polimorfos.

Hombre y hombre, mujer y mujer, mujer y hombre, personas no binarias con hombres, mujeres u otras personas no binarias... Naxos se llenó de soldados de todas las identidades y aspectos posibles, en un repertorio de dúos que atacaban con la dureza de quien protege a la persona que ama. De ahí, precisamente, nacía su poder.

—¡Tenemos que dividirnos! —Por mucha ventaja que Eros les hubiese otorgado, Leda sabía que los Polimorfos encontrarían el modo de reprogramarse. Habían ganado tiempo, pero las nuevas armas de Moira eran mucho más rápidas en reaccionar—. Ariadna, Clío, Orión, ¡venid conmigo!

Nausícaa dudó un segundo sobre qué debía hacer.

No sabía dónde sería más útil: si luchando contra los Polimorfos o acompañando a Ariadna y a los demás.

Algo le decía que era mucho más oportuno lo segundo: ya que T. debía quedarse manteniendo vivo el prodigo de Eros, quizás fuera ella la que debía responsabilizarse de la seguridad de su hermana. De algún modo, sentía una obligación con aquella cría que no terminaba de explicarse. Un lazo que tal

vez tuviera que ver con el afecto o, sencillamente, con el hecho de que se veía reflejada en ella y en su lucha.

—¡Desplegad velas!

A la voz de Leda, Ariadna, Nausícaa y Orión subieron con ella hasta el ala oeste en busca de la Sala del Cíclope, mientras sus compañeros permanecían abajo, haciendo frente a los Polimorfos en una lucha que, a pesar del prodigo de T., empeoraba por momentos.

«Todo va a ir bien», creyó oír Ariadna. Estaba segura de que esas palabras procedían de T. De ese vínculo con que habían aprendido a unir sus sueños y que ahora, en el momento más crucial de sus vidas, tal vez fuera necesario recuperar.



35

LA BATALLA DE NAXOS

Flanqueada por dos de sus Harpías, la Presidenta aguardaba la llegada de los Rebeldes al fondo de la Sala del Cíclope. Activó el mecanismo que movía sus paneles giratorios y dispuso en el centro de la habitación la misma mesa en la que había firmado cada uno de los decretos del Nuevo Orden.

Las fotografías oficiales siempre tenían lugar en la Sala de Audiencias del piso inferior o, cuando pretendía otorgar un aire más amable a sus decisiones, en los jardines del palacio. Sin embargo, el auténtico corazón de Naxos, al menos para ella, era esa habitación en la que se encerraba para que nadie la molestase y donde no tenía que fingir escuchar a sus Consejeros. Sola, entre sus paredes metálicas, escuchaba tan solo a su propia ambición y determinaba el futuro de un país que, después de una década de paz y felicidad, se rebelaba ingrato contra ella.

—¡Ahora!

Al grito de Leda, quienes la acompañaban se lanzaron contra los ciborgs que custodiaban la entrada a la Sala del Cíclope. A Nausícaa le extrañó que su número fuera relativamente escaso —apenas una veintena de Rastreadores— para una circunstancia como aquella, pero se limitó a hacer lo que mejor sabía: tumbarlos uno a uno junto a sus compañeras.

Mientras trataban de invadir la Sala, en el piso inferior aún sonaban los gritos de quienes seguían batiéndose con los Polimorfos. Sus voces eran un macabro recordatorio de que el momento que estaba a punto de vivir no era una audiencia, sino un encuentro que debían resolver antes de que sus

compañeros sucumbieran a pesar de la ayuda que T., transformado y multiplicado en Eros, les seguía brindando.

Ariadna habría querido recurrir de nuevo a Medusa para detener el tiempo e inmovilizar a sus oponentes, pero ya había experimentado con Zeus las nefastas consecuencias de repetir un prodigo, así que buscó otro que le permitiera interceptar a sus enemigos y abrir las puertas que aún los separaban de la Presidenta.

El número inicial de Cíclopes, que tan reducido le había resultado a Nausícaa, no había dejado de aumentar por culpa de los ciborgs que, procedentes de las demás salas, acudían hasta ellos. Y cuanto más tiempo perdían luchando contra ellos, más lejos quedaba su objetivo.

Dudó un segundo, porque sabía que estaba a punto de desprenderse de una carta valiosa, pero era urgente traspasar esas puertas de una vez: si no lo lograban a tiempo, los Polimorfos no dejarían un solo Rebelde con vida. Así que visualizó, una a una, las letras del único dios en quien podía confiar en ese momento tan crucial.

A-R-E-S

Las cuatro letras se transformaron, sobre las cabezas de Nausícaa, Orión, Leda y la propia Ariadna, en cuatro cascós plateados e idénticos al que solía llevar el dios de la guerra en las ilustraciones que le enseñaba Clío cuando era niña.

—¿Pero qué...? —Nausícaa notó cómo su cuerpo se quedaba rígido. Inmovilizado—. Ariadna, ¿qué has hecho?

Por un segundo, dudó de sí misma. ¿Había vuelto a equivocarse eligiendo el mito que debía salvarlos? ¿Cómo era posible que aquellos cascós los hubieran convertido en estatuas en vez de aumentar su fuerza o su velocidad? Por suerte, enseguida comprobó que no se trataba de un error, sino de un mecanismo de defensa: Ares los había inmovilizado para que no fueran víctimas de la lluvia de dagas que estaba a punto de caer sobre los Cíclopes, ejecutándolos de manera fulminante. Sus cascós los protegieron del impacto y se esfumaron en el mismo instante en que los ciborgs fueron derrotados.

Enseguida se alegraron al comprobar que en el piso inferior se había reproducido el mismo prodigo. En cuanto vieron acceder a las dependencias del ala oriental a T. y los demás, supieron que Ares había otorgado una valiosa ventaja a todos los Rebeldes, allanándoles el camino para que pudieran enfrentarse cara a cara, por fin, con su mayor enemiga.

—¡Bien jugado, Ari! —la felicitó T. mientras Leda derribaba junto a Alcínoo la puerta de la Sala del Cíclope.

Nada más entrar, Nausícaa sintió el impulso de lanzarse contra ella, y Ariadna, que temía las consecuencias de dar un paso en falso, extendió su brazo para impedírselo. La joven Cazadora le hizo caso y, a duras penas, se contuvo, pese a que estaba decidida a lanzarse contra las Harpias con tal de poner fin a aquella pesadilla del modo más rotundo y limpio posible. La difusión de los crímenes del Nuevo Orden había posicionado a la inmensa mayoría de Ypsilon a favor de los Rebeldes, así que ya solo restaba encarcelar a su líder para instaurar un nuevo régimen.

Penélope, que escudriñaba a su alrededor con desconfianza, intuía que los partidarios más acérrimos de la falsa Némesis se resistirían al principio, pero la fuerza de la mayoría sería suficiente para disuadirlos de iniciar una guerra que estaban condenados a perder. Y si eso no bastaba, siempre quedaría la cárcel o el destierro.

De momento, no había compartido ninguna de esas propuestas con Calipso, pues sospechaba que la actual líder de los Rebeldes no las aprobaría. En su idílica concepción de Ítaca cabía lo que ella llamaba diversidad de opiniones y que, para Penélope, no era más que desobediencia. Ella no se había jugado la vida durante diez años para que la anarquía y el caos se impusieran, sino para reconducir Ypsilon desde la tiranía a una democracia en la que no hubiera lugar para posiciones incorrectas. Un nuevo sistema que no podía comenzar sin que la actual Presidenta desapareciese de una vez.

Esa era la única labor de Ariadna, pensaba la candidata, cada vez más alarmada por la resistencia de los Polimorfos frente a sus ataques. No importaba cuántas veces los hiriesen o hasta derribasen: solo necesitaban de unos segundos para reorganizarse, adoptar una nueva forma y volver a combatir.

—Al fin nos conocemos.

La Presidenta se aproximó despacio a Nausícaa, T. y Ariadna, que, sin saber bien cómo reaccionar, permanecieron inmóviles, con el resto de los Rebeldes a sus espaldas. Los tres se mantenían la espera de una señal de su lugarteniente que les indicase que había llegado el momento de entrar en acción.

—No te atrevas a tocarlas —la retó Leda.

—Tranquila. De momento no pensaba hacerlo.

Mientras la falsa Némesis caminaba hacia ellas, un detalle llamó la atención de Ariadna. Puede que solo fuera su imaginación, pero habría jurado que aquella mujer se deslizaba por el pavimento sin apenas rozarlo con sus pies.

«No tiene sentido», se dijo, y fingió escucharla mientras trataba de descifrar el último de los enigmas que las había llevado hasta allí: «El único modo de vencer es que no despertéis del sueño, pero sí de vuestra pesadilla». ¿Qué habría querido decir Tiresias con eso?

Nausícaa, por su parte, se esforzaba por mantener a raya su impulsividad. No pretendía decir ni hacer nada que pudiera poner en riesgo toda la operación, aunque le costaba reprimir la ira que le provocaba su interlocutora, la misma mujer que había causado la muerte de sus padres.

Tampoco a T. le resultaba sencillo contenerse, pero durante el tiempo que había luchado al lado de su hermana, había aprendido que eran mucho más eficaces cuando coordinaban sus esfuerzos y, especialmente, cuando dejaba que ella llevase la iniciativa. Así confiaba en que, en cualquier momento, estuviera a punto de desvelarle la respuesta del último de los enigmas de Tiresias.

Los tres sabían que no debían precipitarse ni perder la calma. Ninguno de ellos esperaba nada bueno de la Presidenta, y necesitaban mantenerse más atentos y concentrados que nunca para, llegado el momento, elegir la palabra precisa.

Una palabra que, por más que Ariadna había buscado junto a T. durante los días anteriores, no acababan de encontrar.

Ni en las páginas de la *Odisea*, que ya conocía de memoria.

Ni en las de *Las metamorfosis*, que —aunque a regañadientes— también acabó revisando T.

«El único modo de vencer es que no despertéis del sueño, pero sí de vuestra pesadilla», se repetía sin llegar a entender cuál era la solución de aquel nuevo acertijo.

Tanto ella como su hermano habían tratado sin éxito de entender a qué se refería Tiresias, y confiaban en que la batalla los guiase, como de costumbre, hasta la verdad. El peligro afilaba su intuición del mismo modo que extremaba su capacidad de comunicarse, así que esperaban que en esta ocasión sucediese lo mismo. Pero, de momento, la suerte seguía esquivándolos.

—No ha sido fácil traerte hasta aquí —le dijo la Presidenta a Ariadna con una expresión extremadamente fría en la que no se apreciaba emoción alguna. Ni siquiera la crueldad que siempre le habían atribuido.

—No me has traído —matizó ella—: soy yo quien ha querido venir.

—Después de todos los problemas que me has causado, es lo menos que podías hacer, ¿no te parece?

—¿Problemas? —estalló Nausícaa, incapaz de callarse un segundo más —. ¡Problemas son toda la gente a la que has matado! ¡Los crímenes que llevas años cometiendo! ¡El único problema es que la Presidenta de Ypsilon sea una asesina!

Leda indicó a los suyos que adoptaran la posición de ataque, convencida de que el arrebato de la Cazadora provocaría la ira de su adversaria. Sin embargo, esta reaccionó con la misma neutralidad con la que se había comportado hasta entonces. Sin alterar ni sus movimientos ni su tono de voz. No había nada en sus ademanes ni en su gesto que acusara la violencia verbal de Nausícaa. Al revés. Su actitud era más bien hierática. Casi inexpresiva.

—Aquí hay algo muy extraño —musitó Helena entre dientes.

—Lo sé —respondió Leda, dudando sobre cuál debía ser su siguiente paso.

—Si lleváis esta locura hasta el final, todo Ypsilon acabará pagando por vuestras acciones.

—¿Nuestras acciones? —Esta vez fue T. quien saltó. No daba crédito a la desfachatez de Némesis: pretendía acusarlos del desastre que ella misma había provocado—. Solo buscamos que salga a la luz la verdad.

—Vuestra verdad.

Quizá Ariadna se hubiese imaginado que aquella mujer se desplazaba sin tocar el suelo, pero lo que estaba claro era que la frialdad con la que se expresaba no era una invención suya. Ni siquiera ese *vuestra*, con que los estaba acusando directamente, permitía intuir ni un ápice de rencor. Sus amenazas sonaban más neutrales que gélidas, y tampoco T. reconocía en ese tono uniforme y desapasionado a la Presidenta que había estado a punto de apresarlo en el Taigeto.

¿A qué se debía esa serenidad extrema? ¿Ese autocontrol inaudito después de que sus mayores enemigos hubiesen invadido su palacio? ¿A su confianza en las Harpías? ¿A que los subestimaba de tal modo que ni siquiera sentía una mínima inquietud frente a ellos? ¿No experimentaba ninguna clase de emoción, aunque solo fuera el odio, al encontrarse cara a cara con los mismos sobrinos que había tratado de asesinar en el pasado? Era como si su interlocutora no estuviese realmente allí. ¿Se trataba de otra táctica más? ¿Pretendía provocarles para que llegasen a perder los estribos?

Ariadna y T. solo tenían preguntas. Demasiadas. Y, sobrevolándolas, las palabras de Tiresias. La cita del manuscrito que seguían sin saber cómo interpretan.

—Nuestra verdad es la que ya conoce toda Geonia —aseguró Penélope, que se imaginaba a sí misma sentada al otro lado de la mesa desde la que ahora les hablaba la Presidenta—. Y todo Ypsilon. Y esa verdad es que el atentado que acabó con la vida de Orfeo y de tantos inocentes lo provocaste tú.

—¿Tú no harías lo mismo si fuera necesario?

Penélope negó con la cabeza a pesar de que, en su interior, algo que le decía que sí. Ella no era tan racional como Calipso. Ni tan emocional como Aracne. Ni tan estratega como Leda. Ni tan instintiva como Hipólita. Ella tenía un poco de cada una de aquellas mujeres y era capaz de dosificarlo según le convenía. Quizá por eso Dédalo le había ofrecido el puesto que requería más pragmatismo y, sin embargo, jamás la había obsequiado con una de sus empalagosas metonimias: todas eran una parte de él, según el Bibliotecario. Todas... menos Penélope.

—Si te rindes ahora, Dafne, te garantizamos un juicio justo —le propuso Calipso.

—No puedo contestarte en nombre de quien no soy.

—¿También vas a negar eso? —Layo, al igual que el resto de sus compañeros, estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no abalanzarse contra quien había estado a punto de arrebatar la vida de su hijo.

—¿Sois conscientes de que solo tengo que hacer un gesto para ordenar que os exterminen? —Hizo girar las placas de la habitación y, con la excepción de dos de ellas, que se abrieron formando un amplio ventanal, del resto salieron nuevas Harpias y Polimorfos que llenaron el espacio libre en la sala.

—¡No es ella! —Hermes, que había corrido hasta allí, les gritaba desde la puerta—. ¡No es nuestra Presidenta!

—¿Cómo? —Clío, instintivamente, trató de apartar a su hija y a Nausícaa de aquella mujer que, ante su mirada de asombro, comenzó a aumentar su tamaño hasta llegar a duplicarlo, a la vez que se encendían sus pupilas.

—¡Es la Sibila! —los avisó el Ministro, que al fin había descubierto el porqué de la ausencia de Moira: Dafne había huido con ella.

—¡Desplegad velas!

Los Rebeldes se reorganizaron siguiendo la orden de Leda y se prepararon para un nuevo ataque de los Polimorfos.

En esta ocasión, ni los imitaron ni adoptaron formas humanas, sino que se transformaron en un único y gigantesco cíborg. Aquel monstruo colosal y

alado tenía cabezas de dragón en lugar de dedos, y de cintura para abajo siseaban un gran número de serpientes.

—Tifón —lo llamó la Sibila como si se tratase de su mascota—, ataca.

Y Tifón, que era capaz de desprender llamas a través de sus manos y de sus ojos, lo hizo.

Mientras los Rebeldes esquivaban el fuego y buscaban el modo de acertar con sus pistolas y con sus flechas, T. y Ariadna probaron suerte con todos los nombres de dioses y héroes que conocían. Repasaron, uno a uno, el repertorio de criaturas que, en cualquier otra ocasión, los habrían salvado, pero esta vez, sin embargo, sus poderes no surtían efecto.

—¡No puedo! —Ariadna miró a T. sin saber qué hacer.

—¡Yo tampoco! —Él estaba tan perdido como ella. ¿Qué era lo que les impedía emplear su don?

—¡Tiene que ser ella! —Nausícaa fue la primera en percatarse de lo que les sucedía a ambos hermanos. Había aprendido a interpretar los gestos de T. lo bastante bien como para identificar su cara de frustración—. ¡Ella es la que neutraliza vuestra magia!

Los dos observaron con atención a la Sibila y comprobaron que Nausícaa estaba en lo cierto. Por eso aquel cíborg había delegado el ataque en Tifón y las Harpías. No hacía nada porque, a pesar de su estatismo, *ya lo estaba haciendo*: ella era la que inhibía sus dones. El antídoto contra sus facultades.

Dafne la había dejado allí para asegurarse de que, cuando volviese a Naxos, no quedase ni un Rebelde con vida. El plan de la Presidenta se resumía, básicamente, en un solo objetivo: sobrevivir, ya fuera en el poder o en el exilio. Porque mientras siguiese en libertad, podría reinventarse tantas veces como fuera preciso.

Una huida no era una derrota. Una muerte, sí.

—¡Tiresias! —Ariadna apenas conseguía hacerse oír a través del estruendo de la que podía ser la última de sus batallas—. ¡Necesitamos resolver el enigma de Tiresias!

En su cabeza daban vueltas todas las opciones posibles, pero ninguna de las que le parecían evidentes funcionaba.

Ni Hipno ni su hijo Morfeo, dioses de los sueños. Tampoco Endimión, el joven dormido por deseo de Selene...

¿Y si no fuera un nombre propio? ¿Y si esa era la única clave que se le había escapado a Moira cuando creaba a su Sibila?

Los cíborgs se regían por una serie de instrucciones, así que el enigma de Tiresias tal vez pretendiera conducirlos hasta la única que la Arquitecta no

hubiera tenido en cuenta. Una palabra que, además de encarnar a un personaje, también hablase de ese sueño del que no debían despertar, de ese ideal que los había arrastrado hasta allí y que, diez años después de fundar Ítaca, estaban a punto de rozar.

Eso era.

Ahí estaba ese sueño del que no debían despertar.

Y Ariadna, convencida de haber dado con la clave, buscó dentro de sí toda su fuerza hasta llegar a su hermano y empujarlo con ella hacia la imagen que estaba empezando a dibujarse a partir de sus letras.

Q-U-I-M-E-R-A

T. no opuso resistencia al lazo que ella le tendía y permitió que su cuerpo quedase anudado por aquella palabra, que lo transformó en una criatura monstruosa de tamaño idéntico al de Tifón. Aquel ser, con el cuerpo de una cabra y la cola de un dragón, poseía tres cabezas, una de león, otra de dragón y una última de macho cabrío, todas ellas capaces de vomitar fuego con la misma violencia que los ojos y las manos de su enemigo.

Nausícaa, sin siquiera pensárselo, saltó sobre los lomos de la Quimera y ambas se lanzaron contra Tifón, mientras que el resto de los Rebeldes concentraban sus esfuerzos en las Harpías.

Solo una persona se alejó y buscó un ángulo desde el que ejecutar un plan que, hasta entonces, no había podido confesarle a nadie.

Penélope sabía que aquella sería su mejor oportunidad de acabar con la amenaza que Calipso representaba para su futuro. Y ella no estaba dispuesta a ser otra marioneta en manos de los Rebeldes, como lo había sido Egisto para el Nuevo Orden. No iba a tolerar que el Cerebro le disputase su liderazgo en cuanto conquistasen el poder. Ni pretendía dejarse apartar ni verse obligada a gobernar de acuerdo con unos criterios que cada vez le resultaban más distantes.

Era necesario que Calipso muriese.

Una pérdida que podrían honrar con el mismo boato con el que recordarían a Dédalo y que dignificaría aún más el Gobierno de Penélope. Si a Némesis le había dado resultado con las víctimas del Triple Atentado, ¿por qué iba a ser diferente, en su caso, con quienes muriesen en la Batalla de Naxos?

Si Ariadna o T. lo hubieran descubierto, habrían intervenido, pero mantener viva a la Quimera exigía toda su concentración, así que no pudieron ver cómo Penélope se escondía y apuntaba su arma hacia Calipso.

Ellos no la vieron.

Pero Aracne sí.

«El único modo de vencer es que no despertéis del sueño, pero sí en vuestra peor pesadilla».

¿Era ella a quien se refería la segunda parte del enigma?

¿Era el Corazón de Ítaca quien debía entrar en la pesadilla que anunciaba Tiresias?

No tuvo tiempo de pensarla.

Solo alcanzó a adivinar que Calipso corría peligro y actuó.

Su disparo fue tan certero como fulminante y Penélope cayó de bruces al suelo.

De haberlo pensado mejor, habría disparado a sus piernas. O a sus brazos. La habría herido para evitar el peligro y poder juzgarla en el futuro. Pero la premura con que sucedió todo lo hizo imposible. O eso se diría en adelante. Serían muchas las madrugadas en que Aracne, tal y como había vaticinado Tiresias, cayese en esa misma pesadilla. Durante años, amanecería cada mañana en ella, atormentada por el remordimiento de haber matado a Penélope.

Al otro lado de la sala, y dirigida por Nausícaa, la Quimera lograba romper el cuello de Tifón, y Alcínoo y Leda, sumando las fuerzas de los Cazadores y las Amazonas, reducían a la Sibila hasta desactivarla por completo. Las Harpías, sin nadie que pudiese liderarlas, echaron a volar a través del ventanal abierto en una de las paredes laterales, convirtiéndose en un problema que, sin duda, Ypsilon tendría que abordar más adelante. De momento, al menos, acababan de expulsarlas de Naxos. Ya se encargarían de lograr que fuera para siempre.

—¡La bandera! —Calipso, commocionada al descubrir el cadáver de Penélope, solo pensaba en dar cuanto antes la señal que ayudara a poner fin a los enfrentamientos que se mantenían en todo el país. Era urgente iar la insignia de Ítaca en el palacio para que la imagen del Equus alcanzase hasta el último rincón de Ypsilon—. ¡Deprisa! ¡La bandera!

Fueron Layo y Helena los responsables de subir hasta la azotea para ondearla mientras Clío retransmitía el histórico momento a través de Helio.

Céfiro y Paris, que veían cómo sus hombres comenzaban a desfallecer ante los Sátiros, respiraron aliviados al recibir la noticia y comprobar que, tal y como había previsto Calipso, los cíborgs se replegaban al conocer la fuga de la Presidenta. Los mismos engranajes que desde los tiempos de Pigmalión servían para impedir que los Cíclopes pudiesen rebelarse eran también los que los inutilizaban para actuar de manera autónoma. Tan pronto como se

confirmó el vacío de poder y la existencia de una nueva bandera, que sus sistemas no reconocían, resultó sencillo reducir a los cíborgs.

—Salvad los que podáis —era la máxima que les había dado Calipso antes de partir hacia las fronteras—. Seguramente podamos reprogramarlos y convertirlos en nuestras propias fuerzas de seguridad.

Así lo hicieron mientras el Equus, el símbolo de tantos años de resistencia, ondeaba orgulloso ante la mismísima Plaza del Fuego.

Ítaca había conquistado Naxos.



36

LA ERA DE ÍTACA

La victoria de los Rebeldes en la Batalla de Naxos se saldó con la promesa de un juicio justo para quienes hubieran apoyado a Dafne en el pasado. Eso incluía tanto a los miembros del Senado que estuvieran dispuestos a prometer lealtad al nuevo régimen como a cualquiera de los ciudadanos que hubiesen luchado a su favor.

Tal y como había augurado Tiresias al hablar de la importancia de los caminos que se recorren y los que se evitan, Calipso ya había elegido cuál sería el que impondría en Ypsilon y, mientras estuviese en su mano, jamás conduciría a la revancha. De lo contrario, su poder solo se sostendría por el temor que fuesen capaces de provocar en la población y supervivencia dependería de su capacidad para seguir alimentando el miedo.

—Ese habría sido el modelo de Penélope —le dijo Aracne cuando Calipso le pidió consejo sobre las posibles medidas y represalias—, pero no puede ser el nuestro.

—Aún no entiendo qué pudo ocurrirle...

—Ícaro —susurró Aracne—. A lo mejor la empujamos tan cerca del Sol que terminó quemándose... Deslumbrada por el poder. Si la hubiéramos frenado a tiempo...

—No puedes seguir culpándote. —Calipso, a quien preocupaba el modo en que aquella muerte había afectado a su pareja, la acarició con delicadeza—. Hiciste lo único que se podía hacer en ese momento.

—¿Y antes? ¿Hice lo suficiente antes?

—No podías adivinar que...

—¿Y de qué sirve ser el Corazón de Ítaca si no intuyes que hay una compañera que te necesita? Una compañera a la que has cargado de tareas que la superan y que han empezado a influir en su personalidad.

—Nadie imaginaba que llegaría tan lejos.

—Eso me digo desde que pasó... Pero no me consuela.

Presa del cansancio y de los remordimientos, se derrumbó abrazada a Calipso, que se mantuvo junto a ella hasta que cesó el llanto, sin decir ni preguntarle nada. Cuando por fin se calmó, Aracne le dio un largo beso y, enjugándose las lágrimas, salió dispuesta a sumergirse en su trabajo de Arquitecta para huir de sus demonios.

Junto con Paris, había comenzado a coordinar al equipo que debía reprogramar a los Cíclopes con el fin de que, en adelante, protegieran a quienes hasta entonces habían perseguido. Una tarea lo suficientemente compleja como para mantenerse ocupada y abstraerse de sus molestos fantasmas.

A pesar de los esfuerzos de los Rebeldes por pacificar el país, las revueltas callejeras se mantuvieron vivas durante varias semanas. La mayoría de la población se había convencido del mensaje transmitido a través de Helio, pero aún quedaban quienes pensaban que se trataba de una estratagema de los mismos terroristas que habían acabado con la vida del Triunvirato. La confesión de Hermes, a quien Calipso decidió incorporar como parte de su equipo en la sombra, ayudó a consolidar su mensaje, pero ni siquiera así lograron disuadir a los más radicales que, según Leda, exigían una respuesta mucho más severa.

Así que, al día siguiente de la victoria, los Rebeldes tuvieron que celebrar su primera gran asamblea, en la que tanto los Cazadores como las Amazonas, a pesar de que ambos grupos habían decidido recuperar sus costumbres nómadas, también participaron.

Impacientes por recuperar su libertad y su estilo de vida, las Amazonas resolvieron que colaborarían con Ypsilon cuando el Estado reclamase su ayuda, pero mantendrían sus hábitos sin renunciar a su independencia ni a su libertad. En cuanto a los Cazadores, Alcínoo llegó a un acuerdo con Calipso para aprovechar sus conocimientos y su experiencia: seguirían buscando las presas perdidas, pero su objetivo ya no sería tasarlas y hacerlas desaparecer en el Taigeto, sino reconstruir, título a título, la memoria y la ficción de Ypsilon. Helena, entusiasmada con aquella propuesta, imaginaba una futura biblioteca tan monumental como la de los Siete Ríos y de la que, si llegaba el momento, le encantaría situarse al frente.

—No quiero más muertes —fue la primera exigencia de Calipso al abrir la asamblea. Estaba decidida a pacificar Ypsilon lo antes posible para que así pudiese dar comienzo un auténtico proceso electoral. Consideraba su papel como un rol transitorio: había aceptado actuar como regente para evitar que el país cayese en una nueva crisis, no porque deseara imitar los pasos de su antigua Presidenta. Ni de Penélope.

—No va a ser fácil... —la contradijo Alcínoo, que conocía bien la testarudez de los sectores más reaccionarios.

—No me importa que no lo sea. No hemos derrocado una dictadura para imponer otra.

Los demás Rebeldes entendían sus intenciones, pero les preocupaba que un proceso excesivamente benévolos pudiese favorecer la sedición. Si Calipso no respondía pronto y con acciones contundentes, las mentiras de los defensores del (ya viejo) Nuevo Orden podían perjudicarlos. Por pocos que estos fueran, más valía permanecer alerta, sobre todo cuando se había corrido la voz de que Dafne —a quien sus partidarios seguían llamando Némesis— se hallaba en un lugar seguro junto a Moira.

—Tenemos que encontrarla —insistía Clío—. Mientras siga ahí fuera, es un peligro.

—Ni siquiera sabemos si ha salido de Ypsilon. O si ha encontrado asilo en algún país extranjero —intervino Céfiro, a quien habían encargado de su rastreo—. Pero acabaremos dando con ella.

—Más nos vale... Porque, si no lo hacemos, reorganizará sus fuerzas —aventuró Leda, que no dudaba de sus ansias de venganza—. Se tomará todo el tiempo que necesite. Meses, años, incluso décadas. Pero volverá a por lo que sigue creyendo que es suyo.

—¿El manuscrito no decía nada de eso? —Nausícaa tenía curiosidad por saber cómo terminaba la historia según Tiresias. No tanto por Dafne, a quien ya verían cómo hacer frente si regresaba, como por las dudas que albergaba sobre sí misma. ¿Habría dejado escrito el augur algo sobre lo que la esperaba a partir de ahora? ¿Encontraría en esas páginas la solución al dilema que la angustiaba?

—Me temo que no. —Helena recordaba que, tras el enigma que les había dado la victoria, no había más que una página en blanco—. Aunque quizás Ariadna...

Ella negó con la cabeza.

—Lo he intentado. Pero ya no funciona. Por más que repito el nombre de Calcas, no sucede nada. Es como si el manuscrito...

—Los manuscritos —matizó T—, porque eran tres.

—Bueno, pues eso —Ariadna sonrió ante la quisquillosa puntuización de su hermano—: es como si los manuscritos hubiesen desaparecido para siempre. Solo se materializaron cuando Calcas nos permitió verlos, pero después de eso no he vuelto a verlos más.

—Mejor —se atrevió a decir Aracne, que seguía culpando al adivino de lo que había sucedido. ¿Por qué ella? ¿Por qué tenía que ser precisamente el Corazón quien cargase con la culpa de la muerte de Penélope? La idea de que su candidata, la misma persona que debía encarnar la lealtad, hubiese acabado representando lo contrario la perturbaba tanto como el hecho de haberse visto obligada a dispararle.

Calipso la consolaba diciéndole que quizás había sucedido así porque el Cerebro no habría soportado ese mismo peso. Hacía falta ser tan fuerte como Aracne para reconstruirse después de una tragedia así. Un suceso con el que las dos tendrían que aprender a vivir y que se sumaba a todo lo que ya las unía. Todo lo que hacía que su relación fuese de lo poco de lo que ambas se sentían realmente seguras.

—Puedo ayudaros a desmentir los bulos que alimentan a los rebeldes. —Hermes se dio cuenta de que acababa de nombrar a los opositores del mismo modo con el que se habían referido durante años a quienes ahora ostentaban el poder—. Perdonadme, no quería decir...

—Ese es el problema —insistía Calipso, que se oponía a construir el nuevo Estado sobre los cimientos corruptos del anterior—: Ítaca tiene que ser la raíz de Ypsilon. Y no al revés.

—¿Y eso cómo lo traducimos en la práctica? —Leda, sobre quien recaía la difícil tarea de garantizar la seguridad, aplaudía sus buenas intenciones, pero le preocupaba que fueran impracticables.

—No se encerrará ni represa liará a nadie que no emplee la violencia. Y tampoco mantendremos la censura en las redes ni recurriremos a los *bots* con los que se viralizaba la información en el pasado —sentenció Calipso con determinación—. Hermes, tú nos asesorarás para que, entre vuestros reportes y nuestros biblo hologramas, podamos transmitir con la máxima claridad posible todo lo que ha sucedido en estos diez años y, muy especialmente, durante la Operación Velo. Paris y Helena trabajarán contigo. Seguro que en los archivos del Oráculo y del Olimpo encontramos materiales que nos ayuden a ilustrar en qué ha consistido el Ciclo del Terror, cómo se originó y de qué modo todas las muertes que han sacudido Ypsilon encuentran su causa primera en las mentiras de Dafne.

—Habrá quien siga poniéndolo en duda —la contradijo Alcínoo, cuya veteranía le hacía escuchar sus palabras con incredulidad—: el fanatismo no admite argumentos.

—En esos casos, nos limitaremos a tomar medidas con quienes protesten sin respetar la ley. Pero no usaremos la mordaza para silenciarlos si lo hacen pacíficamente. No vamos a renegar de nuestros principios. Es importante que asumáis eso. —Todos asintieron. A pesar de las incógnitas que se abrían en el horizonte, seguían confiando en ella y en su criterio—. Y en el plazo máximo de un mes, convocaremos las primeras elecciones de la Era de Ítaca. Nuestra regencia debe concebirse como algo provisional: el puente necesario para que quien consiga el voto de la mayoría asuma el poder.

—La Era de Ítaca —a T. le gustaba cómo sonaba aquello.

El nombre del que había sido un lugar prohibido se convertía ahora en el sinónimo de un tiempo de esperanza. Una época en la que el peligro no estaba tan lejos como habrían querido, pero sí lo bastante como para permitirse imaginar el futuro. O soñarlo, como les había dicho Tiresias. Y él, por primera vez desde que se había visto envuelto en los planes del augur, se enorgullecía ser uno de los responsables de todo aquello.

—¿Tú no vas a presentarte? —se sorprendió Clío—. Creo que todos contábamos con...

Calipso ni siquiera la dejó terminar.

—He sacrificado demasiados años de mi vida por Ypsilon —mientras hablaba, no podía apartar la mirada de Aracne, con quien ya había comentado aquella decisión—. Ahora me toca tomarme un tiempo para mí. Para que decida qué quiero o qué no quiero ser. Dédalo eligió demasiado por nosotras, ¿no os parece?

Clío, que seguía buscando el modo de perdonar al Bibliotecario por lo que le había hecho a T. y a Ariadna, no respondió. Le costaba disculparlo por haber experimentado con su hija. ¿Y si hubiera salido mal? ¿Y si las dosis no hubiesen sido las adecuadas? ¿Y si ni siquiera hubieran llegado a nacer? Aunque no había ocurrido así, nadie —tampoco Tiresias— contaba con aquella certeza cuando obligaron a Galatea a seguir sus planes, y el hecho de que la victoria Rebelde se enraizase en un acto cargado de violencia la perturbaba más de lo que le gustaría admitir.

—A lo mejor podrías ser una de las nuevas candidatas. —Néstor, que llevaba tiempo pensándolo, se atrevió a sugerírselo. Consideraba que su mujer era más que capaz de desempeñar ese cargo y creía que la primera persona que ocupase la presidencia en la Era de Ítaca debía pertenecer a la Ítaca

original. Solo así asegurarían un legado que, de lo contrario, tal vez aún fuera tan frágil como para perderse.

—Tendré que pensarlo —le respondió Clío, que ni siquiera había barajado esa posibilidad.

—Harías bien —la animó Helena, que vio en esa decisión un atajo hacia el momento en que intuía que cambiaría todo. Y eso solo sucedería cuando quien ocupase el poder no fuese ninguno de los adultos que formaban parte de Ítaca, sino alguien mucho más joven. Una chica de apenas doce años que tal vez fuese demasiado pequeña para gobernar, aunque no tanto para haber llevado a Ítaca hasta la victoria.

Ajena a esas discusiones, Ariadna buscaba con la mirada a T. y a Nausícaa, pero hacía rato que ambos se habían escabullido de la Asamblea. Los dos tenían una conversación pendiente y ninguno quería postergarla más.

—¿Lo has decidido? —le preguntó ella.

—¿Y tú?

—No es justo, T. Yo he disparado antes.

—Porque yo te he dejado.

—Sí, claro. —Nausícaa adoptó la misma postura de luchadora que el día en que se conocieron en la Isla—. Como siempre.

—No sé... No hago más que darle vueltas, pero... No lo sé.

Ella se relajó de nuevo y buscó un hueco para sentarse a su lado.

—Estarías bien con nosotros. Los Cazadores no son solo lo que viste cuando estuvimos en el Taigeto. Por lo menos, no todos. Y ahora que mi abuelo está de vuestra parte, las cosas serán diferentes. Igual de libres, pero sin tener que vivir como si no lo fuéramos.

—¿Y tú por qué no quieres quedarte? Ítaca os ha acogido bien.

—Ítaca no es más que un destino. Y yo tengo que encontrar el mío.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir? —se burló T—. A ver si al final vamos a acabar hablando todos como el raro ese de Tiresias.

—Que esto no es mío, T. Esto es un lugar de paso. Y ha estado bien, claro que ha estado bien. Pero yo no quiero ser parte del equipo de Calipso y Aracne. Ni una de las segundonas de Leda. Ni sabría qué hacer con Helena y Ariadna en el Olimpo. Yo tengo que encontrar mi sitio. Mi propia Ítaca. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que te agobia la idea de quedarte para siempre en un lugar.

—Soy demasiado joven para eso... ¿A ti no te pasa?

T. pensaba lo mismo. Pero el miedo lo atenazaba de tal modo que era incapaz de tomar una decisión.

Llevaba demasiado tiempo sintiéndose como una marioneta y, ahora que ya había cumplido con su misión, necesitaba alejarse. Tanto como para poder perdonar a sus padres por haberle ocultado la verdad. A los Rebeldes, por haber guardado los secretos de Dédalo. Incluso a sí mismo, por no haber sido capaz de descubrir antes el don que ahora lo definía y que, si no aprendía a controlar, podría llegar a limitarlo. Temía que si no se buscaba lejos de todo aquello, la cara más oscura de su don se acabase adueñando de todo su ser. Que la ira y la furia de Dite se apropiaran de su mente hasta lograr que odiase todo lo que formaba parte de su pasado y, ahora, de su presente.

Pero, sobre todo, temía estar a punto de fugarse por los motivos equivocados.

¿Por qué le tentaba tanto la propuesta de Nausícaa: por su promesa de libertad, o por la posibilidad de seguir cerca de ella? ¿Y si eso salía mal? ¿Y si lo que ahora sentían se desvanecía del mismo modo que había surgido? Además, ni siquiera había ocurrido nada entre ellos. No todavía.

—Acabo de descubrir que tengo una hermana... —T. buscó en Ariadna una excusa verosímil para sus dudas—. A lo mejor no es el momento más adecuado para largarme.

—Puede que lo hayáis descubierto hace poco, pero no creo que tengáis que curraros mucho vuestra relación. —Nausícaa fue sincera. Deseaba persuadirlo de que la acompañara en su nuevo camino, pero no pretendía manipularlo—. Desde la primera vez que os vi juntos, supe que algo os unía.

—Qué le vamos a hacer —bromeó él—. Tiene su punto repelente, pero en el fondo es buena chica.

—Se te cae la baba con ella —se rio Nausícaa—, admítelo. Si te mola muchísimo lo de ser el hermano mayor...

—No nos pasemos, ¿eh? —sonrió también T.

Nausícaa cogió su mano.

No sabía si era lo que quería hacer, pero tampoco podía evitarlo. Ahora que no había ningún Cíclope acechándolos ni nada que no fueran ellos dos y su dilema sobre el futuro, se permitió por primera vez el privilegio de no reprimir ni un solo impulso y dejó que sus manos se enlazaran en las de T. antes de continuar hablando.

—Puedes probar un tiempo. Y si sale mal... Bueno, pues si sale mal, te vuelves. Tus padres siempre van a estar aquí. No creo que Layo y Orión se opongan a que regrese su Telémaco. Y los demás Rebeldes, tampoco.

Telémaco.

Era la primera que su nombre no sonaba a mentira. Y también la primera vez que Nausícaa lo pronunciaba. A lo mejor así sí que tenía sentido. A lo mejor solo necesitaba esperar al momento justo para entender quién era o, más bien, quién quería llegar a ser. Y el momento, de repente, era aquel.

Fue ella la que lo inició todo. Apoyó su mano derecha en uno de los hombros de T. y, lentamente, se acercó a él hasta que sus labios se unieron y sus brazos se entrelazaron.

Los dos llevaban soñando con ese beso desde hacía mucho tiempo. Desde que una vez, en la cima del Taigeto, imaginaron que podían ser los dueños de sus propias vidas. Pero temían que dar el primer paso lo cambiase todo. O incluso que ese intento no fuera bienvenido.

Sí lo fue.

Encontraron en su piel el modo de hablar, cambiando las palabras por sus cuerpos, buscándose y reconociéndose en un beso que pudo durar unos segundos, unos minutos o una vida entera. Ni Nausícaa ni T. habrían sabido traducir en tiempo real lo que, desde la emoción que compartían, habían vivido como si fuera tiempo imaginado.

—Elige lo que tú necesites —le pidió ella antes de dejarlo a solas para que pudiese reflexionar—. Mi gente y yo regresaremos mañana a las Islas. Si vienes, me alegraré de que hagamos camino juntos. Y si no, me alegrará que hayas averiguado cuál es el tuyo. Pero, hagas lo que hagas, que sea por ti. Si quieres que tengamos una sola oportunidad, no me responsabilices de tu decisión. Por favor.

Habría sido fácil chantajearlo. O hasta sobornarlo. Convertir lo que los unía en el argumento definitivo para convencerlo de su marcha. Sin embargo, Nausícaa había hecho exactamente lo contrario: subrayar su libertad como el único punto de partida posible para su relación, tanto si seguían adelante como si no.

T., pensativo, bajó a los Jardines Presidenciales para perderse en ellos. Intentaba organizar sus ideas a la vez que aplacar sus ánimos. Pero cómo pensar si aún podía sentir los labios de Nausícaa en los suyos, el abrazo con el que ella se había enredado en él, sujetándolo con la misma fuerza con la que luchaba, y con el que parecía querer decirle: «Estoy aquí. Hagas lo que hagas, Telémaco, voy a seguir estando aquí». Con ese «Telémaco» que, en su boca, sí cobraba sentido. Ese «Telémaco» que a lo mejor anunciaba el hombre que debía empezar a ser.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas de repente, cuando vio que el terreno por el que caminaba comenzaba a abrirse a sus pies.

—¡Ariadna! —gritó al darse cuenta de lo que salía del mismísimo subsuelo—. ¡Ariadna, ven!

Su hermana corrió hasta él y llegó a tiempo para ver cómo crecían las últimas ramas del gigantesco árbol que, inexplicablemente, acababa de surgir en el jardín de Naxos. Los dos reconocieron de inmediato el laurel que, solo unos minutos después, Hermes comprobaría que se había trasladado hasta allí desde la Estigia.

Ella se acercó al tronco y lo acarició con la misma ternura con la que habría tocado la piel de su madre biológica. En ese momento, en la corteza se grabaron unas letras justo por donde ella pasaba sus dedos.

A-R-I-A-D-N-A

—Nos ha reconocido, ¡nos ha reconocido! —le dijo a su hermano y, tomando su mano derecha, lo invitó a que hiciera lo mismo.

T-E-L-É-M-A-C-O

Desde ese día, sus nombres se quedarían grabados para siempre en aquel árbol que, junto con el Equus, sería uno de los dos símbolos esenciales de la Era de Ítaca.

El tiempo que, por fin, estaba a punto de comenzar.



37

NO ES MÁS QUE EL PRINCIPIO

El funeral de Hipólita se celebró con todos los honores, tal y como se había prometido Leda.

Fue ella misma quien puso la nueva bandera de Ypsilon sobre su ataúd antes de que Aracne, como Primera Arquitecta, descubriese la arquitectura nómada que habían dedicado a la heroína de la Batalla de Naxos.

—Nunca debemos olvidar lo que nos ha costado llegar aquí —la despidió Calipso en las últimas líneas de su largo discurso oficial—, ni a quienes hicisteis posible que arribásemos a Ítaca.

Una vez acabada la ceremonia, las Amazonas y los Cazadores se dispusieron a organizar su viaje. Ambos grupos habían decidido partir aquel día, pues preferían comenzar su nueva vida cuanto antes y temían que las comodidades que les ofrecían los Rebeldes atemperasen sus energías o incluso desuniesen a sus miembros.

Lejos de ambos, un joven los observaba debatiéndose sobre su futuro sin saber aún qué debía hacer.

—Ha sido bonito, T. —se dirigió a él Ariadna—. Triste pero bonito. Yo creo que a Hipólita le habría gustado.

—Hipólita pasaba de estos rollos...

—Eso también es cierto —se rio ella—. Seguro que le habría dicho a Calipso que abreviara.

—O que se callara y se pusiera con lo importante —añadió él, imitando la voz de la Amazona—: «Que bastante lío tenemos en Ypsilon como para tanto discursito».

—Suenas igual que ella.

—Puede. Pero ser como Hipólita es difícil... Era muy grande.

—Sí que lo era, T.

Su hermano se quedó mirándola durante unos segundos.

—Prueba a decirlo, Ari.

—¿El qué?

—Prueba a decir mi nombre completo.

—¿Ahora sí quieres? —Él se encogió de hombros—. ¿Y eso?

—¿Quieres probar o no?

—Ya voy, sí. No te pongas borde. Venga, ahí va: Telémaco.

Funcionaba.

No podía explicar por qué.

Pero ahora sí encajaba.

No tenía sentido cuando era su nombre del pasado, pero sí como nombre del futuro: Telémaco no pertenecía al bebé que no recordaba haber sido, sino al viajero que había decidido ser.

—¿Quieres que te llame así cuando te mensajee?

Él la miró sorprendido.

—¿Cuando me mensajees?

—No tengo que explicarte que nuestros sueños...

—Ya. —Por un momento se sonrojó. ¿Hasta dónde era capaz Ariadna de asomarse en su subconsciente?

—Tranquilo —se rio ella—. Si tú no me invitas a entrar, yo no veo más que sombras. Pero a veces las puedo interpretar. Sobre todo, desde que regresamos de Dite. Allí cambió algo, no sé muy bien el qué —mintió—, pero cambió algo. Y sé lo que vas a hacer hoy aunque tú creas que no lo has decidido todavía.

—Porque no lo he decidido.

—Deberías decírselo a tus padres...

—¿Que voy a abandonarlos de nuevo?

—Esta vez no abandonas a nadie. Ni te vas en una misión secreta. Es diferente.

—Ya veo que no me vas a echar de menos.

Ariadna torció el gesto. Bastante esfuerzo estaba haciendo para no llorar como para que él la pusiera a prueba justo ahora.

—Pues claro que no —buscó en la ironía el modo más rápido de disimular

—. A ver si te crees que quiero seguir compartiendo protagonismo contigo. Con una diosa de los mitos hay de sobra.

—¿Diosa de los mitos? —Su hermano dejó escapar una sonora carcajada
—. ¿Así te vas a llamar ahora?

—¿Qué pasa? ¿Tú puedes quedarte con un nombre chulo y yo no tengo derecho a inventarme el mío?

A Telémaco, que cada vez disfrutaba más llamándose así, le alegraba observar cuánto había cambiado Ariadna. Seguía siendo tan intrépida como cuando la había conocido, solo que ahora se mostraba mucho más segura y confiada. Hasta era capaz de seguirle el juego y dejarlo sin réplica con un sarcasmo que su hermano quería creer que había aprendido de él. Fuera así o no, ambos habían dejado una impronta en el otro. Sin ella, seguramente él no habría sido capaz de encontrar el camino de regreso hacia Nausícaa. Tal vez Ariadna hubiera aprendido de él a asumir nuevos retos, pero ella le había enseñado a no rendirse.

—Esto se me queda pequeño —se intentó explicar—. Y a mí no me esperaban estudios de último grado y un futuro gobierno... como a ti.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No necesito ni consultarla con el loco de Tiresias. Y tú lo sabes igual que lo sé yo, Ariadna. El futuro de Ypsilon tiene tu nombre. Y no es por la magia, ni por los Dos Ejes, ni porque lo decidieran al convertirnos en su estúpido experimento, sino porque tú te lo has ganado. —Ella giró la cabeza; aún le dolía recordar todo lo que habían descubierto sobre su origen. Él, consciente de ello, la agarró suavemente por los hombros y la invitó a mirarlo a los ojos—. Tu don no es obra suya, Ari. Tu don es tuyo. Y está en ti. Es la fuerza que te hace seguir adelante. Tu capacidad de ver lo mejor en los demás. El carisma con el que, sin darte cuenta, logras que todo gire a tu alrededor. Eso no tiene que ver con lo que otros hicieron, sino con lo que tú eres. Y no dejes que nadie, nunca, te diga lo contrario.

Ella se abrazó a él y su hermano la estrechó con cariño mientras asumía que aquella, en efecto, era su despedida.

—Vamos a estar en contacto todos los días —le prometió antes de alejarse para comunicarle la noticia a sus padres e informar de su decisión a Nausícaa, en quien Alcínoo había delegado el liderazgo de los Cazadores—. Esto no es más que el principio, Ari. Solo es el principio.

—Lo sé, Telémaco. —Se le hacía raro pronunciar aquel nombre, pero pensaba cumplir los deseos de su hermano: comprendía que necesitaba alejarse de las iniciales que habían marcado su vida—. No te vas a librarme de mí tan fácilmente.

No quería presenciar la conversación de Layo y de Orión con su hijo, ni tampoco acercarse a nadie que pudiese preguntarle acerca de lo que pronto sabrían todos los Rebeldes. Descartó buscar a sus padres o a Helena en el Olimpo y eligió caminar hasta los Jardines Presidenciales y sentarse a la sombra del laurel, justo debajo del lugar en el que estaban grabados su nombre y el de su hermano.

Allí, a solas, se subió la manga de su brazo derecho con la esperanza de que lo que había visto en él esa misma mañana hubiese desaparecido.

Esperó unos segundos antes de volver a mirar, pero, cuando lo hizo, comprobó que la nueva cicatriz seguía allí.

Una herida idéntica a las que los anteriores prodigios habían ido dejando en su piel y que, en esta ocasión, se había grabado en su brazo mientras dormía.

De ese sueño, sin embargo, no le había hablado a Telémaco.

No le había contado nada de su regreso a Dite.

De la mirada de terror con la que la observaba Tiresias.

Del camino a través de las plataformas hasta que, en uno de sus círculos, intuyó la presencia de Dafne.

No llegó a verla.

No sabía si estaba allí de verdad o no.

Solo Tiresias permanecía a su lado, enmudecido.

Ni una palabra salía de la boca del adivino que, por el contrario, sí parecía anotar algo en el último de sus manuscritos. Un párrafo que, en su sueño, Ariadna no logró leer, pero que imaginaba que cerraría el tercero de los libros.

Se despertó bañada en sudor. Aterrada por la verosimilitud de aquellas imágenes que casi podía palpar.

Después de aquella pesadilla, era evidente que necesitaba dar con el manuscrito del adivino. Invocarlo de nuevo. Pero ¿cómo? ¿Qué otra palabra podía emplear para devolver esos tres libros a la luz? Había revisado, uno por uno, todos los archivos del Olimpo. Sin ningún éxito. Las páginas de Tiresias sabían cómo esconderse y solo se hacían visibles cuando la magia las traía de regreso desde el rincón de Dite en que el augur las había ocultado. La Ciudad de los Muertos a la que la había arrastrado su sueño y en la que sentía que alguien, agazapada entre sus sombras, la observaba de lejos.

Néstor entró en su dormitorio para avisarla de que debían prepararse para el funeral de Hipólita y se sorprendió de que su hija ya estuviera despierta.

—¿Ocurre algo, Ari?

—No —mintió—. He dormido regular, nada más.

—Es lógico. Han pasado demasiadas cosas... Tenemos mucho que asimilar, ¿no crees?

—Mucho, sí.

—Tu madre y yo te esperamos fuera.

Su padre la dejó sola de nuevo y, al vestirse, Ariadna notó una nueva herida.

En su espalda.

Le bastó con recorrerla con su dedo índice para identificar su forma.

Era el ojo de un Cíclope.

No supo interpretarlo. Ni tampoco si sería buena idea consultarlo con alguien.

De momento, solo sabía que no debía decirle nada a su hermano. De lo contrario, era probable que suspendiese su marcha y sacrificase su decisión para permanecer junto a ella.

Ariadna no quería ser un obstáculo para la felicidad de nadie. Y, mucho menos, para la de Telémaco. O, como se permitió llamarlo por última vez, para la de su T.

Se bajó de nuevo la manga de su camiseta y se dirigió al Olimpo, que Helena había ubicado en la antigua Sala de la Discordia.

Necesitaba reconstruir el párrafo que había visto en sus sueños. Las líneas que no había podido leer. Porque estaba segura de que, cuanto más supiese de su pasado, más opciones tendría de dominar su futuro. Fuese el que fuese.

No iba a rendirse.

No iba a permitir que la oscuridad la sometiese.

No dejaría que ese Cíclope que ahora era parte del mapa de su piel, en el que cada vez había más memorias y menos espacio libre, se impusiera a las demás letras que componían el itinerario que los había llevado hasta allí.

La cartografía exacta de cada uno de los sacrificios que el viaje a Ítaca —¿no dijo alguien que eran las Ítacas?— había exigido.

Y esa decisión de rebelarse frente a las tinieblas fue lo que la empujó a invocarlas.

D-I-T-E

Esta vez las letras no surgieron en el aire, sino que sintió cómo nacían y crecían dentro de ella. Su cuerpo, preso de unos violentos espasmos, cayó al suelo mientras la Ciudad de los Muertos oscurecía el Olimpo y arrojaba contra las paredes los libros que allí se almacenaban.

Ariadna se cubrió la cabeza con las manos, temiendo que alguno de ellos pudiera golpearla, y se mantuvo en cuclillas, temblando de miedo y de frío,

hasta que el estruendo cesó. Esperó unos minutos antes de ponerse en pie, arrepentida del desastre que había provocado. Sin embargo, cuando se irguió, vio que todos los ejemplares del Archivo seguían en su sitio.

¿Había sido una alucinación? ¿Había imaginado lo que acababa de pasar?

Solo un testimonio, a escasos centímetros de ella, atestiguaba que el pródigo había sucedido.

La página arrancada de un manuscrito en el que identificó enseguida su caligrafía.

Una hoja con un solo párrafo que se parecía al que acababa de ver en su sueño y que guardaría como una hoja de ruta para el futuro.

Cuando acabase el funeral, lo hablaría con Helena.

Ella la entendería.

Una vez más, la acogería a su lado y le brindaría su ayuda para interpretar el párrafo con el que se cerraba el tercer y último de los manuscritos que Tiresias había llamado *La Leyenda del Cíclope*.

Juntas lo descifrarían. Y juntas, igual que lo había hecho Helena en el pasado, se rebelarían contra el destino y hasta contra la mismísima Dite si era necesario. Se opondrían a quienes pretendiesen atar sus futuros y ahogarlas con sus temores y sus prejuicios. Haciendo suyas aquellas líneas que hablaban de ella y que Ariadna estaba dispuesta a reescribir al dictado de su voluntad.

Solo la memoria impedirá que se seque la tierra donde el laurel hunde sus raíces. Mientras Ariadna recuerde, no regresarán a Ypsilon el fuego de Dite ni la noche de quienes, lejos de alumbrar caminos y vidas, decidieron ocultar los caminos y las vidas que fueron. En las manos de cualquiera que descubra y lea estas letras caerá siempre esa responsabilidad: el deber de ser libre a pesar de que el miedo y sus sombras nunca dejen de amenazar la luz de nuestros sueños.

Tiresias



LOS ARCHIVOS DE DÉDALO

NOTAS PARA LOS REBELDES

Esta información ha sido extraída de las páginas censuradas de los Dos Ejes.

Su contenido es confidencial y debe ser protegido, ya que oculta las claves de muchos de los mecanismos y estrategias del Senado.

Se ruega su difusión para captar nuevos aliados en la lucha contra Ypsilon.

Para su divulgación, se aconseja utilizar los biblio hologramas o cualquier red o dispositivo tecnológico al alcance.

LUGARES Y TERRITORIOS: UN MAPA DE LEYENDA/...

.../Biblioteca de Alejandría. Uno de los mayores centros de conocimiento de la Antigüedad. Creada poco después de que Alejandro Magno fundara la ciudad de Alejandría en el 331 a. C., llegó a albergar más de medio millón de libros. En ella se inspiró la Biblioteca de los Siete Ríos.

.../Dite. Ciudad infernal donde son Castigados los herejes, según la *Divina Comedia* de Dante (siglo XIV). En este libro, incluido entre los Esenciales salvados por Helena, el infierno se compone de nueve círculos concéntricos, de los cuales Dite sería el sexto. Además, también es, junto con Plutón, uno de los nombres que recibía el dios Hades en la mitología romana.

.../Esfinge. Criatura que, según Hesíodo, era hija de otro monstruo: la Quimera. Poseía cuerpo de león, alas de ave y rostro de mujer, y fue enviada a Tebas por los dioses, donde sembró la desolación. Le dijo al rey Creonte que solo se iría si alguien lograba resolver uno de sus enigmas.

.../Oráculo. Así se designa tanto el lugar donde se consultaba algo a los dioses como las respuestas que estos ofrecían a través de sacerdotes o sacerdotisas, como la Sibila. Uno de los más célebres fue el Oráculo de Delfos, situado en la falda del monte Parnaso y consagrado al dios Apolo.

.../Ponto. Del griego *pontos*, que significa «mar». Nombre que se le daba en la Antigüedad al territorio que bordea el Mar Negro. Hoy, esa región pertenece a Turquía.

HÉROES, DIOSSES Y CRIATURAS FANTÁSTICAS: LOS MITOS DETRÁS DE YPSILON/...

.../Argonautas. Marineros que navegaron junto con Jasón hasta la Cólquide (actual Georgia) en busca del vellocino de oro, la lana de un carnero del que se decía que era hijo de Poseidón y

Teófane. Su nombre procede del *Argo*, la nave en la que viajaban.

.../**Dafne**. Ninfa de la que se enamoró Apolo tras recibir una flecha de Eros, que estaba celoso del dios por sus habilidades con el arco y el canto. La ninfa, perseguida por Apolo, suplicó la ayuda de su padre, el dios río Peneo, y este la metamorfoseó en laurel, árbol que, en adelante, quedaría asociado para siempre a Apolo. El uso de la corona de laurel como símbolo de victoria se remonta a la antigua Grecia, donde se entregaba a los vencedores de competiciones deportivas y poéticas.

.../**Dionisos**. Hijo de Zeus y Sémele, según las versiones más extendidas del mito. Es el dios griego del vino, del teatro y del delirio místico. Suele ser representado con una corona de hojas de parra y en la compañía de Sátiros, centauros, silenos, ninfas o bacantes. Las fiestas en su honor fueron muy populares tanto en Grecia como en Roma (donde se conocían como bacanales), y en ellas se bebía sin medida.

.../**Gorgonas**. Según se cuenta, estos monstruos femeninos tenían serpientes en lugar de cabellos y eran capaces de petrificar a cualquiera con su mirada. Las tres Gorgonas de la mitología griega son Esteno, Euríale y Medusa, la única mortal de las tres.

.../**Harpías**. Seres con cuerpo de ave, rostro de mujer y afiladas garras, hijas de Electra y Taumante. Los dioses torturaron con ellas a Fineo, rey de Tracia, en castigo por haber usado su don profético para revelar el futuro a los humanos.

.../**Lotófagos**. Habitantes de una isla en la que desembarcaron Odiseo y sus hombres a su regreso de la guerra de Troya. Los Lotófagos les dieron de comer el fruto del loto, que hacía perder la memoria, y algunos miembros de la tripulación llegaron a olvidarse de su propia casa, de modo que Odiseo tuvo que obligarlos a embarcar de nuevo.

.../**Níobe**. Hija de Tántalo y esposa de Anfión, rey de Tebas, a quien dio doce hijos, según Homero. Estaba tan orgullosa que llegó a proclamarse superior a Leto, quien solo había engendrado dos hijos, Apolo y Ártemis. En castigo, estos dos asesinaron a todos sus vástagos, salvo a dos. Cuando Níobe lo

descubrió, quedó inmovilizada por el dolor hasta que, tal como ella misma suplicó a Zeus, acabó convirtiéndose en piedra.

.../**Sátiros.** Criaturas con patas, orejas y cuernos de macho cabrío que solían acompañar a los dioses Pan y Dionisos, con quienes erraban de un lugar a otro. Amantes del vino, su carácter alegre y hedonista podía volverse violento y hasta peligroso.

.../**Sibila.** Sacerdotisa consagrada a Apolo, en el Oráculo de Delfos, que llegó a alcanzar una notable reputación por sus dotes proféticas. En su honor, su nombre pasó a designar a todas las adivinas.

.../**Tisbe.** Joven babilonia que se enamoró de Píramo, a quien amaba pese a la prohibición de sus padres. Ambos decidieron huir, pero Píramo, creyendo que Tisbe había muerto, se quitó la vida. Ella, al conocer la noticia, hizo lo mismo. Su historia, narrada por Ovidio en el Segundo Eje, inspiró a Shakespeare, otro de los autores del Índice Prohibido, en la tragedia de *Romeo y Julieta*.

HÉROES, DIOSSES Y CRIATURAS FANTÁSTICAS: LOS MITOS DETRÁS DE ÍTACA/...

.../**Amazonas.** Guerreras hijas de Ares y la ninfa Harmonía. Según la cultura griega, formaban un pueblo habitado y gobernado exclusivamente por mujeres. No hay acuerdo sobre la ubicación exacta de su reino, pero sí sobre su valentía y su coraje en la batalla.

.../**Centauros.** Criaturas mitad hombre, mitad caballo que habitaban en las montañas de Tesalia, en Grecia. El primer Centauro fue hijo de Ixión y una nube, y toda su estirpe recibe el mismo nombre que él.

.../**Deyanira.** Tercera esposa de Heracles, quien consiguió su mano tras imponerse al dios río Aqueloo, con el que la habían prometido sus padres. Años después, engañada por el centauro Neso, que le aseguró que con su sangre podría lograr el amor

eterno de su marido, untó con ella la túnica de Heracles y provocó, sin quererlo, la muerte del héroe.

.../**Hipólita**. Reina de las Amazonas que, además de destacar por su valor, poseía un codiciado cinturón regalo de su padre, el dios Ares. Uno de los trabajos de Heracles fue hacerse con él. Hay quien asegura que para ello acabó matando a Hipólita, aunque otras fuentes afirman que fue la propia Amazona quien, enamorada de él, se lo entregó.

.../**Tiresias**. Adivino ciego de la ciudad de Tebas conocido por sus enigmáticas profecías. Sus augurios solían ser difíciles de descifrar, pero jamás se equivocaban. Según el Segundo Eje, un día golpeó con su bastón a dos serpientes que estaban copulando y quedó convertido en mujer. Permaneció así siete años, y solo recuperó su naturaleza de hombre cuando volvió a golpear a dos serpientes mientras se apareaban.



LOS MITOS DETRÁS DE LA BATALLA/...

.../**Andrómeda**. Hija de Casiopea y Cefeo, rey de Etiopía, fue encadenada a una roca por culpa de una profecía que aseguraba que su sacrificio liberaría a su pueblo del monstruo que lo asolaba. Sin embargo, Perseo utilizó la cabeza de Medusa para petrificar al monstruo, liberar a la joven y huir con ella.

.../**Aquiles**. Guerrero y, según el autor del Primer Eje, uno de los principales héroes de la guerra de Troya. Hijo de Peleo y de la diosa Tetis, su madre trató de volverlo invulnerable bañándolo en la Estigia, pero olvidó mojar su talón, y el héroe murió al clavarse en él una flecha envenenada.

.../**Ares**. Dios olímpico de la guerra y la fuerza bruta, hijo de Zeus y Hera. Suele representarse con coraza, casco y escudo, y lo acompañan en la batalla Eris (la discordia), Fobos (el miedo) y Deimos (el terror). Tuvo más de cuarenta amantes y una numerosa progenie. Su equivalente romano es el dios Marte.

.../**Ártemis**. Diosa de la caza y la virginidad e hija de Zeus y Leto, es la hermana gemela de Apolo y una de las principales diosas

del panteón olímpico. Suele representarse armada con un arco, y le estaban consagrados el ciervo y el ciprés.

.../**Atenea**. Diosa de la guerra y la sabiduría, entre otros atributos. Se cuenta que nació de la cabeza de Zeus después de que Hefesto la abriese de un hachazo. De la herida surgió Atenea ya adulta y armada.

.../**Atlas**. Titán hijo de Jápeto y la ninfa Clímene al que Zeus, tras su victoria en la Titanomaquia, condenó a sostener la bóveda del cielo sobre sus hombros.

.../**Calcas**. Adivino nieto del dios Apolo y autor de las profecías más notables sobre la guerra de Troya. Según algunas fuentes, fue Calcas quien aconsejó a Odiseo que recurriese al engaño del caballo de Troya.

.../**Cronos**. Dios hijo de Urano, perteneciente a la estirpe de los Titanes. Una profecía auguraba que sería destronado por uno de sus hijos, así que los engullía nada más nacer. Pero Rea, su mujer, logró salvar a Zeus con la ayuda de Gea. Finalmente, este acabó derribando a su padre y encerrándolo para siempre en el Tártaro.

.../**Deucalión**. Hijo de Prometeo y Clímene. Según el Segundo Eje, fue avisado por su propio padre de que Zeus pretendía acabar con los mortales enviándoles un gran diluvio. Para salvar su vida, Deucalión y su mujer, Pirra, construyeron un arca en la que pasaron nueve días y nueve noches.

.../**Erinias**. Diosas que personificaban la venganza y que, en la mitología romana, fueron conocidas como las Furias. Perseguían implacablemente a todo el que fuese culpable de un crimen.

.../**Eros**. Dios del amor. La versión más extendida afirma que era hijo de Afrodita y de Ares. Representado como un niño alado armado con arco y flechas, estas podían causar tanto el amor como el desdén y el olvido: las primeras tenían la punta de oro; las segundas, de plomo.

.../**Faetón**. Hijo de Helio (el Sol) y Clímene, rogó a su padre que le dejara conducir su carro durante un día. A pesar de los

consejos de Helio, Faetón no fue capaz de dominar a los caballos y acabó perdiendo el control, hasta el punto de quemar parte de África. Zeus, al contemplar aquel desastre, se vio obligado a parar el carro con un rayo que hizo que Faetón cayese al río Erídano, en el que murió ahogado.

.../Ganimedes. Efebo hijo de Tros, monarca que dio su nombre a Troya. Zeus se encaprichó de él y, metamorfoseado en águila, lo secuestró para llevarlo al Olimpo, donde lo convertiría en el copero de los dioses.

.../Hefesto. Dios del fuego y de la forja, a quien se presenta en muchos textos del Índice como el herrero de los dioses. No era muy agraciado y, además, sufría una cojera por culpa de Hera, su madre, que lo arrojó del Olimpo cuando solo era un bebé. Casado con Afrodita, en el Primer Eje se describe cómo la sorprendió con Ares y, para avergonzarlos a ambos, tejió una red de oro a su alrededor, atándolos y exponiéndolos a la vista de los demás dioses.

.../Helio. Titán hijo de Hiperión y Tea, es la personificación del Sol. Cada día conducía un carro por el cielo hasta el Océano, desde donde regresaba al día siguiente.

.../Heracles. Héroe hijo de Zeus y de Alcmena, célebre por su extraordinaria fuerza. Perseguido durante toda su vida por Hera, que nunca perdonó a Zeus su infidelidad, tuvo qué afrontar doce trabajos para expiar los crímenes que le había obligado a perpetrar la propia diosa. A pesar de salir airosa de todos ellos, sufrió un final trágico, ya que murió abrasado por una túnica que, teñida con la sangre del centauro Neso, le había entregado su esposa, Deyanira. También es conocido por el nombre que le dieron los romanos: Hércules.

.../Ícaro. Hijo de Dédalo, fue encerrado junto a su padre en el laberinto que este construyó en la isla de Creta. Tratando de huir, Dédalo fabricó con plumas y cera unas alas, advirtiéndole a su hijo que nunca volara demasiado alto. Ícaro no le hizo caso y el sol acabó derritiendo la cera de sus alas, de modo que cayó al mar y murió ahogado.

.../Licaón. Rey de Arcadia que, según el Segundo Eje, sacrificaba a los extranjeros que llegaban a su casa. Zeus quiso averiguar si esto era cierto y se presentó en su casa haciéndose pasar por un peregrino. Prevenido por sus criados, Licaón le sirvió carne humana para comprobar si era un dios o un mortal, lo que indignó a Zeus, que lo convirtió al instante en lobo.

.../Medusa. Una de las tres Gorgonas, hermana de Esteno y Euríale. Poseía la capacidad de petrificar a cualquiera que osara mirarla directamente a los ojos. Su cabeza estaba cubierta de serpientes por obra de Afrodita, que le arrebató el cabello en un ataque de celos. Perseo logró vencer a Medusa gracias a las sandalias aladas que le había regalado Hermes y un casco de invisibilidad de Hades, y acabó decapitándola. Del cuello de Medusa salieron los dos hijos que llevaba en su vientre: Pegaso y Criador.

.../Midas. Rey de Frigia a quien, según cuenta el Segundo Eje, Dionisos otorgó el poder de convertir en oro todo cuanto tocara. Sin embargo, como también los alimentos que tocaba se transformaban en ese metal, tuvo que suplicar al dios que lo librarse del don.

.../Mirra. Hija de Cíniris y madre de Adonis. En castigo por su vanidad, Afrodita la llevó a desear a su propio padre, así que Mirra lo engañó durante doce noches para acostarse con él. Cuando este la descubrió, ella suplicó ayuda a los dioses, que la convirtieron en un árbol de mirra. Diez meses más tarde, nació su bello hijo.

.../Narciso. Hermoso joven que despreció el amor de la ninfa Eco, que por su culpa acabó sus días oculta en una cueva, donde se consumió hasta que solo quedó su voz. Para darle un escarmiento, Némesis hizo que Narciso se enamorara de sí mismo al ver su imagen reflejada en un estanque. El joven murió ahogado tratando de besar su propio rostro.

.../Quimera. Hija de Tifón y la monstruosa Equidna, se decía que esta criatura tenía el cuerpo de una cabra, la cola de un dragón y tres cabezas: una de león, otra de macho cabrío y una última de

dragón. Solo Belerofonte, el hijo del rey Glauco, pudo derrotarla a lomos de Pegaso.

.../Tifón. Hijo monstruoso de Gea y Tártaro, fue confinado por Zeus en el monte Etna como castigo por haber intentado derrotarlo. De estatura gigantesca y cuerpo alado, en vez de dedos tenía cien cabezas de dragón, y sus muslos estaban rodeados de serpientes. Además, podía abrasar con la mirada, arrojar fuego por la boca y provocar terremotos y huracanes con el movimiento de sus alas.



NANDO LÓPEZ (Barcelona, 1977) es doctor *cum laude* en Filología Hispánica, novelista y dramaturgo y ha sido durante años profesor de Lengua y Literatura de Secundaria y Bachillerato.

Desde joven se sintió atraído por el teatro, y en sus años universitarios participó en montajes como autor y como director, llegando a crear su propia compañía teatral con la que estrenó sus primeros textos. Con el tiempo, ha sabido conjugar su pasión por la literatura, el teatro y la enseñanza. Autor de relatos y de varias novelas, le llegó el éxito con *La edad de la ira*, finalista del Premio Nadal 2010, texto que adaptó más tarde a lenguaje teatral y que recorrió los escenarios españoles. Como autor de literatura infantil, ha sabido acercar el teatro a los más pequeños con títulos como *La foto de los 10000 me gusta* en la colección El Barco de Vapor. En los textos de sus novelas juveniles le gusta tratar temas como la inclusión, la homosexualidad, el acoso escolar y el impacto de las nuevas tecnologías, como muestra *En las redes del miedo*.

Como autor para adultos ha publicado, entre otros títulos, *Hasta nunca*, *Peter Pan* o *El sonido de los cuerpos*. Una faceta que combina con el teatro y la no ficción con libros humorísticos sobre la realidad educativa muy populares entre la comunidad docente, como *En casa me lo sabía* o *Dilo en voz alta* y

nos reímos todos. En la actualidad, combina la creación literaria con numerosos encuentros con lectores en colegios e institutos de toda España.